

POR ESOS MUNDOS

NOVIEMBRE - 1911

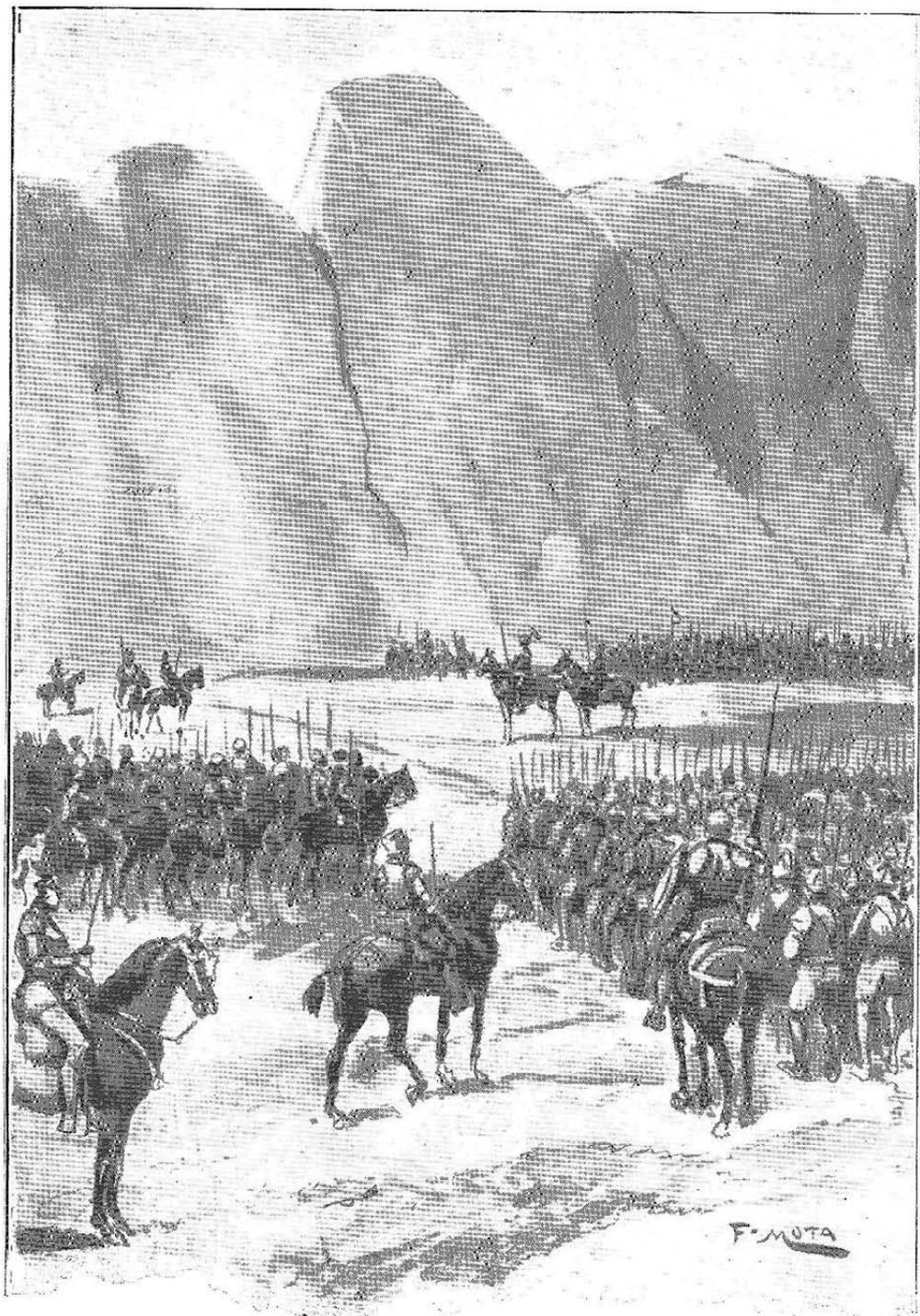


POR ESOS MUNDOS

AÑO XII

NÚM. 202

NOVIEMBRE, 1911



Sobre el valle, aparecían millares de hombres y refulgían aceros.

LITERATURA



CUENTISTAS MONTAÑESES

EL PERTURBADOR

Por ANTONIO G. DE LINARES

1

ELE el angosto y selvático reino de Graal, en lejanos tiempos, el más extraño al par que el más tranquilo de los reinos.

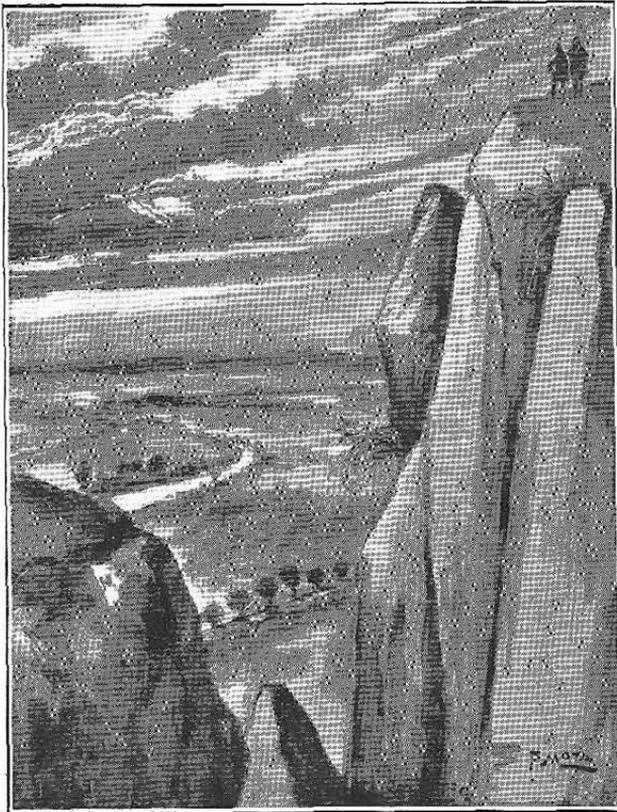
Jamás andariegos conquistadores traspusieron sus lindes señaladas con riscos inaccesibles, cubiertas de bosques milenarios, apartadas por insondables abismos, ceñidas por torrentes sombríos que desde el misterio de sus hondos cauces—cual feroces guardianes de tan hostil frontera—clamaban un pavoroso y bárbaro himno de muerte...

El rey Antán, señor de Graal en época remota, éralo por tanto de las cumbres y vertientes de altísima cordillera, y sus pueblos aferrábanse á las cimas como nidos de águi-

la caudal, allá en los nebulosos confines donde se besan los cielos y las tierras...

Nunca los súbditos del rey Antán descendieron hacia los valles tendidos, á sus piés, en plácida ostentación de blandas praderas y corrientes mansas... Al amparo de sus alturas, los rústicos miraban con desdén la fácil y serena vida de los llanos distanciados en lo profundo, y de padres á hijos transmitíanse, como legado de tradición y herencia de raza, el apego á sus quebrados, á sus ventisqueros, á sus peñascos grises, de áspera y desolada traza mal vestida por líquenes y musgos...

Jamás luchas civiles, rencores de bandera, ni contiendas de partido, ensangrentaron aquel reino turbando su monótona calma... Las rebeldías; las audacias; las reformas; todas estas palabras inquietantes, eran desco-



... allá, en los nebulosos confines, donde se besan los cielos y las tierras.

nocidas en Graal, y desconocida era su significación... La existencia de aquellos hombres fué siempre igual á la de otros hombres, sus antepasados, y nunca hubo de modificarla saude alguna de otro vivir... Para labrar el terruño y apacentar los ganados, no usaban los selváticos de un adarme de albedrío: dejábanse arrastrar por el hábito adquirido en transmisión de siglos, al través de cien generaciones... Así, no anhelando nada, desconocían toda voluntad...

*
* *

En Graal, ni cantó el amor sus melodías, ni rugió sus tragedias... El gran amor pasional de los sublimes arrebatos, de los tremendos sacrificios, de los furiosos celos: este amor no agitó sus teas incendiarias sobre aquellos pueblos ni sobre aquellas almas...

Un hombre y una mujer unían sus vidas, bajo un techo, por ley natural de la existencia... Nacíanles hijos, en periódico retoñar

de la especie; pero tal hombre y tal mujer no se amaban: eran á modo de compañeros asociados por mútua conveniencia; nada más... Ignoraban las infinitas contemplaciones de las almas que en demanda de amor se asoman á los ojos... Ignoraban los inmensos contactos de las almas que en demanda de amor se prenden en los labios... Y creados en desamor, los hijos de tales padres ni amaban ni eran amados... Cuidábanlos sus madres, en tanto eran niños, y cuidábanlos solo por costumbre, no por afecto. Crecidos ya, y trocados en mozos, aprendían labores del campo y faenas del pastoreo, recibiendo tales enseñanzas de sus padres, ya que ellos las aprendieran de los suyos en su tiempo, y fuere tradición que nadie osara interrumpir... Luego, llegados á hombres, los que fueron niños, y las que fueron niñas á mujeres, unos y otras partían á fundar nuevos hogares, abandonando la choza paterna sin congojas ni aflicciones, porque así lo hacían y lo hicieron todos siempre...

.....
Ajenas á todo amor, éranlo también aquellas gentes á toda estética... En su estrecho criterio, reducíase la naturaleza á la tierra que produce cosechas y mantiene

rebaños... Un amanecer no les sorprendía por sus matices: deciales tan solo que era llegada la hora de volver á la tarea interrumpida...

El morir de la tarde no les era pausa misteriosa de inexplicadas nostalgias, sinó únicamente, y al cabo de la fatigosa jornada, placentero anuncio de reposo en la noche... Y la noche—fuere sombría, fuere bañada en melancólicas platas lunares—, la noche les brindaba el sueño: nunca el ensueño...

En Graal no se hablaba de la belleza de las cosas: en cambio, discutiase siempre su utilidad...

.....
Ningún viajero llegó hasta aquellas cumbres, ni morador alguno de ellas pensó en abandonarlas... De tal manera, y en completo aislamiento, este reino conservó su extraña constitución, indiferente al paso de los siglos, y mientras que en el mundo luchaban los hombres en épicas contiendas de amor y de voluntad, sin amor y sin voluntad los súbditos del rey Antán, á pesar de hallarse

tan cerca del cielo, desconocían todo Ideal...

Así fué, y así hubiera podido seguir siendo...

*
* * *

El rey Antán era el menos mayestático de los reyes... Cúpole la misión más sencilla y rudimentaria que á monarca alguno pudo ser dada... Una vez, en cada año, recorría sus pueblos, y en ellos hacía nuevas particiones de ganados y tierras, de aperos y semillas... Y era único objeto de tal distribución el hacerla, con estricta equidad, del esfuerzo necesario para cultivar las menudas parcelas de las vertientes, y apacentar, en las cumbres, los inmensos rebaños que constituían la riqueza colectiva, ya que lo producido por tierras y bestias fuere bien común, y de ese bien se mantuvieron todos por igual...

Había de ser la corte de tal rey la menos cortesana de las cortes... No había en ella ministros que desgobernaran el Estado; no palacios que esquilmaran el Tesoro; no caudillos que, para cosechar propios laureles con ajenos sacrificios, intentaran locas aventuras y contiendas fratricidas...

Y sin chambelanes, urdidores de intrigas; sin inquietas damas, tan cortas en recato como en ambición sobradas; sin camarillas; sin conspiraciones; sin maquiavelismos... la corte de Graal—que al pueblo no costaba una brizna de oro ni una gota de sangre—era, en verdad, la menos cortesana de las cortes...

Una choza más amplia que las otras, tal era el palacio del rey Antán... Cubría el suelo recia piel de oso; ardían, en el hogar, tomillo y mejorana; brindaba la mesa el mejor ciervo, la miel más delicada, el más sazonado madroño de la cumbre, y como en Graal fuere desconocido el vino, escanciaba el rey su yantar con agua, con el agua más pura, brotada de los ásperos senos de la montaña...

El rey Antán era el menos mayestático de los reyes, y era su corte la menos cortesana de las cortes...

III

Un día, el rey Antán y su hijo Inar fueron á caza de venados. Persiguiendo huidas piezas, de cañada en cañada, guiados por el latir de la jauría, y ciegos en su empeño, llegaron, príncipe y monarca, tan lejos, tan lejos, que traspusieron los límites del reino...

Diéronse cuenta de ello, saliendo inesperadamente de las selvas, en las cuales perdieran todo rumbo y camino, y encontrándose, no poco sorprendidos, á mitad de una

falda cuyas empinadas praderas alpinas tendían su manto de intenso verdor desde los últimos y añosos robles del bosque, hasta la orilla de ancho y quieto caudal: plácido remanso en el que olvidaba las fatigas de cien rápidos y la gimnasia de mil cascadas el río...

Al otro lado del cauce, el valle... Sobre el valle, allá por las hoces de Oriente, aparecían millares de hombres, y relugían aceros, y vibraban clarines, y piafaban corceles... También por las hoces de Occidente tremolaban pendones y banderas, y marcaban un ritmo los tambores, y avanzaban, extendiéndose como aguas impetuosas de riada, los escuadrones de jinetes y las cohortes de infantes...

Suspense, el príncipe Inar dijo á su padre, quien, en silencio, contemplaba en valle:

—Padre, ¿vendrán contra nosotros esas gentes...?

Mostró el rey á su hijo los riscos inaccesibles y los insondables abismos de la cumbre, y replicó tranquilo:

—¡No temas...! Contra tales barreras, nada puede la demencia de esos hombres que emplean, en segar vidas y abrir entrañas, el hierro que habría de servirles para guadañar cosechas y para abrir en la tierra surcos que fueren cauces de sementeras...

Y añadió el soberano, tras de breve pausa durante la cual volvió hacia la llanura el mirar de sus ojos asombrados:

—¡No, hijo! ¡No temas!... Esas gentes nada intentarán contra nuestras cumbres de paz... Si eligen el valle para encontrarse, ha de ser, ó para marchar unidos hacia lejanas empresas, ó para destrozarse, en lucha insensata y mortal...

—¡Padre — murmuró el príncipe—, no acierto á comprender por qué los hombres cometen tal insania!...

El rey Antán hubo de asentir, tristemente:

—¿Y quién puede hallar razón á los desvarios de los locos?...

... No se encontraron para marchar unidos hacia lejanas empresas, sino para destrozarse, en insensata lucha mortal...

Fué un tremendo choque... Fué horrible crujir de rotas armaduras y de astilladas lanzas... Ante el galopar de los caballos, se abatían los hombres de á pié, maltrechos por las grandes espadas y las dobles hachas de combate, cuyos filos, rebotando sobre las cotas de malla, tornaban á caer, más ciertos, hendiendo yelmos y cráneos... Iban así los caballeros de la muerte, sembrándola por doquier... Iban, cual huracán de hierro, altivos, impetuosos, siniestros...; hasta que, al fin,

traspasadas por cien flechas y heridas por cien aceros, caían las bestias, revolcándose en ansias de agonía, y aplastando á los jinetes trabados en la herrumbre de sus armaduras.

Del trágico valle desprendíase un vaho de sangre, y entre ese vaho se alzaba densa polvareda: fué bermeja niebla que hubo de cubrirlo todo, dejando tan sólo escuchar, remotos lamentos de agonía y ayes de muerte... Más tarde, se hizo el silencio, y la nube de polvo ensangrentado, como ave gigantesca, tendió sobre la llanura su lento vuelo, descubriendo el triste campo de batalla donde los muertos y los moribundos quedaban en desolación y abandono... Luego, cuando la nube bermeja se esfumó en lontananza y fué ténue lumbre que al horizonte encendían las postreras luces de la tarde, el rey Antán y su hijo pudieron contemplar cómo el resto del ejército, que antes ganara el valle por las hoces de Oriente, salía por las de Occidente persiguiendo al enemigo vencido y fugitivo, y señalaba su paso con huella de nuevas víctimas...

Declinaba el sol, y la noche comenzaba á velar con piadoso manto de sombra la hecatombe de aquel valle de horror...

* * *

—¡Padre—suplicó el príncipe Inar—, bajemos al valle!... ¡Anhelo contemplar de cerca á tan extrañas gentes!...

—¿Y qué nos importan esos bárbaros, hijo mío?...

Instó el príncipe:

—¡No hallaremos ocasión como esta, y no serán los que yacen malheridos quienes puedan volver contra nosotros sus armas y su demencial!...

El rey Antán y el príncipe Inar descendieron al valle...

Fueron por entre tenecidos y agonizantes... Hacia ellos tendían los moribundos sus brazos, y era en vano, porque en Graal se ignoraba toda ciencia y todo amor...

Los cadáveres, amontonados en ruda confusión de contienda, cubrían el suelo... Convulsas, las manos empuñaban armas... Contraídos por el odio,

los rostros guardaban, allende la vida, su gesto de maldición... Y las pupilas, cuajadas por la muerte, entre abiertos é inmóviles párpados, buscaban en la inmensa lejanía del cielo su quimera...

El rey Antán murmuraba:

—¡Locos!... ¡Locos!...

E inclinándose bajo la ténue claridad lunar, para ver de cerca los grandes cuerpos rígidos ya, el príncipe replicó, absorto:

—¡Padre, cuán bellos son los locos, y cuán bella ha de ser tal locura de muerte!...

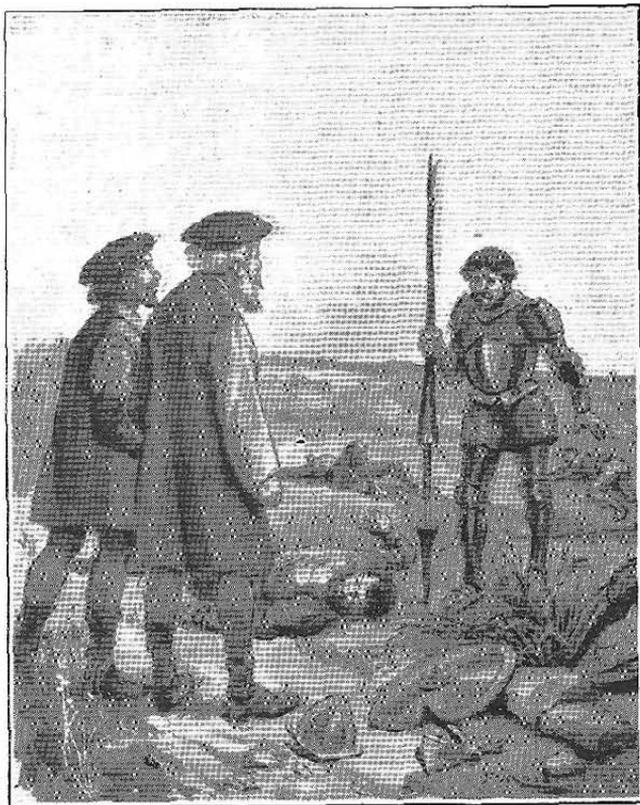
Una voz, recia y hostil, clamó entre las sombras:

—¿Quién va?...

Deluviéronse los viajeros, ruidos de espanto, y ante ellos se irguió la dura silueta de un guerrero que, con el roto leño de su lanzón, trocado en báculo, sustentaba la vacilante fortaleza del cuerpo herido...

Tornó la dura voz hostil á clamar entre las sombras:

—¿Quiénes sois, los que llegáis?... ¡Bienvenidos, si amigos; y si enemigos, aprestad el ánimo y la espada, que aún guar-



... ante ellos se irguió la dura silueta de un guerrero.

do bríos capaces de haceros morder la tierra!...

—¡Ni amigos ni enemigos!...—dijo lentamente el rey Antán—. ¡Extraños somos á tu huerte, como á la de tus contrarios, y extraños también á esa bárbara ley de guerra!... ¿Qué insania pudo llevaros, de esta manera, á matar y á morir?...

—¿Insania llamas á una santa causa?... ¿No sabes que por ella mueren, en los campos de batalla, emperadores y reyes?... ¿De qué tierra llegáis, ignorando aquello que la fama proclamó de extremo á extremo del mundo?...

—Llegamos de un reino de paz, asentado sobre cumbres vecinas, demasiado altas para que las alcancen estos ecos de vuestras contiendas y estos estragos de vuestras armas...

Hubo una larga pausa de silencio... Al fin, el hombre de armas imploró:

—¡Estoy solo!... ¡Estoy herido!... ¡Tengo hambre y sed!... ¡Ya que no es lejano vuestro hogar, dadme albergue hasta que se cierren mis heridas y tornen mis fuerzas!...

Dudó el rey Antán...

—¡Jamás extranjero pisó el suelo de Graal!...

Suplicó el príncipe:

—¡Padre, anhelo escuchar, de este hombre, narraciones de extrañas costumbres y portentosos hechos!...

—¡Locuras sin cuento, hijo mío, serán sus palabras!...

—¡Entre nosotros, padre, al par que de sus heridas, sanará de su demencia!...

—¡Ven, pues!...—concluyó el rey, brindando al extranjero su compañía...

Y, con las primeras luces del alba, fuéronse juntos los tres, peñas arriba, camino de las brumosas cumbres, donde ignorábase el Amor, donde ignorábase la Voluntad, donde era desconocido todo Ideal, en tanto que por Amor, por Voluntad, y por Ideal, luchaban los hombres en implacables contiendas de muerte, allá en los trágicos valles sangrientos...

IV

Curadas le fueron al extranjero sus heridas, más no su insania, y prestando oído á sus razones, por sinrazones tenidas, el rey y el príncipe distrajerón los ocios, en veladas largas del invierno montaráz.

No fueron solos en escuchar tales discursos el monarca y su hijo, ya que al amparo de las fogatas encendidas con tomillo y mejorana, muchos súbditos de Graal atendieron á las raras disquisiciones de aquel hombre que hablaba de amor y de voluntad á quienes ni amaron ni quisieron nunca...

Los que oyeren tales cosas, repitiéronlas por doquier: de camino; en albergues; en encrucijadas; bajo sus techos; en las callejas de su lugar...

De tal modo, extendióse por Graal el verbo del lunático decidór... De tal modo fueron inquietados los espíritus antes sosegados en inconsciencia milenaria... Reprocharon los viejos al monarca tan imprudente acción, cual era dar albergue á un insensato capaz de torcer el juicio á quien más recto y firme lo tuviere... Y aquello que los ancianos juzgaron desdichada temeridad, fué alabado sin reserva por los jóvenes, quienes dieron en llamar cordura, á lo que los viejos diputaran por demencia, y en considerar tales y extraños ecos de otro mundo como profecías; como venturoso anuncio de otra y más grata vida... Unos acusaron al extranjero de perturbador... Otros acatarónle como maestro y como mensajero de ventura... Y así, en el reino de Graal, hubo de surgir en primer lugar la discordia, eterno pregonero de toda renovación...

* * *

Más grave fué el desórden al llegar el tiempo blando y quedar libres de nieve los caminos...

De poblado en poblado, y peregrino al par que misionero, sembró el Perturbador, sobre el yermo de las almas, su fecunda semilla de Ideal...

Dijo, á cuantos quisieron escucharle, grandes cosas... dijo el santo amor de la paternidad, que nos dá, en cada hijo, un báculo para el áspero camino de la vida; dijo el fuego de las mocedades que es, en ellas, vida de la vida, y más allá lumbre remota cuyo amparo buscan las almas fatigadas, para descansar en el recuerdo...; dijo, en fin, el altruismo y la caridad: ternuras vagas, en las cuales vienen á dar los reflejos de otros amores más singulares é intensos; luz difusa y blanda, de lejana proyección, de suave tibieza consoladora...

Así dijo el Perturbador la voluntad de amar...

Y, luego del amor, dijo el odio; dijo la lucha contra lo injusto y lo perverso; dijo la rebeldía del pensamiento contra el mal, y, contra el mal, el esfuerzo de los brazos cuando el de la razón no basta.

Así dijo el Perturbador la voluntad de odiar.

Pasó, dejando una candente huella de vehemencias, de anhelos, de inquietudes... ¿Qué se hizo la paz, qué se hizo la tranquilidad de aquellos hombres? ¿Qué, su antes imperturbada calma?

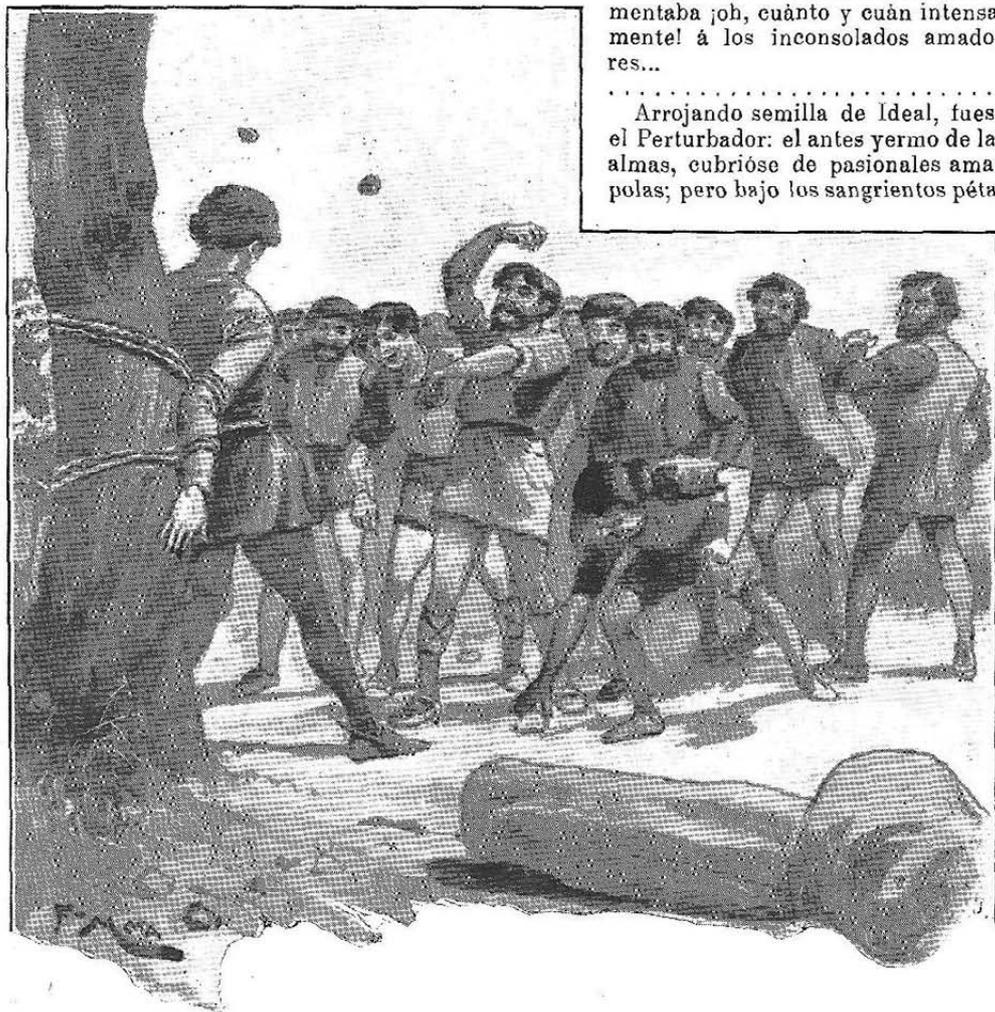
Dieron los padres en amar á sus hijos, y los hijos gustaron de amar á sus padres, y á sus hermanos. De tal suerte, ocurrió que, al despertar á tan grandes amores, los jóvenes, llegado el día de abandonar la choza paterna, hubieron de hacerlo con dolor, y con dolor vieron partir quienes en ella quedarán...

Dieron los mozos en amar á las mozas, sus elegidas, con un grande amor sentimental, vestido con galas de ilusión y cendales de ensueño... y dieron las niñas, llegadas á mujeres, en no aceptar hogar ni brazos que los brazos y el hogar del amado no fueren. Estas ternuras abrieron nuevos manantiales al caudal del sufrimiento; sufrieron los amadores desdeñados: sufrieron las enamoradas no atendidas: vinieron, de la mano del amor,

los desengaños, los celos, las pasiones contrariadas, las pasiones locas, las iras inexorables, los inexorables rencores... Y de la mano del amor llegó también la ambición, ya que los amadores hubieron de anhelar, para aquellos á quienes amaren, mejor suerte y más clemente vida que las por ellos alcanzadas... Trabáronse, pues, en Graal, las duras luchas del interés y las mezquinas contiendas de la intriga: trabáronse opuestas voluntades en recias lides, y en aún más rudos combates midiéronse enconos de pasión...

Mas ¡ay!, sobre tal dolor de la existencia, pasajero y breve como ella, se alzó, infinito y eterno, el dolor de la muerte...: de la muerte que antes no dejaba huella de tristeza, no evocando nostalgias de amor, y que ahora, llevándose á los amados, atormentaba ¡oh, cuánto y cuán intensamente! á los inconsolados amadores...

.....
Arrojando semilla de Ideal, fuese el Perturbador: el antes yermo de las almas, cubrióse de pasionales amapolas; pero bajo los sangrientos péta-



Zumbó un guijarro, hendiendo el aire, y fué á dar en la frente altiva del predicador

los creció también, rastrera y vivaz, la retama amarga del dolor...

No habituados al sufrimiento, los súbditos del rey Antán juzgaron bárbara esa ley que en íntimo consorcio enlaza desgracia y dicha: renegaron, pues, al cabo, del extranjero que en mal hora osó atentar á la paz de las alturas y á la placidez de las existencias libres de Ideal, desiertas de Amor, y huérfanas de Voluntad, enseñando inquietantes doctrinas de ensueño, de pasión, y de albedrío...

Clamó el pueblo atormentado, y sus clamores dieron razón á quienes censuraren la hospitalidad dispensada al lunático por el rey... En vano hicieron muchos causa común con el predicador; la causa fué perdida, y ante el rey suplicaron los cuitados:

—¡Castiga á ese hombre...!

Inquirió el rey:

—¿Qual fué su yerro?...!

Una voz, hecha de mil voces, acusó:

—¡Trájonos dolor...! ¡Nos enseñó á sufrir...!

—¡En su disculpa, recordad que siendo mensajero de amor hubo de mostraros el secreto del placer...!

—¡Mal haya tal secreto...! ¡Era nuestra ignorancia una gran serenidad...! ¡Hoy, en cambio, por una hora de ventura pagamos cien días de tristeza...! ¡Mal haya tal secreto...! ¡Y vé, señor, que esto es engaño, y que no es merced sino castigo la dicha que tan cara cuesta...!

Meditó el rey: murmuraba en tanto la muchedumbre... Tranquilo, aguardaba el acusado su destino...

Alzóse el monarca, y preguntó á su pueblo:

—¿Cuál será el castigo?...!

Y el pueblo, en voz hecha de mil voces, respondió:

—¡La muerte!...

—¿La muerte?...—clamó en asombro Antán—¡Barbarie es esa que jamás traspasó nuestras fronteras!... ¡Insensatos!... ¿Quién pudo enseñaros á matar?

Un anciano designó al Perturbador:

—¡Él!...

Otro anciano dijo al rey:

—¿Ignoras lo que pasa en tu reino?... Há poco, un hombre dió muerte á otro que cortejó á su amada... Ayer, el padre del muerto ahogó entre sus manos al matador...

Inclinóse el monarca en pesadumbre... Concedió:

—¡Haced vuestra voluntad!...

V

Sujeto por recias ligaduras á un tronco añoso, aquel que fué combatiente en el valle

y en las cumbres profeta dispúsose á morir...

¡La muerte!... ¡Vana cosa, en verdad! Un soplo de violencia, y la llama encendida en nuestro ser vacila, se inclina, desaparece: queda de ella un ascua, reflejo postrero; luego, el ascua pierde su calor y su brillo: se oscurece, se enfría, se apaga...

Sujeto por recias é inútiles ligaduras á un tronco añoso, el Perturbador dispúsose á morir.

Ante él, los rebeldes contra el dolor de amar, contra el tormento de anhelar, contra la melancolía de soñar: los necios, los egoístas, los cobardes—eran legión—, recogían piedras y leños...

Un energúmeno clamó:

—¡Tírad, y dadle fin!...

Replicaron otros:

—¡Tú, que has hablado, asesta el primer golpe!...

Zumbó un guijarro, hondiendo el aire, y fué á dar en la frente altiva del predicador... Brotó la sangre, y corrió de la frente al pecho, y del pecho cayó en raudal sobre las clavellinas del campo en flor... Las clavellinas eran blancas: tornáronse rojas...

Sobre el condenado llovían los golpes... Fueron pronto incontables sus heridas... Fué pronto su cuerpo una gran llaga palpitante... Caían las carnes desgarradas; crujían los huesos astillados; era horrible el suplicio y bárbara la pena... El rey Antán, que había cubierto sus ojos en espanto, preguntó á su hijo:

—¿Muere?...!

Y el Príncipe, con voz lejana, respondió:

—¡Sonríe!...

* * *

Terminada la ejecución, lleváronse al muerto...

Los ancianos, consejeros del rey, acallaron los escrúpulos que ante lo hecho inquietaran al monarca, prometiéndole que el reino tornaría á su primitiva calma, y que, no amando, no deseando, y no soñando, guardaríanse del dolor las fronteras de Graal...

Mas llegada que fué la noche de aquél día, junto al tronco añoso, al pié del cual murió el Perturbador, dos amantes confundieron sus lágrimas y sus besos... En prenda de fé, el príncipe Inar, que era el amador, prendió una ensangrentada clavellina sobre el pecho de su amada, y en prenda de ternura, la amada del príncipe brindó una ensangrentada clavellina á su amador... Fuéronse luego los enamorados, unidos en voluntad, ilusos en ideal, y hermanados en sufrimiento...

Fuéronse, y en lejanía siguieron confundiendo sus lágrimas y sus besos.

En las noches de otros días, otros amantes vinieron á cosechar rojas clavellinas en el bermejo campo en flor... y aunque los prudentes ancianos, consejeros del rey, mandaban segar las flores purpúreas al morir de

cada tarde, las clavellinas de amor y de ideal brotaban y florecían en las noches; las clavellinas de amor y de ideal brotaban y florecían, en florecimiento de inexorable voluntad...

ANTONIO G. DE LINARES



SMOLLETT

LITERATURA EXTRANJERA

LOS GRANDES HUMORISTAS INGLESES

Lo cómico nace, casi siempre, del contraste; y lo humorístico brota exclusivamente de una desproporción prodigiosa entre el fondo y la forma. Ningún pueblo tan predestinado al humorismo como el pueblo inglés, que goza en el contraste como base del placer artístico. «*En general, dice Taine (1), la singularité est dans le goût du pays; ils aiment à être frappés fortement par des contrastes. Notre littérature leur semble effacée; en revanche, nous les trouvons souvent peu délicats.*»

Cuando el espíritu necesita ser espoleado al placer artístico por el sentimiento del contraste, es porque ya no goza de una santa y beatífica simplicidad, es porque ya no se halla en el estado paradisiaco del gusto, es porque ya se ha agotado. Un espíritu exhausto y caduco se complace en la complejidad de los contrastes, en el humorismo. Por eso este género artístico no brota en la

infancia de los pueblos ni de los individuos, sino que es producto de una vida ó de una civilización ya gastadas y decrepitas.

Hé aquí, porque los pueblos jóvenes y las razas aún incipientes, no sienten la ironía ni el humorismo. En Homero no encontrareis ni vestigios de ironía; tampoco los encontraréis en el *Ramayana*. Los niños no sienten la ironía; tampoco la sienten las mujeres, espíritus perpetuamente infantiles. Los niños sienten el lirismo, que es lo contrario del humorismo, aunque en su génesis se identifiquen como se dirá después. Los poetas líricos, niños grandes, tampoco conciben ni practican la ironía, que es patrimonio de las inteligencias ya declinantes.

Hay que desconfiar mucho del hombre que no siente de continuo la nostalgia de la niñez y no ama á los niños. Hay que desconfiar, sobre todo, si se proclama poeta; porque ser poeta y no amar á los niños, es una antinomia. Todo poeta, aun el más malvado, aun el más envilecido por una vida disoluta como lo fué Byron, debe pensar como el cantor de *Childe-Harold*, que escribía desde Rávena en 1831: «Uno de los más

(1) *Histoire de la littérature anglaise*, tomo III. capítulo IV, VII. págs. 155 y 156.

abrumadores y mortales pesares de mi vida, es sentir que ya no soy un niño».

La ironía, es quizá, un castigo que el cielo inflige a los hombres cuando pierden la inocencia pueril; es como la maldición de un Jehovah colérico al expulsar a Adán y Eva, prevaricadores, del Paraíso. Por eso no sienten la ironía los niños, las mujeres y los hombres que no están acibarados por la vida; porque la ironía es el producto de muchos sinsabores, de muchas hieles, de muchos odios, acumulados en nuestro tránsito por el mundo.

Un ingenioso crítico francés ha explicado de esta manera «expiatoria» la ironía de un gran compatriota suyo, del mayor ironista francés, Renán. «Tú te burlarás de los hombres, del Universo y de todo, te burlarás de ti mismo, y acabarás por perder el cuidado y el gusto de la verdad. Tú mezclarás la ironía a los pensamientos más graves, a las acciones más naturales y mejores, y la ironía hará tus escritos infinitamente seductores, pero inconsistentes y frágiles. En cambio, nadie se habrá divertido tanto como tú en el mundo» (1).

Conste, sin embargo, que no es Francia el pueblo más acondicionado para sentir el humorismo, la expresión más refinada de la ironía. La ironía gala, es más tenue, más sutil, más rica en matices, menos enérgica que el *humour* inglés. Los franceses, que, se jactan de ser los espíritus más sutiles y más comprensivos del mundo, no han llegado en ocasiones a comprender del todo el *humour* inglés. El citado Lemaitre decía, hablando de *L'Immortel* de Alfonso Daudet, donde el protagonista (Astier-Rehu) es considerado como un ser inútil y grotesco, que «si un tipo análogo hubiese sido concebido por Jorge Elliot ó por Dickens, hubieran hecho de él un delicioso *bonhomme*, y mucho más conmovedor que ridículo. Yo mismo no comprendo el rabioso desprecio de Mr. Daudet por ese digno y honrado profesor y por todos sus semejantes. ¿Cómo un novelista puede amenguar á ese extremo su simpatía y sus facultades comprensivas?» (2).

Concebis, pues, ya cómo la ironía no es el *humour*, porque el *humour* es más comprensivo y menos sangriento que la ironía. La ironía es cosa más ligera, sí, más meridional, más de pueblos que meditan poco y se divierten mucho. Las razas del Norte, como el mundo exterior las aisla, son pue-

blos dados á considerar el Universo como un enigma, y todo su interés está en descifrarlo; los pueblos del Mediodía son más propensos á considerar el Universo como espectáculo.

II

Toda belleza resulta de una comparación—efectiva ó hipotética, poco importa—entre el tipo presentado á la imaginación por los objetos exteriores y el arquetipo ideal preexistente en nuestra imaginación. Para encontrar una cosa bella, hay que contrastar y ponderar su belleza con la *certa idea* de que hablaba Rafael, esa *certa idea* que lleva dentro de sí todo artista, por muy inconsistente que sea.

«Si reconocemos diferentes grados en la belleza—dice un estético español (1)—es porque los comparamos insensiblemente con la idea perfecta de lo bello que tenemos en nuestra mente.» El humorismo es como el lirismo, una resultante de esta comparación *deformada*. De ahí que en los países meridionales, donde la imaginación es cálida é hirviente, predomine el lirismo, la exaltación, como si dijéramos, el aullido á las estrellas; mientras que en los países del Norte, donde las imaginaciones son templadas y sobrias, priva el humorismo, la no conformidad trænquila y resignada á la miseria de la vida, la sonrisa sardónica, el rictus de desdén, el gesto estóico.

La flema británica, la cacareada y envidiada flema—ó sea la serenidad frente á los lances de la vida—constituye la esencia del humorismo. Sin un espíritu sereno y que goce de la *acquiescentia in seipso* recomendada por Spinoza, no puede haber humorismo durable. Inglaterra es el pueblo más predispuerto al humorismo porque es el pueblo que más se refrena, que más se contiene, que más dominio de sí mismo posee. Cada inglés es una isla, se ha dicho; por lo menos, diría yo, si no es una isla, cada inglés es un castillo, con torneadas almenas, fuertes barbancas y puente levadizo que le aisla del resto del mundo. No hay inglés que no sea reservado, tardo en entregarse, dueño de sus emociones.

Esta reconcentración en sí mismos les hace tristes y graves, dándoles ancho campo para la consideración de las miserias del mundo. Así que en todo inglés hay latente un moralista y un asceta; ¿y qué otra cosa que moralistas y ascetas son los puritanos,

(1) Julio Lemaitre: *Les Contemporains*; primera serie, pág. 213. (Vigésima primera edición, París, 1908.)

(2) Julio Lemaitre: *Les Contemporains. (Études et portraits littéraires)*, Aene. serie, pág. 233. (Decimasexta edición, París, 1902.)

(1) Fernández Espino: *Curso de literatura general* tomo I, cap. III, pág. 35. (Sevilla, 1847: Imprenta de S. M. Geofrin.)

planta indígena de las Islas Británicas, que sólo allí puede florecer?... El puritanismo es la postura inglesa antípoda del humorismo. Todo inglés al entrar en la vida, se ve obligado á elegir entre una y otra.

Si sus aficiones, su temperamento, su educación, no le han arrastrado en el torrente de los placeres profanos, escoge la posición puritana como la más sólida; si su virtud se ha relajado un poco, si se ha entregado en brazos de las Nueve Musas y algo á la sensualidad, si no halla *shocking* todo lo que ofende á sus paisanos, escoge la posición humorística como el último baluarte de un puritanismo echado á perder.

El humorismo inglés es un humorismo amargo, humorismo de hombres que conocen la sociedad y la naturaleza humana con todas sus mezquindades y vilezas. Todos los humoristas británicos, hablan con tono de desengaños. Se dirían Epicuros forrados de Pirrones que se sonrieran de su mismo epicureísmo y de su mismo pirronismo. Thackeray dice en cierta ocasión con la mayor serenidad del mundo: «Diddloff is a dandy who would die of a rose in aromatic pain; he had tried to have me assassinated three times in the course of the negotiation but of course we were friends in public and saluted each other in the most cordial and charming manner» (1). ¿Comprendeis lo amargo de este humorismo? Con una fría y desoladora naturalidad, Thackeray sienta como un hecho inconcuso que en la buena sociedad un hombre saluda afectuosamente á otro hombre á quien ha intentado asesinar tres veces á sangre fría. Corolario: que la buena sociedad es la peor de las sociedades posibles.

Por eso podriase definir el humorismo inglés, diciendo que es un humorismo ético, porque de él se desprenden siempre consecuencias morales. Es un humorismo que brota de la reflexión, del conocimiento de la naturaleza humana; no es el humorismo superficial, á flor de piel, que se estila por las latitudes del Mediodía. Nuestro humorismo es humorismo plebeyo, que huele á ajo y á cebolla; el humorismo inglés es humorismo de bufón ilustrado que divierte al monarca con originalidad y decencia.

«Hay en la socarronería inglesa—dice Taine—una seriedad, un esfuerzo, una aplicación asombrosa y sus locuras cómicas están compuestas con tanta ciencia como sus sermones. La poderosa atención descompone el objeto en todas sus partes y lo reproduce

con una minuciosidad y un relieve que dan la ilusión total del mismo. Swift describe el país de los caballos parlantes, la política de Lilibut, los inventores de la Isla Volante, con detalles tan precisos y tan concordes como un viajero experimentado, explorador exacto de las costumbres y del país. Así sostenidos, el monstruo imposible y lo grotesco literario entran en la vida real y el fantasma de la imaginación toma la consistencia de los objetos tangibles. Thackeray lleva á la farsa esa gravedad imperturbable, esa solidez de concepción y ese talento de ilusión.»

No es retozón ni mucho menos el humorismo de Thackeray; tampoco lo es el de Swift, que nos da la sensación de un dómine que se complace en disciplinar á los chieuelos. La humanidad es un niño travieso; Swift aspira á ser su dómine. *Swift en su alegría es siempre trágico*, ha dicho alguien. En efecto, Swift es trágicamente melancólico. Su ironía, jamás tiene notas sensibleras de piedad, como la de Dickens ó la de Thackeray; siempre se mantiene en su actitud de hombre superior, que no lamenta las flaquezas humanas, aunque las conoce. Es un Prometeo encadenado á su roca; que en vez de gemir se complace en martirizar á los demás, mostrándoles los suplicios á que ellos están sujetos. Jamás su queja tiene el tono flébil de los poetas elegíacos; más bien que queja, es protesta contra las fuerzas misteriosas que nos gobiernan, ese humorismo de Swift.

El estilo ordinario de Swift—dice Taine—«es la ironía grave. Es el arma del orgullo, de la meditación y de la fuerza. El hombre que la emplea se contiene en lo más fuerte de la tempestad interior; es demasiado altivo para ofrecer su pasión en espectáculo; no toma al público por confidente; quiere estar sólo con su alma; tendría vergüenza de entregarse; quiere, y sabe conservar la absoluta posesión de sí mismo» (1).

III

Otro carácter distintivo del humorismo británico, es el recargamiento excesivo. En la literatura representa lo que el estilo Barroco en arquitectura. Pocos humoristas ingleses se eximen de ese defecto; todos ellos parecen hablar á un público de gentes torpes, que necesitan muchas pinceladas para apreciar un cuadro. Swift y Thackeray son dos excelentes modelos de barroquismo literario. No tienen, como los franceses, el sentido de

(1) *The Snobs of England* (en *El Libro de los Snobs*), pág. 146.

(1) *Histoire de la Littérature anglaise*, tomo, III, capítulo V, págs. 208 y 210.

la concisión, de la claridad y de la gracia alada.

Un ejemplo de sobriedad en el humorismo británico. Addisson, en *El Espectador*, cuenta *more noturiali* los heridos de amor. «William Simple, herido en la Opera por una mirada dirigida á otro; Sirderistopher Crazy, Barón, herido por el roce de un jubón de ballena; Courtly, presentando á Flavia, sus

misanthropía y odio entrañable á la humanidad á que le condujo Swift; fué siempre un hombre que contempló con tranquilidad el espectáculo de la vida, sin acritudes, mirando á los humanos como seres inofensivos en el fondo y sintiendo piedad de ellos, aunque sólo fuese por la consideración de que él era humano también y podía caer en lo mismo que ridiculizaba, pues ya dijo Teren-



SWIFT

guantes (que ella había dejado caer intencionadamente), y cuando Flavia recibió el guante, mató, al pobre hombre de una reverencia; John Gosselin, habiendo recibido un ligero golpe por un par de ojos azules, cuando iba huyendo, fué despachado (*was dispatched*) con una sonrisa» (1).

Bien es verdad que Addisson es el más puro modelo de humorismo delicado, sereno, elegante, helénico, diríamos, si los griegos hubiesen conocido el humorismo. Jamás llevó el humorismo á los despeñaderos de

cio, de una vez para siempre, con frase inmortal: *Homo sum et nihil humani a me alienum puto...* Addisson jamás se rió despiadadamente de nadie, ni siquiera de sí mismo, lo cual es el refinamiento del humorismo en sentir de Juan Pablo Richter. Fué Joseph Addisson hombre de carácter apacible y dulce; ejercía el ingenio con sus colegas, pero sin martirizarlos, y sus contertulios del café de Button jamás le oyeron murmurar de nadie ni hablar mal sino en sordina. Su vida fué tranquila y explica la génesis de su obra; jamás tuvo que apurarse por ahogos de dinero ni mendigar á nadie la

(1) *The Spectator*, núm. 377.

congrúa sustentación; muy jóven, casi un chiquillo, apenas salido del Colegio de la Magdalena de Oxford, recibió del Gobierno, por intercesión de su amigo el ministro Carlos Montague (antiguo aficionado á las letras y aun cultivador poco afortunado, luego convertido en Mecenas de los literatos jóvenes, una especie de Cánovas inglés), una pensión de trescientas libras esterlinas para estudiar el francés en París y Blois, solar el más rancio de la lengua de Boileau. Después á lo largo de su vida, la fortuna sopló para él siempre viento en popa y no tuvo reveses de ningún género.

«Los escritores que, á nuestro parecer— escribe Macaulay (1)—, manejaron con más éxito y pericia el arma terrible de la sátira en el siglo XVIII, fueron Addisson, Steele y Voltaire, siendo en su género cada uno verdadero modelo y superior á toda comparación. Pero si Voltaire, el rey de los bufones, participa de la hilaridad que produce, hace contorsiones y gestos y señala con el dedo y saca la lengua; Swift, en cambio, cuando mueve á risa, no se ríe, sino al contrario, toma un aspecto grave y hasta triste, siendo Addisson el único que permanece sereno, efecto de su buen natural y mejor educación, cosas ambas que le obligan á suavizar y á embotar los golpes más acerados del ingenio. De nosotros diremos que preferimos los chistes de Addisson á los de Swift y de Voltaire, y que si la manera de los dos últimos ha podido imitarse con éxito, nadie ha podido hacer lo propio con la de Addisson. Mas en lo que nuestro poeta aparece, sin duda, superior á todos sus rivales presentes y pasados, es en la gracia, la nobleza y la moralidad de los chistes; porque si Swift tiene la gracia y el humor del *Mefistófeles* de Goethe, y Voltaire el del *Puck* de Shakespeare y aquél se torna en misántropo á fuerza de severidad y éste, si no es inhumano, tampoco respeta nada. José Addisson, aun en los momentos mismos que hace reír á carcajadas, da muestras de compadecer cuanto es débil, menesteroso y delicado y de venerar cuanto es grande, amable y sublime; como que ningún deber moral ni doctrina ninguna religiosa, natural ó revelada, son nunca objeto de sátiras de su parte que puedan redundar en su descrédito, ni abusa cual lo hicieron Swift y Voltaire de sus poderosas facultades para emplearlas en ridiculizar á sus semejantes.»

El humorista que sabe mantenerse en ese justo medio de la compasión es el verdadero humorista. Enrique Heine confesaba una vez que le costó lágrimas de sangre derramar la

hiel de su humorismo sobre instituciones que en su infancia le habían parecido sagradas. Quien no siente como Heine, quien no posee esa debilidad exquisita, quien, al apretar los ijares al potro de la ironía, no se siente lastimado, menguado humorista es.

El poeta latino hubiera podido corregir su célebre estrofa:

*Si vis me flere, dolendum est primum ipsi
(tibi,*

diciendo:

*Si vis me «ridere», dolendum est primum
ipsi tibi...*

Para hacer sentir el humorismo, hay que haber sentido antes dentro del pecho la honda pena que produce reirse de los demás. Los elegiacos pueden fingir un dolor que no sienten; pero los humoristas no pueden hacer sentir una lástima que no hayan sentido primero. Alfredo de Musset pudo engañar y despistar á veces en sus versos flébiles, como *La Nuit de Mai*; donde no pudo desorientar á nadie, fué en poesías humorísticas, como *Namouna*. No se puede ser humorista sin sinceridad, porque el humorismo es la capa con que se cubre la piedad por decoro. Probablemente, no son humoristas sino aquellos que llegan á serlo después de haber sido elegiacos, cuando se convencen de que no es lícito, ni casi artístico, dar á los hombres el propio corazón en espectáculo. Se refugian en el humorismo por decepción del sentimentalismo. El humorismo es la iglesia de asilo de los sentimentales fracasados.

El humorismo está relacionado con la sensibilidad, porque, como dice Jorge Elliot, «el humorismo tiene más afinidades con la sensación, y el *esprit* francés tiene más afinidades con las facultades intelectuales».

IV

El *humour* es una palabra de formación relativamente nueva, una creación del siglo XVIII. Antes de esa época, conocíamos la ironía, el *esprit*, la *blague* francesa, la socarronería española; pero no se había encontrado ese término expresivo y concreto, que tan peculiarmente designa un modo especial del espíritu. Hasta entonces no existía la palabra que la connotase, aunque existiera la idea. Voltaire escribía al abate De Olivet, en 1762: «Los ingleses tienen un término para significar esta chocarrería, este verdadero rasgo cómico, esta jovialidad, esta urbanidad, estas salidas que se escapan al hombre sin que él lo advierta y expresar esta idea

(1) *Estudios críticos*, págs. 347 y 348.

con la palabra *humour*.» Otro escritor francés, De Muralt, refugiado en Londres en los comienzos del siglo XVIII, escribía también poco antes: «El *humour* no es más que la facultad de trastornar las ideas de las cosas, poniendo la virtud en ridículo y haciendo el vicio agradable.»

Más tarde, en 1765, los autores de la *Enciclopedia*, asimilan el *humour* á lo que lla-

reír no experimenta el placer que os causa.»

Claro está que la elástica y amplísima aceptación de la palabra *humour* ha dado lugar á que bajo la enseña de humoristas se agrupasen muchos escritores que no lo eran en realidad. «El humorismo sirve de etiqueta á una hospedería muy espaciosa en que la historia literaria ofrece hospitalidad á viajeros que deben sorprenderse de encontrar-



ADDISON

man hoy fumistería los franceses, á la mixtificación, á la *blague*, á la enorme, singular y original chocarrería. Algunos años después, Mme. de Staël dice así en su trabajo sobre *La literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales*: «La alegría producida por la combinación del ingenio y la jovialidad, que los ingleses llaman *humour*, no tienen casi relación alguna entre sí... la lengua inglesa ha creado la palabra *humour* para expresar esa alegría que es una disposición de la sangre tanto como del espíritu. Hay morosidad, casi diría tristeza en esa jovialidad. El que os hace

se juntos, tanto acaso como los extranjeros con quienes Cándido se sentó á la mesa en Venecia.» Así escribe un culto crítico francés contemporáneo, F. Baldensperger. Y otro francés, no menos culto y dedicado á estudiar el género literario, que se llama humorismo, ha dicho que «el término general, comporta subdivisiones que es interesante indicar, y matices que, en la lengua corriente, no son bastante precisos» (1). Lo que queda en pie es que el humorismo tiene su expresión peculiar, es un modo artístico,

(1) Adolfo Brissón: *Nos humoristes*. (Prefacio.)

autónomo, de expresión literaria, con sus fórmulas, sus procedimientos, sus recetas, que constituyen un género independiente y casi una tradición. Una tradición relativamente nueva, como la prosapia de ciertas familias que se tienen por linajudas.

Tan nueva, que en el siglo XVII tiene aún poco arraigo la palabra. En rigor, el término de *humour* se debe á los fisiócratas ingleses, que hicieron translaticia la significación de la palabra *humor*, tal como se usa en medicina. En efecto; el humor peculiar de cada individuo, su constitución orgánica, crea y condiciona su modalidad espiritual. El *superavil* de bilis ó de linfa en el organismo crea el espíritu humorístico. «Cada uno sigue su humor peculiar—dice William Temple—y se regocija y hasta se enorgullece de manifestarlo.»

Más tarde, los alemanes elevaron la definición del *humour* de la esfera del empirismo á la esfera trascendental. *El humorismo*—dice uno de sus estéticos—es el procedimiento por el cual una infinita subjetividad aniquila el objeto. Vino luego Juan Pablo Richter, el gran tratadista de estética, que analizó el humorismo como nadie, que lo redujo á definiciones concretas y estudió sus derivaciones. En Inglaterra, William Hazlitt y Coleridge entreteníanse en distinguir el *esprit* francés del humor germánico.

El *humour* alemán no es, con todo, el *humour* genuino, que nació en tierras célticas. Es curioso que todos los países donde la raza céltica ha dejado huellas cultiven el humorismo con especial acierto. Así en Escocia brotó la planta del humorismo, que luego fué transplantada, en nuestra Península, á las regiones septentrionales, como Galicia, Asturias y Santander; y en general, toda la costa cantábrica. Un refrán escocés dice que *la sangre es más espesa que el agua*, dando á entender simbólicamente que las razas están unidas por lazos de cordialidad, á pesar de que las separe un mar. Así podemos asegurar que hay una interpenetración, á través del Atlántico, entre los humoristas escoceses Carlyle y Roberto Burns y los humoristas astures Clarín, Palacio Valdés y Juan Ochoa.

Como hablábamos del humorismo alemán, recordaré que es muy distinto del humorismo inglés. «En los alemanes—dice un crítico ginebrino, J. Ch. Cherbuliez—el humorismo no tiene ya esa ligereza viva y picante. Participa de la idealidad que domina su espíritu. Abandona sin cesar la realidad para elevarse á las nubes y se encuentra en él muchas veces un sentido más profundo, pero mucha menos claridad.»

El humorismo inglés fué, en su génesis, cultivado por los autores cómicos de baja estofa, como Wycherley y Congreve, que entretenían, con sus chanzonetas, á la plebe en los teatros de los suburbios. Como el bautizo fué vulgar y zafio, le ha quedado siempre al humorismo esa mancha de origen, que luego reaparece en Sterne y en Swift. Es una especie de mancha hereditaria, que da saltos sobre varias generaciones, pero ataca infaliblemente más ó menos tarde.

Como reacción contra ese envilecimiento inicial, asoma lo que llamaré *el humorismo predicador* (que no es sino la sátira antigua adaptada á las exigencias nuevas) y que cultivan con preferencia Dryden, Addison y Steele.

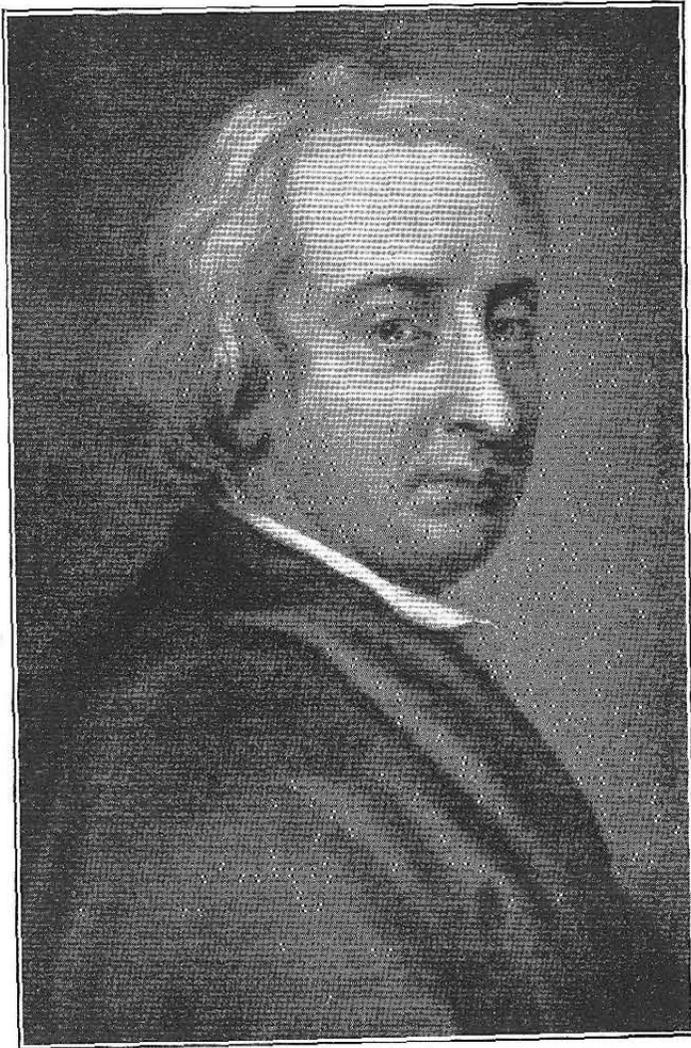
Los humoristas predicadores á lo Addison son verdaderamente incomprensibles. Hay momentos en que no se sabe si hablan en serio ó en broma. Por ejemplo, en este pasaje: «Una salamandra es una especie de heroína de la castidad, que anda sobre el fuego y vive en medio de las llamas sin quemarse. Una salamandra no conoce diferencia de sexos en la conversación, se familiariza con un extraño á la primera entrevista y no es de espíritu tan estrecho que observe si la persona con quien habla lleva pantalones ó faldas» (1).

Indudablemente, la intención del autor es moralizar; no hace con ello más que poner en práctica el adagio latino: *castigat ridendo mores*. Pero lo hace con tan amena jovialidad, que el veneno de la reprensión no se advierte, mezclado con el almibar del humorismo. ¿Se puede creer que Addison tomase en serio su papel de predicador? Difícil es cuando se recuerda que para ridiculizar las diversiones de las clases altas en su época no encuentra cosa mejor que narrarnos deliciosamente un combate de leones. «Nada ha divertido más á la ciudad en estos últimos años, que el combate del signor Nicolini con un león en Haymarket, espectáculo que se ha repetido muchas veces con general satisfacción de la nobleza alta y baja en el reino de la Gran Bretaña. El primer león era un expendedor de bujías, hombre de un natural colérico y obstinado, que se excedía en su papel y no se dejaba matar tan fácilmente como hubiera debido... El segundo

(1) «A salamander is a kind of heroine in chastity, that treads upon fire and lives in the midst of flames, without being hurt. A salamander knows no distinction of sex in those she converses with, grows familiar with a stranger at first sight, and is not so narrow-spirited as to observe whether the person she talks to be in breeches or in petticoats.» (*The Spectator*, num. 198.)

león era un sastre de oficio, perteneciente al teatro, y que tenía en su profesión fama de hombre suave y apacible. Si el primero era demasiado furioso, éste era demasiado manso, á tal punto, que después de un corto y modesto paseo por las tablas, se dejaba

Despliega la más amable de las ironías para reducir á las damas legitimistas al partido protestante, diciéndoles, como á niños á quienes se promete un juguete: «ya no son citadas en los clubs cuando se nombra á las bellas, á cuya salud se bebe; no les sir-



DRYDEN

caer á la primera embestida de Hidaspo, sin luchar con él ni darle ocasión de lucir toda la variedad de sus posturas italianas. Dicese en verdad que un día le hizo una desgarradura en sus pantalones de malla, color de carne, pero era solamente para procurarse trabajo y en su calidad particular de sastre» (1).

(1) *The Spectator*, núm. 13.

ve de nada que haya un ejército y tantos buenos mozos con sombreros de plumas» (1). De igual manera, en los primeros números del *Spectator*, se permitía estas chanzas á costa de sí mismo: «Se refiere de Sócrates

(1) «They lose their elections in every club where they are set up for toasts... They receive not benefit from army and are never the better for all the young fellows that wear hute and feathers.» (*Freeholder*, núm. 4.)

que hizo descender la filosofía del cielo para alojarla entre los hombres. Mi ambición será que se diga de mí que yo he hecho salir la filosofía de los gabinetes y de las bibliotecas, de las escuelas y de los colegios, para instalarla en los *clubs* y en las asambleas, en las mesas de té y en los cafés. Así recomiendo muy particularmente mis meditaciones á todas las familias bien organizadas, que cada mañana reservan una hora al desayuno de té y manteca, conminándolas, en beneficio suyo, á hacerse servir puntualmente esta hoja impresa, como un apéndice del desayuno» (1).

Bien se advierte que la ironía de Addison es piadosa, mientras que la de Swift, á quien Addison y sus amigos llamaban «el cura loco», es implacable. La diferencia de vida explica la diferencia de estilo. Addison fué un hombre plácido y feliz; Swift fué infortunado y atrabiliario. «Es tiempo ya para mí—dijo una vez—de acabar con el mundo... Pero yo moriré entre espasmos de rabia como un ratón envenenado en su agujero.» (*It is time for me to have done with the world... And so I would... and not die here in a rage, like a poisoned rat in a hole.*) Siempre así; es un temporal deshecho, este Swift. No emplea más que frases gruesas; sus sátiras, más que dardos, parecen descargas de fusilería. Acribilla al adversario ó al personaje que ridiculiza, y le hace morder el polvo.

Oidle en su contienda con Steele, el amigo de Addison y colaborador suyo en el *Spectator*. Le trata de iletrado, le pone de oro y azul. «El desventurado ha guardado un recuerdo confuso de las palabras desde que ha abandonado la Universidad, pero ha olvidado su significación, y las distribuye caprichosamente, sin más motivo que su cadencia; tanto que me recuerda aquel criado que clavaba los mapas de geografía en el gabinete de un *gentleman*, unos de lado, otros al revés, para ajustarlos mejor al tabique.»

VI

Si el humorismo atrabiliario á lo Swift fuese la especie de humorismo preferida por los humoristas de hoy, tendríamos convertido el mundo en una casa de orates. Hay otro humorismo más fino, más zumbón: el humorismo á la española. Nuestro padre y maestro Cervantes nos dió ejemplo. En Quevedo se puede comprobar también ese humorismo hispano, que un crítico francés ha estudiado en el autor de *Las zahurdas de Plutón*.

Dando un salto grande, encontraremos en Larra algunas de las principales cualidades del humorismo hispano. Dudo de que Larra conociese la literatura inglesa; pero al leer algunos de sus artículos de costumbres, se diría que estamos en Addison ó en Sterne. El artículo titulado *El castellano viejo* y el que se titula *Vuelva usted mañana*, son modelos de fino humorismo. Bastarian esos trabajos para cimentar la fama de un autor.

Larra comprendió además, perfectamente, la naturaleza del humorista, cuando dijo que «el escritor satírico es, por lo común, como la luna, un cuerpo opaco destinado á dar luz y es acaso el único de quien se puede decir con razón que da lo que no tiene.»

Larra fué siempre satírico claro y latino, por decirlo así. Más si como apunté antes es probable que no conociese la literatura inglesa, hay que confesar que se aprovechó algo de ella. Positivamente recuerda á Addison en muchos instantes; y hasta la factura de *El Pobrecito Hablador* recuerda en algo la factura de *The Spectator*, haciendo una revista de costumbres y de opiniones en tono jocoso. «Su estilo—dice el único crítico que le ha estudiado á fondo en un hermoso libro (1)—es el de un palique familiar, donde saltan los chistes y las frases en el calor de la improvisación. Su humorismo no se pierde nunca en nebulosidades. Se expresa lisa y llanamente.»

En lo que se parece á los ingleses, es en la lógica de su humorismo. Jamás lo disloca, como hacen los alemanes, que han llegado á hacer de su humorismo una capa de paradojas. Juan Pablo Richter ha creado ese humorismo especial, singularísimo, ideológico, como si dijésemos, ese humorismo de metafísicos, á diferencia del humorismo inglés, que es humorismo de hombres prácticos. Apurándolo todo, Larra era más francés que otra cosa. «*Figaro* respondía perfectamente á su seudónimo. Tenía el *esprit* parisiense del famoso barbero sevillano. Solo que, en vez de ser como el héroe de Beaumarchais, un travieso gabacho disfrazado de andaluz, Larra era un francés, no traducido, sino arreglado á la sociedad española» (2). Por algo un francés, Charles Mazade, ha hecho objeto especial de sus investigaciones á nuestro gran humorista, uno de los pocos autores peninsulares que han traspasado las fronteras.

Larra forma, con Eça de Queiroz y con Palacio Valdés, el triunvirato de humoristas ibéricos que han logrado fama allende los

(1) *The Spectator*, núm. 10.

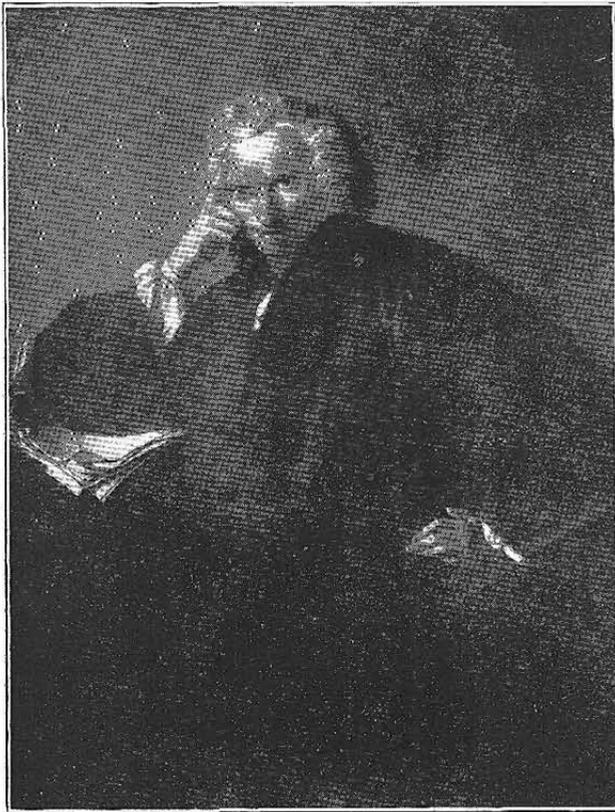
(1) Julio Nombela Campos: *Larra*, VI, pág. 176.

(2) Nombela Campos: *Larra (Figaro)*, pág. 178.

Pirineos. Los tres tienen de común el infundir nuevo soplo en el cuerpo inanimado de la socarronería castellana. Cervantes, Quevedo y Hurtado de Mendoza resucitan en estos tres grandes humoristas de hoy. Las ideas nuevas han dado segunda vida al humorismo, lo han reanimado en una enérgica y artística *palingenesis*.

Larra es más crítico; Eça de Queiroz es

El humorismo es reflejo de las disposiciones orgánicas, tanto como de las inclinaciones mentales. Por eso no extrañéis ni hagáis repulgos porque se hable de temperamentos cuando se trata de este género artístico. El humorismo tiene entronques con el sistema nervioso y su intensidad varía en razón directa de la capacidad psíquica. Es difícil ser un buen humorista sin tener un juicio críti-



STERNE

más filósofo; Palacio Valdés es más observador. Los tres tienen un toque común, que es la socarronería de estas gentes peninsulares, que desconfían de todo y creen solamente en lo transcendental. Piensan transmutar los valores y juegan con todas las ideas, que son para ellos solamente un motivo de irrisión. La enorme desproporción entre lo que se desea y lo que se realiza es la base de este humorismo. Se piensa corregir á la Humanidad por medio de la sátira, como se piensa emocionarla con la elegía. El temperamento sanguíneo recibe bien los latigazos de la ironía y los temperamentos flemáticos se incendian mejor con la poesía elegíaca.

co muy sereno, una inteligencia cultivada y una sensibilidad casi hiperestésica. Sin esas dotes no se puede adquirir un dominio pleno del humorismo; quien se cree humorista porque tiene una zumbona y leve chanza á costa de un evento menudo, jamás llegará á las cumbres del Arte.

VII

Dryden abrió el camino á los humoristas de su país. En su estilo hay, á juicio de Sir Walter Scott, «algo de la gravedad original de Cervantes, que anima lo que de otro

modo sería un relato muy árido» (1). Pero Dryden fué muy especialmente poeta lírico y apenas tuvo tiempo de cultivar la sátira; y como prosista, se dedicó á estudios críticos, que no dejaban ancho campo al humorismo. Más bien que cultivarlo, lo analizó en su *Ensayo sobre la sátira*, obra maestra de erudición y de buen gusto.

En el teatro realizó labor de purificación, limpiando la escena de las groserías bárbaras que habían deleitado á la plebe inglesa en las épocas anteriores. Todavía sus comedias conservan la licenciosidad propia del siglo, licencia que parece haber copiado «más bien por necesidad que por gusto», dice el mismo Walter Scott. «Se notan en ellas muchas chispas de ingenio; mas para servirme de una metáfora, el autor ha machacado mucho la piedra antes de sacar algo de ella.»

Mas era necesario que viniese—para ampliarlo y completarlo—otro espíritu menos clásico, menos rígido, menos frío que Dryden. Era que Dryden se cuidaba demasiado de las reglas de la lógica y de la retórica para ser humorista perfecto. Tras él, vino Sterne, desdeñoso de la lógica y de la estética, poco respetuoso con la tradición, mezclando lágrimas y risas, metódicamente desconcertado, por decirlo así... Y vino también después de Dryden, el fuerte y atrabiliario Swift, pariente del autor de la *Oda á Santa Cecilia* y á quien éste había dicho en una ocasión: «Nunca seréis poeta, primo Swift.» Y como contraste á su humorismo agresivo y duro, se presenta el suave Fielding, sanguíneo, enamorado, satisfecho de vivir, haciendo nacer en sus lectores la indulgencia y la simpatía hacia algunos de sus personajes, perfectos bribones, pero que son sinceros, joviales y entretenidos. De aquí brota ese humorismo suave—antagónico del acre humorismo de Swift—que aún tiene prolongaciones en autores contemporáneos, que lo han refinado y adaptado á las exigencias modernas. Podría servir de ejemplo el genial Oscar Wilde, que, á fuerza de paradojismo humorístico, hace simpáticas figuras de cínicos redomados.

Dryden hizo, sobre todo, una labor redentora; purificar la escena inglesa y sustituir á las chocarrerías de los comediógrafos contemporáneos y anteriores á él la fina trama de su ironía, que no flagelaba, que no era látigo, sino suave palmetazo de maestro amable.

Aquel Wycherley, aquel Congreve, aquel Farquhar, aquel Vanbrugh, aquel Sir Geor-

ges Etheridge, aquel Buckhurst y aquel Sedley habían corrompido el gusto á la par que corrompían las costumbres, diga lo que quiera su crítico y compilador Leigh Hunt (1) que rechaza la acusación de inmoralidad lanzada contra esos autores por los puritanos británicos contemporáneos á ellos y posteriores.

Fletcher y su colaborador Beaumont, autores de comedias tan notables como *The Chances* y *Rule a wife and have a wife*, son ya de otra especie. Cultivan más el género decoroso y pueden agradar á una sociedad bien educada. Tampoco es digno de desdeñoso silencio el autor de las entretenidas comedias *New way to pay old debts* y *City Madam*; el buen Massinger ya tomó más vuelos que sus contemporáneos y se atrevió á ceñir el colurno escribiendo las tragedias *Duke of Milan* y *Fatal Downy*. Pero fué necesario que un espíritu más educado y culto, versado en letras clásicas, como era Dryden, viniese á regenerar la escena inglesa, aunque á veces, por ceder á la corriente del gusto público, incurriese en las mismas exageradas indecencias de los coribantes de menor cuantía.

Charles Lamb, escritor humorístico, autor de *The Essays of Elia*, bautizados así por el nombre de su hermana, gran inspiradora y hasta creése que colaboradora suya, defiende á los escritores supradichos con especiosos sofismas, suponiendo que no debe juzgárseles con arreglo á la moral corriente á la moral de la vida práctica, sino situando á los personajes en un mundo irreal, caótico, donde no se conoce la Biblia ni hay noción de la justicia ni lo que aquí, en este bajo mundo, reputamos atentado contra la moral, produce más efecto que desatar la risa de los seres imaginarios que pueblan ese fantástico universo, en que reina la jovialidad como única dueña.

VIII

Daremos un salto por encima del mediocre Smollett, ramplón imitador de Lesage y autor de varias obras flojas, anodinas como un domingo inglés. *Roderick Random* y *Peregrine Pickle*, apenas merecen ser mencionadas; las pesadas narraciones intercaladas estropean todo el interés que pueda tener el asunto. Apenas hay latino educado en nuestro arte claro y ligero, que resista las insultas y latas novelas de Smollett, sin bostezar. Como gorro de dormir, pueden recomendar-

(1) *Vida de John Dryden, conteniendo la historia de la literatura inglesa desde la muerte de Shakespeare hasta 1700*, tomo II, sección 8.^a

(1) *The Dramatic Works of Wycherley, Congreve, Vanbrugh and Farquhar, with biographical and critical notices*; Londres, 1840.

se. Sólo tiene algún relieve *Humphrey Clinker*, novela que es un programa de *novelisco humorístico*, puesto que se basa en la frase de Ben Johnson, que le sirve de epígrafe: *Every man in his humour*.

Hasta los tipos son grotescos en las novelas de Smollett; el ridículo capitán Lishama-

y vitando del novelista franco-hispano: en la aglomeración de tipos que pasan á lo largo de las novelas, anticipándose á Balzac, del cual se dijo en su época que había sobrepujado en sus obras de imaginación las inscripciones del Registro Civil. Bien dice Taine que «el generoso vino de Fielding se torna



DICKENS

go, la nauseabunda joven de buena familia y acaudalada, que ha caído en la más pútrida de las abyecciones; el cruel capitán Oblum, que, por no consentir enfermos á bordo, deja morir y enloquecer de hambre á casi todos los pasajeros del buque que manda.

Smollett declaró, taxativamente, que su modelo de novelista era Lesage. ¡Iluso artístal! No le llega ni á la suela del zapato al amenísimo, claro y elegante narrador de *Gil Blas* y *Le Bachellier de Salamanque*. Si acaso se le parece en algo, es en lo más censurable

en manos de Smollett, en aguardiente de taberna.»

En Fielding encontramos un *bon vivant*, un epicúreo práctico metido á novelista. Y (cosa más extraña aún) metido á moralista. Porque el fin de Fielding, como el de todos los humoristas ingleses, es moralizar; pero ¡á costa de cuantos empocilgamientos en lo grosero y trivial de la vida!... Imagina que con presentar á sus héroes y desenvolver los episodios á que asisten, bastará para que el lector desprenda consecuencias éticas. No

es así; si él no nos dijera expresamente, en el prefacio de *Joseph Andrews*, que el estilo trágico agría el espíritu, mientras que el estilo cómico «dispone á las gentes á la benevolencia y al buen humor», nos costaría trabajo creer que este novelador sucio, fuerte, crudo, bárbaramente naturalista, intentara con sus pinturas escabrosas corregir á la Humanidad. Con todo, resulta *Fielding*, más que un pintor, un juez. Hay que advertir que la jurisprudencia era su profesión.

Recordad aquella escena, en que el capellán de una carcél, después de desatar su elocuencia para inducir al arrepentimiento á un condenado á muerte, acepta de él un ponche, porque las Sagradas Escrituras no dicen nada contra ese líquido, y después de atracarse, le recita su último sermón contra los filósofos paganos. Todo esto es muy curioso, muy divertido y muy chocante, para nosotros los meridionales; pero está muy en consonancia con los gustos del público inglés.

El polo opuesto, el antípoda intelectual de *Fielding* es *Sterne*. El humorismo del autor de *Joseph Andrew* es alegre, zumbón, soleado, por decirlo así; el del autor de *Tristram Shandy* es acre, triste, lúgubre, de día opaco. Aquel es humorismo de hombre bien avenido con la vida; este es humorismo de hombre mal encarado con la existencia y con los hombres.

«Para leer á *Sterne*—dice *Taine*—hay que esperar los días de capricho, de spleen y de lluvia, en que á fuerza de excitación nerviosa está uno fastidiado de la razón». Nada más justo. La imaginación de *Sterne* es una imaginación pervertida, que se goza en saborear y brindar á sus lectores los manjares fuertes de la liviandad fría, que es la peor. No es un sanguíneo, que por temperamento da en lo escabroso; no es un epicúreo sistemático, que habla de la voluptuosidad como si discutiese un postulado de *Euclides*; es un bilioso que, por fastidio de sí mismo y de la humanidad, se revuelca y hoza en los cubiles de la sensualidad. Es una lascivia maligna de bulón, que por divertir á su amo se entrega á pornografías que acaso no sienten... ó acaso sí. El señor á quien se divierte, es en este caso el público; y el público gusta del raro espectáculo de un eclesiástico libertino, filósofo y aficionado á tocar el violín, que se compadecía y gemía por un asno muerto y abandonaba á su madre estando viva, como dijo un contemporáneo suyo. *Tristram Shandy*, su obra principal, tiene capítulos verdaderamente nauseabundos de lascivia, no de franca y joven sensualidad, sino de la lascivia propiamente dicha, es

decir de satirias gastada y senil que se refocila en las ideas repugnantes, «como los paladares estropeados encuentran su contento en el sabor acre del queso arranciado», dice el gran crítico de *Philosophie de l'art*.

Sterne escribió, á más de *Tristram Shandy*, otra novela de aventuras, que contiene capítulos menos escabrosos, aunque siempre el gusto del autor se extravía á ratos. Titúlase *A sentimental journey* (Un viaje sentimental) y es la relación de las aventuras de un gentleman inglés en un viaje por Francia.

Excluid de él las escenas de mal gusto, por ejemplo, las inquisitivas preguntas de la viuda *Wadman*—sobre las heridas en cierta parte del cuerpo, donde la espalda pierde su limpio nombre—y tendreis un novelista ameno.

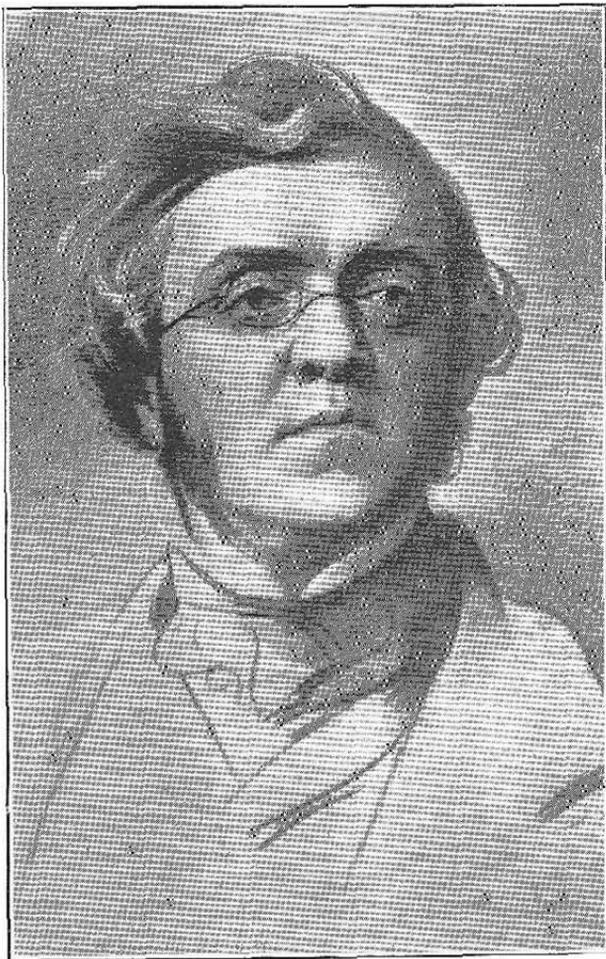
Como era un excéntrico y además un enfermo, nadie como él ha estudiado las hipertrofias y las anomalías de la personalidad humana; los tipos que podríamos llamar tragicamente cómicos. No ve en el hombre sino la manía, lo que él llama *el hada*: la afición á las fortificaciones en el tío *Tobías* y el entusiasmo por las tiradas oratorias y por los sistemas filosóficos en *Tristán Shandy*.

Con todo, jamás llegó el humorismo de *Sterne* á esas verdaderas atrocidades á que había llegado *Swift*, cuando escribía en su folleto sobre las desdichas de Irlanda (*Proposición modesta para impedir que los hijos de pobres en Irlanda sean una carga para sus padres ó para su país y para hacerlos útiles al público; 1739*): «Me ha asegurado un americano, conocido mío, que reside en Londres, hombre muy discreto, que un niño bien sano, bien alimentado, es, á la edad de un año, un alimento deliciosísimo, substancial y sano, asado ó frito, y no dudo que pueda servir igualmente en *ragout*. (*I have been assured by a very knowing American of my acquaintance in London that a young healthy child, well nursed, it is at a year old, a most delicious, nourishing and wholesome food, whether stewed, poasted, baked or boiled; and make no doubt that it will equally serve in a fricassee or a ragout.*) Yo ruego, pues, humildemente al público, que considere que de los ciento veinte mil niños, se podrían reservar veinte mil para la reproducción de la especie, de los cuales, una cuarta parte fuesen machos, y que los otros cien mil podrían, á la edad de un año, ser ofrecidos en venta á las personas de calidad y de fortuna de todo el reino, estando advertida la madre de que los hiciese mamar copiosamente el mes último, de manera que se pusiesen carnosos y

grasientos para las buenas mesas. Un niño compondría dos platos en un banquete de amigos; cuando la familia come sola, la carne de delante ó de atrás haría un plato excelente; sazonado con algo de pimienta ó de sal, estaría muy bueno, frito, al cuarto día, particularmente en invierno.»

IX

Ahoravienen los novelistas claros, serenos y humanos, los verdaderos maestros del humorismo honrado, por decirlo así. Son Dickens y Thackeray, los creadores de personajes que perdurarán á través de los siglos.



THACKERAY

Ya veis con qué macabro humorismo propone Swift la antropofagia. Este es el *delirium tremens* del humorismo. A estos extremos, en que se traspasan las barreras del sentido común y de la razón y se llega á la psicosis epileptoide (hay que advertir que Swift se volvió loco pocos años después de escribir esto), jamás se acercó Sterne, que era, en fin de cuentas, un espíritu reposado, clásico, sereno, que lanzaba sus tiradas humorísticas muchas veces por *boutade*.

El humorismo de éstos es un humorismo sano, reposado, concienzudo, no es el humorismo agrio y corrosivo de Swift. El humorismo de Dickens y de Thackeray es un humorismo semejante al de nuestro Campoamor ó nuestro Larra, en España. Es un humorismo de quienes conocen la vida y las debilidades de los hombres y se quejan de ello, zahiriéndoles dulcemente; pero saben también que hay algo superior á esta miseria humana, que es el Espíritu, lo in-

mortal. (Swift en cambio es un materialista acérrimo, sino teórico, práctico, que es peor). *Todas las cosas pasan y tú con ellas*, dijo Kempis, dando la primera clave para los humorismos. Pascal, ampliando la idea, se expresaba así: «Es una cosa horrible sentir continuamente deslizarse todo lo que se posee y que se pueda uno aficionar á ello sin tener deseos de investigar si hay algo permanente» (1). Renán, agotando las consecuencias y extrayendo el jugo de este pensamiento, dijo una vez para explicar su fino humorismo francés: «Yo tenía el sentimiento de lo Infinito y de lo Eterno y de ahí mis sonrisas por las cosas que pasan... Pero el espíritu no pasa.»

Hé ahí explicada, admirablemente, la génesis del humorismo y la psicología del humorista. Todo humorista es un espiritualista que se sonríe de las cosas que pasan...; pero sabe muy bien que el espíritu no pasa. De ahí el respeto de todo humorista á lo verdaderamente grande, eterno é inmortal; y su desdén hacia todo lo pequeño, terrestre y vil, que no tiene razón de ser y sólo burla y chacota merece.

Dickens y Thackeray son, á más de unos maestros del humorismo, unos novelistas geniales. Un Balzac, un Flaubert, un Zola, tienen la maestría del género novelesco, pero no tienen la maestría del humorismo. Flaubert es irónico; Balzac es á ratos irónico y á ratos cómico; en Zola no hay ni vestigios del sentido de lo cómico. Se ha hecho notar esto varias veces; que Zola no sentía lo cómico y sólo en el *Coupeau de L'Assommoir* hay algo de grotesco. Pero ninguno de los tres maestros de la novela francesa moderna es humorista como lo son los dos grandes maestros de la novela inglesa contemporánea.

De ellos procede directamente el norteamericano Mark Twain, que, si no es creador

de personajes como Dickens y Thackeray, es en cambio más exageradamente humorista que ellos. En Dickens y Thackeray hay más mesura, más corrección, más sentido de lo clásico; en Mark Twain el humorismo se disloca más.

Y como el hombre es la medida de todas las cosas, que dijo el filósofo helénico Protágoras, es también el hombre quien moldea el estilo. El estilo no es el hombre, debiera decirse rectificando á Buffon, sino más bien el hombre es el estilo. Así Dickens y Tackeray son los representantes de la sociedad inglesa, un poco puritanos, pero algo frívolos también, como la época exige. Mark Twain es el espíritu positivo y práctico de Norte-América, que dedica ratos de ocio al idealismo. Y una de las formas más elevadas del idealismo, es el humorismo, expresión del idealismo en sordina, por decirlo así.

Quien conozca *La feria de las vanidades*, de Thackeray, *Nicolas Nickleby* y *El almacén de antigüedades*, de Dickens, y *El prometido de Aurelia*, de Mark Twain, conoce las obras maestras del humorismo moderno. Comparadas estas obras con las excentricidades de Sterne, con las acres diatribas de Swift, con las intemperancias de Fielding, se ve que el humorismo ha ganado en intensidad y al mismo tiempo en amenidad, en espíritu alado y ligero. Ha ganado mucho en el contacto con la ironía francesa. Los plúmbeos hijos de la isla de John Bull se han ductilizado, y lo que acaso hayan perdido en vigor, lo han ganado en ligereza. Escriben con más agilidad y describen sin la pesada propopeya que Swift ó Sterne daban á sus relatos.

Los humoristas ingleses forman una de las más fértiles y saludables provincias del reino de la literatura. Merecen ser conocidos por pueblos meridionales, para que nuestra superficialidad colorista se sature de esos matices espirituales que da el humorismo.

ANDRÉS GONZALEZ-BLANCO

(1) «C'est une chose horrible de sentir continuellement s'écouler tout ce qu'on y possède, et qu'on s'y puisse attacher sans avoir envie de chercher s'il n'y a point quelque chose de permanent.» (*Pensées*, págs. 244 y 245.)



CANCION DE GESTA

PARA EMILIO CARRERE

I

La casa en que ahora vivo, en otra edad vivióla
un noble aventurero que se llamó don Juan;
llegó cuando ya era la América española
y fué en Cuba de un barco pirata el Capitán.

Tenía sed de amores y luenga sed de oro,
y en pos de oro y amores su barco navegó;
terror acá en las Indias, espanto allá en el moro
magnífico y solemne, don Juan así vivió.

Su vida fué la vida de un joven Dios pagano
galante y epicúreo, jovial y soberano.
amor, vino, riquezas, su bello culto fué;

Y en esta casa antigua bajo un dosel tuviera,
al pie de un vellocino de oro, la hechicera
figura milenaria de la diosa Astarté...

II

Corrió todos los mares en triunfo y algazara,
y no topó mahona, bajel ni galeón,
que no hiciera cautivos y más luego no izara
en las vencidas proas, su invicto pabellón.

Su sed de oro y amores no tuvo ledanía,
ni anáfaga imposible su indómito bajel,

que entrara tierra y mares con grande adefagia,
por una moza ébria de púrpura y de miel.

Su barco era un tesoro de mágica belleza,
jamás otro ninguno con tanta gentileza
vogó por estos mares, surcó mares allá...

Joyel rico y enorme brillaba refulgente,
el oro de las Indias, la púrpura de Oriente,
y el fausto formidable de un regio Padichá.

III

Sus negras horas lentas de bárbaro fastidio,
curábalas con cantos y risas de festín;
á veces eran versos de los que amara Ovidio,
ó bélicos romances de asalto y de botín.

Vistiera en esas horas como un arconte griego,
ó bien con la rudeza magnífica de un Kan,
ó tal como un Atila que entrara á sangre y fuego,
ó á la soberbia usanza de un noble Kapudán.

Sagrado como un Inca, mirábale su tropa
de bárbaros lembarios, gustar en áurea copa
la mágica alegría del buen vino español,

mientras sus negros ojos hieráticos miraban
las sombras, como cuervos silentes, que rondaban
hambrientos y voraces la muerte del rey Sol.

IV

Después de haber teñido de sangre su escarcina
sobre un barco que izara la enseña piamontés,
tras un hórrido instante de fiera degollina
que á cientos las cabezas rodaban á sus pies.

La risa de una *fembra* y un *vaso de bon vino*,
y arcones con más oro que en tiempos tuvo Ofir;
augusto como un César, como un Inca divino,
vivir toda una vida sintiéndola vivir...

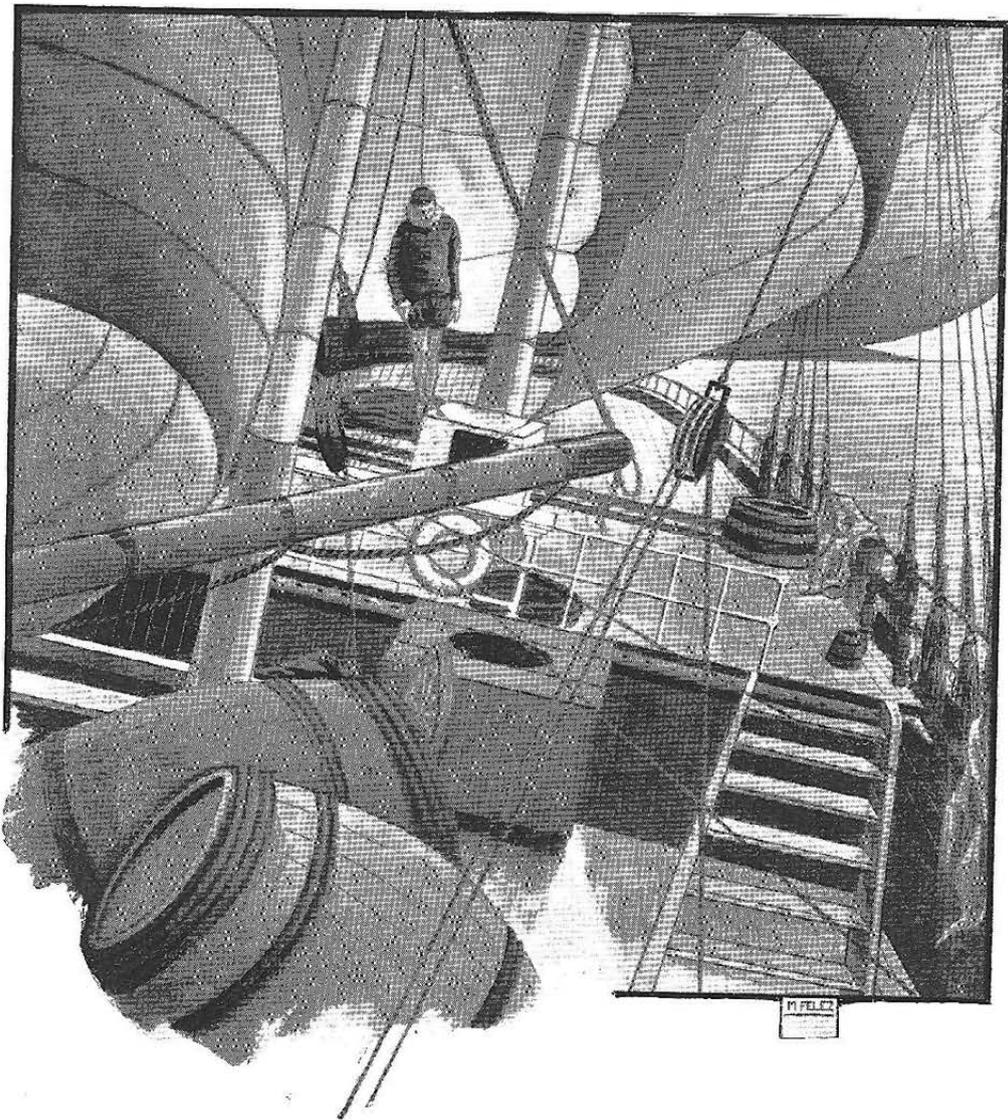
Y en noches blancas, llenas de paz y de armonía,
contar con el donaire de hispana galanía
homéricas fazañas ó bien cuentos de amor.

Y luego, mientras rueda la Luna hacia Occidente,
sentir como sus ojos se cierran blandamente
al cálido suspiro de tibia boca en flor.

V

Su apuesto continente, su noble bizzarria,
su afán por las riquezas, el vino y el placer,
creóle tal leyenda de amor, que florecía
quiméricos ensueños en almas de mujer.

—«¿Será cómo un rey moro, gentil, ese pirata?»
Y doña Sol replica: «¿Será bello y galán?»



«Jugar, dinos tañendo tu cítara de plata
en sabla romancesca, ¿quién es ese don Juan?»

—«Señora, según cuentan, nació de noble cuna,
y una hada dióle sueños de amor y de fortuna.»
—¿Es joven?—Más que Apolo—¿Y bello?—Como un Sol.

—¿Y diz que es tan osado?—Como un Atila fiero;
jamás hubo otro alguno más bravo ni altanero.
—¿Fidalgo con las damas?—¡Señora, es español...!

VI

Y al son que va rimando la cítara sonora,
en un canto de *Gesta*, relata el buen jugar,

la vida exorbitante, solemne y seductora,
de aquel noble pirata, león de tierra y mar.

«Por unos lindos ojos dió caza á diez navios
y degolló la tropa, con sólo su bajel.»
«Por dar á sus lembarios riquezas y amorios,
batió barcos de moros y á saco entró en Argel.»

«Por dar á su capricho sanción de ley cumplida,
profaná, cual Mañara, la santa y noble vida
de algún sacro recinto, allá en suelo español.»

La dueña que tal oye, se signa horrorizada,
maulla un gato negro, de cárdena mirada,
en tanto que anhelante suspira Doña Sol...

VII

Tal fué la enorme vida del más fiero pirata
que recorrió los mares de Indias á Stambul;
cantáronle juglares en cítaras de plata
y amáronle princesas de noble sangre azul.

Vivió toda una vida de púrpura y de gloria
soberbia, como vida de antiguo Emperador;
uncida á su áureo carro siguióle la victoria,
más dócil que la sierva que sigue á su señor.

Amor más raro y loco no tuvo la fortuna;
y en todo continente más amplia que la Luna
sin trágicos ocasos, su estrella vió brillar.

Y pleno de grandeza, de honor y de ufanía,
mirando á sus lembarios absortos, repetía:
«mil reyes en la tierra, yo solo el rey del mar».

VIII

Su tropa vióle un día de pie sobre la prora,
con ojos de misterio mirando hacia el confín,
tras una larga noche de música sonora,
de cánticos guerreros, de amor y de festín.

Su tropa vióle luego, con ojos de fastidio,
mirar lo que en un tiempo su solo culto fué;
el libro de los versos amatorios de Ovidio,
la imágen milenaria de la diosa Astarté.

Tal como un Dios pagano de culto agonizante,
tiró al mar libro y Venus. Después todo anhelante,
en un espejo de oro miróse con afán,

Llevó luego á sus labios *un vaso de bon vino*,
y augusto como un César, como un Inca, divino,
colgóse de una antena, y así murió don Juan.

IX

Envío.

Señora, á vos envío cumplida mi promesa
la vida del más fiero ladrón que tuvo el mar.
¡Por esos vuestros labios más rojos que la fresa
os juro que otro tanto ficiera este juglar!

Por ser vuestras pupilas espejos donde fueran
mis ojos á mirarse, mi espíritu á vivir,
¡león de tierra y mares, mis barcos le trujeran
los más ricos tesoros de Indias y de Ofir!...

Por dar á mis amores calor en su albo seno,
batiera las mahonas del bravo sarraceno,
y todo el poderío del gran pueblo español.

Mas ya que soy apenas del buen tiempo de agora
sonámbulo poeta; oíd mi evocadora
cantiga juglaresa, cual otra doña Sol...

M. LOZANO CASADO

Habana, Septiembre de 1911

LA REALIDAD QUE VUELVE



CUANDO la alondra remontaba el vuelo, y el ruiseñor lanzaba sus primeros trinos en la floresta cercana; cuando el Sol, envolviendo en olas de fuego los elevados picos de la sierra, hacía cambiar en brillantísimos colores las gotas de rocío que titilaban en las hierbecillas del valle, y la campana de la iglesia saludaba al alba con su lengua de bronce, las viejas vecinas del lugarejo, tocadas las cabezas con negra mantellina y luciendo el refajo granate, marchaban presurosas al templo para oír la primera misa y congregarse á la salida bajo los álamos de la plaza á comentar los sucesos del día anterior ó murmurar de los ausentes. Y como en el pueblecillo nunca ocurría nada, dicho está que la murmuración era el pacto cotidiano de aquellas buenas almas.

Desde mi ventana oía su charla gárrula y *sempiterna*, sus voces estridentes como el ruido de la caña que se rompe, su tos de catarrosas incurables. Las oía siempre, aunque jamás las escuchaba. ¡Tenía su conversación tan pocos atractivos! Para ellas el cura era un egoísta, el médico un ignorante y el alcalde un bribón de tomo y lomo: ni había vergüenza en el pueblo, ni paz en las familias, ni honor en las personas. ¡Eran unas pobrecillas aquellas abuelas!

Una mañana del mes de Mayo, el aquellare estubo más concurrido; á las lechuzas de corcobada nariz y boca hundiada, asiduas concurrentes, se habían agregado casadas aún garridas y mozas casaderas. Todas dirijan sus miradas al mismo punto: las viejas con expresión codiciosa, las casadas con lastima, las más jóvenes con asombro. Aquel día su conversación fué un cuchicheo del que sólo llegaron á mis oídos palabras sueltas y exclamaciones admirativas como las siguientes: «¡Muy hermosa! ¡Vaya que lujo! ¡El coche es mejor que el del señor *Abispo* que vino el año pasado!» Y con estos y otros comentarios, fuéronse desparramando por las sucias callejuelas de dos en dos y de tres en tres, volviendo todas la cabeza hacia el

castillo. Sólo una quedó en la plaza con la mirada fija, luciendo unos brazos tostados y robustos, las manos enlazadas por detrás de su lindo cuello, entreabierta la boca y los ojos soñadores. «¡Guapa y rica! — exclamó — ¡Mañana, qué suerte!» Y por sus mejillas, frescas y rojas, resbalaban dos lágrimas.

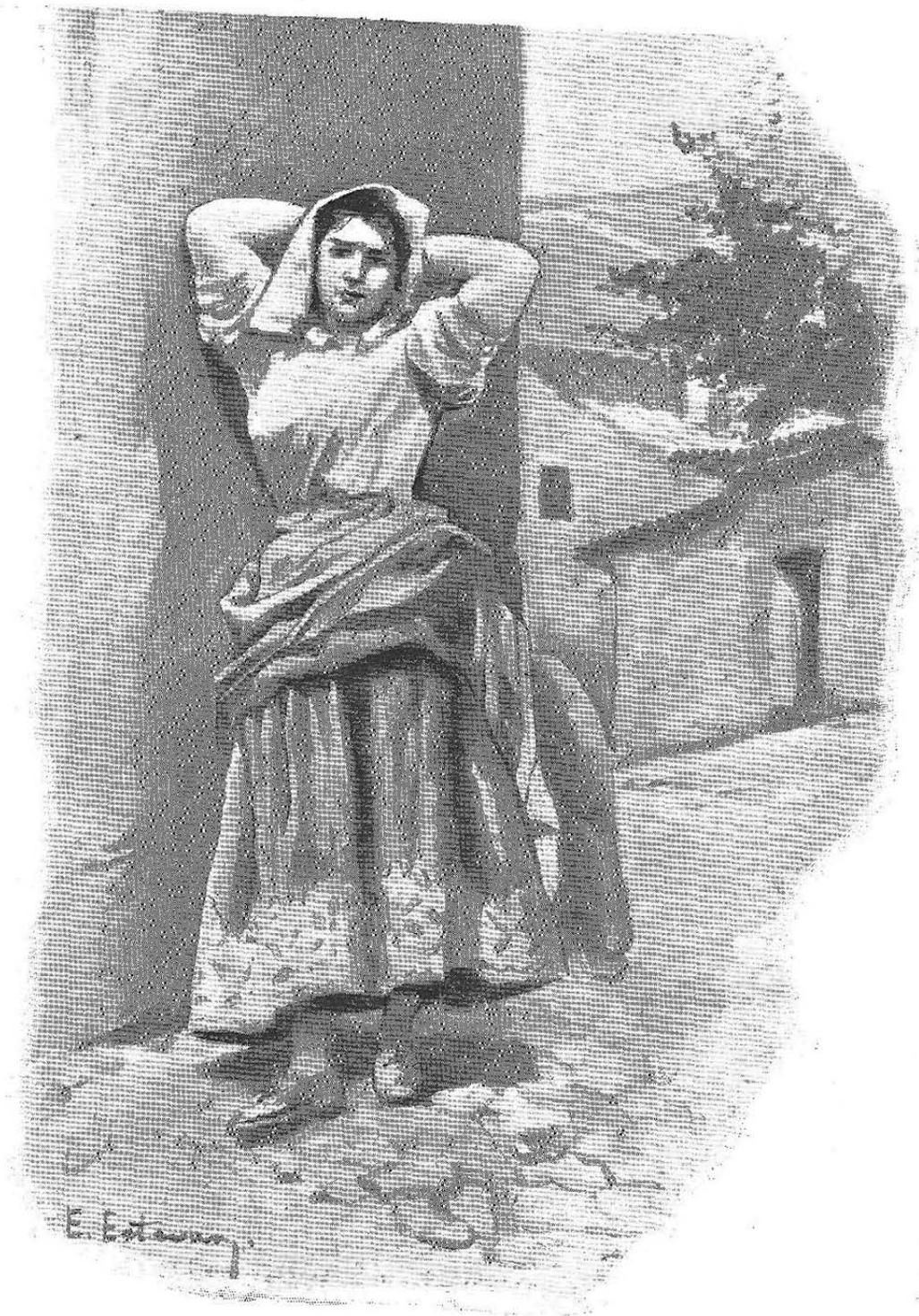
Indudablemente ocurría algo extraordinario y yo que nunca me ocupaba de lo que en torno mio sucedía, sentí tremendas ansias de enterarme, deseo irresistible de saber. Esperé, pues, la evaporación de aquellas lágrimas (que á nadie gusta ser sorprendido en sus intimidades), y llamé á la muchacha.

Todo lo supe, ningun detalle escapó á mi curiosidad. Aquel extraordinario movimiento de comadres tenía por causa la llegada de una forastera; la castellana feliz de aquel castillo, orgullo del pueblo de carcomidas almenas y ruinosas torres, en las que los buhos y los murciélagos encontraban refugio de su agrado.

Ya conocía el castillo. Su severa silueta, recortándose en el fondo de un cielo azul cobalto, atraía casi siempre mis miradas. Testigo mudo de una edad semibárbara que pasó para no volver, serviale la hiedra de verdugo y las aves nocturnas le afrentaban. Sabía de memoria la tradición romántica, la popular leyenda de aquellas ruinas pintorescas y, en la callada noche, recorriendo las frondas perfumadas, perdido entre los frutecidos árboles que rodeaban al coloso, tornaba el pensamiento hacia el pasado y creía escuchar suspiros ténues y rumorosas risas á través de los ventanales.

Jamás pudo sonar la fantasía lugar tan pintoresco, ribera tan poética como la en que el castillo se asentaba; aquel emplazamiento se debía, sin duda, más que á un ceñido guerrero medioeval, al capricho de una altiva matrona de blanca tez y ojos de terciopelo.

En el fondo del valle el río, serpeante, canta amores saltando las piedrezuelas que oponen á su paso obstáculos sin número, y esmalta con su espuma las orillas bordeadas



Por sus mejillas, frescas y rojas, resbalaron dos Lágrimas.

de flores y de arbustos; en la vertiente de la sierra una vegetación bravía cubre con verde manto las grandes quebraduras del terreno, el aire embalsamado enerva los sentidos, y, saturada el alma de tanta placidez y de tanta belleza, vuela por el espacio buscando un Infinito, aún más allá, otro mundo exento de amarguras.

¿Quién pintará aquel valle alumbrado por los purísimos cambiantes de un cielo que se enciende en violeta y se torna en carmín, y luego en oro, y, más tarde, en cataratas de luz, de blanca luz, emanadas de un sol espléndido y radiante que asciende en el cenit ahuyentando los tenues vapores que, cual sutil cendal, cubren las crestas de los montes?

¡Todo allí convidaba á vivir! ¡Todo era bello!

Nunca el señor se había dignado visitar la hacienda, cuidadosamente restaurada en su interior. Conocíanle las gentes del país por las muchas limosnas que hacía en su nombre el señor cura cuando el invierno paralizaba los trabajos y el cierzo enervaba los cuerpos: sabían que era un Creso; sabían que era bueno. Esto bastaba.

Por eso, al tener noticia de su llegada, habíanse agitado y, olvidando su existencia vegetativa, todas las conversaciones convergían á él y todas las miradas eran para su castillo.

Acompañaba al señor una hija muy joven, alhajada como una princesa y hermosa como un ángel. Era el padre un anciano que inspiraba respeto; la doncella un sér que inspiraba cariño.

Nada más sabía la pelirrubia moza que se quedó en la plaza con la mirada fija, luciendo unos brazos tostados y robustos, con las manos enlazadas por detrás de la cabeza y entreabierta la boca para dejar paso libre á un suspiro muy hondo. Y al terminar su relación y despedirse, obsesionada por su idea, deslumbrado su pobre cerebro por las magnificencias que había visto, se alejó repitiendo: ¡Mañana, qué suerte!

Confieso que la charla de aquella muchacha me había interesado. La joven castellana poseía, sin duda, un poder atrayente extraordinario, pues, aun sin conocerla, mi pensamiento iba hacia ella, y al caer de la tarde, dirigí mi paseo á la mansión feliz que daba albergue á belleza tan ponderada.

En vano pasé y torné á pasar mirando las estrechas ojivas que rompían la monotonía de los rojizos torreones; inútilmente escudriñé el patio de honor á través de la espesa enramada, y entré en mi casa contrariado y mohino por no haber podido contemplar el elegante busto de la desconocida dama.

Sorpresa inenarrable me produjo la lectura de una esquila timbrada que hallé sobre mi mesa. El señor conde me rogaba que fuese por su casa al día siguiente para ver á su hija y encargarme de dirigir su curación. ¡Figuraos mi asombro!

Llegó la hora fijada: creo innecesario en careceros mi puntualidad.

De noble faz y arrogante catadura, muy cuidada la barba encanecida, ojos inquietos y escrutadores, sombreados por espesas cejas, afable y reposado al hablar: tal era el conde.

Visitábale ya de muchos años un maestro mio muy querido que, al conocer el pueblo á donde iba, le habló de mi existencia en él convaleciendo de una afección pasada. Como son los maestros padres cariñosísimos, que ven reproducirse en otro cerebro cultivado por ellos, las ideas que cuidadosamente sembraron, habló de mí como los padres hablan de sus hijos. Ved por qué fui llamado. —Ya sé—me dijo el conde—que mi hija está herida de muerte, que la Ciencia es impotente y sus esfuerzos inútiles para dominar esta enfermedad temible que siega en flor millares de existencias; pero usted puede levantar su espíritu, ocultar á sus ojos la sima que ante sus plantas se abre, hacerla confiar en una curación tanto más deseada cuanto es más imposible; eso sí, doctor, eso lo espero, eso es todo lo que le pido. Yo creí que mi hija se salvaría de ese estigma fatal de la familia de su madre y la hice viajar y la he instruido: háblela usted en consecuencia. Ya que no pueda ser el médico que cura, sea usted al menos el sacerdote que consuela.

¿Cómo olvidar aquella tarde plácida y serena? ¿Cómo no recordar aquella figura no soñada, á tal extremo impresa en mi retina que aún hoy, cuando cerrando los ojos la evoca mi memoria, se me presenta como entonces la ví?

Alta, morena, delgada mas no flaca, de ojos inmensos, de sereno mirar, de diminuta boca que plegaba una triste sonrisa, de mano breve y de piel exangüe y transparente, se apareció á mis ojos cubierta con lujosa bata granate de crespón, adornada con encajes y gasas. La negra cabellera rizada, rodeando su frente como marco de ébano, hacía destacar en las mejillas el carmín de la fiebre.

¡Pobre niña! ¡Pobre planta agostada en plena florescencia!

Brotó la simpatía entre nosotros como surge el relámpago en las nubes. El conde sonrió satisfecho y al poco tiempo nos dejó en la terraza charlando como amigos antiguos.

—¡Bah!—me dijo la joven haciendo un



...quedó con la mirada fija en el espacio, cual si ante ella flotara la visión de la dicha soñada

precioso mohín— Mi enfermedad es poca cosa: rebelde, sí; pero ahora me siento fuerte y animosa en este rincón encantado de un verdadero paraíso. ¡Usted con sus consejos y su ciencia me devolverá la salud perdida! ¿Qué hermosa es la salud, verdad? Seis meses llevo de suplicio constante: medicina, inyección, á casa tempranito, ni bailes, ni teatros. ¡Qué insoportable es el maestro de usted... y cuánto le quiero á pesar de todo! Me ha prometido que aquí me pondría sana y robusta como esas muchachotas de piel curtida por el viento y el sol, que se levantan

con la aurora y cruzan estos campos ágiles como corzas. También usted me lo asegura? Bueno, confío en su palabra. ¡Estar sana... que dicha! ¡Si usted supiera! He tenido mis desalientos, mis horas de desmayo: he creído que iba á morir; he soñado que me veía envuelta en un vestido blanco, fría, inerte, cubierta de azahares y rosas, regada por lágrimas ardientes de mi padre, aunque yo no quería morirme, no; no quería. La existencia es muy dulce y muy amable. ¡Sería una injusticia del cielo malograr una vida apenas comenzada!

Después de un breve silencio, durante el que parecía reflexionar, añadió dulcemente:

—Yo no he gustado ese que debe ser placer extraño, razón y finalidad de la vida de los seres y de los mundos: la ley de lo creado.

—Yo la veo—continuó con voz solemne y elevando sus ojos al firmamento, velado por encajes de mágico dibujo—yo la veo en la flor que se balancea estremecida al soplo de la brisa; en el cristal de escarcha, que se funde al contacto de un rayo de sol; en el cabrilleo de los astros, que allá en la altura parpadean siguiendo el curso ignorado que les señala una mano invisible y poderosa; en la ola rizada de espuma, que corre humilde á desvanecerse en la menuda arena, vencida su arrogancia. Yo la he visto en la abeja, que construye su celda y alimenta sus ninfas; en el sanguinario felino, que amamanta á sus cachorros; en el arrullo triste y armonioso de la paloma, siempre amante, y hasta en la dura roca, que se trueca en cristal, fundida por el beso ardiente de la madre tierra. La atracción, el amor. ¡Esa es la ley eterna!

Amo á mi padre; amo el recuerdo de aquella santa mujer, mi madre, apenas conocida; me deleitan mis libros y me arroba la música y la contemplación del mundo me fascina; pero hay algo en mi alma que no sé definir, un anhelo constante de adormecer mi espíritu en un éxtasis que me transporta no sé á dónde, olvidada de mí misma y de la realidad que me rodea: un ensueño cuajado de seres, creador y de emociones no sentidas, que se resuelve en llanto y me causa placer y amargura á la par.

¿Qué ansio? ¿Qué deseo? ¡Yo misma no lo sé! En mis ensueños vanos ora soy la nereida, que en el fondo de la rizada linfa murmura con su lengua de cristal cánticos misteriosos; ora la encantada ninfa, por quien suspiran en el bosque las flores y las brisas; ya creo ser la dama de belleza no igualada, á cuyos pies se postran rendidos guerreros

invencibles; ya la musa, que inspira al poeta sus versos más gallardos y al músico sus melodías más sentidas.

Yo vi en Venecia surcar el gran canal una góndola blanca, en la que iban dos jóvenes mirándose de cerca y hablando embebecidos, sin fijarse en la canturía del remero, y, al contemplarlos, sentí en mis párpados el fuego de una lágrima. De pie, en una azotea sevillana, poblada de jazmines y claveles, una mujer, de tez morena y de rasgados ojos árabes, agitaba, sonriendo, su pañuelo blanco, mirando á alguien que por la angosta callejuela se alejaba. Hé ahí, me dije, una mujer feliz..., y sentí en el fondo del alma no ser ella.

Pero todo en el mundo llega, doctor. En el reloj del tiempo ha de sonar la hora de mi dicha y entonces no envidiaré á las náyades que juegetean bajo las ondas, ni á las ninfas, por quien las flores languidecen, ni á la gentil pareja de Venecia, ni á la hermosa morena de la florida azotea sevillana. ¡Yo seré algún día la heroína de una novela viviente; yo tendré también quien murmure en mi oído dulces endechas de amor inextinguible!

Cesó de hablar la hermosa joven, sin duda fatigada, y quedó con la mirada fija en el espacio, cual si ante ella flotara la visión de la dicha soñada.

Yo veía agitarse su pecho con movimientos desiguales y moverse sus labios como si hablasen aún, cuando de pronto hizo una inspiración penosa, estallando en una tos ronca y sofocante, de corta duración.

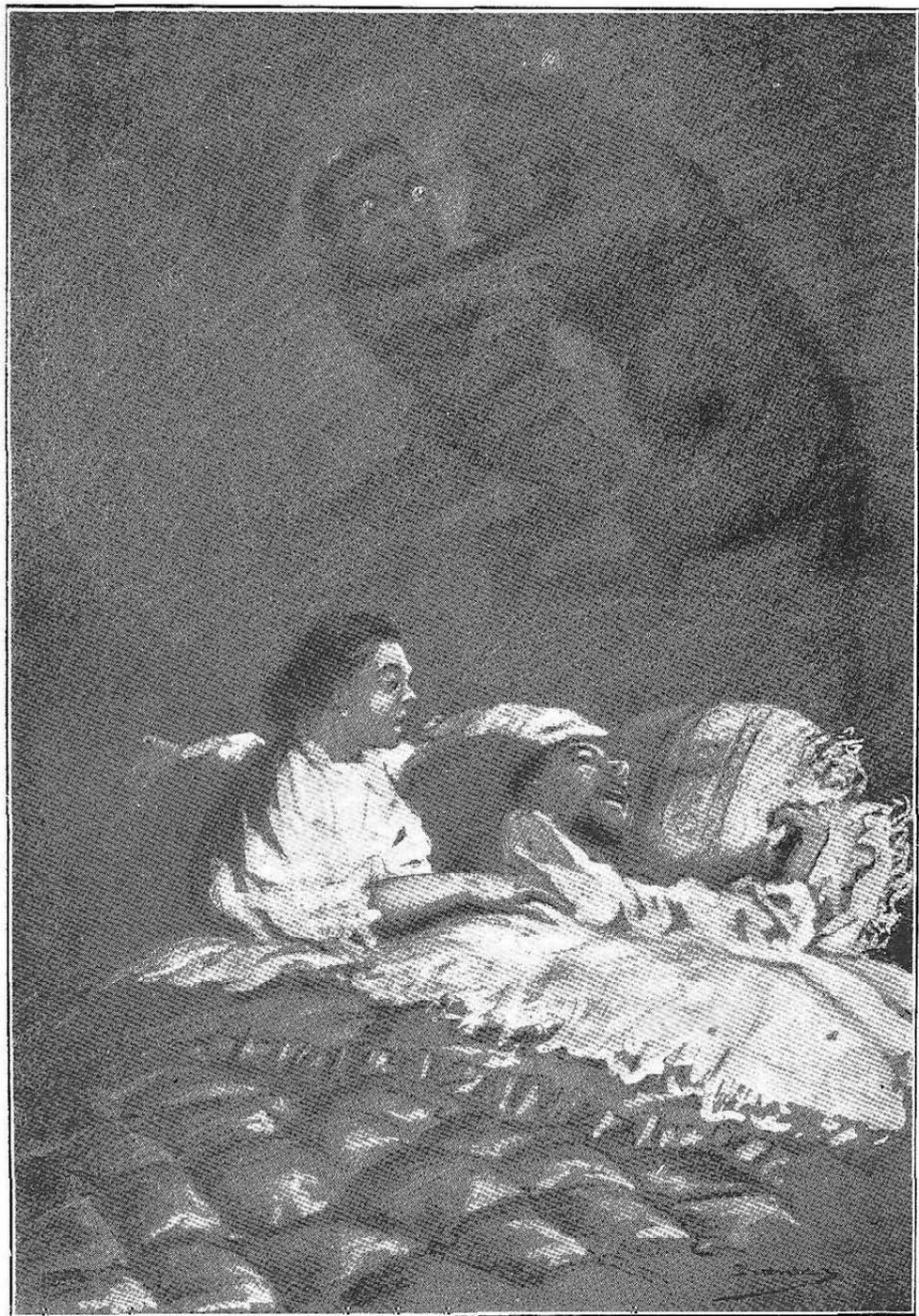
Apartó de su boca el pañuelo, de fina batista, y me mostró, temblando, una mancha de rojo rutilante.

—¿Qué es eso?—pregunté torpemente azorado.

Y ella, con voz llorosa, rebosando amargura, me contestó:

—Nada, doctor. ¡La realidad que vuelve!

EDUARDO TOLEDO Y TOLEDO



Apenas se quedaba D. Patricio dormido, cuando era presa de una enorme pesadilla, en la cual un enorme oso gris...

EL OSO

DON Patricio Pantaleón, Fiscal de S. M. en la Audiencia de X, es el primer montero de la Península é islas adyacentes. Si no bastasen, como prueba de este atrevido aserto, las veinticinco *cabezas* con que adorna su domicilio, verdadera *menagerie*, coco de que las madres se valen para asustar á los crios emberrenchinados, lo atestiguarían con creces las ciento cincuenta rayas que en la culata de su rifle figuran. Una rayita en semejante sitio significa, como el lector sabe de fijo, una res muerta por el propietario del arma: el ilustre Fiscal de S. M., D. Patricio Pantaleón y Portocarrero, tiene, pues, sobre su conciencia, la friolera de ciento cincuenta *penas capitales*.

El domicilio de nuestro amigo ha llegado á ser una de las curiosidades de X. Zaragoza, en su *Guía monumental histórico-creativa* de la provincia, lo menciona á renglón seguido de las muchas joyas arquitectónicas que la ciudad posee; á continuación de la casa llamada de Judas y de un lienzo de muro romano, muy pintoresco, y de reconocida utilidad para el vecindario que gusta *expansionarse* al aire libre. Mención honorífica y justa por todos conceptos: la morada de don Patricio es un verdadero museo de caza mayor y menor, digno de ser visitado por los deportistas de aguende y de allende el Atlántico.

Apenas puesto el pie en el zaguán—no del Atlántico, ¿eh?—, quedése el visitante sorprendido por la grata presencia de un negrito, que, tras la cancela y repantingado en un sillón de junco, euciendo, con gesto despectivo, un habano. Como el lector habrá supuesto, no se trata de una criatura viva que estuviere allí en calidad de trofeo cinagético, no; se trata de una primorosa *terra cotta*, capricho infantil de Niníta, la esposa del señor Pantaleón, filipina de ojos oblicuos y cabello enrespado, pero tan bondadosa como favorecida en bienes de esos que se llaman de fortuna.

Ya en el patio, galanamente exornado con

profusión de plantas exóticas, salta á los ojos del más lerdo la afición del dueño de la casa. Hermosas cabezas de jabalíes y ciervos, colgadas con artificioso desorden, ocupan casi por completo los lienzos de pared; en los espacios libres, lindos grabados en color representan las múltiples y emocionantes peripecias de la montería; hacia un ángulo, y prisionero en dorada jaula, un papagayo, de un verde escandaloso por lo chillón, recibe al forastero con un destemplado ¡quién vive! otro antojo de la señora, la cual, con sublime perseverancia, le ha enseñado á cantar aquello de

«Pero todo se puede sufrir con valor
por el gusto que digan:
ahí va un cazador. ¡Ahí va..., ahí va un cazador!»

Si del patio pasamos al despacho, sala espaciosa y cuadrilonga que ocupa todo un lado de la casa, experimentamos la sensación de haber entrado en un museo. Gabinete de historia natural parece, por la copia de alimañas que allí se reúnen, y bazar de armas, por el sin número de rifles y escopetas que bajo relucientes vitrinas se exhiben. La historia del arma de caza y la de los animales montunos, sus víctimas, se hallan expuestas en este gabinete-museo mediante claros y admirables ejemplos prácticos.

Desde el bacha de sílice, única defensa de nuestros antepasados los fieros trogloditas, al maravilloso rifle *express* de bala explosiva, insustituible en la caza del hipopótamo, no hay un arma de las inventadas por el apacible y salutarífico ingenio humano, que no figure en la portentosa colección de don Patricio. Para que nada falte en ella, se alza sobre el alféizar de una ventana, la más linda y primorosa guillotina con que pudo soñar la imaginación filantrópica de un verdugo: un gato montés de puntiagudas orejas y hermosa piel leonada, doblada complaciente la cerviz bajo la afilada cuchilla, mientras que un zorro, cómico y grave á un tiempo, ejecuta el inexorable mandato de la ley.

En cuanto á animales, ora cuadrúpedos, ora volátiles, el gabinete del dignísimo magistrado es una exacta reproducción del arca de Noé; con la natural diferencia, es claro, de que las bestias del señor Pantaleón están todas muertas y disecadas, que á estar vivitas y coleando, cual suele decirse, hubieran sembrado el terror en diez leguas á la redonda. Son trofeos y despojos; cabezas de admirable cornamenta ó de hirsutas cerdas y afilados colmillos; pieles curtidas, agujereadas por las balas, y puestas á capricho ya sobre el pavimento, ya sobre los muebles según su calidad y figura. Un águila caudal, pero de una sola cabeza, extiende junto al techo sus poderosas alas, mientras sujeta entre sus afiladas garras una bombilla eléctrica. Un lobo enorme, disecado, de cuerpo entero, hunde su hocico en las sanguinolentas entrañas de una oveja despanzurrada. Y entre tanto que un linca huye á rastragatas con una perdiz en la boca, un fastuoso y barbudo macho de avutarda, hace la rueda como los pavos de nuestros cortijos.

Allí hay de todos, de todos cuantos animales plumas ó implumes figuran en la fauna europea, desde la moñuda cogujada, al anzar de grisáceo plumaje; desde la revoltosa ardilla, á la gailarda y casi extinguida *capra hispánica*; de todas las especies conocidas hay en la colección del terrible montero un ejemplar muerto á sus manos; falta únicamente la más hermosa y codiciada de todas las piezas de montería, la que completa y finiquita el envidiable renombre de un cazador famoso, la que le rodea de una aureola selvática, acreditándolo, no ya solo de hombre diestro y entendido en las lides de la caza mayor, sino de algo de mucha más valía, de hombre de corazón y riñones: falta el oso.

D. Patricio Pantaleón, fiscal de S. M. en la Audiencia de X, no obstante ser uno de los más conspicuos monteros de la Península é islas adyacentes, no ha logrado matar un oso. Durante seis años consecutivos ha empuñado difíciles y costosas expediciones al alto Pirineo, más allá de Barbastro, Ainsa y Laspuña, allí, donde bosques seculares, intrincadas selvas y hórridos precipicios dan albergue cómodo y tranquilo al arriscado y solitario plantigrado. Pero la suerte que en la caza, como en la vida, lo dispone todo á su talante, no ha tenido á bien el otorgarle sus favores. D. Patricio ha vuelto bolo de sus seis expediciones y, mohino y consternado, háse visto en el duro trance de aguantar la rechilla de sus envidiosos compañeros de *sport*.

El oso, ó mejor dicho, la ausencia del oso,

constituía la pesadilla de nuestro ilustre amigo; era algo más que su obsesión y único pensamiento; era el torcedor de su existencia, la pena que acibaraba sus días, que con el oso, se hubiesen deslizado plácidos y ecuánimes como los de un obispo. Pero está escrito que no hay dicha completa, así como no hay rosa sin espinas (nueva y originalísima figura poética que me he permitido tomar del Corán, versículo mil treinta y siete); de ahí el que D. Patricio, rico y considerado entre las gentes, saludable y de arrogante presencia, dotado de un humor excelente y de una puntería maravillosa, investido con el augusto cargo de fiscal de S. M. y unido en indisoluble coyunda con Ninita, cuya angelical y casi simiesca fealdad liberaban su frente de graves y enojosas cavilaciones, no se tuviese por feliz, no obstante el cúmulo de afortunadas circunstancias con que el cielo le había favorecido. D. Patricio era antes que nada cazador. En los blasones de su gloria cinegética faltaba un oso, y esta falta, era motivo más que suficiente para que, dando al olvido los muchos y positivos bienes de que disfrutaba, se conceptuase como muy desdichado.

¿Quién no ha padecido alguna vez en la vida el angustioso tormento de una idea fija y obsesionante? Una vez adueñada de nuestro espíritu, no hay modo de hacerla abandonar su presa. En vano procuramos distraer nuestra atención con otros motivos; dejamos de pensar en ella durante algunos breves momentos, pero al menor descuido vuelve, como bestia que desde su guarida salta sobre su víctima, y con mayor encono nos atenaza y estruja entre sus garras. La idea fija es horrible, porque es un comienzo de locura. Allí donde la voluntad gobernaba, imponiendo orden y dirección al tumultuoso curso de los pensamientos, ha penetrado un poder extraño, poder que no sólo se opone á los mandatos de nuestro albedrío, sino que los incalca y contradice enseñoreándose por completo de nuestra máquina cerebral.

Este admirable párrafo que he escrito á la manera de Nietzsche —es decir, en equilibrio sobre el barandal de una azotea—, no tiene otra finalidad que la de convencer al lector de que D. Patricio llevaba un oso metido en la cabeza. No de otro modo se comprende que el eximio montero *viese* el oso ante sí á todas horas y en todo lugar y momento. Lo veía en el casino, cosa hasta cierto punto verosímil; veíalo en la sala tercera y durante el solemne ejercicio de su ministerio, con desdoro de la magistratura y contravieniendo los rígidos cánones de la Zoología, que no gusta de involucrar las especies; lo veía en

la calle y en el paseo; pero donde su *vesánica obsesión tocaba ya las lindes del delirio*, era en la cama y durante el sueño. Apenas se quedaba D. Patricio dormido, cuando era presa de una interminable pesadilla, en la cual, un enorme oso gris, siempre el mismo, hacía las veces de protagonista, siendo lo irónico del caso, que en estas imaginarias aventuras resultaba siempre el cazador cazado por la fiera. Unas veces se le aparecía el oso, cuando sólo y sin armas, caminaba perdido en la nemorosa espesura de un bosque. Al verlo, sentíase acometido de un miedo pánico tan intenso, que la sangre se le helaba en las venas y, erizado el cabello, perdida el habla, é incapaz del menor movimiento, hallábase en el horrible trance de ser devorado sin escapatoria posible. Otras veces, puesto de aguardo en un estrechísimo sendero y al borde de un atroz precipicio, dejaba llegar á su enemigo hasta la insignificante distancia de doce pasos mal contados; apuntábalo entonces con una serenidad admirable y, al disparar, veía con asombro trocarse su poderoso rifle *express* en un inofensivo palasán de puño de plata. La fiera, puesta en pie, avanzaba sobre él con el empuje de un toro que se arranca; se sentía aplastado por el enorme peso de la bestia; percibía su olor nauseabundo y el roce de su enmarañada pelambre; luego, el amarillento brillar de los colmillos y el negro rojizo de las fauces... Lívido, horrorizado, empapado en el sudor de la agonía, experimentaba D. Patricio en aquellos instantes la más fiera de las torturas. En ocasiones, era Ninita quien lo sacaba del apuro con estas ó parecidas palabras:

—¡Patri, por Dios, despierta!... ¿Qué te pasa? ¡Cualquiera diría que te asesinan!

—¡Calla, mujer, el oso...; el endemoniado oso, que va á acabar conmigo!

El Sr. Pantaleón se echaba al colete un vaso de agua, y luego de lanzar al aire un profundo suspiro, decía invariablemente:

—Está visto... Como me acueste del lado del corazón, ¡pesadilla!—Y á los pocos momentos roncaba con el estrépito de un órgano en funeral de primera clase.

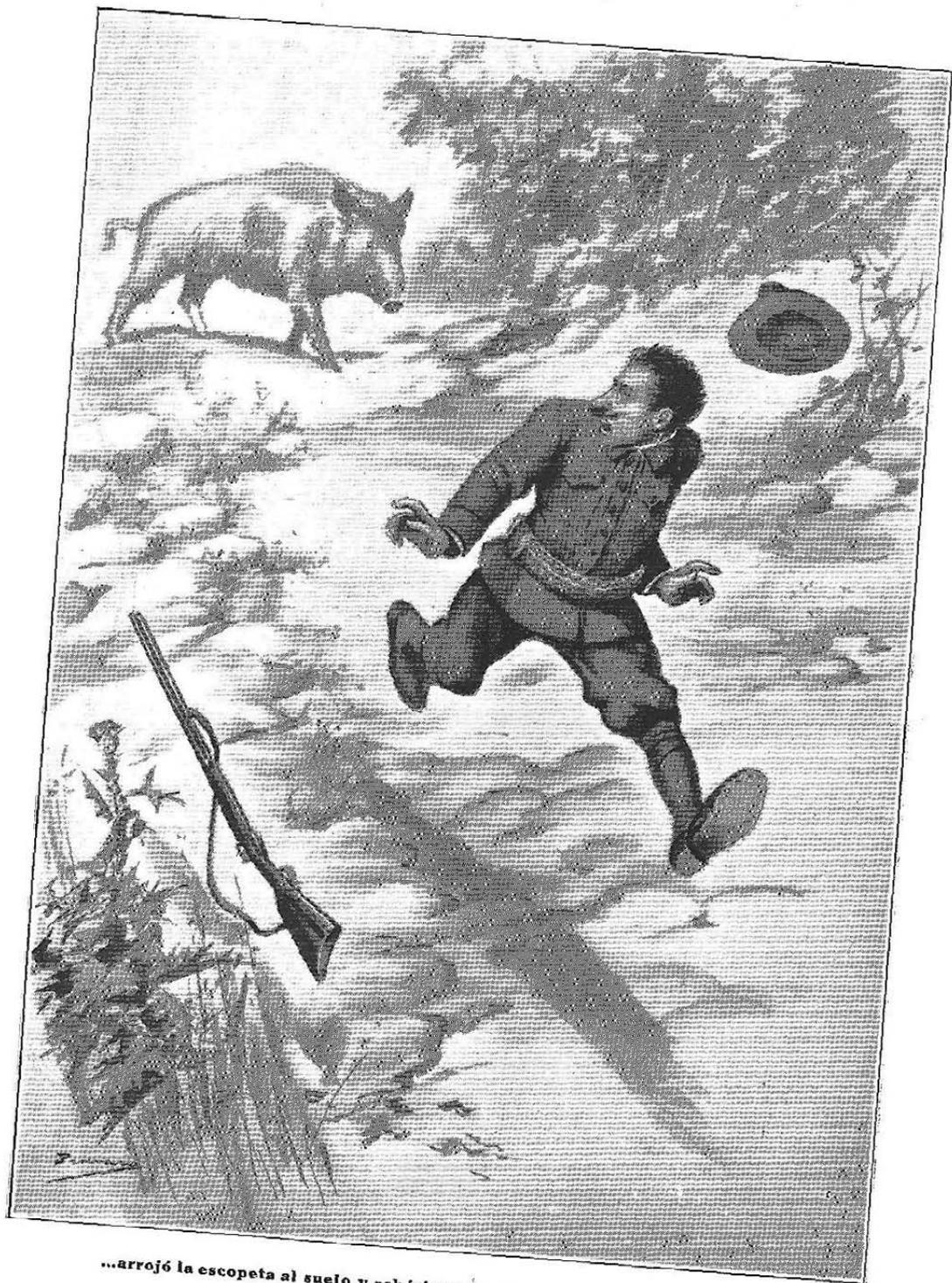
Esta obsesión, chifladura ó monomanía, llegó á posesionarse del ánimo de nuestro amigo con tal fuerza, que á poco da con él en un manicomio; allí hubiera acabado sus días *haciendo el oso*, si una tan inesperada como feliz circunstancia no hubiese satisfecho su anhelo y aquietado de una vez para siempre el *vesánico desasosiego* de su espíritu. El lance que devolvió la salud mental al Sr. Pantaleón es, por lo inusitado, digno de la diuturnidad histórica. Permítame el lector que le relate con la puntualidad y de-

tenimiento requeridos por tan famoso y original suceso.

Nos hallamos de montería en las estribaciones de Sierra Morena, y no á muchos kilómetros de la capital andaluza, en donde don Patricio vive y ejerce su doble ministerio de Fiscal y cazador de nota. No hay para qué decir que nuestro caballero figura á la cabeza de la expedición. Su nombre se halla siempre en las listas de convidados de todas las monterías que se celebran en X y en cincuenta leguas á la redonda. Esta vez se monta en La Quejumbrosa, hermosa finca, propiedad de un noble tan exquisitamente atento como bondadoso y espléndido. El monte, aunque guardado con gran esmero, no abunda mucho en caza mayor. Las rozas, la proximidad de dos pueblos y un camino real que lo atraviesa de cabo á cabo, han ahuyentado hacia más solitarios parajes los fieros jabalíes y los tímidos y medrosos ciervos; déjanse ver, no obstante, algunos ejemplares de ambas especies, amén de los consabidos lobos, zorros y gatos monteses y de un enjambre de perdices, que proporcionan ratos deliciosos á los aficionados al volateo.

D. Patricio, hombre de gusto, no falta nunca á las monterías de La Quejumbrosa. Le une estrecha amistad con el propietario y recuerda—¡oh, memoria del estómago, cuán poderosa eres!—el exquisito cuido con que tratan á los convidados en el palacio, nombre con el cual designan el cortijo los campesinos de aquellos contornos. Si no se caza mucho, se come, en cambio, de un modo portentoso; y como la cama es *mullida*, selecto el personal y muy tolerables las tradicionales bromitas con que los invitados se obsequian unos á otros durante la noche, no hay duda de que el asistir á una de estas expediciones constituye para un cazador un sacrificio de los más penosos.

Yo bien quisiera describir una montería, que es de todos los géneros cinegéticos el más animado y pintoresco; pero avezado sólo á los microscópicos lances de la caza menor, no me hallo con fuerzas suficientes para tamaña empresa. Remito gustoso al lector á «Las narraciones de un montero», escritas por el Sr. Covarsi; libro en el cual encontrará, á falta de atildados conceptos, un rudo y varonil naturalismo que penetra hasta el corazón del aficionado con la violencia de una cuchillada. Yo sólo me empeñaré en narrar con el gallardo y habitual desgaire que me singulariza, el inaudito y casi inverosímil lance que le ocurrió al digno fiscal de S. M., D. Patricio Pantaleón y Portocarrero, durante el primer día de la expedición en que nos hallamos.



...arrojé la escopeta al suelo y eché á correr como alma que lleva el demonio.

Fué al caer de la tarde, ya casi entre dos luces. Se había cazado durante todo el día sin resultado alguno. Tan sólo en la segunda mancha ojeada, dejóse ver un corpulento jabali, un *Macareno* que se salió del monte, escurrido y á la chita callando, apenas colocada la armada y mucho antes de que entrasen los perros. Era zorro viejo y conocía la obligación. Rehuido y con la suavidad de una liebre que gazapea, hizo hilo hacia el puesto de un cazador novato, el cual completamente enagenado, recibió tan tremenda sorpresa al verle aparecer como surgido de la tierra, que arrojó la escopeta al suelo y echó á correr como alma que lleva el demonio.

Luego de este incidente, que dió motivo á los más burlescos comentarios, ojeóse un tercer manchón sin que tampoco se viesen reses, y ya camino de la casa, se decidió, con objeto de aprovechar una hora larga que aún quedaba de sol, dar la última batida en un espesísimo listón de monte que se extiende entre el camino real y unas barrancas que, por lo hondas, son verdaderos precipicios. Por ellas había entrado con toda la frescura del mundo el jabali de marras, y como no hubo perro que tomase la pista, era de suponer que estuviese allí todavía.

Como la mancha era reducida y muchas las escopetas, hubo que rodearla casi por completo. Esto dió como resultado que algunas de ellas fueron colocadas con el viento á la espalda. Tuvo D. Patricio esta mala suerte y, una vez en su puesto, dejó cuidadosamente el rifle en el suelo, pero al alcance de la mano, extendió la manta, hizo del banquillo almohada, y se tumbó cuan largo era, un metro setenta y seis centímetros, si no mienten las crónicas. Estaba convencido hasta la saciedad del exquisito olfato de las reses, y tenía la certeza de que en aquel paso no había de disparar un sólo tiro.

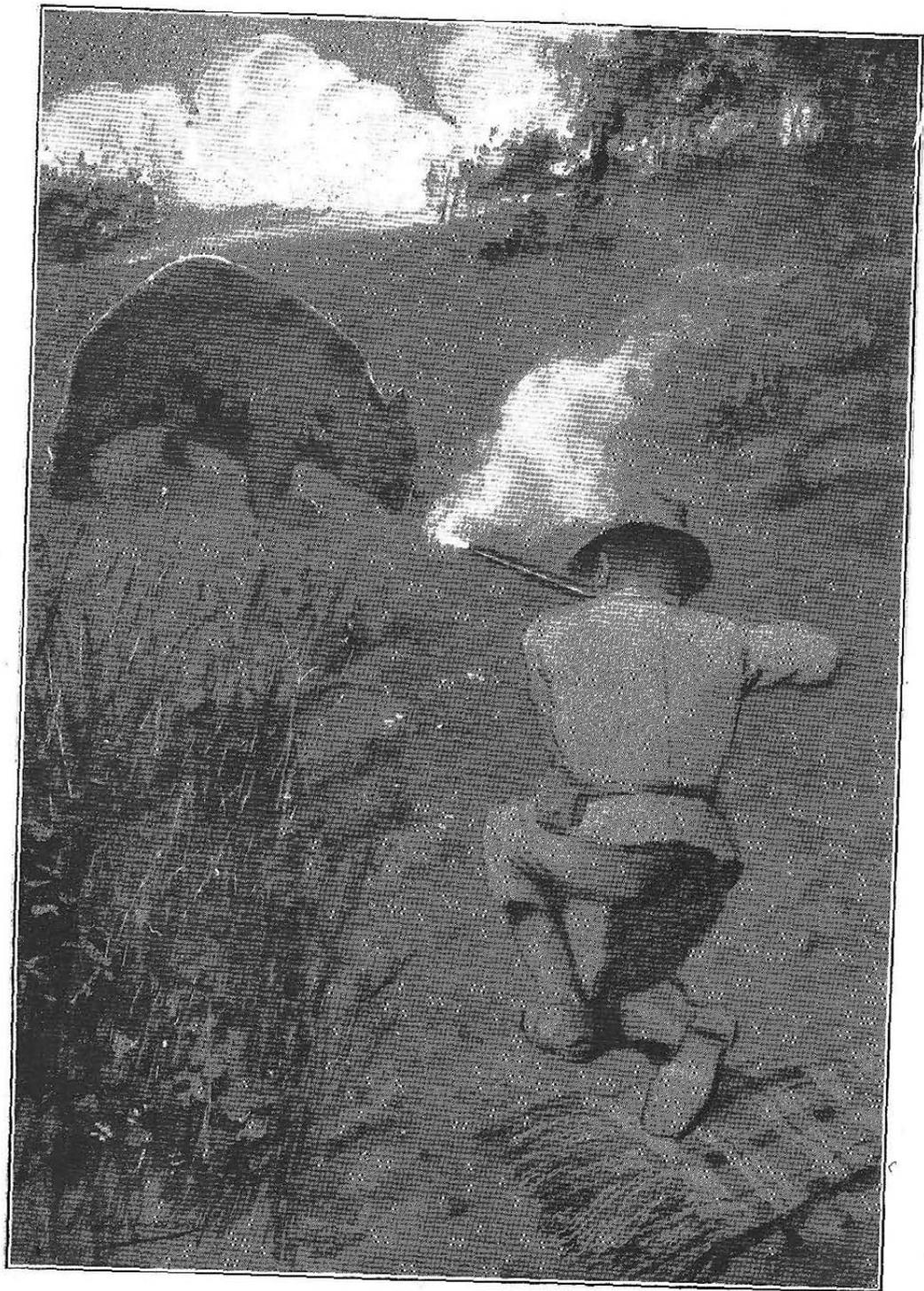
La tarde era casi primaveral; como de otoño en Andalucía. La tierra, esponjada y reverdecida por las últimas recientes lluvias, exhalaba un húmedo y penetrante vaho. El aire, saturado de intensos olores, soplaba á intervalos con templados abanicazos. Todo en el ambiente era cálido y muelle, como una invitación al sueño. Apenas si se oían otros ruidos que el revolotear de los mirlos ó el agreste reclamo de los perdigones. El sol se hundía entre llamaradas bermejas tras las azules cimas de un monte. Era un atardecer glorioso, de paz y de ensueño; uno de esos divinos instantes en que la individualidad se disgrega y nuestras energías se difunden incorporadas al caudaloso torrente de la vida sideral.

Pero D. Patricio, á fuer de cazador exce-

lente, no tenía muy desarrollado el sentido estético; quiero decir, que todas las sublimes bellezas del paisaje no produjeron en su espíritu sino una espantosa soñarrera. Durmióse, pues, como un bendito, y apenas perdido el contacto con la realidad, cayó, como de costumbre, entre las garras de su trágica pesadilla. Ya se hallaba en el intrincado y nemoroso bosque de sus cuitas, perdido y sin armas con que defenderse. Ya, temeroso y acongojado, presentía la inmediata aparición de su fiero enemigo. Ya llegaba á sus oídos el crujir de las ramas tronchadas, anunció enequívoco de la proximidad de la bestia. Ya ...

Pero entonces ocurrió un fenómeno psicofisiológico, en cuya explicación no puedo detenerme en estos criticos instantes, entre otras razones, por haberlo tratado con toda clase de pormenores en mi famoso estudio *Desdoblamiento en la personalidad de los cazadores dormidos*; y fué que el Sr. Pantaleón, no obstante dormir á pierna suelta, y á pesar de hallarse enfrascado en lo más recio y peliagudo de su *osomanía*, oyó con la perfecta claridad del que está despierto. Es decir, que el imaginario ruido con que el fiero plantigrado anunciaba su próxima presencia, trocóse en un ruido real y efectivo, y D. Patricio, aunque de inconsciente modo, se dió tan perfecta cuenta del cambio, que, con sonambúlica lucidez, abrió los ojos, empuñó el rifle y, de rodillas, se colocó en la clásica actitud del cazador en aguardo.

Fué tan rápido el tránsito del sueño á la vigilia, que nuestro caballero, no obstante tener los ojos desmesuradamente abiertos, vió turbio durante una veintena de segundos. Las frescas imágenes de la pesadilla perduraban aún en su retina. Además, el sol se había puesto y las sombras crepusculares comenzaban á envolver la tierra. Poco á poco su experta y penetrante mirada de cazador fué dándose cuenta minuciosa del estrecho horizonte que desde aquel lugar se abarcaba. A derecha é izquierda, enormes matas de lentisco, al amparo de una de las cuales se hallaba el puesto del mono. Al frente, y pasada una honda barranquera, un intrincado y espesísimo manchón de monte, cortado en toda su longitud por el camino real que blanqueaba sobre el negro verdor de los jarales como un colosal trazo de tiza. Y, en primer término, del lado allá de la barraca y en una plazoleta ó escampado, puesto de pie, con el hocico al viento é inmóvil y majestuoso como una estatua, un oso gris enorme al cual las sombras del atardecer prestaban casi las fantásticas apariencias de un animal antediluviano.



Don Patricio, dueño por completo de sí, se encara con tranquilidad el arma; apunta al codillo y...

¡Cómo pintar la estupefacción de D. Patricio cuando clavó los ojos en aquella colosal alimaña! Quedóse turulado y atónito, blanco como el papel, boquiabierto y sin una gota de sangre en las venas. ¡El oso... el oso!... fué lo único que acertó á balbucear con voz casi ininteligible. Era la expresión del terror que experimentaba al ver cómo su sueño se había trocado en realidad. Porque aquel oso que ante él se aparecía, no era un oso cualquiera, era el oso gris de sus pesadillas: verlo y reconocerlo, había sido una misma cosa.

Pasaron diez segundos, que fueron como diez siglos para D. Patricio. Durante ellos atenazó su espíritu la duda de si estaría despierto ó de si se trataba de un nuevo aspecto de su desdichada monomanía. El agudo ladrar de un perro desbarató el encanto. La sangre afluyó de nuevo al paralizado corazón del montero. Reaccionó. Latieron los perros ya mucho más cerca. El oso salió de su inmovilidad, avanzando muy pausadamente hasta el mismo borde del barranco. D. Patricio, dueño por completo de sí, se encara con tranquilidad el arma; apunta al codillo, y...

Al disparo, cuyo recio estampido repercutió de monte en monte, rodó el oso hecho una pelota hasta el fondo de la barranquera, donde las zarzas y las adelfas lo recibieron muellemente. Cuando don Patricio palpitante de emoción y alegría se asoma al filo del precipicio, duda aún de si habrá disparado en sueños.

Entre tanto un perro que ha venteadado la res ladra con furia, pero á respetable distancia. A su llamada tarda bien poco en acudir la jauría entera, la cual se despeña ladera abajo con un fragor de mil demonios. Bien pronto rodean los perros los espesos zarzales donde la res se halla y la acometen por veinte lugares distintos, mientras ladran á la continua con ensordecedora algarabía. Es un espectáculo sorprendente. D. Patricio, aún no repuesto de las intensas emociones sufridas, contempla el zafarrancho rifle en mano y con la gallarda postura de un vencedor olímpico.

Como el ojeo ha terminado y la mancha es pequeña, acuden pronto los demás cazadores, deseosos de presenciar el agarre. El número de una docena se aproxima ya á D. Patricio, que no dice esta boca es mía, cuando del lado allá del barranco asoman los perreros y varias escopetas negras; llegan á escape y sin aliento, temerosos de que la res sea el jabalí viejo, esté herido y haga un destrozo en la jauría.

Uno de los perreros, á quien llaman El Cano, grita medio ahogado por la carrera:

—¡Eh, D. Patricio!... ¿Ese marrano está bien muerto ó será cosa?...

—¡Qué marrano ni qué calabazas!...— contesta el montero—Lo que he matado es un oso como un elefante. Baja y lo verás, ¡pánfilo! ¡Está más muerto que mi tatarabuela!

Al oír aquello del oso, todos los presentes alzarón la cabeza y se miraron unos á otros, como diciéndose: ¡Un oso en Sierra Morena!... ¿Se habrá vuelto loco D. Patricio?

No se inmutó nuestro caballero ante la estupefacción de sus amigos. Clavó sus ojos en ellos con la firme convicción de su triunfo y exclamó:

—¡Un oso, sí, un oso!... ¡No parece sino que se han acabado los osos en el mundo!... ¡Baja, Cano, y aparta los perros, que quiero conservar la piel entera.

Obedeció el perrero; siguiéronle tres ó cuatro ojeadores y, mientras llegaban trabajosamente al fondo del barranco y apartaban los perros, faena más que difícil, continuó D. Patricio en actitud heroica, mudo y magnífico entre sus asombrados compañeros que no logran adivinar si era aquello una broma ó un rapto de locura.

A poco, vióse cómo los hombres sacaban de entre los zarzales una res muerta, sin que la escasa claridad crepuscular permitiese distinguir á qué especie pertenecía. Arrastraron la víctima fuera del arroyo, y entre los furiosos ladridos de los perros que no cesaban de acometer, se oyó la voz del Cano que decía:

—¡Don Patricio!... ¡Un oso con *toas* las de la ley!... ¡Tiene hasta bozal y cadena!

Un rayo que hubiese caído á los pies del insigne montero no produce de fijo en su ánimo una impresión tan desastrosa. Toda su arrogante fiera se desvaneció en un momento. Dejó caer los brazos á lo largo del cuerpo, y con el semblante demudado, la boca entreabierta y una angustiada expresión de entontecimiento en los ojos, quedóse en la más triste y desgarrada figura que pueda imaginarse. De altivo y gallardo vencedor, se había trocado, por obra y gracia del ridículo, en un grotesco y desairado pelele.

En tanto, transcurrieron algunos segundos, durante los cuales, ni D. Patricio dijo palabra, ni el numeroso grupo de cazadores que le rodeaba—poco á poco habían ido llegando casi todos los expedicionarios—se atrevió á comentar el gracioso lance ocurrido. Ya iba la risa, comprometedora y poco respetuosa de suyo, á reventar, con menoscabo de la dignidad de nuestro ilustre amigo, en la boca de cuantos presenciaban aquella escena, cuando quiso su buena estrella que la general atención se apartara de él,

para fijarse en dos recién llegados que, surgidos como de la tierra, habían hecho irrupción en el círculo de los cazadores.

Eran dos tipos cuya singular catadura pregonaba á la legua su origen vagabundo y andariego. El indefinible color de su tez renegrida por la intemperie, sus luengas melenas y los multicolores andrajos con que cubrían sus carnes, bien á las claras anunciaban su filiación. Pero lo curioso del caso no era el pergeño de los intrusos, que á docenas se ven con igual traza en las cinco partes del mundo, sino la inaudita y extraordinaria danza á que se entregaron, como frenéticos coribantes, apenas llegados. Gemían, lloraban y aullaban, todo á un tiempo, retorciéndose y contorsionándose como víctimas de un violento dolor de entrañas mientras que blandían convulsos las largas y puntiagudas pértigas de que iban provistos. De la oscura y extraña melopea que barbotaban, sólo eran comprensibles las siguientes frases:

—¡Perico, Perico...! ¡Osi nostro...! ¡Mortil ¡Mortil...! ¡Siamo arruini...!

Nadie en los primeros momentos llegó á entender el oscuro lenguaje de aquellos energúmenos. Tan sólo D. Patricio, vuelto por completo á la realidad y en pleno uso de su natural despejo, comprendió en el acto que tenía que habérselas con los due-

ños de la fiera por él asesinada; y comoviese la ocasión de rehabilitarse ante los ojos del concurso, la asió por los cabellos, y con una frescura digna de todo encomio, exclamó:

—¡Alto, señores...! ¡Un poco de calma...! Estos pobres diablos tienen razón en lo que piden. El oso era suyo, yo lo he matado, y debo pagarlo... Ahí va...

Y cartera en mano, contó cinco billetes de cien pesetas y se los entregó á los bohemios que, agradecidos, barrían el suelo con las melenas.

Luego, encarándose con sus asombrados compañeros, les dijo:—Ya habrán ustedes comprendido que se trata de una broma inocente. Necesitaba un oso para mi colección, y lo he comprado; el caso no puede ser más sencillo.

Y es fama, que el Sr. D. Patricio Pantaleón y Portocarrero, no sólo completó su admirable gabinete con un *oso gris del Pirineo, muerto en el paso de Roncesvalles*, sino que al mismo tiempo aseguró, mediante la módica suma de quinientas pesetas, el reposo de sus días y sus noches para el resto de su noble existencia.

JUAN HECTOR PICABIA

Madrid, Octubre, 911.

EL GENERALIFE O "HUERTO DEL REY"

.....
El otro es Generalife
huerta que par no tenía...
(Romance morisco)

I

Historia



falta de documento escrito sobre cuando y para qué se construyó el Generalife, que Marineo Siculo y Pedro de Medina designan en un libro como *huerto de los Reyes y casa real de placer*, los antiguos Inventarios de la Corona como *sitio real* que poseía colecciones de cuadros y mobiliario; Hernando de Bieza, el secretario de Boabdil, *la huerta del rey que dicen Generalife*, y las primeras documentaciones de los archivos granadinos *casa y huerta* á cargo de «alcayde ó persona» que tenía obligación de pagar las cargas que en las cédulas reales se determinaban, nos dejaron los reyes musulmanes granadinos una fecha y una noticia escritas en los muros de Generalife, entre los primorosos adornos que decoran aquellas poéticas estancias. Refiérome al poema que se lee alrededor de la portada de la sala del pequeño palacio y que comienza así según las traducciones de Lafuente, Alcántara, Simonet, Almagro y la puesta en verso por Schack y traducida por el inolvidable Valera:

*En este alcázar dotado
de incomparable hermosura,
resplandece del Sullán
la magnificencia augusta...*

En estos versos se determina el origen real del palacio:

*Mas lo que á tu regio alcázar
de magor gloria circunda...*

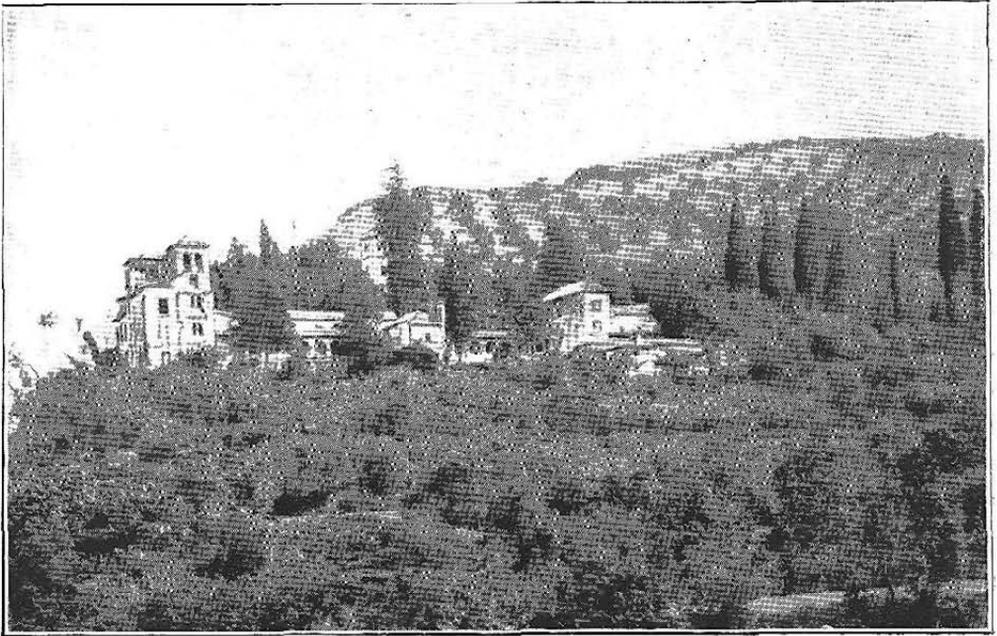
y luego dice, que el sultán es Abul Walid, «rey de reyes» por su prosapia y sus virtudes; agregando después:

*Este alcázar, al califa
debe su belleza suma:
él renueva los adornos
y primores en que abunda
el año de la victoria
cuando los musulimes triunfan
de nuestra fé sacrosanta
con la misteriosa ayuda...*

de modo que ya sabemos que Abul Walid restauró el palacio, ó *huerta del rey* «el año de la victoria», y esta victoria es la obtenida por los musulmanes granadinos en la famosa batalla de Sierra Elvira, en *rabia 1.^a de 759 de la egira* ó en Abril á Mayo de 1319, batalla en que murieron los infantes D. Pedro y D. Juan (1).

Don Pedro era hermano del rey Fernando «el Emplazado», y desde 1311 recorría con un lucido ejército la frontera nazarita. En 1314, cuando Abul Walid destronó á Aben Nazar VI, su tío, D. Pedro venía desde Córdoba á Granada á proteger á Nazar su amigo; pero enterado de la proclama de Aben Walid, suspendió su viaje y se apropió de la fortaleza de Rute. Después de la indecisa victoria de la batalla de Alicum (1315), D. Pedro corrió la tierra desde Jaca á la vega granadina, llegando hasta Izualla, Montejicar y Pina Puente (1316). A los tres años de esta correría, repitiéronse las aventuras del infante D. Pedro, que en la mañana de San Juan del año 1359 apareció con su ejército en las colinas de Sierra Elvira, entre Albolote y Atarfe, acompañado de otras tropas que

(1) Las antiguas crónicas y la *Historia de Granada*, de Lafuente Alcántara, tomo II, relatan extensamente esta batalla.



Vista general del Generalife desde la Alhambra

mandaba su tío el infante D. Juan, señor de Vizcaya, llegando en sus arriesgadas aventuras hasta las puertas de Granada. Todo parecía sonreír al atrevido infante, pero el día 26, de improviso combatió furiosamente contra los cristianos el caudillo Osmin al frente de aguerridas tropas, y primero don Pedro y después su tío D. Juan quedaron muertos sobre el campo de batalla: «*e finaron alla*, dice el «Cronista de Cardena», *e non en ninguno faciendo que ficiesen...*»

A este acontecimiento alude la inscripción de Generalife de que he hablado antes, y he de agregar, para que se comprenda bien la importancia histórica de la leyenda, que los moros recogieron el cadáver del infante don Juan, que los cristianos habían abandonado por huir, en un barranco, y lo trajeron á Granada; lo embalsamaron y pusieron en un ataúd, cubierto con un paño de tisú, haciéndole guardia de honor muchos ilustres guerreros moros, hasta que el rey D. Fernando mandó á Granada unos caballeros vizcaínos que en fúnebre comitiva condujeron el cadáver á Córdoba. Este D. Juan fué el que mató al hijo de Guzmán el Bueno al pie de los muros de Tarifa...

Sabemos, pues, que el Generalife era *un alcázar* ó una *huerta real* quizá anterior á la monarquía nazarita, renovada y restaurada en 1319 por Abul Walid, y que cuando

la reconquista era la *huerta del rey*, según dice Hernando de Baeza, en su libro, continuando luego como tal posesión real, pues en una R. Cédula de 17 de Julio de 1494 dirigida al Ldo. Calderón, los reyes le participaron que habían mandado al comendador «fray Joan de llenestrosa que haga hacer ciertos edificios y obras en la Güerta y Casa de Generalife, y porque para ello abrá menester algunos oficiales de esa ciudad... vos mando para que se los hagais dar pagando los jornales...» (Archivo municipal).

Aun en 1526 no resulta alcaide sino *tenedor de la Casa de Generalife*, el ilustre Comendador de Santiago, Gil Vázquez Rengifo, hijo de un valiente guerrero muerto en la campaña para la toma de Granada. Después debió conferírsele la alcaidía al Comendador, pues cuando casó á su hija D.^a Maria con D. Pedro II de Granada, dióle en dote la Casa de los Tiros (1) los heredamientos y jurisdicción de Jayena y Turrillas, término y jurisdicción de Alhama y la villa de Güete (hoy Huétor Santillan), en esta ciudad. Y agrega la Carta de dote, primoroso manuscrito en pergamino del archivo de la casa de Compotejar: «...E otro sí, da en el dicho dote y casamiento al dicho Sr. D. Pedro en la

(1) Interesante edificio que aun poseen los marqueses de Campotejar.

dicha D.^a Maria Rengifo la *Tinencia de Generalife*, con todas las huertas, casas y porciones á ella y á la dicha tenencia anexas y pertenecientes y con los frutos y rentas dellos segund y de la forma y manera que el dicho señor comendador la tiene e posee por Sus Magestades... (*Mayorazgo original del Sr. Gil Vázquez Rengifo, mi señor*).

Por este matrimonio vinieron á ser *alcaldes de la Casa real de Generalife*, los Granada, descendientes del famoso rival de Alahmar I, Aben Hud, y de Pedro Venegas de Córdoba, llamado el «tornadizo», por haber olvidado á sus padres, á su patria y su linaje en aras del inquebrantable amor que profesaba á la hermosa Seti Merien, hija de Cidi Yahia Abrahen Alnayar. (1)

II

Tradiciones

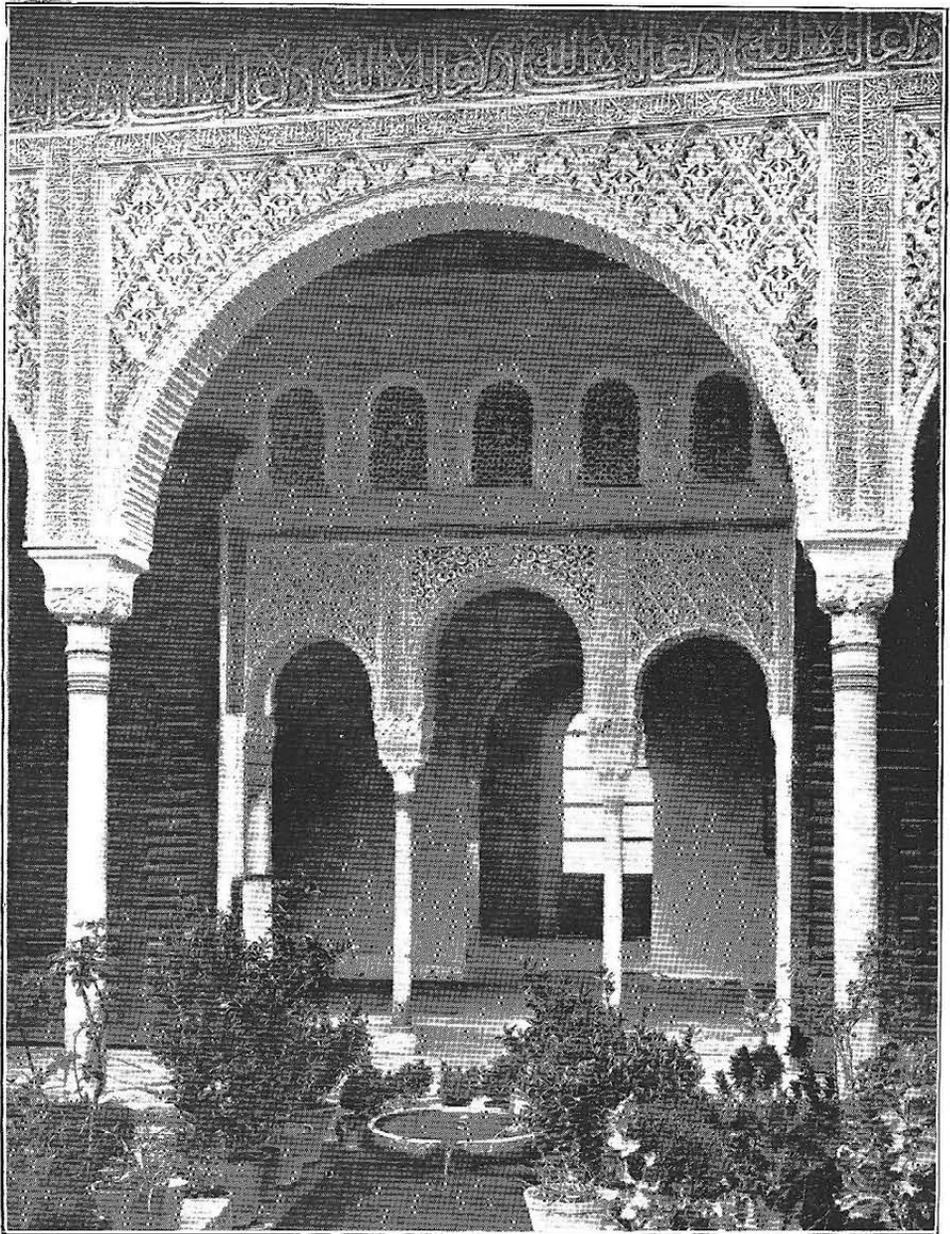
La leyenda y tradiciones en que figura Generalife, son innumerables. Comenzando por la del príncipe Omar, de la estirpe real de los Alnayares, después infantes de Almería, que cansado de placeres y satisfecho de honores y triunfos conseguidos en la guerra, decidió vivir retirado en la soledad y el reposo para entregarse de lleno al cultivo de la música, arte á que profesaba singular afición, según unos, y según otros para consagrarse á Dios, por lo que fué llamado el *Lahmi* ó ermitaño, hasta la preciada novela de Chateaubriand, *El último abencerraje*, apenas hay libro en prosa ó en poesía referente á Granada y á su interesante historia musulmana, cristiana y morisca, en que no se hable del Generalife, de sus fantásticos jardines, de su poética estancia, de sus colecciones de retratos de la familia «Granada», de origen godo, enlazado después con reales prosapias musulmanas, vuelta á entroncarse con cristianos por el matrimonio de Venegas el tornadizo por amor á bellísima mujer; cristiana desde la caballerisca campaña de Baza, en que los Cidi Yahia rindiéronse á las bondades de los Reyes Católicos y coadyuvaron de modo eficazísimo á la toma de Granada; españoles é italianos, por último, según puede estudiarse en el notabilísimo *Arbol generalógico*, que con el número 7 resulta catalogado en la colección de retratos de familia, y que ocupa el centro del testero de honor en la saleta de los retratos...

Parece, que el Generalife y cuantos con él tienen relación, se envuelven en las vaguedades de lo fantástico y milagroso. Los Reyes Católicos, como ya he dicho, recompensaron los grandes merecimientos de Juan Vázquez Rengifo, dando á su hijo D. Gil la alcaidía de Generalife; pues bien: en la «Cuadra dorada» de la «Casa de los tiros», singular edificio que los Rengifos adquirieron á comienzos del siglo XVI, en el magnífico techo de grandes casetones, con interesantes y artísticas tallas mudéjares, hay curiosísimos retratos en relieve que representan famosos personajes de la época y de tiempos pasados. Uno de ellos, el tercero de la «segunda nave» del techo, tiene esta inscripción: «JUAN VÁZQUEZ RENGIFO, español. Entre otras muchas hazañas que hizo peleó tanto un día contra los moros en el arenal de Málaga, que notificaron al rey que habían visto á Santiago. Y por las señales que le dieron, se halló el rey con Rengifo...»

En el siglo XVII, los Granada, quizá molestos por algunas aceradas y encubiertas críticas que surgieron entre gentes granadinas, por la desastrada muerte de un caballero de la familia acusada de tremendo delito, atreviéronse á colocar en la fachada de su palacio de la calle de la Cárcel (llamado hasta su demolición «palacio de Ceti Meriem», aludiendo á la hermosa mora que casó con el Venegas de Córdoba), los ricos tapices árabopersas en que se ostentaban los reales escudos de su ascendencia musulímica, con motivo de las famosas fiestas del Corpus. El caballero oidor de la Chancillería, que ejerciendo alta inspección recorría el itinerario de la Procesión del Santísimo, considerado como delito contra la majestad del rey el usar símbolos de una monarquía que se había extinguido, no sólo en la época cristiana, sino en la musulmana también, y promovióse ruidoso pleito que, á los varios años, resolvió el rey, con verdadero asombro de tribunales y cortesanos, perdonando á los Granada su atrevimiento de leyenda y concediéndoles además otros honores y el título de marqueses de Miravalle... (*Anales de Granada*, por H. de Jorquera, manuscrito de la Bibliot. Colombina).

Envuelto también en las bramas de entrollo histórico y lo legendario, hállanse los motivos por los que se supone que los Granada, ya marqueses de Campotejar y enlazados por segunda vez con ilustres familias italianas, abandonaron á España: una misteriosa conspiración política, en que alguno de los famosos caballeros comprometió su persona en la causa del archiduque de Austria, pretendiente á la Corona de España; conspira-

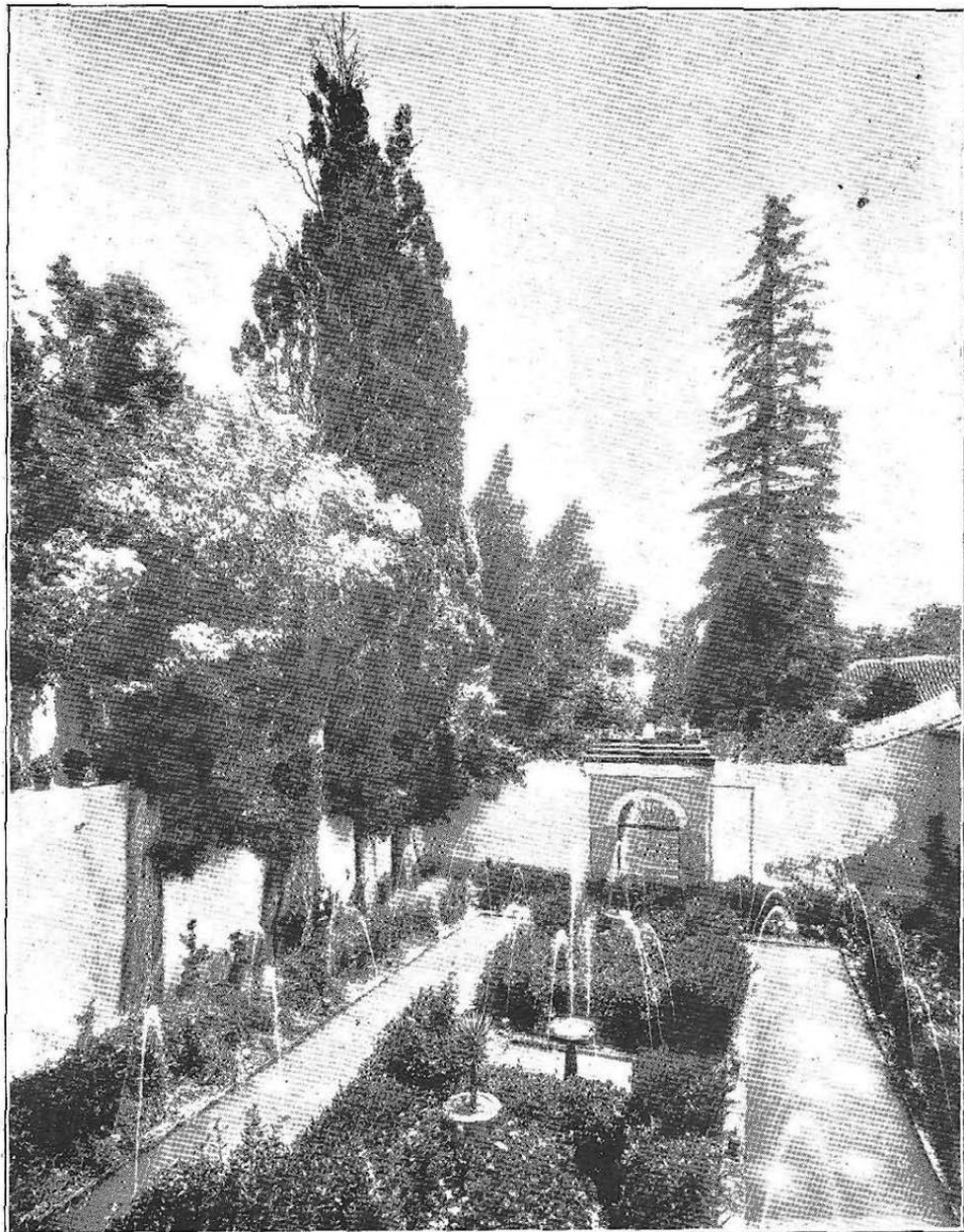
(1) El palacio de Seti Merien fué vendido por los marqueses de Campotejar para la apertura de la Gran Vía de Colón. Como recuerdo conservase el nombre de la hermosa mora en una nueva calle abierta en lo que fueron jardines de Palaci.



Entrada al mirador del Generalife

ción política, en que alguno de los famosos caballeros comprometió su persona en la causa del archiduque de Austria, pretendiente á la corona de España; conspiración que parece relacionada con alguna romántica aventura de amores. Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que no he podido com-

probar la certeza de esa leyenda, y que así como la colección de retratos reales se interrumpe en los retratos núms. 15 y 16, clasificados erróneamente como Carlos II y su esposa Mariana de Neuburg, cuando representan reyes ó príncipes de la dinastía borbónica, la de retratos de la familia Granada se

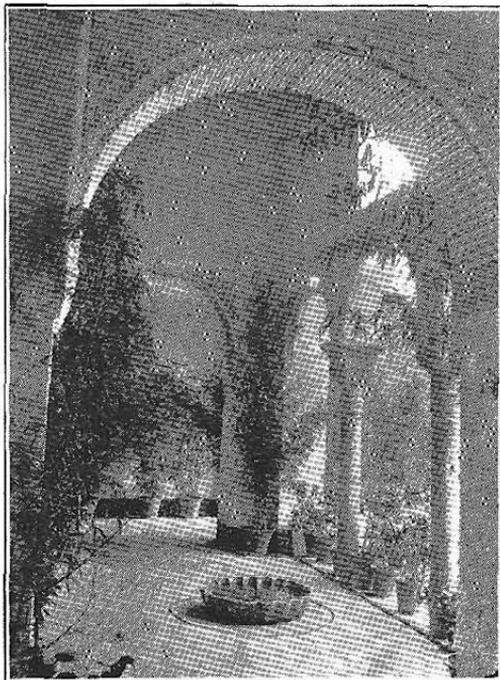


Patio de los estanques y ciprés de la sultana

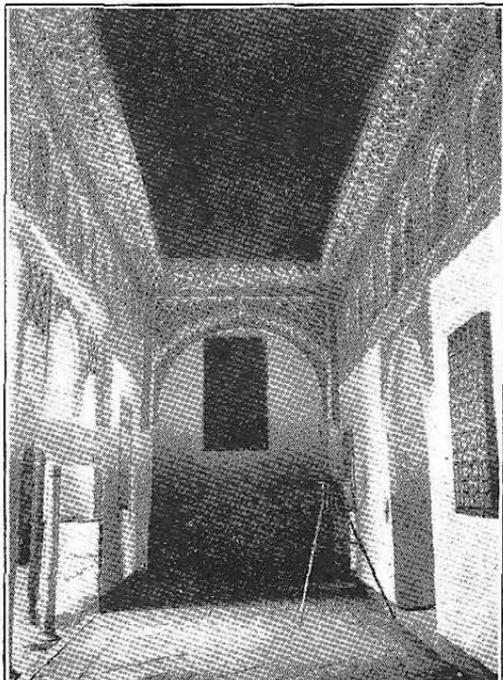
termina en personajes pertenecientes á la mitad del siglo XVII; y nada más se halla en Generalife que enlace la historia de esos famosos caballeros moros que desde Cid Yahía Alnayar, después D. Pedro I de Granada, estuvieron al lado de los Reyes españoles, ocupando en esta ciudad altísimos puestos,

aun el de representante de Granada en las Cortes del Reino (1610).

En los conventos, en las guerras, en la Universidad, en la Chancillería, en todas partes, aparece el ilustre apellido de los Granada, raza de reyes, cuyos descendientes no se consideran rebajados en vestir el



Detalle de las galerías



Sala de entrada al mirador

modesto hábito del fraile, la severa toga del juez, la igualadora muçeta de doctor ó la férrea armadura del soldado, contentándose con escribir en su escudo *SERVIRE DEO REGNARE EST...*

Pero las leyendas y tradiciones más interesantes de Generalife son, sin duda, las que se relacionan con los discutidos amores de Zoraya y Aben Hamet y la traición de los *Zegries* contra los *Abencerrajes*. Ginés Pérez de Hita en su bellísima obra *Guerras civiles de Granada*, calificada de «libro entretenido»



Entrada primitiva al Generalife.

do» por el análisis granadino Henriquez de Jorquera, casi contemporáneo del famoso escritor, poeta y soldado (1), dedica largos capítulos á esa misteriosa y poética leyenda, inspirado en el *Romancero morisco*; haciendo intervenir—lo cual es interesantísimo—en la prisión de Zoraya á una doncella cristiana, llamada Esperanza de Hita, que la servía, la cual era natural de la villa de Mula... y cautiva

(1) Véase á este propósito mi estudio preliminar á la «Comedia famosa de moros y cristianos titulada *El triunfo del Ave María*, pag. 8 y siguientes.

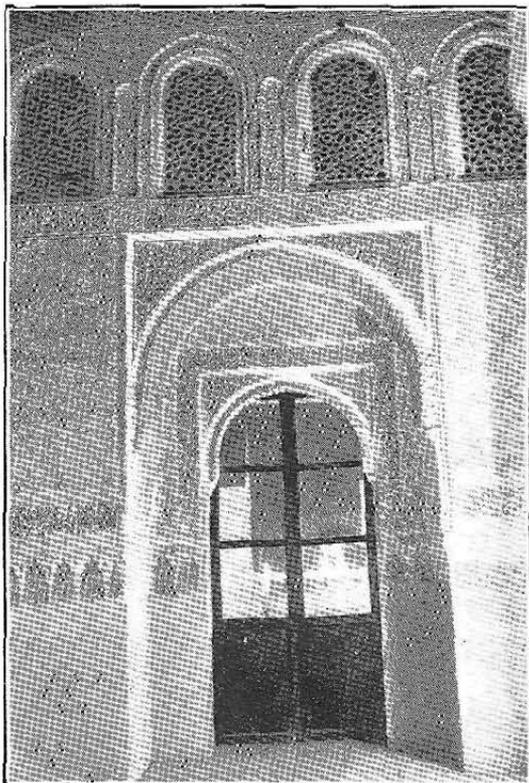
y presentada al rey... él la dió á la reina por ser hermosa y discreta...» (*Primera parte. capítulo XIII*).

Esta Esperanza de Hita, si existió, debió ser ascendiente del autor de las *Guerras civiles*, y quizá se explique de este modo el amor que á la leyenda y tradiciones árabes demuestra en su obra; realmente, introdujo en la historia el elemento poético, embelleciendo la narración con colorido romántico, impregnado de la bella y serena grandeza que emana del *Romancero morisco*, del que ha de tomar el historiador un elemento que no hallará ciertamente en los secos y áridos libros de nuestros cronistas de reyes, príncipes, preladados y magnates: la historia del pueblo, los rasgos de su carácter, de su vida y de sus costumbres.

La tradición del ciprés de la sultana y de las trágicas consecuencias de la delación ó calumnia de los Zegríes contra los Abencerrajes, es bien conocida. Los romances y varios galanos y románticos capítulos del libro de Pérez de Hita, relatan con preciados y poéticos ras-



Paseo de los cipreses

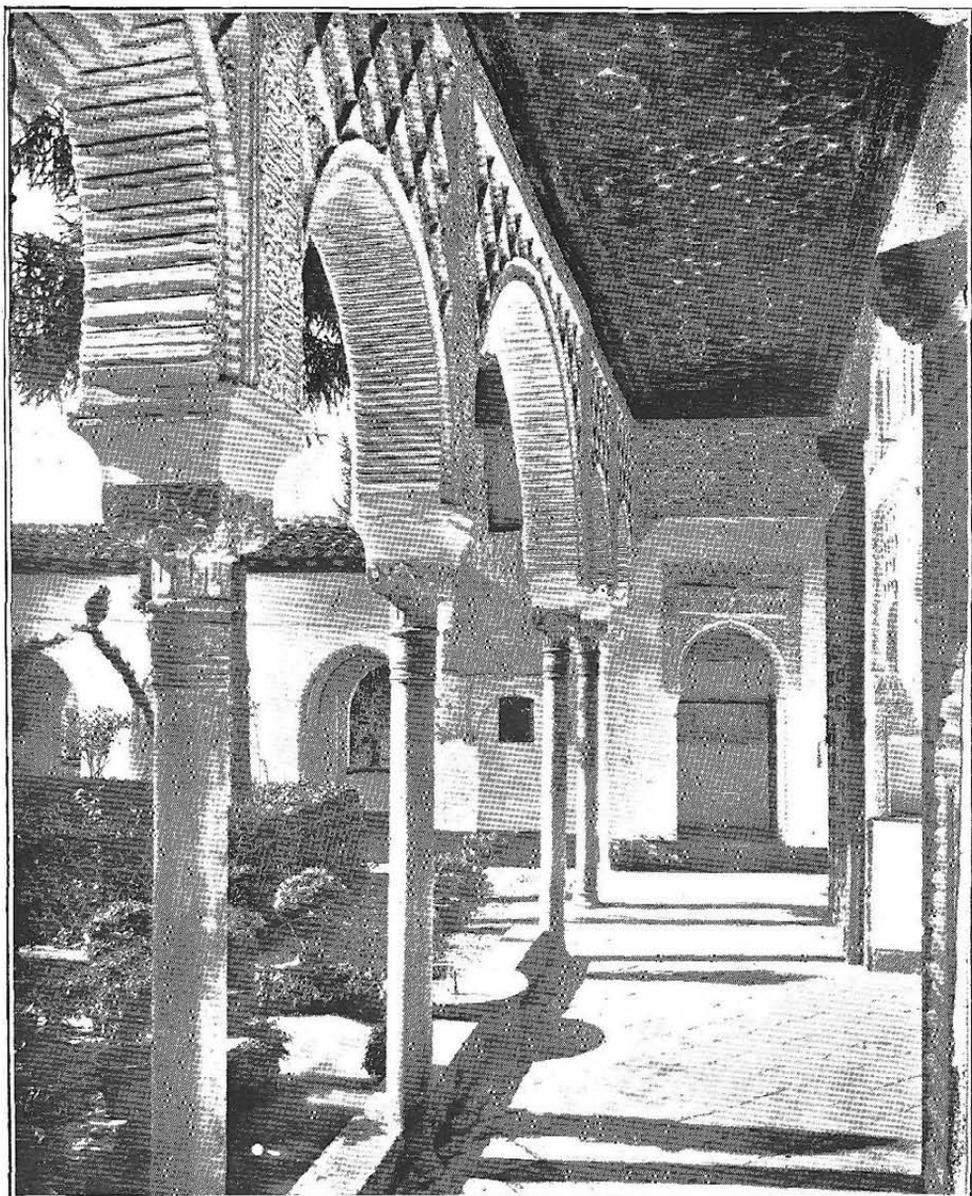


Entrada al salón de retratos de familia

gos esos sucesos que acaso tengan un fondo histórico, pues llenando de Baeza, por ejemplo, y algún autor musulmán, refieren que en la fuente de los Leones ó en la de la sala de los Abencerrajes de la Alhambra, fueron degollados unos príncipes. «Dícese que hubo un día —refiere un escritor moderno describiendo poéticamente el ciprés— en que un gallardo abencerraje se atrevió á reque-

rir de amores á la esposa de su rey en esos mismos jardines al pie de uno de esos árboles, á la sombra de una de esas noches hermosas y tranquilas; cuentan que ella lloró, que suspiraron los dos y maldijeron su destino; que los sorprendió un zegrí y que ahogó el rey en sangre la pasión del desdichado amante: ¿puede acaso suponerse un lugar más digno de esa escena...?»

Cuenta Pérez de Hita, como ya he dicho, esos sucesos, y describiendo la trágica refriega que al degüello de los Abencerrajes siguió, dice que «por este conflicto y alboroto desventurado se dijo el fa-



Galería del patio de la acequia

moso romance (tal vez suyo) que comienza así:

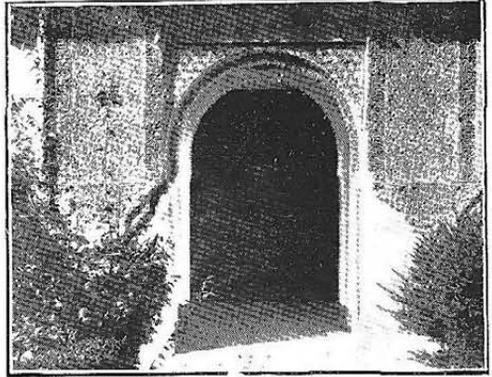
En las torres de la Alhambra
sonaba gran vocería,
y en la ciudad de Granada
grande llanto se hacía;
porque sin razón el rey
hizo degollar un día

treinta y seis Abencerrajes
nobles y de gran valía
á quien Zegries y Gomeles
acusán de alevosía...

La prisión y las quejas de la reina; su resolución de acudir, por consejo de Esperanza de Hita, á D. Juan Chacón; la favorable y galante contestación de éste; «el juicio de



Un ángulo de la galería



La entrada al oratorio

PATIO DE LA ACEQUIA

Dios» celebrado en Bibarrambla y en el que quedaron vencedores de los zegríes que mantenían la calumnia de la deshonra de la reina, los insignes caballeros D. Juan Chacón, D. Alonso de Aguilar y D. Diego Fernández de Córdoba, son preciosísimas páginas del libro de Pérez de Hita, cerrando la relación de sus sucesos la pérdida de Alhama, de la que un alfaquí, el mismo que le predijo la ruina de Granada por la muerte de los Abencerrajes, hizo tristes comentarios de los cuales Pérez de Hita asegura «que se dijo aquel romance antiguo tan doloroso para el rey, que dice en arábigo, traducido al castellano, de esta manera»:

Pascábase el rey moro—por la ciudad de Granada— desde la puerta de Elvira—hasta la de Bibarrambla.—

¡Ay de mi Alhama!...

En el cual se recuerda la trágica muerte de los Abencerrajes, y concluye así:

Por eso mercedes, rey,
una pena muy doblada
que te pierdas tú y tu reino
y que se pierda Granada.

¡Ay de mi Alhama!...

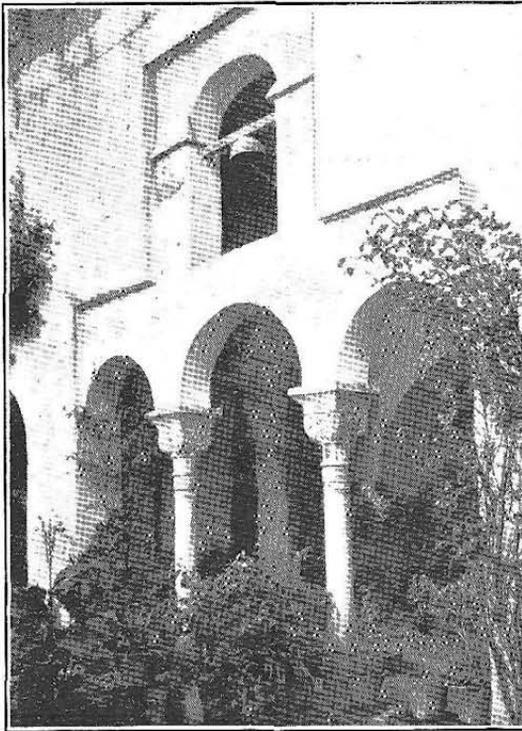
De este romance, Pérez de Hita inserta otra traducción castellana, que comienza:

Por la ciudad de Granada — el rey moro se pasea...—

La tradición se ha impuesto a las investigaciones históricas; y en tanto que éstas no han podido desvanecer por completo la leyenda de amores, la traición de los zegríes y la venganza de Boabdil, la poesía universal sigue cantando al Generalife, que, según una dama española (véase el *Album* del palacio), es admirable para el amor, y

propagando el culto al maravilloso ciprés de la Sultana, al que decía un poeta granadino de los tiempos de la inolvidable Cuerda:

Adiós, viejo ciprés: profana lengua



Templete de entrada al patio de la acequia



Don Fernando el Católico, por Antonio Rincón



Doña Isabel la Católica, por Antonio Rincón

que de un cuento de amor haces alarde; los siglos te conservan para mengua de la memoria de Abdalá cobarde...

La posteridad no perdona al desdichado Boabdil, ni como rey ni como hombre, y la historia y la leyenda han unido en Generalife el recuerdo de las luchas entre alnayares y nazaritas, la nobleza y el pueblo y musulmanes y cristianos, purificado todo por el amor que Venegas sintió por Ceti Meriem, y del que surge, quizá por egoísmo de enamorados, la idea trascendental de entregar Granada á los cristianos que combatían desde la desdichada muerte de D. Rodrigo, el Boabdil de la monarquía goda, por reconquistar palmo á palmo la tierra española.



Doña Juana la Loca, por Villoldo

III

Descripción

Frente á la *Torre del preso*, del *Candil* ó del *Cadí* de las murallas de la Alhambra,

ábrese un estrecho callejón entre murallas de argamasa, casi derruidas. Este callejón conduce á la auténtica entrada de la *Huerta del rey* ó *Generalife*, formada por dos patios cercados y convertidos desde hace tiempo, así como sus características edificaciones, incluso las del cuerpo de construcción que las enlazan con el gran patio del palacio, en las habitaciones de los jardineros que cuidan del antiguo sitio real.

Del primer patio, al que sirve de ingreso un arco de herradura, se entra en el segundo, que tiene en su frente una gradería y la puerta principal decorada artísticamente con labores de hojas, lacerias sencillas y la llave simbólica en medio. En el enlace de este patio con el primero hay una galería de cinco arcos, cubiertos con tabique desde hace muchos años. El conjunto del patio resultaría más original que el del llamado de la Mezquita Mexuar (ahora en restauración interesantísima)—con el que tiene cierta semejanza—, aunque la fachada de Generalife



Cidí Yahía Almayar, bautizado en Santafé y llamado Don Pedro I de Granada

no es, ni remotamente, de la importancia artística de la gran portada del palacio nazarita, pero quizá adornada con ricos azulejos (1).

Pasada la gradería ó escalinata, éntrase en un pequeño zaguán rodeado de poyos y en el que se abre el ingreso á la estrecha escalera que conduce al gran patio del palacio.

Mide el patio 48,70 m. de largo y 12 de ancho. Por el centro discurre la acequia, que después de regar á todo Generalife, se une á la *del Rey* ó *Alhambra*, de la cual se derivó. En el frente del Sur (enlace con las edificaciones de entrada), hay una galería de cinco arcos y una extensa sala, todo trastornado para convertir la sala en la entrada moderna. El piso alto está desfigurado también, pero conserva restos en el salón de dos alcobas y un techo de maderas pintadas.

No es muy fácil restablecer la disposición en tiempos nazaritas, de la muralla de Oriente del patio. Por mi parte, no me atrevería

á aventurar la hipótesis de que allí siempre hubo un muro sencillo, habitaciones ó arcadas; sería necesario para ello investigar la cimentación del muro y habitaciones modernas que se conservan hoy. El frente opuesto era, al parecer, un soberbio mirador de diez y ocho arcadas. El corredorillo, adosado actualmente, debe ser de fecha no muy remota. Además, se han hecho muchas obras y restauraciones en Generalife (por cuenta de los fondos de la Alhambra, según consta de documentos de un archivo), y esto contribuye á hacer más difícil toda suposición respecto de los componentes de ese gran patio, mucho más cuando está destruído otro semejante, hace pocos años descubierto en las ruinas del convento de San Francisco de la Alhambra.

En la arcada central de las diez y ocho del patio, ábrese el ingreso á un mirador ó torrecita, convertido en oratorio cristiano. El yeso y la cal dejan apenas entrever algunos adornos é inscripciones de los arcos de la galería y de la torrecita.

Al final de la galería, en el ángulo que forma aquélla con el claustro, sala y mirador del frente norte, sobresale de la primitiva construcción una fuerte torre que descende hasta los subterráneos, jardines y huerta, y que comunicaría tal vez con las galerías



**Don Juan de Austria
(Retrato de autor desconocido)**

(1) Tal vez estos azulejos son los que se guardaban en la histórica *Casa de los Tiros* y hoy se exhiben en una de las salas de Generalife.

que sobre la sala parece que hubo. La construcción de la torre, de todas maneras, se ve desligada de las edificaciones modernas.

El claustro norte es semejante al del patio de los Arrayanes de la Alhambra; en él ábrese la elegante portada de la sala, compuesta de tres artísticos arcos. Hasta aquí las inscripciones que más ó menos completas se conservan, además de la conocida leyenda *sólo Dios es vencedor*, son de carácter puramente religioso, casi todas tomadas de los suras del Corán; pero en los recuadros de la portada tiene el bello poema á que me he referido en el primer capítulo y que comienza:

En este alcázar, dotado
de incomparable hermosura...

La sala mide 13'10 metros de longitud, incluso las dos alcobas, y da paso al primoroso mirador central, desde cuyos ajimeces se contempla el Albaycín y el valle del Darro. Las puertecillas por donde hoy se entra á las saletas adosadas al mirador, fueron ajimeces, como fueron ventanas las puertas que comunican hoy la sala árabe con las saletas referidas, convertidas en curioso museo de retratos.

En la de la izquierda guárdanse retratos de la familia *Granada* y en la de la derecha una *colección real*, que viene figurando en los Inventarios de la Corona hasta la muerte de Carlos II, por lo menos juntamente con otras colecciones que había en los *sitios reales*, también de la Alhambra y el Soto de Roma, y que se han perdido, por lo visto. 243 cuadros, entre tabias y lienzos condujeron á Granada, al morir Isabel la Católica, por disposición del rey D. Fernando, el Vicario de Beas, y el limosnero de la reina, según Madrazo (1) y ya antes se habían traído á Granada muchos más en vida de aquélla, y se trajeron otros en reinados posteriores; pero es lo cierto que, con la desatinada separación de la alcaldía de la Alhambra de los ilustres marqueses de Mondéjar, no se volvió á saber nada de los cuadros y muebles que en las estancias del palacio nazarita tenían aquellos nobles señores que en la conservación de la Alhambra gastaban *lo más de sus rentas* según el analista de Granada II. de Jorquera (Véase mi *Guía de Granada*, pág 62.)

Madrazo cree que los cuadros de los antiguos sitios reales los repartieron los Borbones entre otros palacios; esa, quizá, sea la

causa de que las colecciones de la Alhambra, Granada (?) y el Soto de Roma hayan desaparecido y la del Generalife quede reducida á 16 cuadros, que mal clasificados por nombres y autores, quieren representar á los Reyes Católicos D.^a Juana y D. Felipe, Carlos V y la Emperatriz Isabel, D. Juan de Austria, Felipe II, D.^a Ana de Austria, Felipe III y Margarita de Austria, Felipe IV é Isabel de Borbón, Carlos II y Mariana de Nebourg y un escudo de España. Por decoro del arte y de la historia, debiéranse rectificar los graves errores del catálogo, propagados en libros y escritos. Lo he pedido inútilmente hasta ahora.

La colección de familia compónese de 17 cuadros. El más interesante es el núm. 7, «*Arbol* de la genealogía y descendencia de los reyes de Zaragoza y Granada, de quien descende D. Pedro de Granada Venegas, caballero del Abito de S. Tiago y Sres. de Campotejar y Jayena.» Es un documento curiosísimo, á cuyos lados se consignan las fuentes históricas de que se han tomado los datos genealógicos.

Los retratos, ninguno verdaderamente notable como obra de arte, representan á Cidi Yahia ó D. Pedro I de Granada; D. Alonso I, D. Pedro II (este es el que se casó con la hija de Gil Vázquez Rengifo); D. Alonso II; D. Pedro III; D.^a Catalina de Granada (hija de don Pedro II, que casó con un noble genovés); Aben Hud Almotuakel (no puede este retrato representar á tal personaje; basta con examinar su fisonomía); D.^a Juana de Mendoza, mujer de Alonso I; Abén Cehin, infante de Almería; Abén Abenjami Alnayar, hermano del anterior; D.^a Maria de Granada, hija de Alonso I, monja en Santa Isabel de Granada y D. Diego de Granada, hijo de D. Pedro III y que murió niño. (Es un retrato curiosísimo).

Hay, además, varios cuadros representando batallas navales en que intervino D. Alonso, el hijo de Cidi Yahia ó D. Pedro I de Granada.

Rodean al pequeño palacio el huerto y jardines á que hacen referencia los antiguos cronistas granadinos. La más interesante descripción de sus jardines es la que hizo el italiano Navagiero en 1524 (*Lettera V* de su libro)... «por la belleza de los jardines y de las aguas,—dice el noble caballero—es (el Generalife) la cosa más encantadora que yo haya visto en España... Navagiero termina su interesante carta diciendo: «En suma, no falta en aquel lugar belleza ni encanto alguno, sino alguna persona que lo supiese conocer y gozar, viviendo en quietud y tranquilidad, entregado á los estudios y placeres conve-

(1) *Viaje artístico de tres siglos por las colecciones de cuadros de los Reyes de España*, págs. 152 y 153.

nientes de un hombre de bien, sin deseo de abarcar más. . (*Naugerii, ópera.*)

Sirvan de final á este ligero estudio, las siguientes líneas del inolvidable hispanófilo Adolfo Federico de Schack: «Quien nunca ha pasado una tarde de primavera en el Generalife, no puede decir que ha visto la creación en su completa magnificencia. Aquella soledad idílica, aquella sombra apacible de los granados; el perfume que de mil y mil rosales trasciende, y la vista de aquel ideal florido en la más hermosa región de la Tierra; un valle de los Alpes, bajo un cielo de los trópicos, con riquísima vegetación meridional; todo esto llena el alma de un dulce y religioso pasmo, cual si penetrase en el reservado y santísimo templo de la naturaleza... (*Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, tomo III, pág. 297.)

Manuel del Palacio definió, quizá como nadie, lo que fué y lo que es Generalife:

«*Un templo ayer de amores y de glo-*

ria, y hoy... página infeliz de nuestra historia.»

«Página infeliz... es cierto, porque dejando atrás tiempos lejanos, el Generalife es exacta demostración de lo que es España: cerca de un siglo hace que la representación real primero y la de la nación después, pleitean con los descendientes del alcaide Gil Vázquez Rengifo, para que éstos reconozcan la personalidad jurídica de esas representaciones, á fin de dirimir la contienda legal de si (Generalife ó *huerto real*, es de España ó de los italianos descendientes de Rengifo (1).

FRANCISCO DE PAULA VALLADAR

Cronista de la provincia de Granada.

Sept., 1911.

(1) Véanse mis artículos publicados en la revista *La Alhambra* (Mayo y siguientes de 1904) y en *El Defensor de Granada* (Julio, 1905), estudiándose la rica bibliografía que contiene.

NUMANCIA

LOS CAMPAMENTOS DE ESCIPIÓN

DESCRITO ya en esta revista el resultado de las campañas de excavaciones practicadas sobre el cerro de La Muela, corresponde ahora hablar de los campamentos mandados construir por Escipión para el asedio á Numancia.

Constituyeron estos campamentos,—unidos entre sí por una gran muralla de circunvalación de la que han sido encontrados restos muy notables—un verdadero círculo de ataque, que fué cada vez más estrecho, hasta producir la desesperación, por hambre, de los numantinos, táctica única que con resultados más ó menos próximos, pero positivos

al fin, pudo poner en ejecución el *Vencedor de Cartago*.

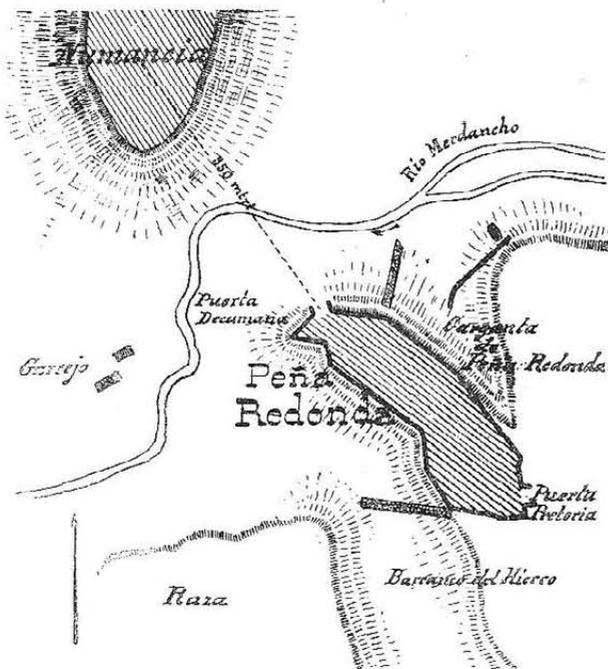
Estuvieron situados en diferentes altozanos, distantes el que más 1.000 metros de Numancia.

Los campamentos y fortificaciones estaban en los lugares designados hoy con los nombres de *Peñarredonda*, *Peñas-altas*, *Valdevorrón*, *Las Travesadas*, *El Castillejo*, *La Vega*, *Altorreal*, *Alto de la Dehesilla* y *El Molino*. Polibio, testigo ocular y verdadero cronista de las guerras numantinas, habla de todos ellos, y con sus referencias ciertas, recogidas de modo autorizado por Appiano, ha construido Von Schulten más de un plano teórico, que después confirmaba en sus descubrimientos sobre el terreno. Esta comprobación de lo dicho por Polibio, en los vestigios encontrados, ha tenido éxitos muy satisfactorios en el campamento del cónsul Fulvio Nobilior, anterior á los de Numancia, y del cual nos ocuparemos en capítulo aparte, porque bien lo merece su importancia excepcional.

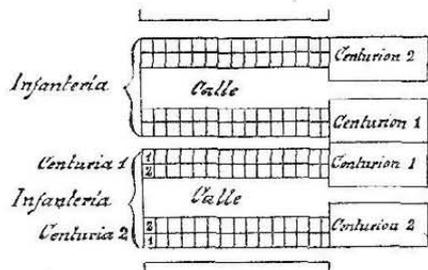
En la publicación de estos trabajos hemos de seguir el mismo orden que impone su emplazamiento, marchando sobre el terreno en dirección N. á partir del campamento de Peñarredonda. Hablaremos ahora de éste porque fué descubierto el primero, y es, además uno de los más importantes.

Al presente, nuestra labor tiene que ser principalmente descriptiva, y ligeramente crítica, sin alardes técnicos, que están bien reservados á los profesionales en estas cosas.

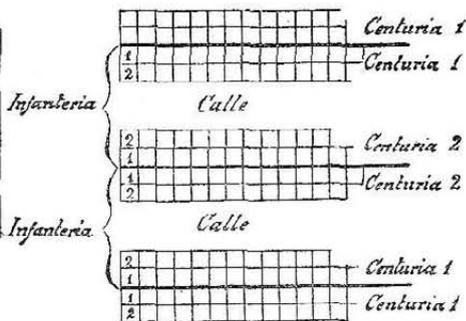
A mí me corresponde un deseo constante de saber cómo mi exce-



Croquis del campamento de Peñarredonda



Cuarteles de Novaesium



Cuarteles de Peñarredonda

lente y gran amigo Von Schulten, iba realizando cada año nuevos y muy importantes descubrimientos; he medido palmo á palmo todo el terreno donde estuvieron emplazados «El Castillejo», «Peñarredonda» y otros campamentos y he observado cuidadosamente, con el cuidado que puede hacerlo quien aspira á ser cronista imparcial y veraz de lo que ha visto, la meritoria labor del sabio profesor alemán. En estas descripciones irán, pues, juicios y referencias del mismo Schulten, y unidas á ellas, juicios míos, cuidadosamente aquilatados.

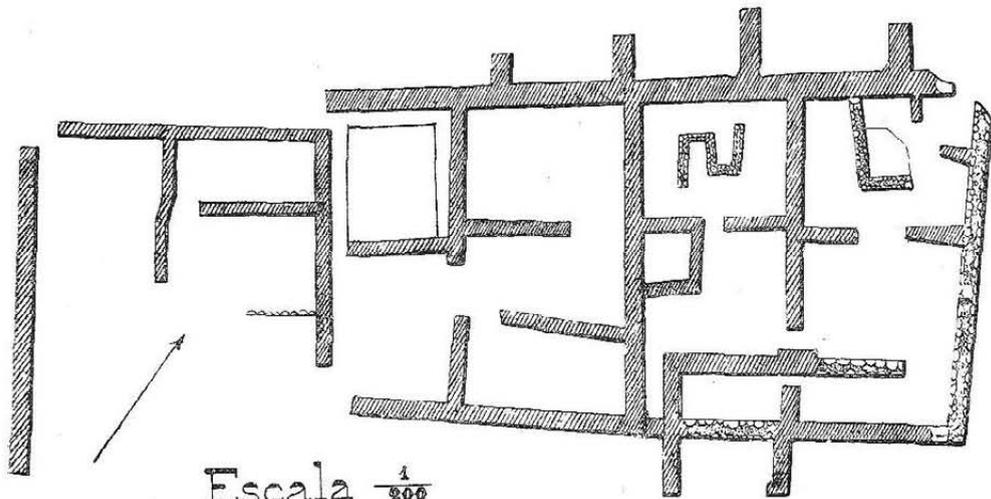
No he de regatear el espacio, para dar cuenta al lector, con detalles útiles y necesarios de los campamentos más importantes. Habrá otros, cuya descripción será sencilla y breve.

Campamento de Peñarredonda

Es el único que no ha sido *tapado*, por estar en terreno incultivable, y se halla actual-

mente, á pesar del tiempo transcurrido y de los agentes atmosféricos, bien conservado. La superficie total de la plataforma de Peñarredonda es de 5 hectáreas y media, y muy á propósito para un gran campamento. El construido por Escipión media 580×170 metros. Ocupa la colina S. S. E. de Numancia. Esta colina debe su nombre á una gran Peña de figura redonda que se encuentra á su pie. Resulta una posición muy fuerte, estratégica é importante, desde la cual se dominan dos desfiladeros del cerro de La Muela por donde podían escabullirse los numantinos. Estos desfiladeros corresponden al río Merdancho y al barranco del Hierro.

La altura de la colina es aproximada á la de La Muela, dista de ésta 500 metros y es un gran punto de observación para saber lo que pasaba en Numancia. Así demostraron los romanos su estrategia, por más que aquí estuviera indicada por la misma naturaleza del terreno. (Véase la disposición indicada en el plano adjunto.) La fortificación del exterior del campamento consistía en una mu-



Planta del cuartel de la oficialidad de Peñarredonda



Lugar donde se conservan restos de una de las terrazas de avance del campamento de Peñarredonda, en la que debió refirse un rudo combate entre romanos y numantinos

ralla por los lados N. y O. y este último se hallaba además reforzado con *terrazas* porque era el más expuesto al ataque del enemigo. Las fotografías adjuntas dan una idea de esas terrazas, si bien aparecen algo borrosas porque su disposición primitiva ha sido bastante quebrantada por la acción del tiempo. Se han hecho especialmente para POR ESOS MUNDOS en fecha reciente.

La muralla adopta la disposición de talud en bastantes puntos, y es creencia de Schulten que el tal talud estaba dispuesto con parapetos de piedra ó madera, alternativamente. Se componía de dos muros exteriores de piedra caliza con relleno de tierra en el interior. La anchura total de la muralla era de 4 metros, y empieza en el punto de coincidencia de la garganta con la plataforma, alcanzando hasta 200 metros de longitud en línea recta, y luego adoptaba numerosas inflexiones al interior y exterior del campamento, sin que el terreno lo requiriese y, sin duda, por razones de defensa.

Al borde de la garganta oriental pueden apreciarse bastantes pilares de piedra de 1 metro de altura, y también se ha encontrado un trozo de foso de 10 metros de anchura.

Para proteger á la muralla y al campa-

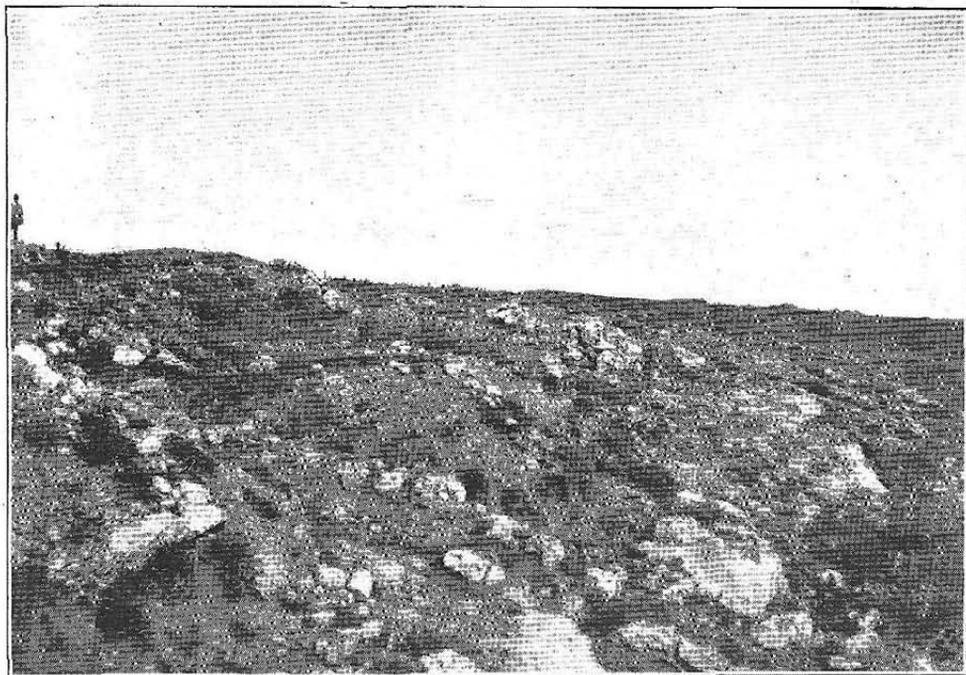
mento por el lado N. había tres muros, distantes entre sí medio metro, con relleno de tierra en los intervalos y una anchura general de 4 metros.

Las fortificaciones en forma de *terrazas* de la vertiente occidental por donde ya hemos dicho que los numantinos podían realizar mejor sus intentos de asalto al campamento, estaban sostenidas por muros formados de grandes bloques de piedra, como para servir de defensas de avance. Este sistema tiene muchos rasgos de identidad con el de *muros escalonados*, usados en los campamentos ibéricos.

Son testimonio de este objeto las muchas flechas encorvadas por el golpe, que se han encontrado en una *avanzada* de ballesteros, precisamente la que representa una de las fotografías que acompañamos.

Detrás de la muralla, y rodeando todo el campamento, existió un camino de ronda (*intervallum*) que junto á la garganta oriental adopta la disposición de un cuadrado, y fué destinado á centinelas.

Al O. de la colina estaba situada la *Porta Prætoria*, que es la que mejor se distingue. No era otra cosa esta puerta más que una abertura practicada en la cara interior de la muralla, con un espacio limitado por tres pare-



Aspecto parcial que ofrecen los restos de las terrazas levantadas por los romanos, vistas á lo largo del borde occidental de la meseta de Peñarredonda

des de grandes mampuestos y anchura total de 5 metros. A la izquierda de la puerta hay una *clavicula* cubriendo la extremidad de aquélla y que tenía por objeto permitir á los defensores de la muralla la resistencia al ataque de quienes intentaran penetrar en el campamento.

En la parte de muralla correspondiente al lado opuesto á la *Porta Praetoria* se ve la *Porta Decumana*.

Hay vestigios de haber existido un camino como de 2 m. de ancho en el fondo de la garganta oriental. El camino este se hallaba defendido, á la izquierda, por el muro de circunvalación, y á la derecha, por una pequeña fortificación cuadrangular, aprovechando la pendiente de la colina vecina.

Se reconocen pequeñas fortificaciones de defensa en los alrededores, toda vez que la garganta misma podía ser fácilmente bombardeada.

El campamento por el interior. —Utiles encontrados

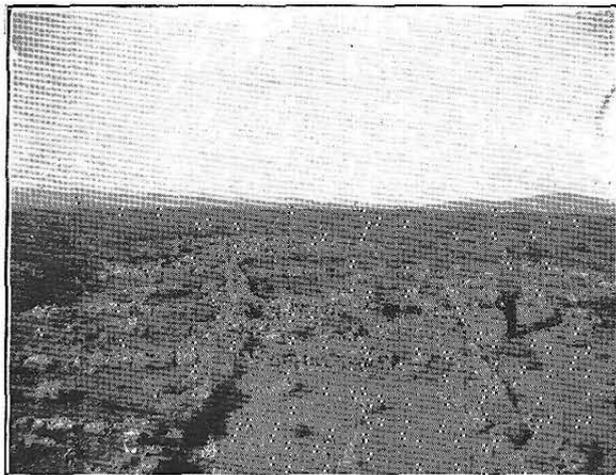
El interior del campamento de *Peñarredonda* está formado por *cuarteles* de 15 metros de latitud por 60 á 90 de longitud, y

separados unos de otros por calles de 7 á 8 metros de anchura.

Con el fin de aprovechar un solo muro medianero, las *tiendas* de estos cuarteles, generalmente de planta rectangular ó cuadrada, y otras más irregulares, fueron construidas de modo que una hilera de aquéllas estuviese de espaldas á la otra. Tal era la manera de construir los campamentos romanos, según Polibio.

Las *unidades* de las tropas estaban separadas unas de otras por largas murallas transversales, y las dos partes ó *centurias* de que se componía cada una de estas unidades eran colocadas á *ambos lados* de una misma calle, de tal modo, que las *dos mitades de cada unidad* de combate se encontraban frente á frente y las unidades adoptaban idéntica posición relativa dos á dos. De esto da mejor idea el sencillo plano de línea que ilustra este artículo.

La parte posterior de los locales era destinado á dormitorio y la anterior á las armas. Las acémilas estaban alojadas en tiendas de madera construidas sobre la calle y abiertas por delante. Cada tres cámaras (dormitorio, depósito de armas y establo) constituían el *contubernium* que era capaz para albergar á 8 ó 10 hombres.



Un cuartel que se conserva con todo detalle en los cimientos de sus muros de arranque

En una extremidad de cada calle se encontraba la tienda del Jefe ó centurión. Puede, pues, asegurarse por las observaciones hechas sobre el terreno, que Peñarredonda fué un campamento para infantería de línea ó legionarios romanos. La legión en tiempo de Escipión estaba formada por 4.200 hombres, y para este número de combatientes era capaz el campamento que describimos. Se han conservado hasta hoy vestigios bien marcados de 20 cuarteles; no obstante, las construcciones en Peñarredonda fueron mal ejecutadas. Este defecto de construcción es menor en la parte Sur del campamento, y al observarlo con algún cuidado se deduce que las tropas que lo ocuparon tenía poca experiencia en esta clase de obras. Emplearon como materiales la piedra caliza del terreno y mortero de Carro. Los muros estaban formados por dos hileras de piedras toscamente labradas en su cara interior, y un espesor de 40 á 60 centímetros. Existen algunos sitios en que estos muros eran apoyados sobre la roca.

Se debe suponer, según Schulten, que los tabiques fueron de *cañizo*, revestido con arcilla, y que los techos eran de madera. También debieron emplear vigas los romanos, teniendo en cuenta que se encuentran grandes clavos de ensamblar (*clous de poutres*). Lo que no ha podido apreciarse en ninguna parte de Peñarredonda ha sido *huecos* en los muros para empotrar las vigas, sin duda porque éstas fueron apoyadas sobre grandes pies derechos, indicados por una hendidura en los cimientos.

Han sido notados en algunos ángulos po-

queños espacios cuadrados, donde había trozos de cerámica y osamentas que permiten asegurar que tales espacios fuesen las cocinas.

Para construir estas cocinas, algunas veces, practicaron los romanos excavaciones en suelo rocoso, y la existencia de grandes clavos con ganchos empotrados en los muros, denota que de ellos pendía el caldeo para cocer la comida. Parece, á juzgar por los restos hallados, que los soldados de Escipión se alimentaban de ciervos, jabalíes y caracoles. El último debió ser alimento predilecto ó más abundante.

En uno de los cuarteles fué descubierta una *cámara* repleta de ánforas. Era, sin duda, un gran depósito de provisiones. En

otras partes del campamento se han encontrado bastantes ánforas más, para conservar líquidos y granos.

También han sido hallados vasos romanos de los géneros más diversos en estado fragmentario, y gran cantidad de cerámica celtibera, análoga á la descubierta en Numancia.

Esto prueba irrefutablemente, en opinión de Schulten, que la cerámica numantina, á pesar de su carácter arcaico, alcanza hasta el año 133 a. de C.

El Dr. Hoffmann hace notar cómo en los vasos íberos de esta época ha desaparecido la antigua elegancia de los vasos griegos y que sus dibujos quedan reducidos á líneas y círculos hechos con una cañita.

Entre las cosas encontradas merece especial mención un *pilum* de hierro, perfectamente conservado, de 70 centímetros de largo y 360 gramos de peso. En la parte posterior tenía este *pilum* un ensanche con agujeros para sujetarlo á un mango.

El mérito de este útil consiste en ser el más antiguo ejemplar de estas célebres armas de arrojar, conocido hasta el día. Su tipo coincide en muchos rasgos con el *pilum* genérico descrito por Polibio, y tal hallazgo demuestra que este arma existía ya en tiempos de Escipión y que no fué introducida por los ejércitos.

Difiere el *pilum* encontrado, del descrito por Polibio, en que la punta parece de *rebabas*. Quizá fuera este algo más perfeccionado. En el campamento de Peñarredonda han sido encontradas puntas de flechas, balas de catapulta de distintos tamaños, algunas de

5 kilogramos de peso, fibulas, pequeñas placas de hierro perforado, cadenas y otros objetos en hierro y en bronce; monedas del as romano y fracciones de as; nueve monedas íberas en bronce; osamentas humanas, una *ronda quirúrgica*. muchas piedras de afilar, de distintos tamaños y un gran trozo de hierro para partir las piedras.

Además de los objetos de cerámica debe hacerse mención de útiles neolíticos, idénticos á los encontrados en los campamentos de *El Molino* y *El Castillejo*, y en Numancia.

Esto demuestra que en la colina de Peñarredonda *existió una civilización plenamente neolítica*.

La parte más alta del campamento mide unos 50 metros cuadrados y era muy á propósito para emplazar artillería que defendiese el valle del Merdancho.

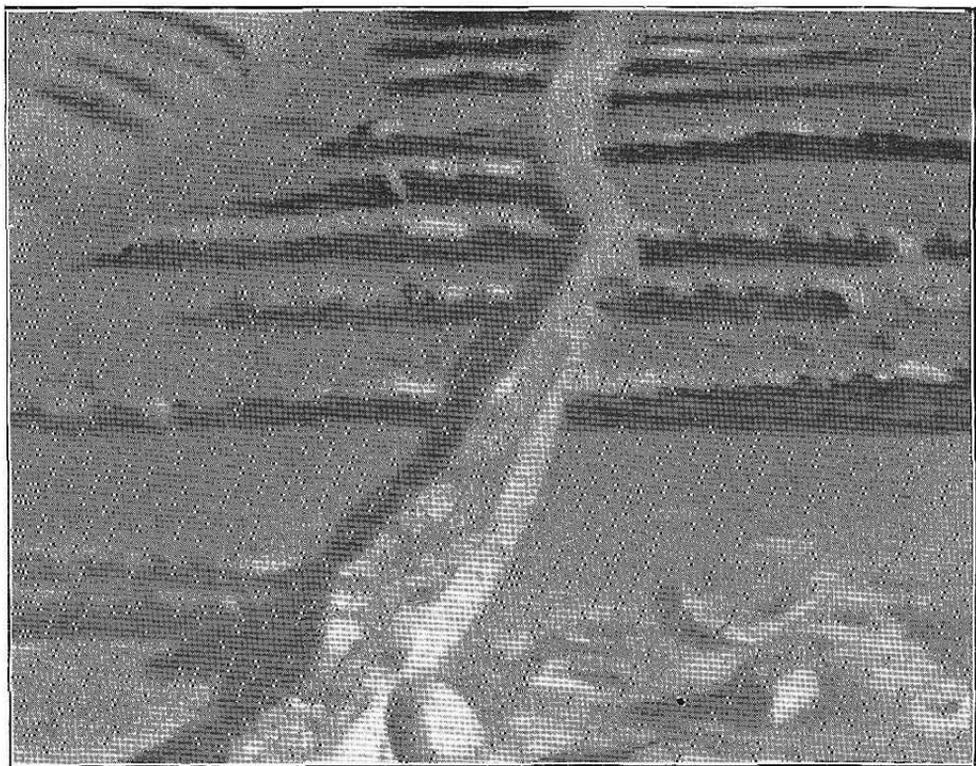
Merced á minuciosas exploraciones realizadas en la colina contigua á la de Peñarredonda háse puesto de manifiesto que en aquélla no existe absolutamente nada escipioniano, de donde puede deducirse que las huestes de Escipión no tendían á seguir la trayectoria trazada por el cauce del Merdancho, sino que siguieron la dirección N. indi-

cada por la muralla que descende hacia el valle.

Particularidades más notables en la construcción de "Peñarredonda",.

Todo cuanto se ha conservado á través de los siglos en este campamento ha sido puesto al descubierto. El número de los cuarteles destinados á «manipuladores» (infantes) excede de 20, y su longitud es de 22 á 23 metros en cada uno. Esta medida concuerda con la longitud de los cuarteles del campamento de *El Molino*, que tenían 22, 50 metros y con los de *El Castillejo*, que era de 24 metros. Por el lado meridional de *Peñarredonda* se aprecia claramente la *Via Prætoría* y el emplazamiento del *Prætorium*.

Lo mismo en el lado septentrional que en el meridional se notan restos de dos construcciones, una en cada lado, con particularidades muy notables respecto del resto de las demás, y cuya disposición recuerda los edificios destinados á la oficialidad en *Novesium*.



Detalle de los cimientos de las construcciones de castramentación

El edificio de la parte S. ó meridional del campamento mide 28×10 metros y el de la parte N. ó septentrional 22×11 metros.

Los alojamientos de la oficialidad en *No-vesium* tenían una superficie de 36×38 metros.

Es idéntica en los dos edificios la disposición de las cámaras en hilera, de N. á S. Cada uno de ellos tiene tres entradas, y mientras que el edificio de la parte S. parece compuesto de *tres departamentos* separados que mide cada uno $9,50 \times 9,50$ m., el de la parte N. forma realmente *un departamento único*. Todas estas cámaras fueron agrupadas alrededor de un *patio* que estaba en el centro de cada edificio. Puede presumirse bien que ambos estuvieron habitados por la oficialidad de mayor graduación. Desde luego *salta á la vista* que fueron contruidos de manera más cuidadosa que los demás del campamento y hasta con cierto *comfort*.

En la casa septentrional se han encontrado sillares salientes que correspondían á las entradas á las cámaras. No cabe duda que sobre estos sillares estaban aplicadas las puertas.

En el edificio de la parte meridional puede observarse lo siguiente: en el ángulo N. E. un vestibulo formado por dos muros, y *contigua al vestibulo una cámara* cuya entrada tenía umbral de madera y una puerta. Esta cámara es muy notable porque adopta en su construcción la forma de S.

Con respecto á esta cámara Von Schulten comparte la opinión del Sr. Mélida, de que pueda representar la *poyata* de un *triclínium*.

Escipión había desterrado todo lujo de sus campamentos en otras campañas, pero en la de Numancia debió conceder algo de excepción á su ejército en tal sentido.

La construcción muy original de $2 \times 1,40$ metros que existió en la cámara NE. de este mismo edificio, no parece que fuese un *hogar*, análogo á los encontrados en el campamento de *El Molino*.

Aquéllos estaban recubiertos por una capa de carbón y aquí falta esa capa por completo.

«Debemos, pues, pensar por consecuencia —dice Schulten— que esta *poyata* ó relleno, era una *cama*.»

De estos *rellenos* de piedra destinados á *camas* por los romanos, se encuentran abundantes ejemplos en los campamentos fortificados del *Africa del Norte*.

En el ángulo NE. del mismo edificio había otra cámara, la cual daba acceso á un *pasadizo* que llegaba hasta una estancia que debió servir para depósito de provisiones.

Durante la exploración de los cimientos de este edificio fueron halladas 6 monedas ibéricas en bronce, un *triens*, una espuela, dos pedazos de brida, dos puntas de flecha, muchas agujas de bronce y de hueso y otras muy curiosas.

Entre los *cuarteles* puestos al descubierto merece mención especial por su regularidad el que representa la fotografía que publicamos. A cada lado del muro que le atraviesa y que separa las tiendas de los manipuladores fueron levantados: hacia adelante, mirando al O. los departamentos de bagaje, y más allá de éstos, las cuadras destinadas á las bestias, y hacia atrás las tiendas para los soldados.

En medio de la *Porta Decumana* se aprecia un canal subterráneo para desagües.

En una de las cámaras de la parte N. existe un gran bloque de piedra á manera de yunque, que estaba recubierto con una capa de carbón. Se trata evidentemente de una fragua de campaña.

Fortificaciones sobre «Peñas Altas».

«Peñas Altas es el nombre que corresponde á una colina estrecha, de 700 metros de longitud, paralela á la de Numancia, situada á la orilla del río Merdancho y enfrente de Peñarredonda. (Véase el plano general publicado en el n.º 198 de esta revista.)

Sobre esta colina buscó Schulten, en el año 1905, la continuación de las líneas de Escipión, y ya en dicho año descubrió muchas fortificaciones, entre las que descollaba una larga muralla que seguía el borde de la meseta por el lado ofensivo á Numancia, hacia el O. con abundantes muros laterales. En la parte SO. hacia Peñarredonda, fué encontrada una torre aislada con murallas muy fuertes hechas con grandes bloques. En el interior de la *torre* había un pequeño local provisto de una entrada lateral. Ya se verá en el curso de nuestras crónicas que el sistema ofensivo y defensivo de *torres* fué muy usado por los romanos, y ello demuestra que á la artillería de aquellos tiempos le reservaban un papel importante en sus combates.

Esta torre de Peñas Altas recuerda á las torres-baterías de los bastiones (*baluartes*) de *Limes*, y como aquéllas, debió servir igualmente para la instalación de catapultas.

Desde este punto, el valle del Merdancho, por razón de su proximidad, podía ser bombardeado con eficacia. Y así los numantinos llegaban á la pendiente NO. de Peñarredonda, tenían que contrarrestar el ataque de las

baterías de Peñas-Altas y la resistencia de los defensores de aquel campamento. Por la misma disposición fotográfica del terreno y por la *proximidad* de estas fortificaciones á Numancia, yo supongo que en Peñas-Altas se establecieron los romanos ya en los últimos meses del asedio á la ciudad.

En los días postreros de su primera campaña, Schulten descubrió, mediante una ligera excavación, muchas *balas de arcilla* para honda.

El profesor alemán afirma que las construcciones romanas, es decir, la muralla de circunvalación, continúa desde Peñas-Altas hacia el N. en dirección á *El Castillejo*; y tal afirmación la comprueba en campañas posteriores, poniendo al descubierto considerables trozos de muralla.

Parece que Peñas-Altas y Peñarredonda formaban un pequeño reducto para cerrar el paso por el valle del Merdancho.

Insistiendo en la proximidad de estas fortificaciones á Numancia conviene hacer notar que sobre la colina *Sadedilla*, Schulten ha puesto también de relieve construcciones numantinas en un lecho debido al incendio. Este *arrabal* de Numancia distaba tan solo *150 metros* de Peñas-Altas y podía ser atacado, por lo tanto, sin grandes dificultades.

Sobre Peñas-Altas han sido determina-

das perfectamente dos construcciones diferentes: la *torre* del lado SO., por encima del Valle del Merdancho, reforzada por su muro frontal compuesto de grandes bloques, y otra gran construcción de 20 × 28 metros, que en razón de haber aparecido telas y numerosos fragmentos de *tierra sigillée* «representa muy bien una *villa* suburbiana que data de la época de Imperio».

Esta *villa* estaba rodeada de un muro de planta cuadrangular de circunvalación *reconocible* todavía á un débil escarpeo del suelo.

La torre se hallaba enclavada en el interior del cuadrado, y de aquí resulta que más tarde perteneció al poblado, si bien por sus condiciones especiales era poco á propósito para una *villa*.

Es perfectamente posible que su construcción sea de Escipión, porque sobre el lado que daba frente á Numancia en el campamento *El Castillejo* existieron también *torres*, las cuales, á juzgar por los ladrillos y fragmentos encontrados, fueron utilizados bajo el Imperio.

JOSE MARÍA PALACIO.

Soria 11 Julio de 1911.

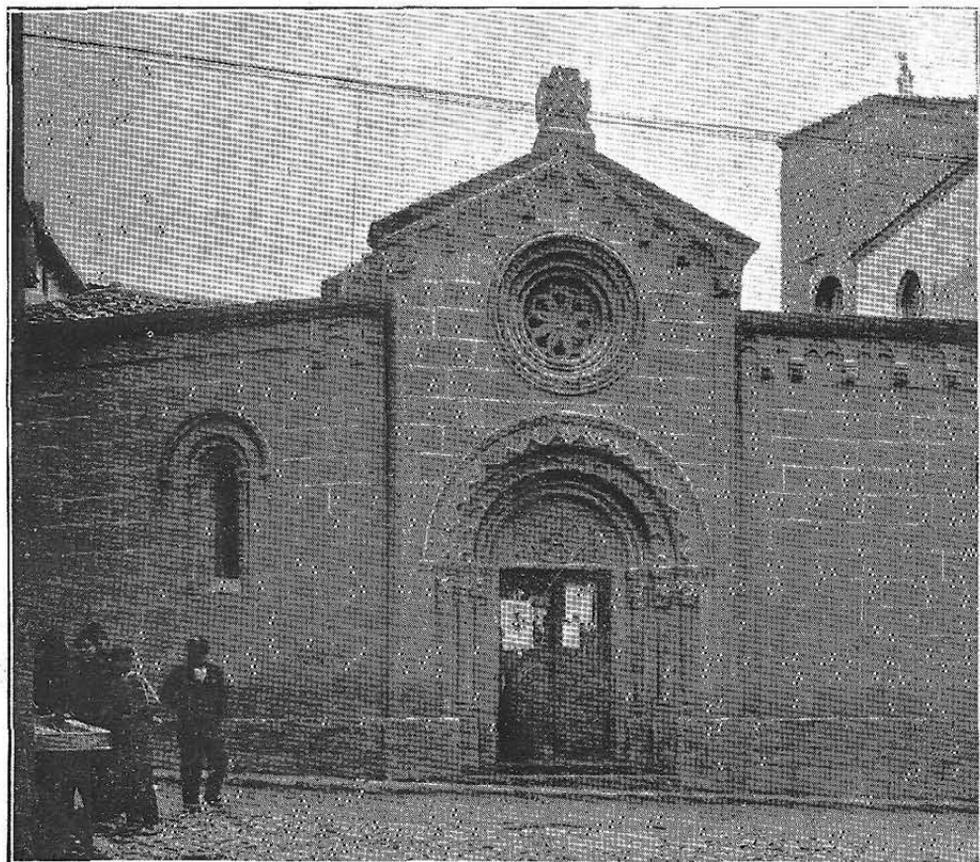
MONUMENTOS DE HUESCA

SAN PEDRO EL VIEJO

EL único monumento declarado nacional existente en la ciudad de Huesca es la iglesia románica de San Pedro *el Viejo*, edificada, sin duda alguna, en el lugar donde en la época romana debió existir algún templo pagano, como luego demostraremos. En aquel edifi-

cio, protegido por la paz silenciosa de su claustro, reposan las cenizas de los reyes Ramiro II el Monje y Alfonso I el Batallador.

El insigne Cánovas del Castillo quedó extasiado ante la contemplación de aquel monumento que se conservaba casi en su integridad, aunque por los embates de los siglos



San Pedro el Viejo.—Puerta exterior de entrada al claustro

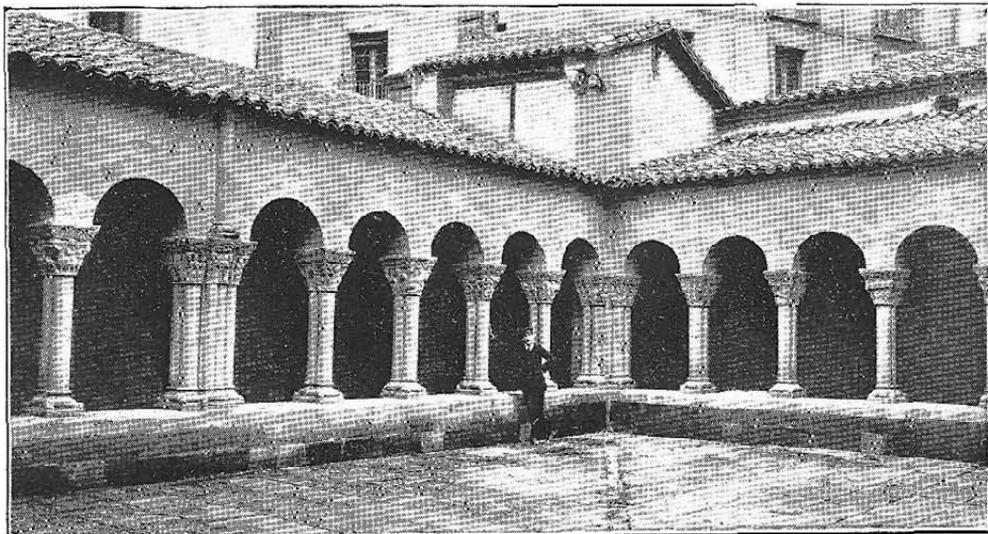


San Pedro el Viejo.—Interior del claustro

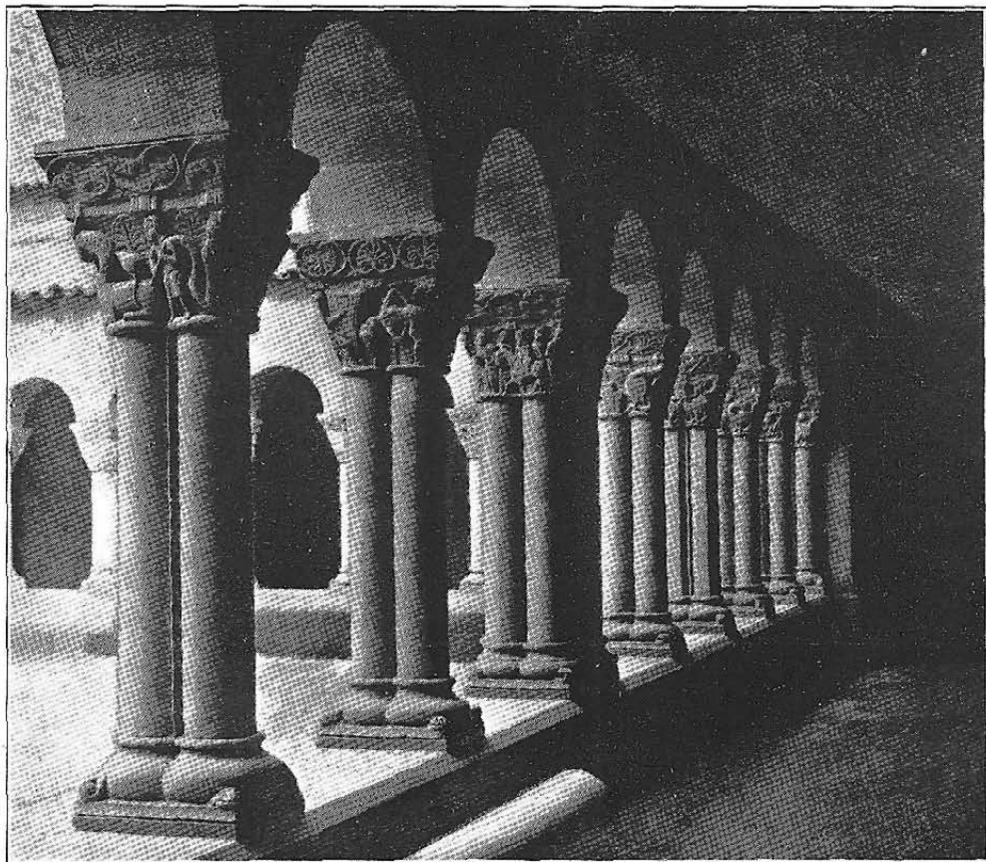
amenazaba ruina, é hizo formal promesa de proteger su restauración. Esta, en efecto, se llevó á cabo en 1885, con ocasión de declararse el templo monumento nacional.

Es en rigor, como consta de testimonios fehacientes, una de las iglesias más vetustas de la ibérica península. Indudable es que, á

mediados del siglo IX, existía en Huesca gran contingente de mozárabes, que durante los 380 años de cautiverio forzoso, hubieron de celebrar sus ritos en la iglesia de San Pedro el Viejo. Así lo afirman graves y doctos historiadores, como Zurita, Blancas, Garibay, Morales y el P. Flórez, además de atesti-



San Pedro el Viejo.—Las otras dos alas del mismo claustro



San Pedro el Viejo.—Detalle de la columnata

guarlo una Bula del Pontífice Pascual II, expedida once años después que el rey don Pedro tomó la ciudad. Insértala el benemérito P. Ramón de Huesca en el Apéndice I, tomo VII, de su *Teatro histórico de las iglesias del reino de Aragón*. En la página 15 del mismo tomo afirma que dicha iglesia es una de las más antiguas de España, y de las pocas que se conservan íntegras desde el tiempo de los godos, sin que haya memoria de haberse derruido ni reedificado hasta ahora. Sin embargo, en la susodicha restauración quedó bastante alterada. Añade que vió algunas escrituras del siglo XI, en que se menciona el barrio de los mozarabes en la parroquia de San Pedro.

Muchos arqueólogos han llegado á considerar al arte latino como presente en los monumentos hasta el siglo X, no contando los siglos VIII y IX entre los de producción románica. No obstante, los estudios que pueden hacerse de lo que queda de este tiempo, mismos documentos y las instituciones

todas, nos demuestran cómo hay una diferencia capital entre las centurias séptima y novena; resultando que si en la primera es de notar una persistencia de las tradiciones latinas, aunque en abierta decadencia, en la otra se encuentran los primeros indicios de un arte nuevo que poco á poco va acentuando sus formas hasta darnos del todo constituido el arte románico poco antes de llegar el año 1000 (1). Es que el siglo VIII en Occidente participa de dos tendencias: una que muere y otra que nace, después de una serie de años de carencia de iniciativas y de confesión de todos los órdenes. Y esta indecisión artística de que hablamos, como propia de los siglos VIII, IX y X, la podemos notar de un modo especial en los monumentos religiosos.

Aunque la iglesia de San Pedro el Viejo existiera ya en la época que señala el Padre

(1) J. Gudiol: *Nociones de Arqueología sagrada catalana*, pág. 200.

Huesca, su primitiva forma debió ser desvirtuada hacia el siglo XI, con nuevos elementos constructivos y adición de detalles ornamentales, que son los que hoy se admiran, como el claustro, por ejemplo.

La fachada de la iglesia es sencilla, de gusto románico en sus primeros tiempos; el artista no encuentra en ella uno de esos modelos de ejecución de los frontones románicos en sus postreras manifestaciones, como tampoco las elegancias y esbelteces del estilo ojival. Está desprovista de adornos, terminando en una cornisa, y las ventanas, en forma de saeteras, le dan más bien aspecto de fortaleza que de mansión religiosa. Realza una maciza y truncada torre exágon, que la asemeja, según expresión de Quadra, al torreón de homenaje de un castillo. Inmediato á esta torre vese el ábside, que no fué restaurado, ennegrecido y en regular estado de conservación.

Un pequeño atrio se observa antes de entrar en el templo, coronado por una sencilla cúpula de planta cuadrada; y ya en la puerta de ingreso, échanse de ver unos preciosos arcos románicos desprovistos de columnas y capiteles, un bonito tímpano que ostenta el *crismon* y un pequeño medallón en el que hay labrado un corderillo, todo ello sostenido por dos ángeles de tosca figura. Por este, como por algunos otros lábaros que hay en el templo, pretende Francisco Diego de Ayusa que la fábrica del mismo sea del tiempo de Constantino, en lo cual padeció error, pues es cosa sabida que nuestros primeros reyes colocaban el *crismon* ó monograma de Cristo, no solo en los monumentos religiosos que mandaban edificar, sino en los instrumentos que otorgaban.

Como hemos manifestado antes, el aspecto primitivo del interior del templo ha sido desvirtuado por la restauración que sufrió, y no nos ofrece el aspecto venerable que presentaba cuando en él oraba el infortunado rey monje, acompañado de los capellanes y benedictinos.

La planta constitúyena la tres naves y un ábside semicircular, pues sabido es que la de las iglesias románicas parte de la planta basilical latina. Pero siendo en su mayoría iglesias monásticas, comienzan las modificaciones de aquel tipo, y dáse importancia grande á la nave transversal que se hace casi general, tomando la planta la forma de una cruz latina.

El presbiterio está coronado por esbelta cúpula cuadrada con cuatro rosetones labrados, que dejan paso á la luz, echándose de menos en el altar mayor el retablo que en 1242 consagrara D. Pedro, arzobispo de Ta-

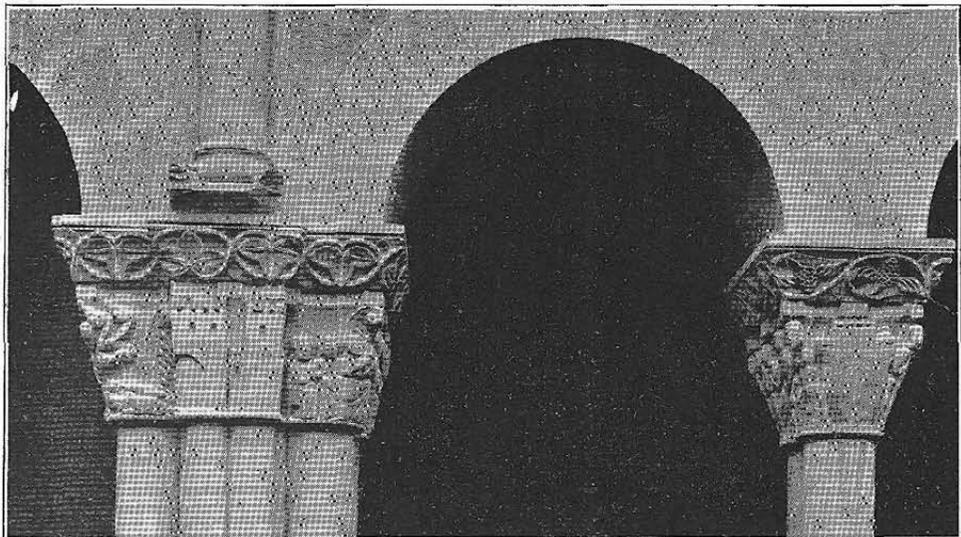
ragona, y que fué reemplazado en 1603 por otro de gusto plateresco y de mediano mérito artístico. Las bóvedas son de medios cañones seguidos paralelos, de directria de arco apuntado para aminorar el empuje, á estilo de la escuela del Poiton. Los pilares de separación son bastante elevados para poder dar luces directas á la nave mayor.

En la nave de la Epístola es de observar una capilla con un notable lienzo, en cuyo centro se destaca la imagen del Crucificado, con la Virgen y el Discípulo al pie de la cruz y tres ángeles recogiendo en doradas copas la sangre que se desprende de las llagas. De este cuadro hablan Aynsa y el Padre Fray Ramón de Huesca, historiadores de esta ciudad, diciendo que fué del rey D. Ramiro II quien lo casó de su palacio, en unión de otros lienzos, cuando se retiró á San Pedro el Viejo; y para su mayor veneración colocóse en dicha capilla el año 1617. Mas, á nuestro parecer, atendiendo á la expresión de las figuras, á la perfecta disposición y plegado de los ropajes y á la destreza de ejecución en general, dicho lienzo es de labor posterior á la época (1137) en que el rey monje, fatigado de la vida real, abdicó la corona en su hija Petronila, ansiando disfrutar de las soledades del claustro.

El coro, que ocupa el fondo de la nave central, contiene una sencilla sillería gótica de los comienzos del siglo XVI, con ligeros adornos de talla. La costeó el prior D. Juan Cortés, cuyas armas ostenta. Consta de una hilada de asientos, protegidos por un dosel ó marquesina, y conserva el gusto gótico con sencillez y elegancia. En dicho coro son de admirar dos *tintinábulo*s románicos muy notables.

En el muro de la nave de la Epístola, junto al coro, se abre la puerta de ingreso al claustro, uno de los más hermosos ejemplares que el arte románico legó á nuestra patria. En aquella puerta, por la parte del claustro, y bajo el arco, llama la atención un tosco y curioso relieve representando la Adoración de los reyes Magos y encima dos ángeles sosteniendo el monograma de Cristo y de dibujo incorrecto, si bien con cierta expresión en los semblantes, cuya labra se remonta al siglo XI.

El claustro es simple, con arquerías de medio punto sobre gruesas columnas. Estuvo cubierto con madera, como afirma Aynsa, que lo vió, añadiendo que es obra de don Ramiro II; y «échase de ver, dice, por su magnificencia, pues para aquellos tiempos era obra muy costosa y de primor, porque todo él está lleno de columnas que son muy curiosas... el techo de todo él y la bóveda



San Pedro el Viejo.—Detalles de los capiteles

de la capilla (luego la describiremos, es la de San Bartolomé) están asimismo muy historiados y vistosos, con alegres colores». En cambio, el P. Ramón de Huesca, ya citado, opina que ya existía antes, como consta por cierta donación, en la que se entregan posesiones a la iglesia de San Pedro, á condición de conceder al donante sepultura *en sus claustros*. Está fechado dicho documento en la *Era* MCLIII, que es el año del Señor 1115.

Las columnas son cilíndricas y robustas, y algunas se hallan adosadas á pilastras; las basas recuerdan la forma toscana, con grapas junto á los ángulos de plinto. Los capiteles son grandes é historiados, en los cuales se desarrolla todo el ciclo de historias sagradas y pro-



Columna prismática y su capitel

fanas, alegorías de vicios y virtudes, castigos y premios y toda clase de monstruos y figuras (1). El abuso de ellos fué tal, que constituyó en el siglo XII uno de los motivos de la reforma de San Bernardo, gran impugnador de ese género de representaciones.

Tienen los capiteles el ábaco muy desarrollado y adornado, el cual abraza y cubre al grupo de capiteles adosados á la pilastra, ó en que rematan las columnas yuxtapuestas. Los arcos carecen de molduras.

Como motivo de ornamentación no faltan tampoco en los capiteles escenas de la Pasión, entrelazos de cintas y vástagos ó combinaciones

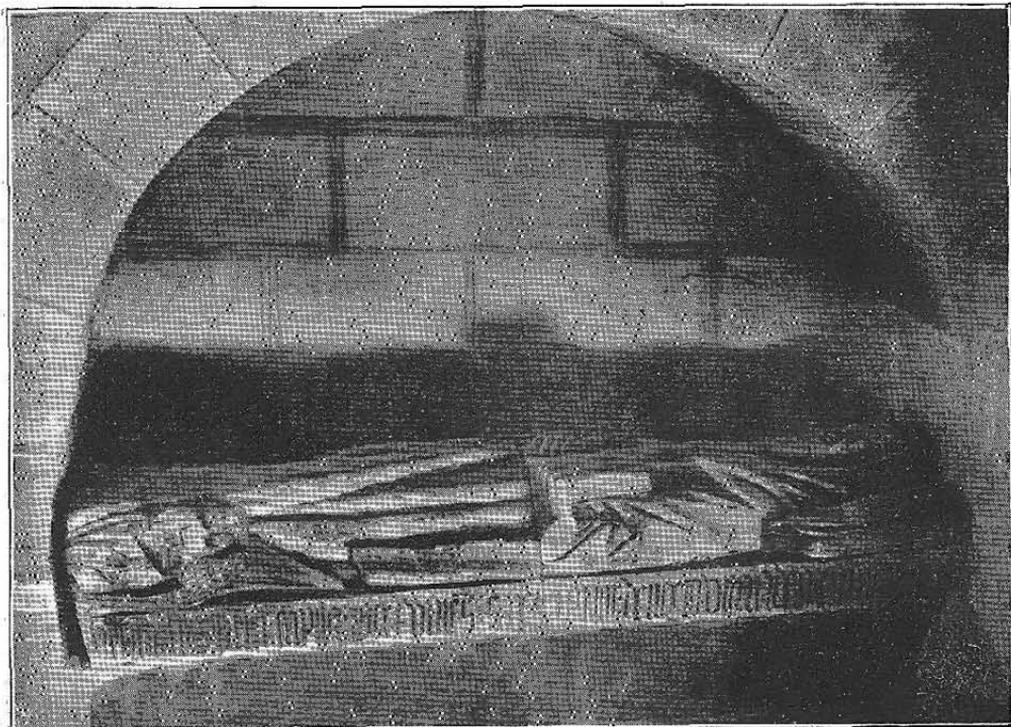
(1) Estas escenas son evidente incitación, como idea más que como ejecución, de los marfiles bizantinos que la industria oriental propagó por toda Europa.

geométricas de baquetones quebrados, rose-tones, elementos traídos en su mayoría por los normandos, ó heredados de los bárbaros. No todos aquellos son de la época, pues cuando se restauró el claustro imitáronse con bastante habilidad los antiguos. Muchos de éstos se hallan hoy en el Museo provincial de Huesca.

En los cuatro ángulos del claustro véñse otras tantas efigies de santos de tamaño algo

relieves de tosca factura, representando á Jesús crucificado; á los lados, y en pie, las figuras de San Juan y la Virgen y detrás de éstas otras dos de rodillas en actitud de orar. Sobre los brazos de la cruz se destacan el sol y la luna, y á los lados dos escuditos, destinado, sin duda, á pintar en ellos las armas de los difuntos allí sepultados. Algunas figuras están policromadas.

Tanto en estos sepulcros como en diver-



San Pedro el Viejo.—Sepulcro del prior Fr. Bernardo Alter Zaplla

menor que el natural. En la pared de la galería, frente á la puerta de ingreso á aquél, hay otra con el lábaro de Constantino, así llamado vulgarmente el monograma de Cristo. En algunos pueblos de España existen iglesias con este símbolo, y se atribuyen falsamente á la época de Constantino, por la idea del *lábaro*, ó á la visigoda, por querer ver en él una protesta contra el arrianismo.

En los muros de este claustro, y bajo arcos románicos y ojivales, véñse multitud de sepulcros de piedra, algunos del siglo XII y los más del siguiente, con labrados basamentos. Algunos de los arcos se construyeron cuando el templo se restauró, conservándose, con muy buena acierto, sobre dichas sepulturas, empotrados en el muro, notables

lugares del claustro, hállanse diseminadas multitud de inscripciones en caracteres nupciales y monacales, las cuales, junto con otras que han desaparecido, publicó Aynsa, de quien las tomó y reprodujo el abate Masdeu en el tomo IX de su obra. Figuran en ellas apellidos de Romeo, Boned, Tena, Orós, Arnalda, etc. Es notable el primer sepulcro, en el muro del mediodía, descansando sobre leones; es de Raimundo Pérez, fallecido en Marzo de 1251.

La capilla del claustro á que antes nos hemos referido es la de San Bartolomé, adosada al muro de la iglesia, donde según antigua tradición, se curaban los endemoniados. Los dos sepulcros de sus lados encierran el periodo de la vida monástica en aquel

edificio durante cuatro siglos, dice Quadrado; la majestuosa efigie tendida sobre una tumba de alabastro, con el báculo y el libro en la mano y dos ángeles á los pies, representa á Bernardo Alter Zapila, rico en virtudes, último prior del monasterio en tiempo de los Reyes Católicos; mientras la urna romana de mármol, decorada con gentilicas figuras, conserva los despojos del coronado monje que revistió de nuevo sus hábitos en aquella capilla, trocando el trono por la silla de coro, y un pueblo por un monasterio (1).

Al colocar en 1579 el sepulcro de Ramiro II en el sitio que hoy ocupa, se abrió á presencia de D. Pedro del Frago, obispo de Huesca, y otros caballeros, entre los que se contaba á D. Blasco de Azlor, señor de Panzano. Vióse entonces que el cadáver real se conservaba incorrupto, no faltándole más que la ternilla de la nariz. Estaba cubierto con un paño burriel, y ceñido con un cinto y espada, la cual se llevó el citado Azlor, y que era la que usó el célebre Lope de Juan, quien la donó al célebre monasterio de San Salvador de Leyre, y su abad la regaló á D. Ramiro como prenda especial el día de su coronación. El rey la tuvo en tal estima que mandó que le sepultasen con ella; en el sepulcro permaneció hasta la indicada fecha, ignorándose su actual paradero.

La observación de este interesante sarcófago se presenta á muy curiosas consideraciones, desatendidas por la mayoría de los que á escribir sobre cosas de Huesca se dedican. ¿Es indígena, como si dijéramos, ó importado? ¿Por qué se halla allí y fué elegido para sepultura de un rey cristianísimo? Ni el P. Huesca, ni Quadrado, ni Soler y Arqués, ni algún otro autor, contestan satisfactoriamente á estas preguntas.

El sepulcro es conocido por todos. Empotrado en el muro izquierdo de la capilla, presenta en su cara anterior una composición alegórica de un busto togado en un medallón sostenido por dos genios alados; debajo un canastillo con frutas, y recostados en ambos lados una ninfa con cornucopia y un anciano con una rama de árbol. En los extremos véanse dos niños desnudos: uno toca un instrumento músico y el otro figura un amorcillo.

La obra es evidentemente romana, y se puede afirmar sin lugar á equivocación que labrada en Huesca. Vamos á fundamentar

nuestro aserto. En el lugar donde hoy está la iglesia de San Pedro el Viejo, debió existir un templo pagano: y lo demuestra el hecho de haberse descubierto el año 1643, al construir la capilla de los santos mártires Justo y Pastor, «fragmentos de vasos de tierra roja como los que se labraban en Sagunto (*barros saguntinos*), dos ladrillos sellados, urnas con cenizas, huesos y carbones, suelos de pulimento rojo, una ampolla de vidrio y dos lucernas de barro purpúreo con diferentes labores», como afirma el testigo presencial Andrés de Uztarroz en su *Monumento de los SS. Justo y Pastor*, folio 233. Halláronse además otros varios vasos. Todos estos restos romanos, que recogió el memorable patricio oscense D. Vincencio Juan de Lastanosa (1), prueban que en aquél lugar existió un templo gentilico y contiguamente un cementerio.

Añade el citado cronista Andrés (folio 143) que Lastanosa tenía un vaso de barro blanco mezclado de oro, romano, hallado en el palacio del rey D. Ramiro, que habitó cuando se retiró al cenobio de San Pedro el Viejo, como es sabido, y con la inscripción SEVE, nombre del artífice que lo construyó (2), que se llamaría SEVERIANVS. Se encontraron además con un grueso muro de grandes sillares.

Por si esto fuera poco para corroborar nuestra información, en la actual plaza de San Pedro, al plantar las acacias que existen, se descubrieron varios sepulcros de piedra de una sola pieza, con restos de osamenta; y en la plaza del Mercado, que está contigua, un resto de columna estriada, romana, á no dudar del pórtico de ingreso, al templo, y de más de una vara de diámetro. Es de advertir que el templo de San Pedro el Viejo, como tampoco la Catedral, no se levanta sobre el mismo perímetro del templo pagano respectivo. Otro idéntico resto de columna se halló en el centro ó luna de los claustros de aquella primera iglesia, con motivo de su restauración.

Ahora bien: ¿no pudo proceder de aquella misma necrópolis romana el sarcófago de que tratamos? Las dos figuras recostadas que hemos notado, representan: el viejo con la rama de árbol, el río Ebro, y la ninfa el Iruela que pasa por Huesca, dato este último por demás significativo. Este mismo atributo lo vemos representado en una lámina de la

(1) Con el real enlace de Doña Petronila, Huesca deja de ser corte de los reyes de Aragón, los cuales ya no legan sus cenizas á San Juan de la Peña, Montearagón ó San Pedro el Viejo, sino que eligen como última morada los soberbios panteones que el monasterio de Poblet (Cataluña) les depara, engalanados con las filigranas de ornamentación propias del arte ojival.

(1) Véase nuestro estudio bio-bibliográfico sobre Lastanosa (Huesca, 1911), pág. 135.

(2) Era común grabar las iniciales ó el nombre del artífice en los vasos romanos. En el Museo Nacional y en el Arqueológico de Tarragona, existen multitud de estas marcas.

obra de Lastanosa, *Musco de las medallas desconocidas españolas* (1645), grabada por el oscense Lorenzo Agüesca, y así lo explica autor tan entendido y famoso como Latassa. También está repetido en el coronamiento del armario de la secretaria del Ayuntamiento, obra de los últimos tiempos del Renacimiento.

Ello, pues, hace creer con toda verosimilitud, que el sarcófago que nos ocupa es oscense, y, por lo tanto, aquí labrado con destino á algún rico *duumoir*, cuyo es el busto togado que en el centro de aquél hemos advertido, y no para perpetuar la memoria del gran Sertorio, como algunos han creído.

La labra del sepulcro no es de los tiempos de mayor florecimiento del arte romano; y á nuestro juicio, se remonta al siglo IV.

Sobre aquél vese un moderno escudo negro de alabastro, cuyos cuarteles están ocupados por cuatro cabezas de reyes. Enfrente del mismo, sencilla inscripción colocada á mediados del pasado siglo por la Comisión de Monumentos de Huesca, nos indica que allí reposan cenizas reales: son las del glorioso Alfonso I, estando sepultada con él una princesa niña, cuyo nombre se ha perdido, según reza la inscripción, y que se supone es la hija de D. Pedro I.

El fondo de la capilla lo ocupa un antiguo retablo gótico, en forma de tríptico, perteneciente al siglo XIII, en sus últimos tiempos, con buenas tablas pintadas, y en su centro la imagen en tabla de San Bartolomé.

Al lado de este altar vése el sepulcro del historiador religioso de Huesca, Fr. Ramón de Huesca, capuchino, en el mundo llamado Ramón, José, Benito Pérez Ubico, aunque no fué enterrado en él. La inscripción, en la losa de mármol, dice así:

D. O. M.

R. P. M. F. RAIMVNDI DE HVESCA

S. ORDINIS CAPVCINORVM HQ JRCENT OSSA
IN MEMORANDAS REGNI ARAONVM ECCLESIA RV M
SACRAS ORIGENES

CRITICVS FACILE PRINCEPS

GLORIA RV M QVE OSCÆ FERVIDVS VINDE X

OBILT ANNO MDCCCXIII

Otro retablito muy curioso es el que se admira en la capilla alta que sirve de sagrario, situada á espaldas del altar mayor, siguiendo el uso de las iglesias aragonesas. Figura en él la escena de la Anunciación, y en el fondo vése una silla de alto respaldo para la Virgen. Están situadas las figuras en

talla bajo un lindo y labrado doselete. La factura parece ser del siglo XIV. Estuvo hasta hace poco tiempo oculto por un cuadro de pintura; y al ir á limpiarlo se descubrió el retablo de que hablamos.

Otras bellezas, que omitimos, pudiéramos enumerar; el ánimo se extasia en la contemplación de tan suntuoso recinto, brillante muestra de lo que podía la fe unida al arte en aquellos azarosos tiempos de lucha contra el poder de la media luna; innumerables episodios de la historia aragonesa surgen en nuestra mente al contacto de sus losas, y con profunda veneración abandonamos el histórico monasterio, que, á no tener otras glorias, pudiera envanecerse de ser mansión de descanso de dos reyes de Aragón.

Brillante es la historia del exmonasterio de San Pedro el Viejo. El 28 de Noviembre de 1096 tenía lugar en él lucidísima ceremonia, con ocasión de entrar por su puerta el valeroso Pedro I, vencedor de la media luna en los campos de Alcoraz, acompañado de su hermano D. Alfonso, los preladados de Aragón y Navarra, y brillante escolta de nobles aragoneses y navarros. Dicho monarca, conquistador de Huesca, cedió á Frotardo, abad del monasterio de San Ponce de Tomeras, en Languedoc, la iglesia de San Pedro el Viejo, que desde entonces, y sin dejar de ser centro religioso de reunión de los mozarabes oscenses, pasó á ser cenobio; pues dicho abad, luego de tomar posesión de la iglesia, puso en ella un prior y monjes benedictinos de aquella abadía de Francia.

Su importancia se acrecienta desde el año 1110; y en 1137, cuando el rey Ramiro el Monje, tan vinculado á la historia oscense de aquella época, deja el gobierno á Ramón Berenguer IV, digno de tal distinción por su valor y por sus virtudes, retirase á San Pedro el Viejo para continuar la vida monástica que antes de reinar había profesado.

En esta iglesia residió y celebró los divinos oficios el obispo de Huesca durante el tiempo en que la *Misleida* ó mezquita árabe se convertía en Catedral cristiana.

Allí celebraban antiguamente sus Capítulos los monjes benedictinos de la Congregación tarraconense-cesaraugustana cuando correspondía á Aragón, práctica que continuó hasta 1742. Las armas de la iglesia consistían en una mano con dos llaves de guardias distintas, símbolo del santo titular.

RICARDO DEL ARCO.

Huesca.

FOTS. DE VIÑALES Y CAPELLA.

ANDANZAS CASTELLANAS

De Segovia á Pedraza

ERAN las tres de la tarde cuando entrábamos en Torrecaballeros. El hambre y el calor nos tenían tan esclavos, que simultáneamente hicimos funcionar los frenos y paramos ante la iglesia. Una ojeada rápida nos convenció de que por aquel contorno no había lo que buscábamos con interés: una taberna ó posada que remediase nuestra necesidad.

Nadie á quien preguntar. Todas las puertas cerradas, como si el pueblo hubiera sido abandonado por los habitantes. Esta ardiente hora de la siesta ha transformado á Torrecaballeros en una ciudad muerta.

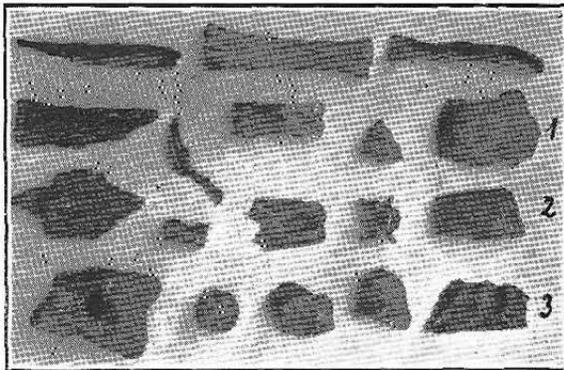
Volvemos á montar y vamos en derechura hacia un grupo de casuchas que se perciben á la salida del pueblo. En efecto, aquí hallamos una fachada con un rótulo de letras desiguales que dice «Parador» y que nos promete protección contra los rayos del padre sol, y lugar donde restaurar las desequilibradas fuerzas orgánicas.

Tres arrieros charlan con el dueño de la posada. Y una vez cambiados los saludos que exige la cortesía, somos, naturalmente, sometidos al obligado interrogatorio: si venimos de Madrid ó de Segovia; á dónde vamos: si nuestras bicicletas corren mucho.

Enterados de que el fin de nuestra excursión, por aquel día, es Pedraza, uno de aquellos hombres se cree obligado á informarnos de que en Pedraza hay un castillo que, por estar situado en lo alto de un monte, es inexpugnable.

Mas al hablar de castillos interviene otro de los arrieros, que pretende poner cátedra:

—Para castillo el de Turégano; ese si que puede reirse del de Pedraza. Como que fué el que dominaba en todos estos contornos, según expresa su mismo nombre: antiguamente la ciudad se llamaba solamente Turé; pero habiendo llevado la victoria en una terrible guerra que hubo de sostener, se llamó en lo sucesivo *Turégano*.



Huesos de hombres y animales y fragmentos de alfarería prehistórica (1, 2 y 3), hallados en la caverna llamada de Antonio López, en Pedraza

Semejantes dislates, dichos con el aplomo castellano, me llenan de impaciencia. En verdad, no puede tomarse la *vox pópuli* como muy pura fuente para las investigaciones históricas.

Mientras la posadera previene nuestro yantar y los arrieros siguen hablando del castillo de Turégano, de sus galerías subterráneas misteriosas que no se sabe dónde acaban y del famoso moro que lo habitó, yo salgo á la puerta de la casa, y de frente á la Sierra contemplo con curiosidad y admiración cómo se desarrolla una formidable tormenta que oculta las cumbres, desde la Pe-

nalara hasta el puerto de Mal Agosto, donde al delicioso arcipreste de Hita le asaltara la temible serrana.

* *

Hemos reparado los estómagos, y ahora hemos de reparar un desperfecto en la bicicleta de mi compañero de excursión. No tenemos prisa, pues nos ha de sobrar tiempo para llegar á Pedraza al anochecer. Por otra parte, el temor de que la tormenta se extienda hacia abajo nos hace aplazar la salida. Los truenos vienen de la lejanía, repetidos por las paredes de las montañas, como amenazas contra nuestro atrevimiento.

Listos ya, vamos á partir cuando el sol anda próximo al horizonte. Pedimos nuestra cuenta á la posadera, y hemos de discutir con ella y regatear, porque así como es corriente hallar por estas tierras castellanas posaderos nobles y correctos, no deja de ser frecuente asimismo tropezar con gentes que pretenden explotaros, sustituyendo así la falta de tránsito por los caminos en que se hallan establecidos sus miserables paradores.

* *

El paisaje cambia en Sotosalbos. La aridez de esta tierra de pan llevar es sustituida por una vegetación abundante, á manera de oasis. Obedece esto sin duda á que por aquí cruzan varios afluentes del río Pirón.

En medio de este oasis, donde reina la paz, hallamos una casa-cuartel de la Guardia civil. Nos detenemos para pedir agua, que nos es ofrecida con delicada cortesía; fumamos y charlamos, comentando la belleza del paisaje. Los civiles nos hablan de que pronto el espléndido verdor que ahora impera será sustituido por la nieve.

Nos informan de que en la falda de esta Sierra que vamos bordeando veranea una hija de D. Antonio Maura. El nombre de este político nos vuelve un tanto á la realidad, haciéndonos recordar que al otro lado de la cordillera hay una corte y en ella una política envenenadora.

Partimos veloces, sin detenernos, atrave-

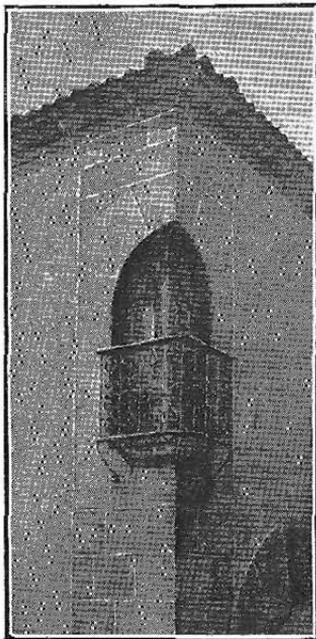
samos Collado Hermoso y La Salceda. Por do quiera, los perros nos persiguen ladrándonos injurias con rabia. Los ingenuos campesinos, desde sus tierras, nos envían gritos de alegre salutación y nos excitan á que corramos más todavía.

El Valle es un pueblecillo pintoresco; llégase á él descendiendo por un rápido zig-zag.

Ha caído ya la tarde y nos apeamos para apereibir los faroles de carburo, cuya brillante iluminación es acogida con gritos de júbilo por la chiquillería que nos rodea.

Ya no se ve el paisaje. Avanzamos por una fresca carretera bordeada por hermosos árboles. Otro pueblo aún: La Velilla, y esto nos dice que nos encontramos al pie de Pedraza. Entramos por un nuevo camino que se presenta á la derecha, y comienza una dura ascensión.

* *



Un balcón curioso, en Pedraza

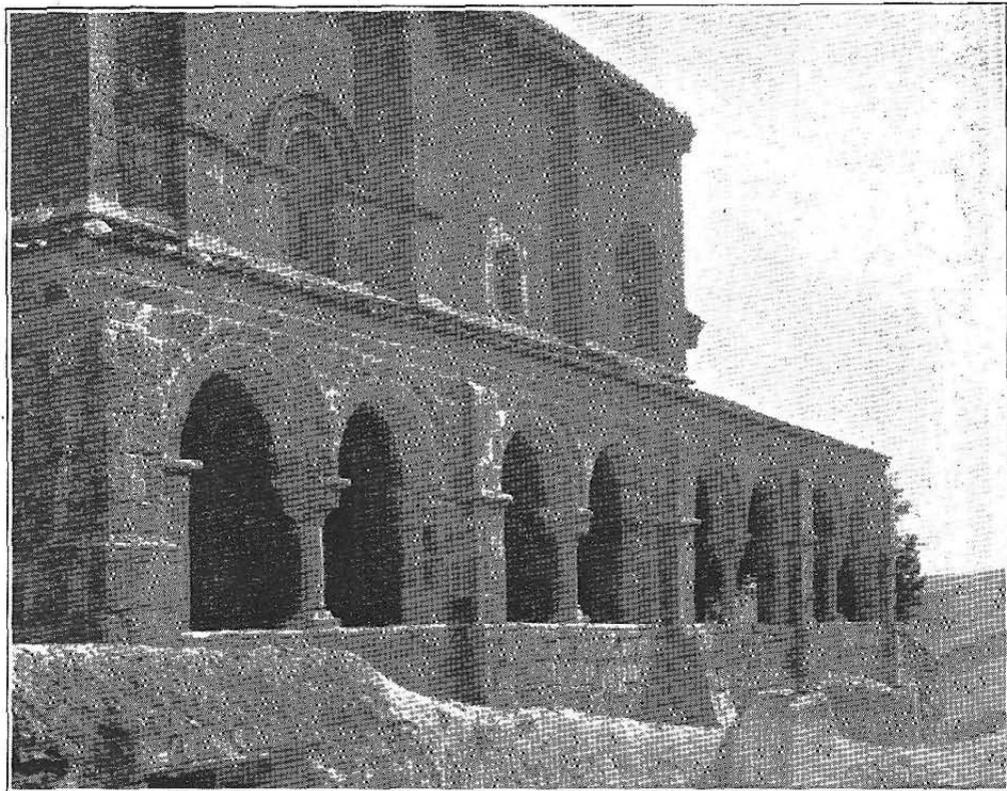
Yo aconsejo á cuantos piensen visitar Pedraza que hagan su entrada de noche: la impresión es imborrable. Sobre la tenue claridad del cielo sin luna resalta con vigor la silueta de una montaña, en cuya cúspide se ve el macizo de un castillo enorme. A la derecha del camino se adivina una depresión, que el misterio de la obscuridad y el rumor lejano del riachuelo que da origen al

Cega, hacen suponer que se trata de un abismo.

El camino se desarrolla en una pronunciada curva por la ladera. Pronto se llega á un punto que tiene á la izquierda un pretil que previene otro supuesto abismo, y á la derecha una ruda muralla.

Rodeados por aquel conjunto, sintiendo resonar vuestros pasos allí donde resonaron también los hierros de tantos caballeros, retrocedéis imaginariamente cinco siglos y os creéis ser un antiguo señor que rinde visita á los de Velasco, fundadores de aquel castillo y de aquella ciudad, de los que vais á ser huésped durante algunos días con el fin de concertar alguna alianza contra la morisma ó tratar del enlace de un vuestro hijo, aguerrido campeón de la Fé, con cierta encantadora hija de los Velasco.

Pero pronto queda roto el encanto, pue



Sepúlveda.—El claustro del Salvador

al dar cima á la carretera os aguardan en la puerta de la ciudad un enjambre de muchachos. Ellos os sirven, sin embargo, para guiaros hasta la posada, donde se os acoge bien, y donde tras una gustosa cena halláis cómodo lecho.

Descansemos.

Pedraza

Esta casa es casa de oración. Así comienza una inscripción que hay sobre la fachada de un edificio religioso que tenemos ante los balcones de la posada. Esta posada está en la plaza, una antigua plaza rodeada por soportales. El edificio religioso á que aludi es la iglesia y convento de San Juan. Sobre él álzase una torre bizantina bastante conservada.

Nuestro posadero es un hombre admirable: comprendiendo que necesitamos de su compañía, levantóse muy temprano, fué á la era, dejó en marcha el trabajo y volvió á casa, dispuesto á servirnos.

Derechamente vamos al castillo, que es lo

más interesante para nosotros. Antes de llegar á él hay una gran explanada que permite contemplar en conjunto aquella formidable fábrica de piedra.

Está construido en la misma cumbre de la montaña y por donde quiera que se le mire aparece inaccesible, suponiéndole defendido interiormente. De una punta á otra se extiende el foso, que ahora se atraviesa por un puente de escombros y tierra. Viene en seguida la puerta, fortificada, y todo ello hace pensar que debió ser preciso vivir en muy buena armonía con los antiguos señores de Velasco, para poder penetrar en el recinto del castillo.

Interiormente está todo en ruinas; no se conservan techos, y el batallar de la intemperie durante siglos, ha borrado de las paredes toda huella de decoración. Montones de escombros obstruyen la entrada á algunos aposentos, y hay que conformarse con una observación superficial.

Mas no por esto hay que tenerse por defraudados: la simple contemplación de aquellas ruinas recompensa generosamente el es-

fuerzo hecho por llegar á Pedraza. Trátase de un castillo verdaderamente castellano, de estilo severo y de una imponente robustez que sólo el abandono de los moradores ha podido vencer. Contemplándolo se siente una fuerte emoción al recordar aquellas edades ásperas en que semejantes fortalezas eran necesarias para asegurar la tranquilidad de una ciudad.

La torre del homenaje, muy maltratada por el tiempo, ofrece la particularidad de tener una de sus esquinas como rota á martillazos por un gigante: es la huella que dejó un rayo.

En la construcción pueden observarse distintas reformas hechas en varias épocas. Una de estas reformas tapó con un grueso muro la entrada á uno de los torreones; y cuando algún investigador curioso destruyó un trozo de este muro, en su parte de adhesión al torreón, volvió á quedar al descubierto la anterior entrada, despertando gran asombro entre los ingenuos habitantes de Pedraza, que no acertaban á explicarse por dónde se penetraría antes en aquel pequeño recinto con saeteras en la pared.

Mas la única reflexión á que se presta aquella reforma es que debió ser realizada cuando los adelantos de la artillería hicieron comprender á los señores de Velasco que ni las saeteras ni el foso con el puente levadizo les librarían de ser vencidos si no abandonaban los antiguos armamentos.

Discurrimos todavía un rato por aquellos patios amplios y por el piso de lo que fueron salones magníficos. Y recordamos que por allí mismo discurrieron, hace ya tantos años, los hijos del rey Francisco I, de Francia, el gran enemigo de Carlos V, entregados á éste en rescate de la libertad del padre, y guardados en el castillo de Pedraza.

Desde un balcón de piedra, abierto en la fachada Noroeste, admiramos el paisaje: á nuestros pies húndese la vista por la inclinada vertiente de la montaña hasta el fondo, donde hay una pequeña vega cultivada. A la derecha domínase perfectamente el camino por donde hemos subido la noche anterior. Enfrente extiéndese infinitamente la tierra segoviana, ocre ó rojiza, con grandes manchas de verdor. En este balcón, desde el cual se siente uno como dueño de cuanto le rodea, compréndese el orgullo de sí mismos que los antiguos señores sentían.

Abandonamos el castillo y volvemos á contemplarlo desde fuera: es la despedida, hasta quién sabe cuándo.

Nos entretenemos todavía en mirar las murallas, gruesas y altas, como obra de los españoles del siglo XIV, muy degenerados,

sin embargo, si se les compara con los romanos.

* * *

Recorremos ahora la población.

Las callejuelas, tortuosas, conservan muy bien su carácter primitivo. La mayor parte de las casas son antiguas, con grandes puertas cuyos arcos de piedra en semicírculo son tan frecuentes en estas viejas ciudades.

Podemos observar varios balcones medievales, de madera, sobresaliendo de la fachada. Y hablando de balcones, he de mencionar especialmente uno muy curioso, labrado en la sillería misma de una esquina. La casa tiene aspecto de pertenecer al siglo XVII. La fotografía sustituye con ventaja á toda descripción.

Posteriormente me han dicho que el capricho arquitectónico de este balcón, se ve repetido en otros dos que hay en Segovia y Valladolid. Conozco ambas capitales, aunque no á fondo, y no recuerdo haber visto esos balcones.

Pedraza está completamente rodeada por la muralla, que se conserva casi intacta. Salimos por la gran puerta que anoche nos dió entrada y que en su fachada interior ostenta la imágen religiosa que se acostumbraba poner en todas estas puertas, protegida por una tela metálica y envuelta en una capa de polvo. La parte exterior está profanada en su vetustez por una inscripción que señala el paso al felato.

Un ancho torreón que hay más afuera, conserva el testimonio de otra entrada, ya arruinada.

Fuera de la población, y junto al camino que conduce á ella, consérvase, mejor dicho, no se conserva, porque está en lastimosa ruina, una pequeña iglesucla románica, llamada de Nuestra Señora del Carrascal. Abatido por el tiempo y el abandono, allí está lo que fué templo, convertido en campo de hortalizas. Y menos mal que el propietario actual ha tenido la piedad de mandar que los capiteles que rodaban por el suelo, sean colocados con sus caras labradas contra la tierra para librarlas de golpes fatales. Aún quedan en pie algunas columnas, realmente encantadoras.

* * *

Dejamos para el fin la visita á una de las mayores atracciones que nos hicieron venir á Pedraza: las cavernas de la Griega. Recogemos en la posada los faroles de carburo y seguimos al amable cicerone.

La Griega (nadie me supo explicar el origen de este bello nombre) es un paraje sen-

cillamente delicioso, por su vegetación y por la frescura de su ambiente. Pasa por allí un arroyuelo, fuente del río Cega, y al pie de la caverna nace un copiosísimo manantial de agua pura y fría que invita á hacer una ablución.

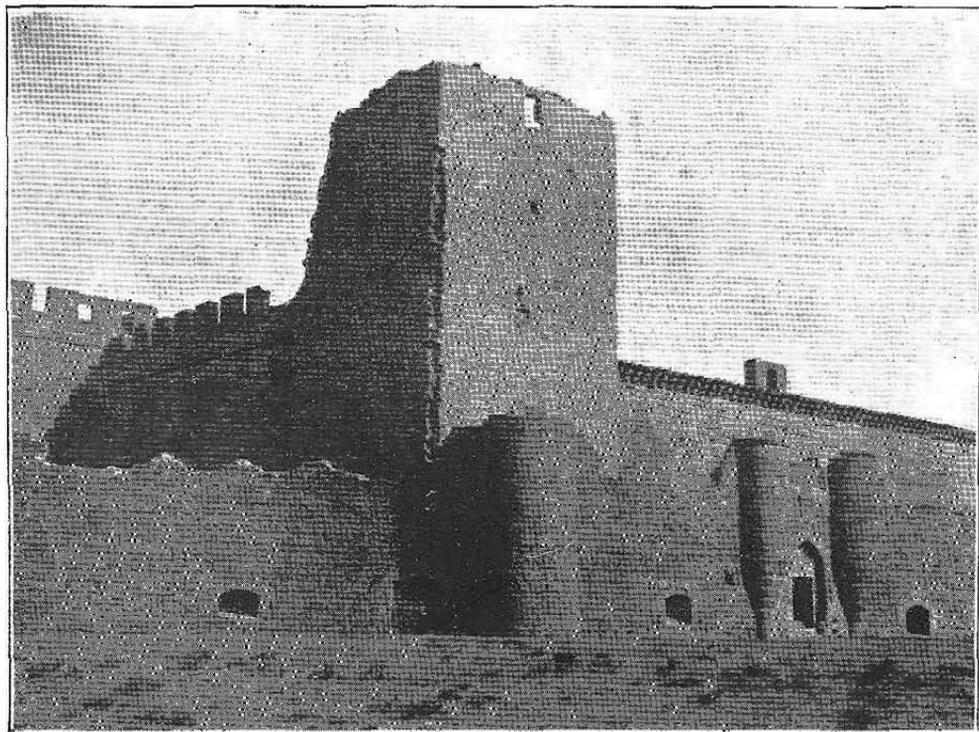
Con dificultad ascendemos por aquel cerro, elevado frente á Pedraza. Marchamos en dirección NO. y á poco más de 500 metros de distancia y 100 de elevación, damos con la entrada á la caverna llamada de Antonio López. Es una abertura perpendicular, tallada en la roca sedimentaria; tiene unos dos metros y medio de altura por uno de ancho. Encendemos los faroles y penetramos.

Ensáchase al punto el espacio, y aparece una rotonda. Examino las paredes en busca de ciertos dibujos de toros que dicen los indígenas existir allí, y que han despertado en mí la esperanza de dar con una nueva cueva de Altamira, donde los hombres primitivos se entretuvieran en grabar toscamente los perfiles del *uro*. Pero no existe nada de esto. Seguimos avanzando y pronto el camino se angosta, hasta el punto de ser preciso arrastrarse para penetrar por una abertura. Detrás hay una reducida oquedad donde se ha de permanecer en cuclillas; sigue estre-

chándose el paso y hay que renunciar al avance. Quizás extrayendo la gran cantidad de tierra que hay depositada en el suelo, podría continuarse, á rastras, por aquél agujero y hallar una nueva galería por donde marchar con comodidad.

Sorprendido por nuestra presencia, revolotea con atolondramiento un murciélago, que desaparece y reaparece por el estrecho boquete que continúa penetrando tierra adentro. Este entrar y salir del murciélago por aquél agujero, siempre volando, me confirma relativamente la hipótesis de que más allá se ensancha la caverna.

Una especie de pequeñas mariposas grises, de dos únicas alas, de idéntica coloración que las paredes de la cueva, con las que se confunden, habita en aquellas tinieblas. Hay millares de ellas y se las ve siempre posadas sobre la pared ó el techo, con las alas por entero abiertas, y andan más que vuelan. Fueron quizás menos de una docena las que vi revolotear al sentir nuestra presencia. Tengo la convicción, por varias experiencias—hechas, es verdad, á la ligera—de que si no son ciegas, tienen, por lo menos casi atrofiado el órgano de la visión. Dos ejemplares que tomé para observarlos después.



Pedraza.—Entrada principal y torreón del castillo

con detenimiento, se me extraviaron antes de volver á Madrid.

Obligados á suspender la exploración de la caverna, dedicamos un momento á remover un poco de tierra, en busca de restos de una vida anterior. Inmediatamente tropezamos con algo digno de atención. En una superficie de medio metro cuadrado, ahondamos con nuestras manos hasta unos 30 centímetros de profundidad extrayendo puñados de tierra muy obscura, casi negra. Hallamos algunos fósiles humanos, entre ellos un cóndilo de fémur, un fragmento de vértebra, otro fragmento de costilla, otro pedazo de tibia, un astrágalo y algunos otros huesos, no fosilizados, pertenecientes á diversos mamíferos, raposos y lobos, seguramente que fueron á morir allí en época no lejana. ¡Con qué deseos me quedé de continuar aquella rebusca para ver si daba con algún cráneo! Pero esta especie de investigaciones exigen mucho tiempo y no poco dinero, elementos indispensables de que carezco.

Porque no cabe la menor duda de que allí se guarecieron hombres primitivos, como lo atestiguan tres fragmentos de vasijas, que desenterré igualmente, negras, gruesas y defectuosamente cocidas, presentando uno de los trozos la particularidad de tener ambas superficies brillantes.

Abandonamos la caverna pensativos. Su profundidad permanece todavía ignorada; lo que nosotros pudimos penetrar serían unos 40 metros.

Retrocedimos hacia la cueva de la Griega, inmediata al manantial y á unos 10 metros por encima de éste. La entrada es casi idéntica á la de Antonio López. Pero su importancia... Penetremos para verla.

A poco de entrar, hállase un recinto casi circular y allí se daría por terminado todo, si no se viese una estrecha abertura, por donde hay que meterse materialmente arras-

trando. Un enjambre incontable de arañas cenicientas, de patas larguísimas, viven allí, amontonadas, arracimadas, pero sin haber construido ninguna tela. Apenas notan nuestra presencia, se desparraman en veloz huida por las paredes y dejándose caer á tierra.

Las mismas mariposuelas halladas en la otra cueva habitan aquí. Ningún otro ser viviente hemos hallado.

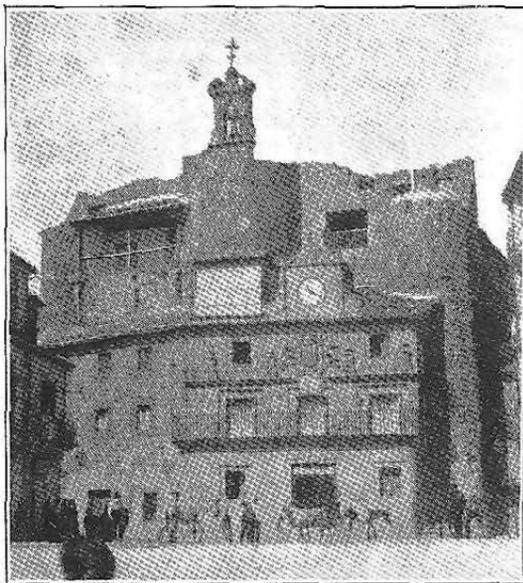
Franqueada la angosta abertura, hallámo-

nos en una galería de unos tres metros de altura. Las paredes, en constante formación, están recubiertas por un sedimento húmedo y blando. En este sedimento hay gran número de inscripciones con los nombres de muchos visitantes que nos precedieron. La mayor parte son relativamente modernas; la más antigua que hallé era del año 1791. Por cierto que á una altura de más de dos metros ví unos signos como de escritura en caracteres del siglo XIII, puestos sin duda por algún bromista, conocedor de esa es-

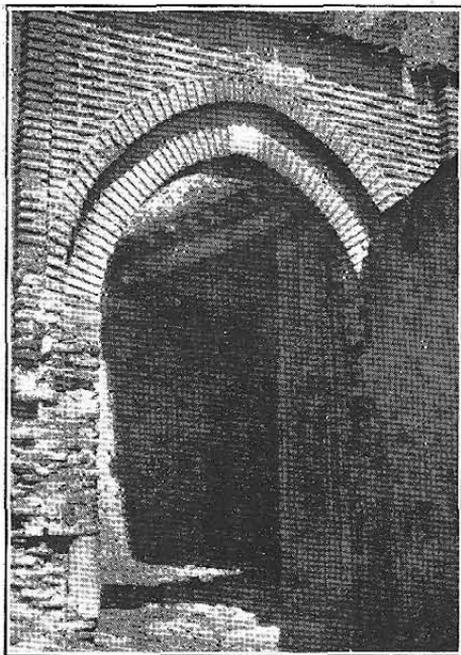
critura, con el fin de intrigar á los curiosos visitantes. El aspecto reciente de aquellos rasgos me impidió suponer que fuesen trazados hace tantos siglos; lo único que me hicieron pensar, viendo sus extrañas formas, fué si serían ellos los famosos dibujos de toros de que en el pueblo se habla.

Y antes de seguir adelante, ya que hablamos de inscripciones, he de aprovechar las páginas cultas de esta revista para lanzar públicamente mi desprecio hacia un estúpido visitante que profanó una de aquellas paredes de la admirable caverna con unas palabras obscenas escritas debajo de su nombre. No quise borrarlas, para que todo visitante culto sepa que aquel Fulano de Tal es un individuo indigno, inferior, moralmente á los primitivos habitantes de la caverna.

La galería se prolonga. Llegamos á una rotonda muy grande, sorprendente, cuyo techo se levanta á lo menos ocho metros de altura. De allí nacen otras dos galerías: segui-



Sepúlveda. — Restos del castillo á los cuales se han adosado construcciones posteriores



Sepúlveda.—Una puerta mudéjar

mos la de la derecha, muy angosta, mas pronto tenemos que abandonarla, porque se estrecha demasiado. Retrocedemos, penetramos en la otra galería, y avanzando por ella hallamos nuevos salones y más galerías; aquello empieza á hacerse laberíntico, y, por lo tanto, peligroso para quien, como nosotros, no va provisto de elementos para ir dejando señales que permitan reconocer el camino á la vuelta.

Ya no se ven inscripciones, lo que hace suponer que nadie ó muy pocas personas llegaron adonde nos encontramos. Asáltanos el temor de extraviarnos, y, lo que es más grave, de que se extingan nuestros faroles.

Decidimos retroceder sin haber visto, ni mucho menos, el fin de esta asombrosa caverna. Bien pagados nos consideramos con haber podido contemplar tanta magnificencia envuelta en el misterio de la obscuridad subterránea. Escalofriado de emoción, emprendo el regreso en busca de la salida, contando los pasos para calcular la profundidad recorrida; más de 250 pasos hubimos de dar hasta llegar á la luz del día.

Afuera nos esperaba el posadero, y con cierta voluptuosidad nos dejamos envolver por la luz caliente del sol.

Contemplamos un momento el castillo de Pedraza, que ofrece una espléndida vista desde aquel sitio, y emprendimos el regreso

á la posada. Por el camino iba dando vueltas á los recuerdos, recreándome con ellos y pensando cuán necesario es organizar una expedición en regla para hallar el fin de estas cavernas, que quizá comunican entre sí, á pesar de la distancias que separa sus entradas.

Pregunté si al otro lado del cerro existían otras cavernas, con objeto de asentar la hipótesis de que fuesen las salidas de éstas. Nadie sabe de otras. ¿Dónde, dónde y cómo terminarán estas cuevas de la Griega y de Antonio López? ¿Qué tesoros de Paleontología permanecerán ocultos en sus pavimentos terrosos?



Quando, de vuelta á la posada, fui extendiendo sobre una mesa los huesos desenterrados, quedóse parada la moza del posadero, que exclamó con asombro mezclado de terror:

—Pero ¿son huesos de cristiano?

La tranquilicé diéndole que no, que aquellos huesos ne eran de cristiano ni de judío, que pertenecían á una época remotísima en que los hombres todavía no se mataban por ninguna fe religiosa, que vivían exclusivamente ocupados en la caza y no luchaban entre sí más que por la posesión de alguna hembra ó de alguna bella bestia proveedora de carne sabrosa y de piel protectora contra los fríos.

Y con esto voló mi imaginación á aquellos rudos tiempo del neolítico, en que los hombres ya dominaban el fuego, trabajaban el bronce, pulimentaban sus hachas y puntas de lanza de piedra y cocían los primeros productos de la alfarería; con lo que iban poco á poco cimentando esta gloriosa civilización en que al cabo de millares de años todavía estamos entrando.

A Sepúlveda

De Pedraza á Sepúlveda hay 20 ó 21 kilómetros, y la mayor parte de esta distancia está en suave pendiente, favorable para la marcha. Por esta razón contábamos con estar en Sepúlveda antes que fuera de noche, saliendo de Pedraza á media tarde.

Mas no contábamos con que, á pesar de haber sido reparado el neumático de la bicicleta de mi acompañante, iba á ponernos en un aprieto. Y me complazco en señalar este hecho aquí para escarmiento de ciclistas imprevistos. Cerca de dos horas nos entretuvo el dichoso neumático, que estaba hecho una criba de puro viejo. Fracasó, pues, el deseo de entrar con sol en la ciudad de las siete puertas.

Hizose de noche á una legua de Sepúlveda. Cuando, después de una subida fatigosa llegamos á lo alto de un gran repecho, quedamos sorprendidos ante la presencia de la gran ciudad en el fondo de una enorme depresión, mostrándonos la dirección de sus calles por las líneas de luces eléctricas.

El descenso de este camino es de lo más peligroso que puede haber para una bicicleta. Por fortuna, el piso está bien cuidado y no se debe atender á otra cosa que á los frenos y al guía. Yo no sé cuántos zig-zags hay que trazar, a cual más inclinado, antes de llegar abajo.

Por fin nos ponemos al nivel del río Castilla, atravesamos el puente y nos vemos obligados á desmontar, pues la pendiente que se debe subir para llegar á la población no hay ciclista que pueda con ella.

Como en todas partes, una nube de chicolos nos recibe y acompaña, proporcionándonos una entrada ruidosa. Llegados á la plaza, nos metemos de cabeza en la hospedería de *Curilla*.

Estaba rendido cuando caí en el lecho, después de un día de tantas emociones; pero mi amigo Leopoldo sentía ganas de charlar desde su cama; hícele presente que no se ofendiese si no le respondía. No sé si hablaría durante mucho rato; lo único que recuerdo es que yo no pude escucharle durante más de dos minutos...

Sepúlveda

Septem pública, la ciudad de las siete puertas, se llamaba hace siglos á Sepúlveda.

Está situada en una altura y su paisaje es de lo más pintoresco; por un lado, deslízase á sus plantas el río Duratón; por el opuesto, el Castilla, y ambos se encuentran y confunden allí mismo, convirtiendo en una península el terreno donde se halla asentada la ciudad.

Desde un balcón de nuestra fonda se domina gran parte del curso del Duratón y la vista se extiende hasta muy lejos, donde una línea de árboles, que aparecen diminutos, señala la dirección de la carretera de Francia, que se oculta en la Somosierra, por donde hemos de pasar cuando abandonemos Sepúlveda.

Nuestro patrón es hombre amable y se dispone á acompañarnos un rato. Vamos en primer lugar á ver la iglesia del Salvador, y gracias á él podemos penetrar en el templo, donde solamente los domingos hay culto.

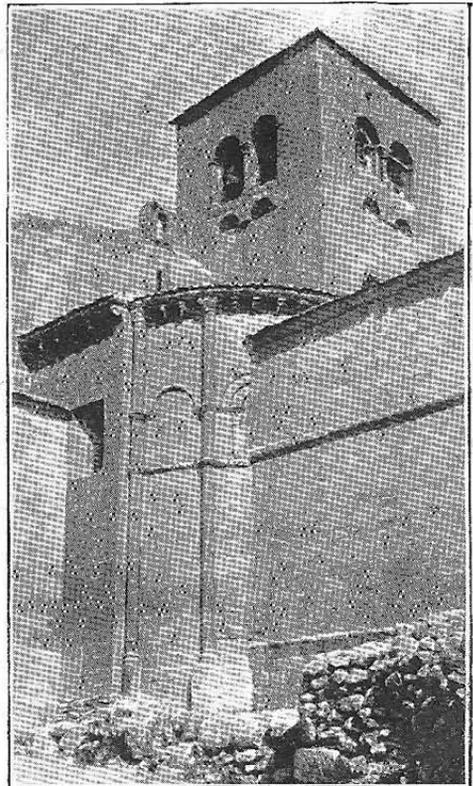
Esta pequeña iglesia del Salvador es una verdadera joya del arte románico del siglo XI. La torre es muy baja y tiene diez y seis

ventanas características de su estilo. El ábside abombado, las puertas, los canecillos y otras ventanas son otros tantos motivos de agradable contemplación. Pero sobre todo ello predomina por su arte delicado, por su exquisita elegancia y sencillez, el claustro exterior. Mejor que mis palabras, revelará esta belleza la fotografía que obtuve y acompaña á estas líneas, fotografía que tiene la virtud de emocionarme cada vez que la contemplo.

Por el claustro se penetra á la iglesia. Dentro de ésta hay preciosas imágenes en madera pintada, muy expresivas, que me hicieron recordar las que por Murcia y Andalucía despiertan tanta admiración.

El pavimento del templo tiene buen número de sepulturas. Las más antiguas carecen de fechas ó las tienen borradas. Mas ninguna debe ser anterior al siglo XV. Precisamente en el centro, aislada, existe una losa cuya inscripción reza que allí tuvo la honra de ser enterrado cierto sacristán de la iglesia.

La iglesia de Santa María de la Peña es también otro admirable templo románico.



Sepúlveda.—El ábside de Santa María

Es, por lo menos, tan antiguo como el Salvador, y aun quizá sea más; pero sus infinitas reformas desorientan por completo á quien, como yo, carece de la cultura necesaria para hacer una investigación seria.

El claustro exterior ha sido reconstruido, pero no conservando la forma primitiva, sino haciéndole unos feos ventanales, sin labrado alguno en los capiteles. Únicamente dos pequeños se conservan en su anterior carácter.

La puerta interior que da acceso á la iglesia es la que, á mi entender, revela mejor la antigüedad de la construcción: hay allí una serie de columnas medio ocultas por las reformas que nos dicen que aquella puerta no es hoy lo que fué y que reconstruirla sería empresa difícilísima. Estas columnas tienen capiteles labrados interesantísimos, y el arco y el tímpano ostentan en relieve multitud de figuras simbólicas, representando misterios religiosos.

El interior de la iglesia me satisfizo bastante menos que el Salvador, por su abigarramiento.

Lo que en verdad me indignó profundamente fué la profanación artística cometida con el ábside, al cual se añadió una construcción moderna feísima que lo deja casi totalmente oculto, sin otro objeto que instalar un camarín donde se conservan miembros de cera, trenzas de pelo, relicarios y escapularios, dibujos horribles y otros objetos con que los devotos de la Virgen han querido manifestar su reconocimiento por haberles salvado en algún trance difícil.

Pero es cosa lamentabilísima que la ignorancia artística haya conducido á los constructores del camarín hasta el extremo de tapar con él un ábside tan interesante y bello. Por fortuna, no se ha hecho más que cubrirlo, sin destruir nada. Gracias á esto, es de esperar que algún día desaparecerá el horrible pegote y se restituirá á la contemplación pública la construcción primitiva.

Del castillo de Sepúlveda apenas se conserva nada; dos torreones arruinados y unos trozos de muralla es lo que queda, y esto es lo que subsiste, porque han agregado la construcción de un edificio nuevo que sirve de cárcel y de administración de consumos.

Las calles no os permiten olvidar que circulais por una ciudad vetusta: por todas partes se ven fachadas que los siglos ennegrecieron, mostrando sobre sus puertas enormes escudos de piedra que recuerdan las glorias de las antiguas familias nobles.

Para darse exacta cuenta de lo que Sepúlveda representa en la Historia y en arte arquitectónico, es preciso residir allí mucho

tiempo y estudiar profundamente su Fuero y sus Crónicas, cosas imposibles para un excursionista que sólo trata de recibir una impresión superficial.

Circulando por las calles os sorprende á lo mejor un trozo de arquitectura de positivo mérito adosado á una vivienda miserable; así he visto yo una puerta ojival cerrando un corralillo; así encontré una bella puerta morisca en un rincón de cierta calleja, medio oculta y en estado lamentable.

Hállanse en gran número los balcones de madera, salientes, característicos de la Edad Media. Y llama igualmente la atención algunas casas construidas sobre la roca viva, que les sirve de cimiento inconmovible.

* * *

La ciudad es grande; merece ser visitada y deberían hacerlo cuantos tienen fácil medio de locomoción, como son los automovilistas, que se pasan el tiempo yendo al Escorial ó á cualquier pueblecillo próximo á Madrid, ó que, cuando hacen viajes largos, pasan por ciudades como Sepúlveda á toda marcha ó á lo sumo se detienen un momento para refrescar.

En un proyecto de línea férrea que, como cosa de España, se construirá cuando se construya, aparece Sepúlveda como una de las estaciones. Entonces será cuando se haga más accesible y se la podrá admirar por mayor número de aficionados á estas cosas.

Antes de abandonarla, mi compañero y yo prevenimos de víveres nuestras mochilas. En una tienda que no tenía aspecto de tal, entramos porque vimos quesos de la tierra. Despachaba el propio dueño, y yo creo que penetré en aquella casa más por observarle que por la adquisición del queso; es un tipo segoviano neto, robusto y con el color tostado que tan admirablemente ha sabido copiar el maestro Zuloaga; seriedad en el rostro y mirada brillante. Parecía arrancado del cuadro famoso *El piropo*.

Ajustamos un queso pequeño; y al tomarlo en mis manos quedé sorprendido por la desproporción que existía entre el volumen y el peso: parecía de piedra, y las estrías que lo cruzaban me hicieron compararle con una pequeña rueda de molino. Al menos una vez en la vida, íbamos á comulgar con arreglo al modismo español.

Noche en la Somosierra

Queríamos cruzar el puerto de la Somosierra y al ser de noche llegar á otra vieja ciudad castellana de la provincia de Madrid:

Buitrago. Entre ambas poblaciones hay más de 40 kilómetros, y saliendo de Sepúlveda á las cinco de la tarde contábamos con tiempo suficiente, ya que en Septiembre los días son largos.

Y con esta ilusión partimos de la ciudad de las siete puertas, saliendo por una de ellas, la del Ecce-Homo, donde nace la carretera de Boceguillas. En el Olmo hay que dejar este camino y seguir el de la derecha, que va al Castillo de Mesteón, donde se encuentra la carretera general de Francia, que atraviesa la Somosierra y viene á Madrid.

Pero ¡ay! no contábamos con que el neumático de mi camarada tenía la costumbre de reventar á la salida de todas las poblaciones donde nos deteníamos. Esto nos había sucedido al salir de Madrid, al abandonar Segovia, al dejar Pedraza, y esto mismo tenía que sucedernos fatalmente cuando saliéramos de Sepúlveda. Perdonad, lectores, que os hable de esto, que á vosotros os tendrá sin cuidado, pero, como decía Espronceda para justificar el *Canto á Teresa*, «es un desahogo de mi corazón», después de los ratos de ira contenida que el maldecido neumático nos hizo sufrir.

Así fué, que antes de llegar á Castillejo tuvimos que ponernos á bregar con la cámara reventada por varios sitios, hasta que se nos echó encima la noche. Habíamos perdido lamentablemente dos horas, y en cuanto nos vimos otra vez sobre las bicicletas partimos como si pensáramos ganar un campeonato.

Entramos en la carretera general, sintiendo mucho que no fuera de día, porque aquél trayecto, bordeado por altísimos olmos, debe ser muy pintoresco. De noche, sin luna, no se podía apreciar nada.

Por momentos veíamos aproximarse la enorme masa de la Sierra, de perfiles redondos, constituyendo una negra y maciza muralla.

En Cerezo de Abajo dimos con un posadero locuaz, que mientras nos servía una jarra de vino con agua, nos repitió (no exagero) lo menos cinco veces la descripción del camino hasta el otro lado del puerto. De su charla sólo pudimos utilizar la información de que siendo época de feria en Buitrago, no importaba que llegásemos allí á media noche, pues no nos faltaría cobijo.

Teníamos apetito; pero tales eran mis deseos de aproximarme á la Sierra, que aplazamos el cenar hasta el inmediato pueblo de Santo Tomé del Puerto, el último de la provincia de Segovia, y donde empezaba la ascensión. Eran cerca de las diez de la noche cuando nos detuvimos ante una venta ó pa-

rador, en Santo Tomé. Nos instalamos á la puerta para cenar al fresco y acometimos con voracidad los fiambres que llevábamos. ¡Ah! El queso de Sepúlveda exigió un verdadero esfuerzo, hecho con ambos puños, para ser penetrado por la punta de la navaja.

Hasta de una taza de café pudimos gozar. La seguridad de que aun á media noche seríamos bien recibidos en Buitrago, nos dejó descansar un poco y recrearnos con la cena. Y á las once de la noche dejamos Santo Tomé y nos internamos Sierra adentro.

La pendiente no es exagerada; tiene unos cuatro kilómetros de extensión por aquel lado y la carretera está bien cuidada. Contentos íbamos entrando en aquella negrura absoluta hasta que... Sí, lector querido, á más de las once de la noche, una noche tenebrosa, y dentro de la Sierra, ya cansados, ¡volvía á inutilizarse el odiado neumático! La situación era difícil, pero ¿para qué perder el tiempo en indignarse? Aquí de los estoicos. Echamos pie á tierra, y sin pensar en perder más tiempo en composturas ni en voivér atrás, seguimos subiendo, puerto arriba, empujando las bicicletas.

A pesar de todo, aquel accidente no dejaba de tener su encanto; el paso de la Sierra en estas condiciones produce una impresión profunda por la grandiosidad de las montañas que destacan sobre el cielo estrellado sus perfiles negros; por el misterio de las tinieblas, aumentado con el rumor de una corriente de agua que por un precipicio que tenemos á la derecha se siente; por el silencio grave que pesa sobre el ambiente...

Un solo momento pensé que podríamos vernos asaltados por malhechores; pero no se alteró mi tranquilidad por la convicción de que en estos tiempos ya no son frecuentes tales casos, y sobre todo porque llevaba al inmediato alcance de la mano una tranquilizadora Browning con ocho balas. Y me constaba que mi compañero no llevaba menos de seis en su revólver.

Pasadas las doce, pisamos el mismo puerto al llegar á la altura máxima, donde la carretera baja por ambos lados. Bebimos en un salto de agua que bajaba por el cerro de la Cebollera, y al ver junto al camino una casa de peones camineros, pensamos en pasar allí la noche. La casa está deshabitada y no pudimos entrar; mas era tal el cansancio, que adoptamos como lecho un banco de piedra, sobre el cual nos tendimos con resignación, pero sin manta, con las mochilas por cabezal.

Las desigualdades de las losas ofendían mi cuerpo y no me permitían conciliar el sueño tan pronto como hubiera querido. Tenía ante

mis ojos la Cebollera y su vista me distrajo trayendo á mi recuerdo un fragmento de la historia de España.

En aquel cerro, hace cien años, durante una helada noche de Noviembre de 1808, se fortificaron las tropas de Napoleón, que pretendían llegar á Madrid. Abajo, en el pueblo de Somosierra, en situación desventajosa, esperaban el ataque los soldados españoles, todos bisonos y mal armados. Así sucedió que aun derrochando heroismo, los españoles fueron barridos por los franceses.

Inmediatamente sigue á este recuerdo el de que hace meses solamente otro francés cruzó este puerto, cabalgando sobre un monoplano. Pero así como al tirano de 1808 le aguardaban rostros ceñudos y manos crispadas que empuñaban armas destinadas á defender la independencia del territorio, al

conquistador del aire se le esperaba por millares de madrileños con la ansiedad de una profunda simpatía. Y es que el primero conquistaba y esclavizaba, mientras que el segundo, al conquistar liberto, porque todas las conquistas de la ciencia tienden á hacer á los hombres cada vez más dueños de sí mismos y cada vez más libres.

Napoleón, Védrones. Dos símbolos admirables. Y pensando en ellos, reflexiono acerca de un tema interesante: el de que nunca son gloriosas las conquistas alcanzadas por la violencia absoluta, y que pronto la humanidad se convencerá de ello, no conquistando ni dejándose conquistar más que por aquello que enternezca su alma y desarrolle su inteligencia.

JUAN A. MELIÁ

EL REY, EL PINTOR Y EL RETRATO

ERA un día de la primavera del año 1517. Micer Leonardo, natural de Vinci, Toscana, pintor, escultor, arquitecto, ingeniero, mecánico y filósofo, en el apogeo de su fama, trabajaba en su magnífico estudio del castillo del Cloux, cerca de la villa de Amboise, entre Tours y Blois. Esta linda residencia, de ladrillos rosa y blancas piedras, fué en otro tiempo habitada por el armero del difunto rey Luis XII, y pertenecía entonces al inmortal autor de la Cena y de la Virgen de las rocas, por donación del nuevo rey de Francia, Francisco I, vencedor de los suizos, aliado de los venecianos, entusiasta admirador de las mujeres, gran amigo de los poetas y protector de las Bellas Artes.

Leonardo de Vinci, aunque por esta época contaba solamente sesenta y seis años, tenía el aspecto de un anciano achacoso, cansado de la vida, y que, resignado con su suerte espera con calma el momento de abandonarla.

Su barba blanca descendía hasta descansar sobre su pecho. Su hermosa frente, cruzada de profundas arrugas, denotaba el constante esfuerzo de meditación de aquel cerebro portentoso.

Sus conocimientos en todos los ramos del saber le colocaban en primera línea entre los hombres de su tiempo, y, á pesar de esto, su espíritu se abismaba frecuentemente en dolorosa reflexión al considerar lo limitado del entendimiento humano. He aquí el motivo por el cual, con frecuencia, una nube de melancolía velaba la brillantez de sus ojos, profundamente hundidos en las órbitas, á la sombra de sus espesas y largas pestañas.

La expresión de sus labios, ligeramente contraídos, revelaba toda la amargura y el desencanto de un alma dolorida por las muchas desilusiones experimentadas en su vida de artista insuperable. Con su rostro pálido,

su voz grave y sus lentos gestos, Leonardo tenía el aspecto de un alquimista que ha encontrado la piedra filosofal y que, á su pesar, sigue en la investigación de algo que satisfaga sus insaciables deseos de progreso hacia el ideal y de dominación de lo real.

Tal se mostraba en esta primaveral mañana del año 1517, como nosotros podemos verle, hoy día aún, leyendo los maravillosos párrafos donde él mismo se retrata, sirviéndose de un espejo para describir los rasgos característicos de su fisonomía. autorretrato que se conserva en las colecciones de la Biblioteca de Turín.

Abrió la ventana, y por largo tiempo estuvo contemplando el despertar de la Naturaleza en las poéticas horas del amanecer.

Esto era lo que él llamaba *hacer su oración matinal*.

Alguna de las máximas consignadas en sus interesantes manuscritos afluyen á su memoria y medita, una vez más, sobre ellas. El alma del artista debe ser semejante á un espejo, que refleja con exactitud todos los objetos, todos los movimientos, todos los colores, pues ella, como el espejo, vive impassible, resplandeciente y pura. *L'ingegno dell' pittore vuol essere a similitudine del specchio*. Los sentidos pertenecen á las cosas terrestres: *sensi sono terrestri; la ragione sta fuor di quelli, quando contempla*; la razón es celestial cuando contempla.

El Sol se elevaba serenamente iluminando las riberas del Loire y sus verdes prados, salpicados de multitud de manchas rojas y blancas, de amapolas y margaritas que en ellos florecían.

Por encima de la torre más alta del castillo real de Amboise, un estandarte bordado de plateadas flores de lis flotaba anunciando la presencia del rey.

Leonardo, al contemplar el vaporoso horizonte de la Turena, se acordaba de aquella



Francisco I, rey de Francia

lejana Lombardía donde había soñado, imaginado y sufrido tanto.

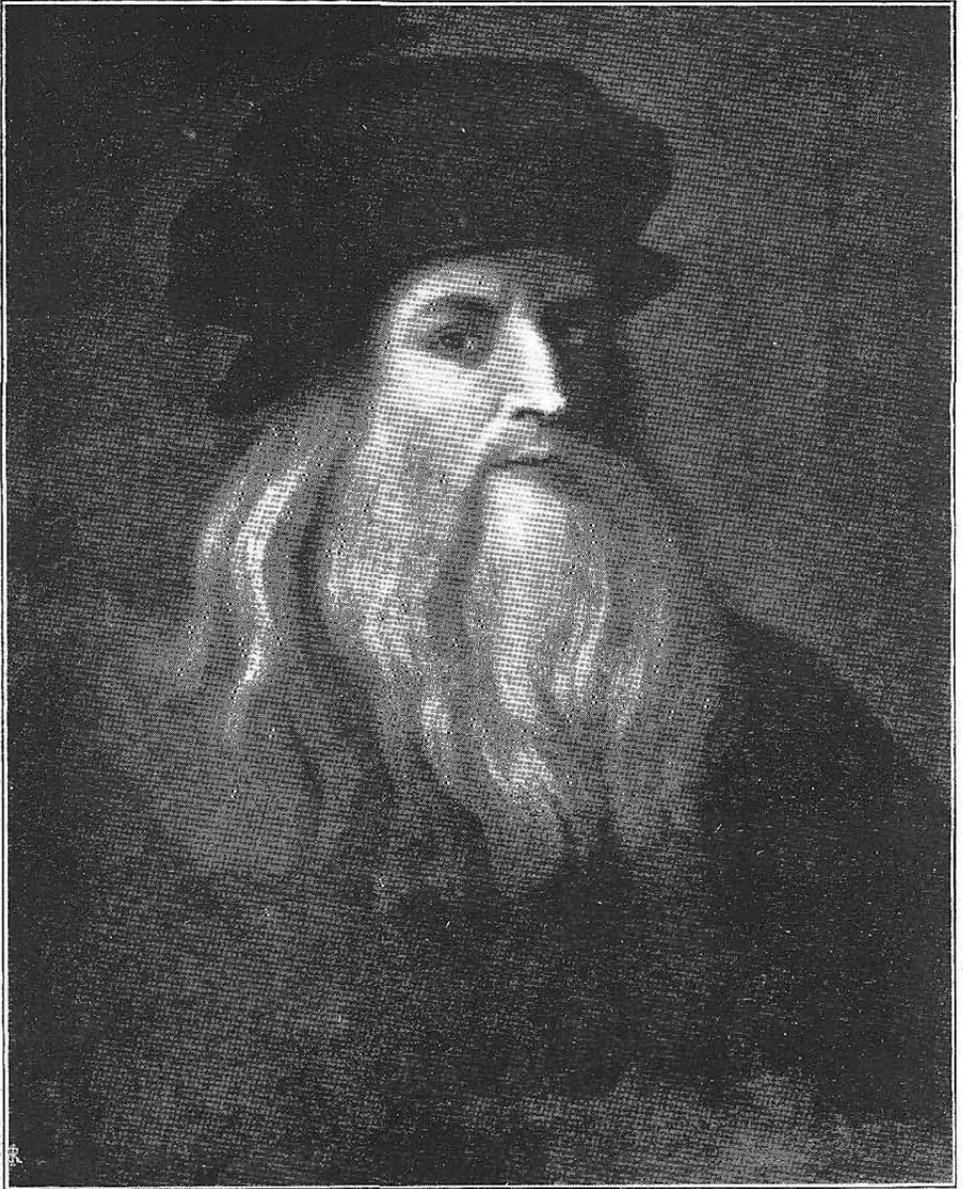
Las aguas del Loire le recordaban la corriente del Adda y la tranquilidad de sus riberas, cuyas sinuosidades azuladas con tan exquisito arte había sabido trasladar al fondo de alguno de sus cuadros.

Sin poder explicarse el por qué, encontraba en el paisaje francés un resurgir de juven-

tud, de bondadosa y sana alegría, en este germinar de la Naturaleza, como decoración apropiada para el renacimiento de una nación.

El maestro sentía deseos de trabajar, y dirigiéndose a su fiel Francisco Melzi, le ordenó colocase sobre un caballete su cuadro de San Juan Bautista.

Apenas había comenzado su trabajo para



El gran Leonardo de Vinci

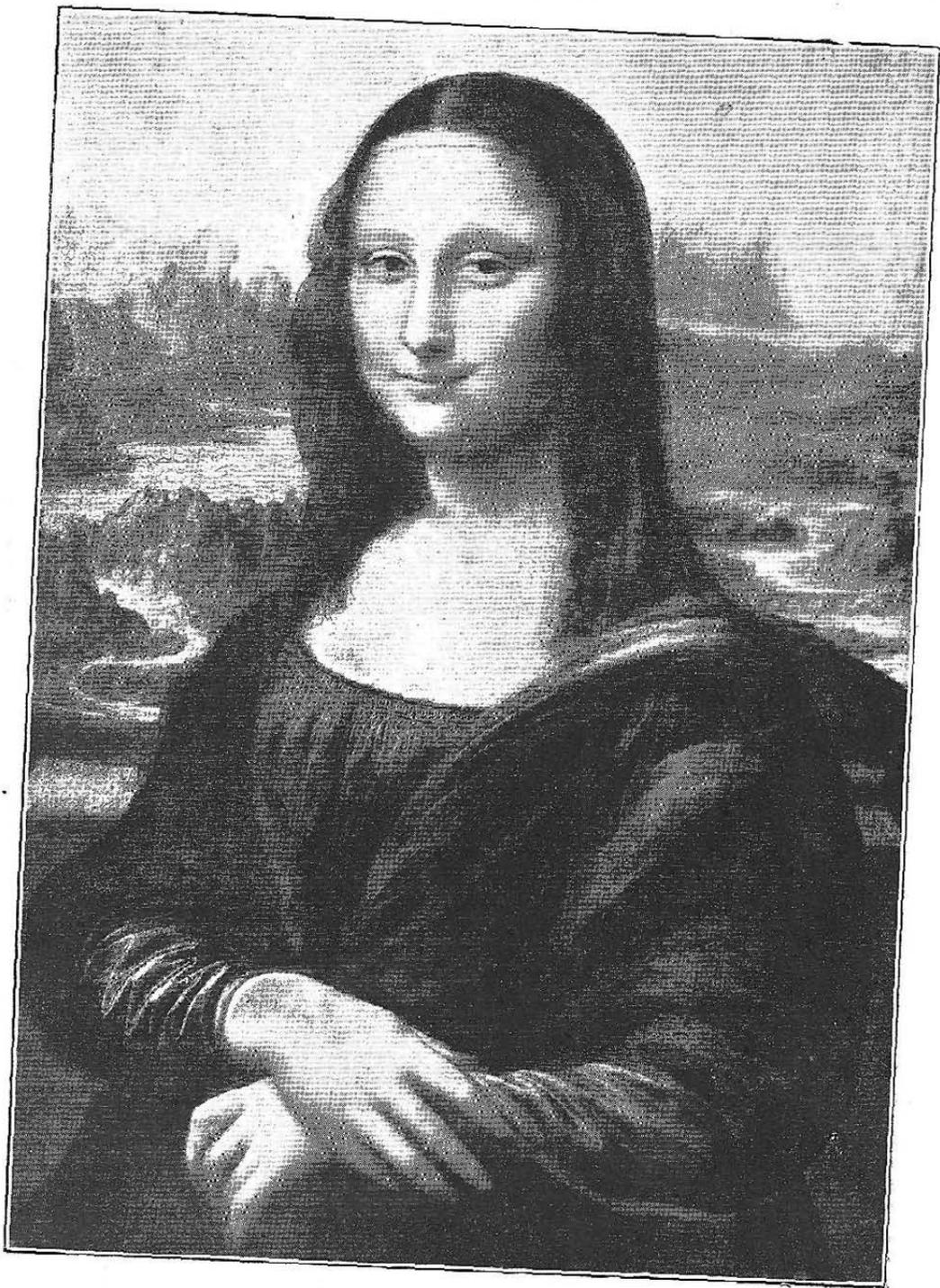
la terminación de esta figura misteriosa del adolescente y casi afeminado precursor, sonriente ante las delicias de la tierra y que no por eso deja de señalar al Cielo, como indicando donde se encuentra la suprema felicidad, se oyeron fuertes golpes en la puerta del castillo. Al mismo tiempo alegres voces y risas juveniles turbaron el augusto silencio que envolvía la señorial mansión, haciendo

revolotear por encima de los altos espinos que rodeaban el patio del castillo una bandada de palomas.

¡No quiero recibir á nadie! — dijo el maestro á Melzi. — ¿Me entiendes?...

¡A nadie, absolutamente! Dí que estoy enfermo.

Y, rápidamente, corre al fondo del taller, llevando impresa en el semblante la ansie-



La célebre «Gioconda»

dad que le domina, y cubre con un velo un admirable retrato de mujer, de sonrisa extraña...

Melzi regresa con los brazos en alto, los ojos brillantes y con mezcla de respeto y alegría, exclama:

—¡Maestro, es el Rey!

Francisco I, seguido de numeroso acompañamiento de poetas y de nobles, entra en el estudio, radiante de alegría y de sugestiva cortesía.

El viejo artista intenta arrodillarse ante el joven soberano, pero éste se lo impide con un movimiento casi filial, y le abraza llamándole «su padre», según costumbre observada desde su primera entrevista.

El vencedor de Marignan, el apuesto capitán, armado caballero por Bayardo en el mismo campo de batalla, contaba, por entonces, veintitrés años, y era, no tan sólo el rey de Francia sino que también el príncipe de la juventud...

—Micer Leonardo, hace mucho tiempo que no he tenido el placer de veros. ¿Habéis hecho alguna otra obra maestra?

—Casi nada, señor. Pobre de mí, estoy continuamente enfermo. Ya soy viejo...

—¡Qué exageración!

El rey observó que mientras hablaba, el pintor se esforzaba en alejar la vista de los visitantes de un cuadro cubierto por completo con un velo.

—¿Qué es eso?

—¡Oh! poca cosa, señor... Un antiguo retrato. Yo creo que vuestra majestad lo conoce.

—¡Qué importa! Veámoslo. Vuestros cuadros, maestro, son tan maravillosos, que cuanto más se les ve la admiración aumenta.

Un poeta del acompañamiento del rey, Mellín de Saint Gelais, como buen cortesano, se dirigió hacia el cuadro, y rápidamente levantó el velo que lo cubría... Un rostro de mujer apareció semejante á una revelación divina.

Leonardo inclinó la cabeza con gran desaliento. El rey sentóse en un sillón y contempló aquella magistral figura largo tiempo.

El silencio fué solemne; nadie se atrevió á despegar los labios. Una especie de hechizo había impuesto silencio á esta reunión de jóvenes alegres y bulliciosos.

—Maestro,—exclamó por fin el rey, con singular acento de gravedad,—sin disputa, esta es la mujer más admirable que he visto en mi vida...—¿Quién es ella?

—Monna Lisa... Es napolitana, de una nobilísima familia. Su padre se llamaba Antonio Gerdalini... Casó con Francisco del Giocondo, noble florentino, viejo ya... de bas-

tante más edad que ella... En su país la llaman la Gioconda.

—¿Cuándo la habéis pintado?

—¡Hace diez años!

—¿Y se conserva aún tan bella?

—La Gioconda ha muerto, señor.

—¡Por Dios! señores—exclamaba el rey caballero, volviéndose á su acompañamiento de poetas y cortesanos—yo deseo que ella viva y quiero que la Gioconda, resucitada gracias al genio del maestro Leonardo, sea el principal adorno de nuestro salón de fiestas. Sin damas, una reunión de artistas es como una primavera sin flores. No es suficiente ver allí príncipes, grandes capitanes, gentiles hombres é individuos del consejo y oírles hablar de guerra, del Estado, de la caza... Todas estas conversaciones llegan á cansar al poco tiempo. Sucede todo lo contrario cuando son las damas las encargadas de amenizar la fiesta.

Y prosiguiendo su proposición con la elocuencia y el encanto natural que tanto le distinguía, dijo con viveza:

—Maestro Leonardo, cuando se va á la guerra ó se emprende un viaje peligroso, lo más ambicionado por un hidalgo es llevar un recuerdo de su dama. Las hermosas hacen á los nobles de mi corte tan fuertes como sus espadas.

Yo quiero que todas las damas francesas puedan parecerse á esta Gioconda, que es maravillosamente espiritual. *Saggia e cortese, nella sua grandezza...* Maestro, os daré cuanto queráis, pero deseo adquirir la Gioconda.

—Señor, mis propósitos son no separarme de ese retrato...

—Mañana enviaré por la Gioconda, á cambio de un presente real que será digno de ella y de vos. Cuatro mil escudos de oro por lo pronto...

—¡Oh! señor, vuestra majestad sabe que no soy ambicioso, y que sólo por la gloria trabajo.

—Justamente, maestro. La gloria os la dará la Gioconda; será la admiración de cuantos puedan contemplarla en mi palacio. ¡Oh! estad tranquilo, maestro Leonardo, escogeré un sitio digno de ella; seré quien la conserve para que la posteridad pueda admirarla.

Cuando el rey abandonó el castillo, Leonardo de Vinci miró por última vez su Gioconda. Se sintió inconsolable hasta su muerte. El deseo de terminar su San Juan Bautista le sostuvo algún tiempo aún, y se extinguió dulcemente aquella vida el 2 de Mayo de 1519, después de dictar su testamento ante el notario Bereau de Amboise.

EL ARROZ EN VALENCIA

SER valenciano ya es título suficiente para presentarse como defensor del arroz. Y no se crea que los valencianos defendemos el arroz como alimento, porque su cultivo constituya la mayor riqueza del país; somos bastantes los hijos de aquella hermosísima tierra que no comerciamos en arroces.

Si al hablar del arroz de Valencia comienzo por hacer su elogio, débese nada más a que es una de mis comidas predilectas. ¡Oh, aquellas ollas de substancioso *arros en fesols y naps!* (1) ¡Oh, cuán sabrosas cazuelas de *arros al forn!* (2) ¡Oh, qué espléndidas paellas de tan compleja composición, donde se hermanan en sabrosa alianza productos de tan distinta naturaleza como el arroz y la carne, las anguilas y las *bachoquetes!* (3)

Hasta la ciencia extranjera ha roto más de una lanza en pro del consumo del arroz, que se recomienda como uno de los mejores alimentos para los hombres dedicados a trabajos físicos que exigen resistencia a la fatiga.

Yo recuerdo que hacia el año 1905 se publicó en la revista de la Sociedad Francesa de Higiene, de París, un estudio sobre las ventajas fisiológicas, higiénicas y económicas del arroz, como base principal de la alimentación.

En Europa, el consumo del arroz no es grande, cuando debería ser para todos, y especialmente para los trabajadores, el plato diario de resistencia. Quintientos gramos de arroz, bien cocido y bien preparado, nutren aun más que igual cantidad de patatas. La digestión del arroz es mucho más fácil, y la resistencia orgánica producida por él es superior. Se engordará más con la patata; pero

con el arroz se obtiene más fuerza. Únicamente podrá objetarse que para el obrero resulta a doble precio.

Los pueblos que hacen mayor empleo del arroz para su alimentación, son los más vigorosos y los más robustos.

Los piemonteses, que comen arroz y beben vino, pero jamás licores alcohólicos, trabajan más que el resto de los europeos. Son célebres sus obras: ellos han construido las admirables líneas férreas de montañas, como las de San Gotardo, de la Jungfrau, etc., en las que todos los materiales han tenido que ser transportados a hombros, y en las que ha sido preciso desplegar una energía increíble para vencer los obstáculos y franquear los precipicios. Para estos trabajos gigantescos no basta una fuerza física notable, sino que a ésta ha de unirse una resistencia excepcional.

Otro ejemplo, bien conocido de todos, son las razas china y japonesa, cuyo alimento casi exclusivo es el arroz y que se hallan dotadas de una agilidad y una energía extraordinarias. Durante la guerra ruso-japonesa, los soldados nipones combatían sin tregua ni reposo durante ocho y hasta quince días. Jamás se ha visto resistencia semejante a la fatiga, a la lluvia, a la nieve y al frío de veinte grados bajo cero. También débese observar que el soldado japonés bebe té y ni una pizca de alcohol.

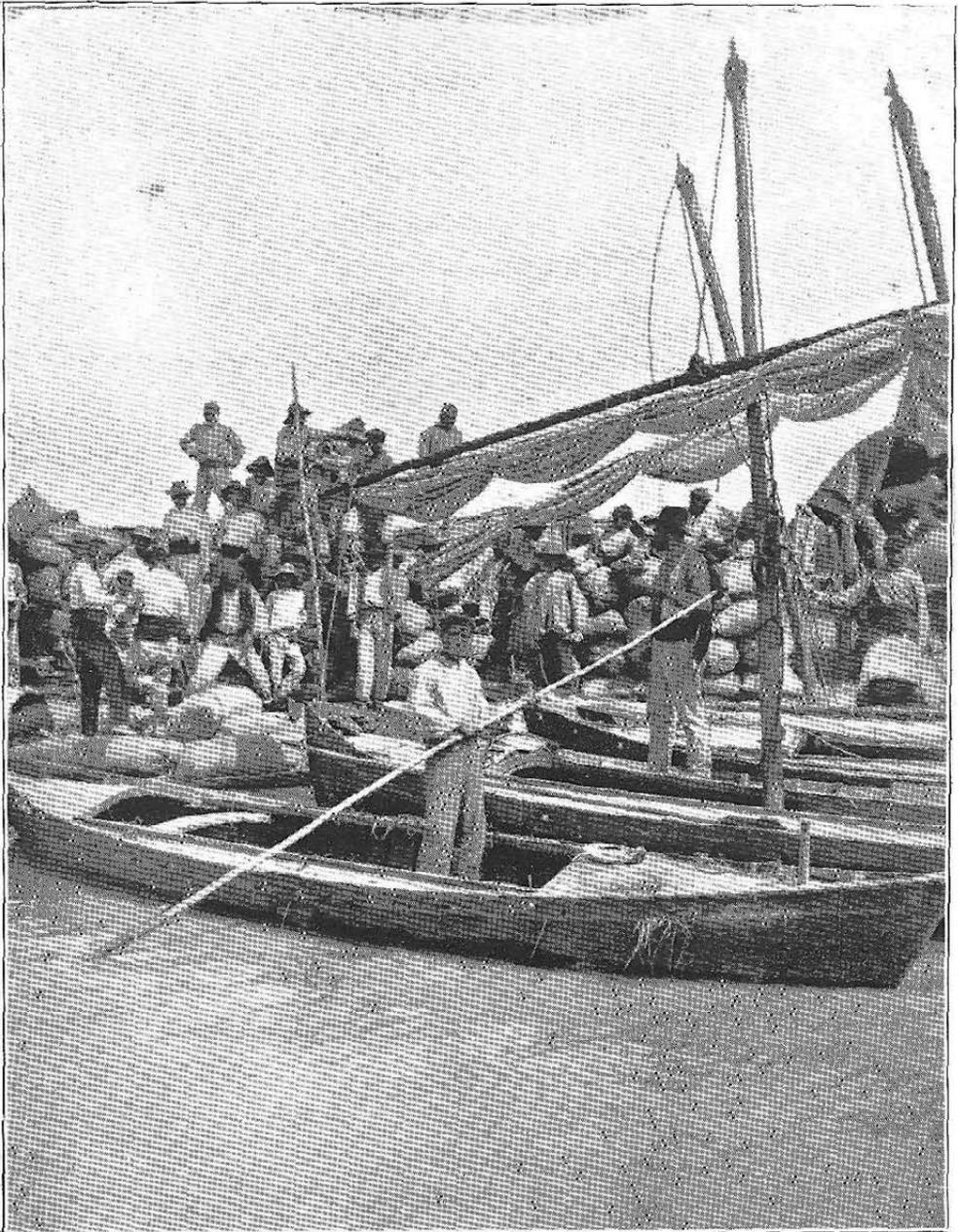
* * *

Con estos antecedentes, siendo aficionado al arroz y hallándome en Valencia, durante el mes de Septiembre, época de la cosecha, no pude resistir al deseo de echarme un día a la vega arrocerá, para enterarme de cómo se transforma el grano, desde que es segada la planta hasta que cae en los sacos que han de transportarlo a través de la Península.

(1) Arroz con judías y nabos.

(2) Arroz al horno.

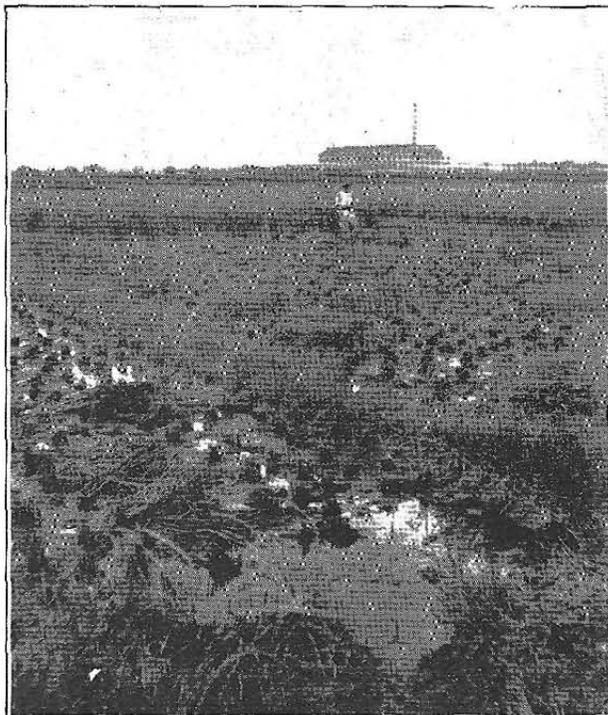
(3) Una variedad de judaís.



El tráfico del arroz en el puerto de Catarroja

Fué una mañana inolvidable, cuando, sentado en el pescante de una tosca diligencia, parti con unos amigos y parientes hacia El Saler. Tantos años de ausencia de la *terreta* querida, hacian que todo resaltase ante mis ojos con esplendor de maravilla. Rodaba la diligencia por la polvorienta carretera, y á

ambos lados surgían incesantemente campos y más campos, ostentando con orgullo el triunfo de su verdor en infinitos matices. ¡Qué problema para un pintor que quisiera lanzarse á la loca aventura de reproducir sobre la tela esta incontable variedad de verdes!



La siega del arrozal

Aquí, allá, por todas partes, casitas, barracas, alquerías, molinos, en profusión extraordinaria, reveladora de una población tan trabajadora como numerosa y fecunda.

Mas lo característico, lo que en todo instante se ofrece á la vista asombrada, es la virtud del trabajo que impera y se perpetúa entre aquellas admirables gentes. No hay un palmo de terreno que no sirva para alguna cosa; infinitos arroyos y canalillos cruzan la huerta entrelazándose, como arterias y venas de la tierra, á la que llevan su jugo para hacerla fértil.

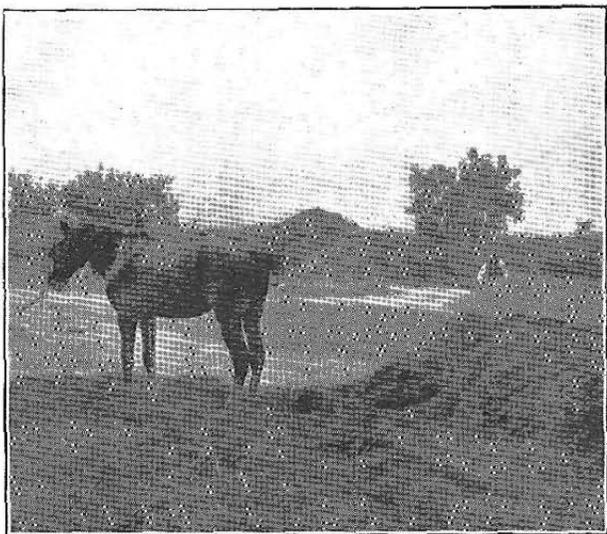
A medida que nos acercamos á la famosa laguna de la Albufera, cambian de aspecto los campos; en aquellas tierras pantanosas solamente vive el arroz: llega el ansiado momento de abandonar el carruaje, desfundar la cámara fotográfica y meterse por el fangal haciendo preguntas á diestro y siniestro.

Mas no es indispensable preguntar á nadie: una tras otra

pueden seguirse las operaciones, que tanta semejanza tienen á las que se realizan con el trigo ó la cebada.

La siega del arroz ha de hacerse cuando aun la planta no se ha secado ni está completamente verde: únicamente la práctica puede enseñar el punto en que debe efectuarse la siega. El campo de arroz que va á segarse, está completamente inundado, condición indispensable, según os informan aquellos labradores, para que la labor se lleve á cabo debidamente. Y es de ver á aquellos infelices, descalzos, metidos en el fango escurridizo, ir avanzando, hoz en mano, encorvados y recibiendo en el dorso la llamarada del sol, que en aquellas regiones es todavía intolerable en Septiembre. Indudablemente, la higiene tendría mucho que decir si se dedicase á estudiar los efectos que en el organismo ha de producir el trabajar en semejante atmósfera de fuego con los pies metidos en la frialdad del fango.

A medida que se va segando, se da salida al agua de los canalillos del riego, y una vez hecho esto, desarróllase en estos canalillos una industria inesperada para el espectador curioso: la pesca de anguilas. Varios individuos, descalzos



El colaborador del hombre



Secando el arroz al sol

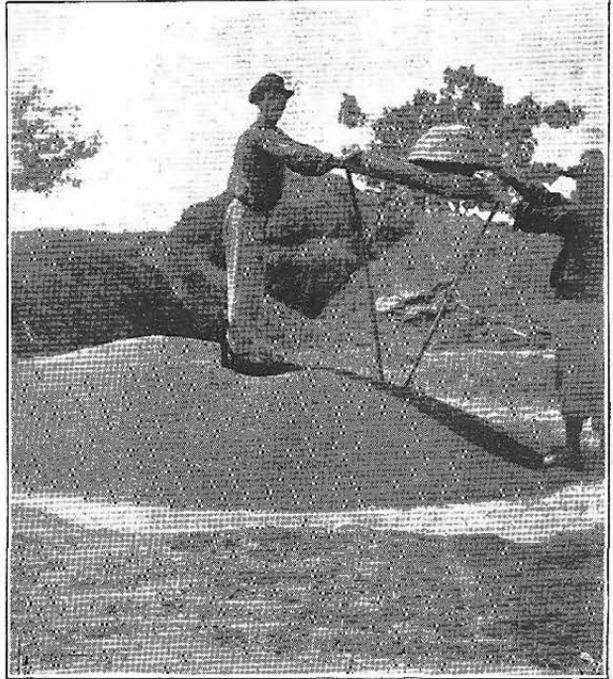
y con los brazos arremangados, métense en el lodo y recorren palmo á palmo los canales, revolviendo el fondo con las manos, con gran prolijidad, y cogiendo hábilmente las anguilas que allí vivían y que inmediatamente pasan á unas latas grandes, donde se agitan sin cesar, deslizándose y enlazándose entre sí. Presenciando aquél cuadro repugnante, en el que el fango juega papel principal y las anguilas aparecen tan repulsivas por su suciedad, nadie pensaría que gracias á esa industria se puede saborear después, en la mesa, una carne tan sabrosa y delicada como la que aquellos animalitos nos ofrecen.

Los haces son conducidos á las eras; muchas veces este transporte se efectúa por la vía lacustre: en grandes lanchones se cargan las gavillas y son remolcados á través de la Albufera, por barcas veleras ó á fuerza de puños y pecho, mediante perchas enormes, que á cualquiera sería imposible manejar, pero

que aquellos hombres y aquellos muchachos esgrimen con ligereza sorprendente.

Ya está el arroz segado en la era: desátanse los haces y se extiende al sol; ahora ya se permite á la planta que abandone su humedad y se seque. Impónese la trilla, y en esta labor encuentra ya el labriego una ayuda en los individuos de su familia: mujeres y chicuelos tienen de las riendas á los caballos que galopan en círculo sobre la paja.

Así como en Castilla los campesinos tienen como colaboradoras en sus trabajos á las mulas, en Valencia es más general utilizar al caballo como auxiliar. Es un hecho para mí muy simpático por la singular preferencia que siento por el caballo. Y como los pastos son abundantes, estos caballos de la huerta valenciana están lustrosos siempre, mientras que las pobres mulas de Castilla, como no pertenezcan á propietarios ricos, llevan en relieve las angulosidades de sus osamentas, como



La criba del arroz

revelación de cuán difícil es la vida por esas mesetas centrales.

Separado el grano de la paja, se desparra- ma por el piso de la era, bajo aquel sol de justicia que evapora pronto las últimas partículas de agua, y deja el arroz en disposición de ser descascarado. La mujer y el hijo mayor del arrocero se ocupan en ir por entre el grano extendido, descalzos, arrastrando los pies, con los que trazan surcos, gracias á lo cual, el arroz va revolviéndose y siendo expuesto al calor del sol.

Llega inmediatamente la operación de la criba, que deja completamente limpio el grano, dispuesto á ser ensacado para llevarlo al molino.

De estos molinos habría que hablar detenidamente, por la enorme importancia que tienen como industria; mas no he de hacerlo careciendo de datos precisos. Yo no sé cuántos millares de kilos de arroz mordan al día aquellas máquinas extraordinarias. Muchos han de ser, pues aun existiendo gran número de estos molinos por toda la vega, hay que tener en cuenta la fabulosa cifra de toneladas de arroz que todos los años sale de los campos valencianos, y saber que todo ese arroz ha de ser descascarado en poco tiempo porque la época de la cosecha es aquella en que todos los comerciantes hacen sus pedidos.

Catarroja no es población marítima; y sin embargo, háblase del puerto de Catarroja como punto estratégico para el desembarque del arroz. Es que hallándose la población inmediata á un ancho canal que desagua en la laguna, se ha destinado un gran espacio, orilla del canal, para que las lanchas dejen allí su cargamento, procedente de los molinos. El ferrocarril se encarga después de recogerlo y llevarlo á donde la demanda comercial exige.

En el puerto de Catarroja es quizá donde mejor puede uno advertir la importancia que para la región tiene el cultivo del arroz. Altas pilas de sacos se extienden sobre un amplio espacio é invitan á reflexionar sobre las infinitas zozobras, los cuidados, afanes y fatigas que el cultivador experimentó hasta ver llegado el momento aquél en que su arroz, perfectamente limpio y clasificado, aguarda, entre el canal y el tren, la hora de abandonar la cálida tierra que fué su madre y correr, tierra adentro ó mar afuera, hasta países extraños donde no se conocen pantanos arroceros.

* * *

Ya está satisfecha mi curiosidad; ya he visto cuántos esfuerzos exige la cosecha del arroz, ese producto que tanto me agrada.

Con un barquero ajustamos el viaje al Perelló, á fin de atravesar completamente la laguna y ver su comunicación con el mar. Regateamos; el barquero pretende justificar su demanda diciendo que no hace viento; como no comprendo, me explican que por no hacer viento no podrá la embarcación ir á vela, sino á fuerza de percha.

Este barquero es un hombre formidable: tiene sin duda dos metros de altura y su cutis, colorado por el sol, me hace pensar que así deben ser los indios pieles rojas. Tiene agilidad pasmosa; salta de la barca á tierra y de tierra á la barca con ligereza de simio. Vamos á lo largo de un canal; el barquero marcha por una orilla y con la pértiga empuja la lancha. Cuando entramos en la laguna, nuestro conductor viene con nosotros y maneja su palo como un juguete: colocado en pie, á popa, ofrece un tipo magnífico; con aquella percha sería muy capaz de acabar con nosotros en un instante. Se ríe ante nuestro temor de naufragar en aquellas aguas cenagosas.

Sin embargo, es un hombre inocente. Estaba yo contemplando su imagen sobre el cristal esmerilado de mi cámara fotográfica, lamentando no llevar una sola placa disponible, y el pobre creyó que le había retratado, estallando en manifestaciones de júbilo. No quise desilusionarle y le prometí enviarle su fotografía. Alguien del acompañamiento hízole creer que el retrato sería expuesto en tarjeta postal, en los escaparates de la plaza de la Reina, en Valencia. ¡Quién sabe si algún día irá á la capital el pobre barquero y escudriñará aquellos escaparates, en busca de un retrato que ciertamente merecía que se hubiera hecho!

Esta especie de bromas tienen perfecta justificación en la monotonía del viaje: cuatro horas atravesando aquella laguna de la Albufera, es tiempo muy suficiente para impacientarse si la imaginación no viniera en nuestro auxilio trayéndonos recuerdos y dando calor á bellas esperanzas.

El Perelló es un lindo pueblecito de la costa; allí pónese la laguna en contacto con el mar por medio de una bocana relativamente angosta.

Por la blanca arena de la playa se agita una increíble cantidad de escarabajos, afanados en construir sus bolas con toda especie de inmundicias. Jamás imaginé que pudieran existir colonias tan numerosas de esta especie de coleópteros.

El oleaje trae pequeños cangrejos que quedan sobre la arena debatiéndose.

La mar está hermosa; parece llamarme, y sin dudarle un momento, me desnudo y me

lanzo al agua. ¡Qué manantial de salud es la mar!

Comemos un guiso del país — *all y pebre* — abrosísimo: es un pescado anguilido, cuyo nombre no recuerdo, hervido en una salsa de gusto muy fuerte.

La excursión va á terminar. Volvemos todos á embarcarnos á media tarde. La digestión y el cansancio nos han dejado laxos y nos tumbamos.

¡Otras cuatro horas de lenta navegación, impulsados por la pértiga del barquero! Y para después nos aguarda el trayecto de El Saler á Valencia, en la horrible diligencia.

Anochece. Esta hora crepuscular presta cierto interés á la laguna. Paralelamente á nosotros, surcan las aguas otras barcas remolcando cargamentos de arroz recién segado.

Tumbado en la proa, saco fuera la cabeza, á guisa de mascarón. Miro á lo lejos las tierras pantanosas envueltas por la penum-

bra. En el agua tranquila del lago refléjase, como en un inmenso espejo, el disco de la luna, próxima á su plenitud.

Hora de poético ensueño. Mas en este instante yo recuerdo cuanto vi durante la mañana: recuerdo la ruda labor de los cultivadores de arroz, y pienso en que vivimos demasiado apartados los hombres de la ciudad, de los del campo.

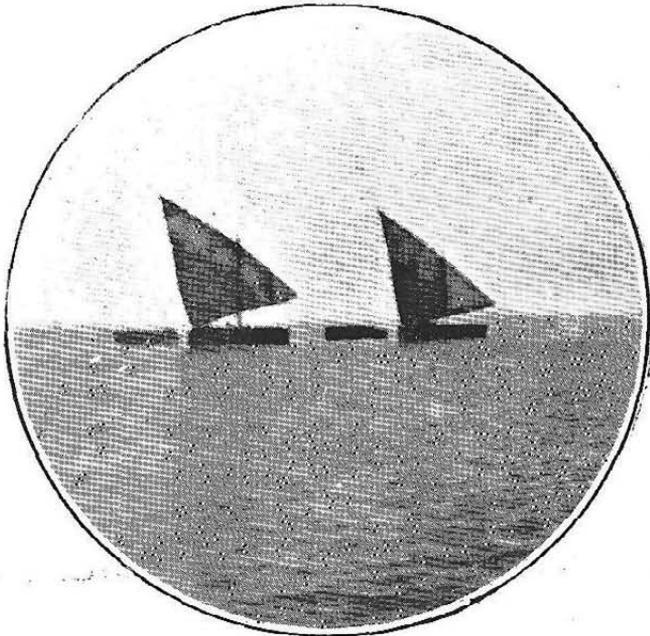
No está bien que nos burlemos de los campesinos cuando los vemos andar, aturdidos y azorados, por nuestras ciudades. El hombre del campo debe frecuentar la capital, y el hombre de ésta debe salir al aire libre á menudo. Y de este contacto no hay duda que nacerá la prosperidad de la nación.

La noche se ha impuesto en absoluto.

La barca se detiene en El Saler.

JUAN DEL TURIA

Valencia, Septiembre.



Transporte del arroz por la Albufera.

De "La losa de los sueños"

UNA ESCENA DEL ACTO PRIMERO



ADOLFO

CIPRIANO

PEPE

FÉLIX

FÉLIX.—En su tiempo tuvo que ver...

UNA ESCENA DEL ACTO SEGUNDO

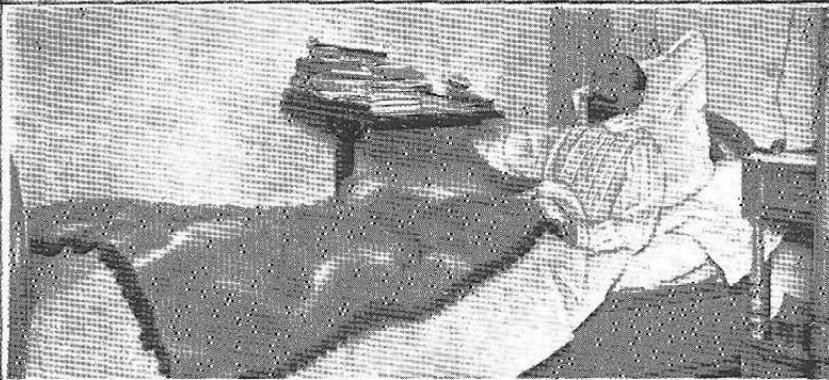


ROSINA

LEONOR

ESTELA

ROSINA.—Déjalas, déjalas: ya me voy, ya me callo



LA LOSA DE LOS SUEÑOS

Comedia en dos actos y en prosa original del nunca bastante ponderado ingenio de JACINTO BENAVENTE, y estrenada en el teatro Lara de esta corte el día 9 del presente mes y año, con el siguiente

REPARTO: *Rosina*, Sra. Bárcena. — *Doña Rosa*, Srta. Pino. — *Leonor*, Srta. Pardo. — *Estela*, Srta. Rosala. — *Doña Antonia*, Srta. Alba. — *Amelia*, señorita Illescas. — *Matilde*, Srta. Escudero. — *Una joven*, Srta. Monero. — *Cipriano*, Sr. Muñoz. — *Don Paco*, Sr. Palanca. — *Pepe*, Sr. Manrique. — *Adolfo*, Sr. Barrycoa. — *Felix*, Sr. Romea. — *Enrique*, Sr. Vargas. — *Joaquín*, Sr. Mora (J.). — *Germán*, Sr. Carrere. — *Don Manuel*, Sr. Pérez Indarte. — *Un joven*, señor Mancha. — *Un camarero*, Sr. Mora (S.). — *El fosforeo*, Sr. De Diego. — *Otro camarero*, Sr. Tordesillas.

De todos estos artistas y personajes encontrará el lector las efigies repetidas en las mil actitudes diferentes que exige cada papel, y estampadas en las páginas que siguen. La que preside esta primera es la del inmortal autor de la obra, en actitud al parecer de holganza, y en realidad de meditación y de estudio, pues ya se sabe que en el lecho es donde Benavente lee, estudia, despacha su correspondencia y sobre todo donde su maravillosa fantasía de excelso poeta y su certeras experiencias de las almas y de la vida tejen fábulas encantadoras cual esta que ofrecemos hoy como magnífico manjar al paladar delicado de nuestros lectores.

SE LEVANTA EL TELÓN

7

ACTO PRIMERO

En un café madrileño, de los de piano y violín. Antes de levantarse el telón se oye la música del café y termina poco después de levantarse el telón; están en escena doña Antonia y don Manuel, sentados á la mesa del primer término izquierda; doña Antonia toma chocolate con bizcochos, don Manuel, café. Pepe y Joaquín, sentados á las mesas del foro, escriben. Cuando ha terminado la música, salen por la derecha Félix y Germán, y vienen á sentarse á la mesa donde están Pepe y Joaquín.

PEPE.—Muy bien, chicos, muy bien.

JOAQUÍN.—¡Qué hermosa!

PEPE.—No hay más que un Bethoven.

GERMÁN.—Sí, es muy grande.

FÉLIX.—Pero el único no, cuidado. No hay que olvidarl otro tío.

JOAQUÍN.—¡A don Ricardo!

PEPE.—Sí, sí, todo lo que queráis; pero no me toquéis á éste.

FÉLIX.—¡Hombre! ¿Tan mal lo hemos tocado?

PEPE.—Chistes, no, querido Félix.

FÉLIX.—Sin chiste, te advierto que si hoy hemos podido obsequiaros con Bethoven, es porque estamos solos. El dueño del café nos ha prohibido toda la música sabia, como él dice. ¡Música proivita!

GERMÁN.—Los parroquianos se quejan.

PEPE.—Pero ¿hay parroquianos?

FÉLIX.—Dice que los hemos ahuyentado con nuestra música.

PEPE.—Es injusto con su agua de achicoria y sus bistés de perro.

GERMÁN.—¿Cómo va eso?

JOAQUÍN.—Chicos, ¡estupendo! Una barbaridad, pero con la mar de gracia.

PEPE.—Un asco, chicos, un verdadero asco.

JOAQUÍN.—Os vamos á leer el segundo cuadro.

PEPE.—No, no quiero oirlo. Esas cosas se escriben, pero no se leen; basta con que se representen.

JOAQUÍN.—El tío del cine está entusiasmado.

PEPE.—Por ahí podéis juzgar el mérito de la obra.

JOAQUÍN.—Este se indigna, pero, ¿qué hace uno? Mi drama, la comedia de éste... dos años de teatro en teatro, y diciéndonos en todos que están muy bien y que deben representarse; pero siempre en otro teatro.

Parece el chascarrillo de la acera de enfrente: «es una obra para El Español: si allí nos han dicho que es para la Comedia...» Y así en todos los teatros.

FÉLIX.—Lo mismo que mi zarzuela.

JOAQUÍN.—Esto es una burrada, pero aún no está concluida y ya nos han dado veinte duros.

PEPE.—Dan ganas de emigrar.

JOAQUÍN.—Vais á oír, vais á oír.

PEPE.—Este goza.

JOAQUÍN.—(*Leyendo.*) «Cuadro segundo. El cuarto de baño de Mimi. A la derecha, el baño con sus grifos de agua fría y caliente...» Veréis, con esto de los grifos hay luego un efectazo.

PEPE.—Bueno, no grites; ten el pudor de tus desatinos.

JOAQUÍN.—Convendría saber si le hace gracia al camarero.

FÉLIX.—La criada de Molière.

JOAQUÍN.—Vais á oír.

PEPE.—¡Qué vergüenza! Casi todo es de éste.

JOAQUÍN.—No hagáis caso; las mayores barbaridades se le ocurren á él.

PEPE.—De indignación.

FÉLIX.—Bueno, lee.

JOAQUÍN.—«Cuadro segundo. El cuarto de baño...»

PEPE.—Baja la voz, hombre.

MANUEL.—(*Llamando al camarero.*) ¡Mateo!

CAMARERO.—(*Saliendo por la izquierda.*) ¿Qué deseaba don Manuel?

MANUEL.—¿No ha salido todavía el Heraldo?

CAMARERO.—No me parece haberle oído de vocear... No está el chico. Habrá ido á buscarlo. Tardar no puede mucho.

ANTONIO.—Oiga usted, Mateo.

CAMARERO.—Usted mande, doña Antonia.

ANTONIO.—¿Qué le pasa esta noche al chocolate?

CAMARERO.—¿Pues luego?

ANTONIO.—Que le he notado un gustillo... Todas estas noches, estaba muy bueno. Y consiste en el chocolate, porque aquí el café con leche que ha tomado mi esposo, estaba como de costumbre. ¿Sabe usted si es que lo han cambiado?

CAMARERO.—No, señora; el chocolate es el mismo de siempre. Será el gusto de la señora.

MANUEL.—¿Qué le has notado?

ANTONIO.—Qué se yo. Un saborcillo; pegado no era, y ahumado tampoco.

CAMARERO.—Dirélo en la cocina.

ANTONIO.—No, no diga usted nada. No es que no se pudiera tomar; sólo un gustillo raro... ya digo...

FOSFORERO.—(Dentro.) ¡Heraldo!

CAMARERO.—Ya vino el Heraldo. (Llamando.) ¡Chico, aquí, á don Manuel, el Heraldo.

FOSFORERO.—(Saliendo por la derecha con Heraldos.) Ya sé... ¡Heraldo!

MANUEL.—Ya estoy sin cerillas; dame una caja. (El Fosforero le da el Heraldo y va por una caja de cerillas, volviendo en seguida y dándosela á don Manuel. Se pone á doblar los periódicos encima de la mesa del primer término derecha.)

ANTONIO.—La que compraste anoche te la has dejado encima del comedor.

MANUEL.—No, mujer, esa estaba vacía. La que compré anoche no he podido encontrarla.

ANTONIO.—La habrá cogido la muchacha. Es una pelea con ella y con las cerillas. Cuidadano que siempre tiene para ella un vagón de esas de cocina, pero nunca sabe dónde lo ha puesto.

CAMARERO.—Es lo que pasa.

ANTONIO.—Luego, siempre está pidiendo cerillas. Y mire usted que no las necesita más que para encender la triste lumbre; porque tenemos luz eléctrica en toda la casa.

CAMARERO.—La luz eléctrica es una cosa buena.

ANTONIO.—Es mucha comodidad. Yo creo que no ha habido otro invento tan bueno.

CAMARERO.—Así lo creo.

ANTONIO.—Porque hay otros inventos modernos con los que yo no estoy conforme; ahí tiene usted la *chubesqui* sin ir más lejos. En casa pusimos una el año pasado y no pudimos hacer carrera de ella. Y la pusimos porque yo padezco mucho de dolores de cabeza, y el médico se empeñó que sería del brasero; y es lo que yo digo, si en verano me duele lo mismo, y en verano no será del brasero.

CAM.—Claro es. Esos son males que están en la predisposición de la persona. Hay quien le duele la cabeza, hay quien le duele el estómago sin saber de qué; ahora que los médicos, ellos algo han de decir.

ANT.—Harta estoy de que me vean unos y otros; conmigo no han acertado nunca. ¿Sabe usted con lo único que me ha ido bien? Parece una tontería, y á cualquiera que se le diga se ríe. Fué remedio de una amiga de casa, que se lo había recomendado á ella otra amiga suya, viuda de un magistrado; y es: ponerme un duro encima del ojo izquierdo, que ya tengo uno reservado para eso, muy limpio y muy reluciente siempre; por cierto que es un duro que le dieron á mi esposo, no sabe dónde, que no lo han querido tomar en ninguna parte, y es de plata, no crea usted, porque ha de ser de plata para que haga su efecto.

CAM.—Claro es.

ANT.—Me ato un pañuelo por encima, que si me ve usted, parezco un caballo de la plaza de toros, como dice mi esposo, y así me estoy dos ó tres horas en una habitación bien á oscuras, y es con lo único que he encontrado alivio. Mucha gente se ríe, yo fui la primera en reirme; pero está visto que no puede una reirse de nada en este mundo.

CAM.—Así es: si usted encontró con ello mejoría... (Llaman al camarero Pepe y Joaquín, dando con las cucharillas en las copas.) Voy á ver qué quieren los poetas.

ANT.—Se puede venir á este café por este camarero; es tan atento...

CAM.—(Después de haber estado hablando con Pepe se dirige al Fosforero.) ¡Chicó! Allí te llaman; no sé qué dicen de la tinta.

FOSF.—Que habrán dao fin de ella. ¡Me tienen más hartol (Se acerca á la mesa de Pepe y recoge el tintero, llevándose lo y trayendo otro al poco tiempo.) (Al Camarero.) Pero oiga usted, estos músicos...

ANT.—Tocan muy poco. No se por qué se me figura que tienen muy poca formalidad.

CAM.—¿Poca?.. Ninguna. Ahí se reunen con esos otros poetas; unos locos todos.

ANT.—Y tocan unas piezas tan serias... Cuidado que á mí, en siendo música, me gusta toda; pero estos chicos, para ser tan jóvenes, qué cosas tan antiguas tocan. Digo yo que deben ser cosas antiguas.

CAM.—Pues no será que el amo no se lo tiene dicho, pero ellos se burlan. ¡Si fuera yo que el amo!..

MANUEL.—¿Qué atrocidad!

ANT.—¿Qué lees?

MANUEL.—En Alemania, en un pueblo... Shrr... ¡Que nombre tan raro! La mujer de un molinero ha dado á luz tres criaturas.



Don Manuel.—«La mujer de un molinero ha dado á luz tres criaturas...»

ANT.—¡Pobre mujer!

MANUEL.—Niñas las tres.

ANT.—¡Qué ricas!

MANUEL.—Dice que el Emperador ha mandado que les den á los padres trescientos marcos.

ANT.—Me gusta á mí ese Emperador; está en todo.

MANUEL.—Dice que si hubieran sido chicos les hubiera dado el doble.

ANT.—¡Que siempre las mujeres hemos de valer menos!

MANUEL.—¿No ves que el Emperador lo que quiere son soldados?

ANT.—¿Sí?.. Pues que no nacieran más que chicos, y á ver de dónde iba á sacarlos. *(Entra por la derecha una Joven, y después de mirar por todo el café se sienta en el velador de la derecha.)*

CAM.—En mi pueblo también una mujer tuvo tres chicas.

ANT.—Y nadie le daría nada.

CAM.—¿Darle? Que su marido en poco la mata, cuando volvió de allí á dos años.

ANT.—¡Ah! ¿Pero el marido?.. ¡Sí que era para matarla!

CAM.—Pues, mire usted; luego fué su su suerte; que las tres chicas vinieron á criar á Madrid en muy buenas casas, después se casaron muy bien, y hoy está el padre que no hay otro como él en el pueblo.

ANT.—Pero ¿el padre?

CAM.—No, señora; e' casado con la madre. Del padre, nadie supo más nada. Voy ver esa joven.

ANT.—¡Hay algo de los moros!

MANUEL.—*(A la Joven)* ¿Quiere algo ahora, ó espera?

LA JOVEN.—Ahora, nada; después.

CAM.—Está bien.

LA JOVEN.—Oiga, ¿no ha venido nadie?

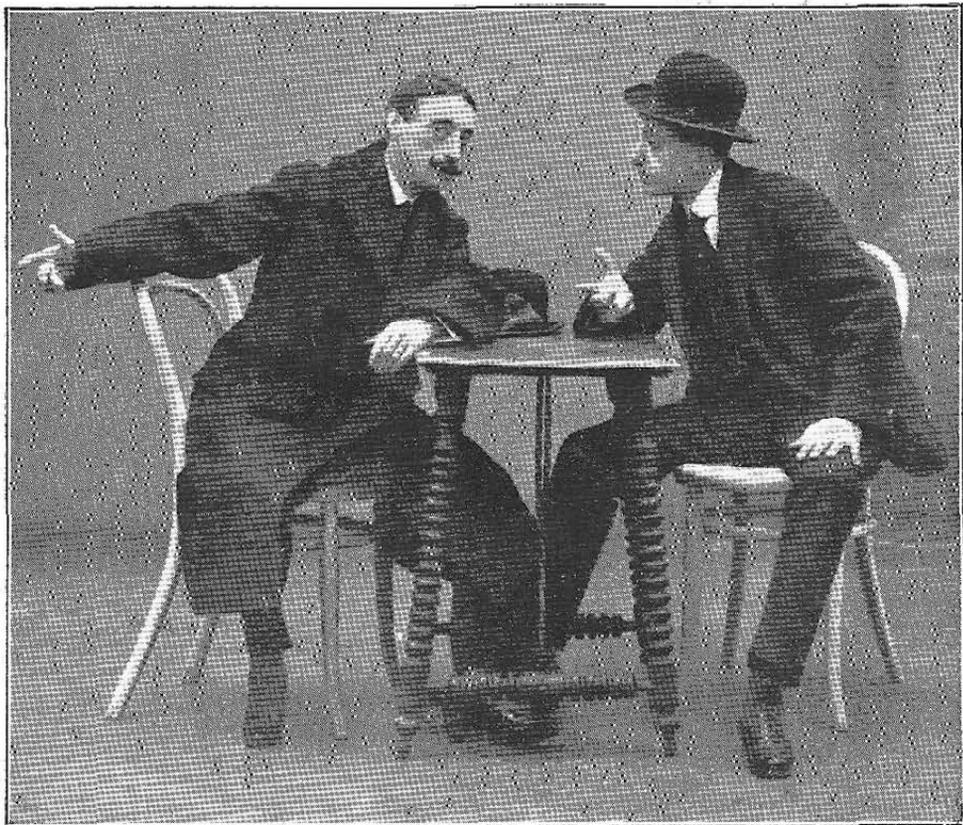
CAM.—Ya sé quién dice; el joven. No, señora, no ha venido.

LA JOVEN.—¿Va bien ese reloj?

CAM.—Sí, señora; mismo con la Puerta del Sol.

LA JOVEN.—¡Pues sí que es!

CAM.—¿Decía usted?...



Pepe.—¡Feliz tú! Yo no creo ya ni en mí mismo

LA JOVEN.—Nada; que creí que era más temprano.

CAM.—No es, no señora.

LA JOVEN.—(Levantándose.) Bueno, si viene... ¿Usted le conoce bien?

CAM.—Sí, señora. Digo yo, si es el joven que la acompaña otras noches.

LA JOVEN.—Ese. Me hace el favor de decirle que he estado aquí y que volveré en seguida; que se espere.

CAM.—Está muy bien.

LA JOVEN.—¿No se le olvidará?

CAM.—Descuide. Que ha estado aquí y que volverá deseguida, que espere. Descuide. (Váse la Joven por la derecha.) (Al Fostorero, que está doblando los periódicos en escena, encima de la mesa del primer término derecha.) ¿Qué será de la hermana y de aquel pequeño que traían consigo, que las dos le decían sobrino?

JOSE.—A la hermana la he visto yo por ahí muy puesta de sombrero. (Váse con los periódicos doblados, por la derecha. Germán y Félix rien á carcajada.)

JOAQUIN.—¿Qué os ha parecido?

GERMÁN.—Que os matan.

FÉLIX.—Que si esto gusta, gustará una barbaridad.

PEPE.—Y el empresario quiere que demos nuestros nombres.

FÉLIX.—Oye, ¿quién os hace la música de esos numeritos?

JOAQUIN.—El músico de la casa; es imposición. Ya pensamos en vosotros.

PEPE.—Para que no tuviérais nada que echarnos en cara.

GERMÁN.—¿Por eso? Dí que los libretistas tenéis más suerte...

FÉLIX.—¿Tú crees que por vergüenza iba yo á dejar de escribir garrotines y burradas de esas? Tampoco estaría aquí en esa especie de patibulo.

GERMÁN.—Oye, oye; en clase de ejecutores, ¿eh?

FÉLIX.—Y en clase de reos; aunque no sea más que del delito de haber nacido, como Segismundo.

PEPE.—De haber nacido artista y en este país, por añadidura.

FÉLIX.—En este país y en todos los países. ¿Qué artista no ha pasado lo suyo? Yo me dedico á leer biografías de los grandes artistas y cada día estoy más esperanzado. Quanto peor es mi situación, más grande me siento. ¿Que estoy sin dos pesetas? lo mismo que Wagner; ¿que la familia me dá disgustos? lo mismo que Bethoven; ¿que los empresarios no quieren mi música? lo mismo que Bizet.

GERMÁN.—Pero ¿estás seguro de ser cualquiera de ellos?

FÉLIX.—Cualquiera de ellos no, ni querría serlo. Quiero ser yo, yo... y lo seré; estoy seguro.

PEPE.—¡Feliz tú! Yo no creo ya ni en mí mismo. Y nadie ha tenido más ilusiones que yo; pero se agotan las fuerzas, las pocas fuerzas; porque es seguro que se puede luchar contra las naturales contrariedades y vencerlas todas, cuando el artista, aunque por sí mismo sea flor delicada, nació de un tronco robusto, arraigado en terreno bien nutrido. Pero nosotros somos flores descoloridas brotadas en rama seca y de pobre tierra. Todos somos algo Osvaldos, herederos forzosos de triste herencia. Como Osvaldo pedimos el Sol porque no tenemos alas bastante fuertes para volar hacia él.

FÉLIX.—Pues yo, con alas ó en aeroplano, he de volar y volaré.

PEPE.—Yo también volaría, pero alas no tengo, y el aeroplano, como tú dices, cuesta mucho dinero.

FÉLIX.—Sí, pero los viajes á América están muy baratos.

JOAQUÍN.—Sí, sí; buenas noticias tengo yo de América. Vete allí con tu violín y tu música, sin dinero y sin el reclamo de un nombre célebre, y entonces, ya no pedirás alas; te contentarás con aletas para volver á nado.

GERMÁN.—Chico, vamos á tocar; no nos manden un recadito atento del mostrador; ya sabes cómo las gastan.

PEPE.—No hay nadie; tocad algo serio. Purifiquemos un poco el ambiente, emponzoñado con la lectura de esta joya.

GERMÁN.—¿Cómo que no hay nadie, y está allí la más alta representación de la burguesía, los parroquianos más antiguos y caracterizados de la casa?

FÉLIX.—Además hay que ponerse á tono. Veréis qué polkita; los domingos es con acompañamiento obligado de patillos y cucharillas.

GERMÁN.—Es de unos cuplés que me pidieron una vez para no sé qué cupletista de esas que han encarecido la lentejuela.

FÉLIX.—Esas artistas que el fregadero ahora.

GERMÁN.—Diez duros me dieron; la mayor cantidad que he cobrado de una vez en mi vida.

FÉLIX.—¿Lo véis? Pues todo eso va luego muy bien en la biografía.

PEPE.—En las que llegan á escribirse, que son las que llegan al capítulo de la gloria; pero, ¿y las que interrumpe la vida bruscamente en el capítulo de la miseria y de la muerte? Esas no las escribe nadie.

FÉLIX.—¡Chico! Eso pide música de Chopin.

GERMÁN.—Pero no estamos aquí para tocar lo que nos gusta.

PEPE.—¿Aquí? Ni en ninguna parte. Vosotros en el café, nosotros en el cine. ¡Hay que vivir!

FÉLIX.—¡Hay que vivir!

(*Se oye dentro el timbre del mostrador.*)

GERMÁN.—¿No lo dije? El timbrecito. Vamos á tocar. (*Váanse por la derecha Félix y Germán. Al mismo tiempo entra por el mismo sitio un Joven. Durante esta escena se oirá tocar muy piano la polkita de que se habla anteriormente.*)

CAM.—(*Al Joven que se ha sentado á la mesa del término derecha.*) Buenas noches.

EL JOVEN.—Muy buenas. ¿No ha venido nadie?

CAM.—Ya sé quién dice. Ha venido la joven, ha dejado dicho que volvía deseguida y que le dijera á usted de esperarla.

EL JOVEN.—Está bien. ¿Hace mucho?

CAM.—Mucho no puede hacer. ¿Quiere tomar algo?

EL JOVEN.—Ahora, no.

CAM.—Está bien.

EL JOVEN.—¿Es esa la hora? (*Mirando hacia la izquierda.*)

CAM.—Mismo con la Puerta del Sol.

EL JOVEN.—(*Levantándose.*) Oiga usted; si viene esa joven la dice usted que he estado aquí esperando más de una hora y que me he cansado de esperar.

CAM.—Dijo de volver deseguida.

EL JOVEN.—Bueno, dígame que puede que vuelva, pero que si no vuelvo... No, que vuelvo y que espere aquí.

CAM.—Bien está.

EL JOVEN.—Oiga.

CAM.—Mande.

EL JOVEN.—No diga usted siquiera que he venido.

CAM.—Yo, usted verá: lo que usted me diga; pero si sabe que ha estado usted aquí... (*Viendo llegar á la Joven por la derecha.*) Vé, aquí está.

LA JOVEN.—¿Entrabas ó salías?

EL JOVEN.—Salía; llevo aquí dos horas.

LA JOVEN.—¡Vamos! ¡Hay que ver! No habrías hecho más que llegar...

EL JOVEN.—Pregunta al camarero.

LA JOVEN.—Pero, ¿qué tengo yo que preguntar á nadie, si no hace cinco minutos que he salido de aquí, que llevaba tres horas plantificá esperándote?... Tú mira la hora que es.

EL JOVEN.—No tengo que mirar nada.

LA JOVEN.—Y ahora vienes tarde y con prisa... ¿Te estarán esperando de ande vienes...

EL JOVEN.—Vengo de...

LA JOVEN.—De allí mismo. ¿A dónde ibas á las ocho por la calle de Relatores?

EL JOVEN.—¡Vamos, que te alivies! ¿Qué tenía yo que ir por la calle de Relatores?

LA JOVEN.—Si querrás tú hacerme á mi tonta del todo?

CAM.—(Acercándose). ¿Quieren algo?

EL JOVEN.—Tú, ¿qué quieres?

LA JOVEN.—No quiero nada.

EL JOVEN.—Ahora nada, luego volvemos. Anda.

LA JOVEN.—No, si no voy.

EL JOVEN.—Déjate de tonterías.

LA JOVEN.—Te digo que no voy. Lo mismo que ahora. Creerás que no te he visto bajar del tranvía en la esquina... camino de tu casa... lo mismo tiene calle arriba que calle abajo.

EL JOVEN.—Pero, ¿es que no puede uno venir más que de su casa?

LA JOVEN.—A estas horas.

EL JOVEN.—Es verdad, que son las cinco de la madrugada.

LA JOVEN.—Son las cinco de tu poca vergüenza.

EL JOVEN.—Bueno; ¿te has callao ya?

LA JOVEN.—Tan callada, que me voy ahora mismo.

EL JOVEN.—No te vas.

LA JOVEN.—¡Puede!

EL JOVEN.—¡Si no mirara!

LA JOVEN.—Haces bien de mirarlo. Bueno; ahí te quedas.

EL JOVEN.—¡Maldita sea!... Te digo...

LA JOVEN.—¡Sinvergüenza! ¡Tío!

EL JOVEN.—(Amenazándola.) ¡Te doy así!...

LA JOVEN.—¿A mí tú?... (Vánse disputando por la derecha.)

CAM.—¡Anda con Dios!

FOSE.—¡Digo; valiente torta le ha arreo en mitad la cara! (Cesa dentro la música.)

CAM.—¡Qué cosas, Señor, qué cosas! ¡Está este Madrid!...

ANT.—¿Qué les pasa á esos jóvenes?

CAM.—¡Calle usted! Le digo á usted, doña

Antonia... Peleando van por medio la calle. Estos paran esta noche en la delegación.

ANT.—¡Qué parejitas, qué parejitas! (Entran por la derecha Cipriano, Adolfo, Félix y Germán y se sientan todos á la mesa en que están Pepe y Joaquín.)

CIP.—¡Hola, chicos!

JOAQUÍN.—Adiós.

GER.—Hola, Cipriano... Adolfo...

PEPE.—¿Cómo venis tan tarde?

FÉLIX.—Os habéis perdido la gran lectura.

CIP.—¿Qué? ¿El segundo cuadro? ¿Lo habéis terminado ya?

GER.—Es preciosísimo.

CAM.—¿Quieren algo? (A Cipriano y Adolfo.)

CIP.—Ahora nada.

CAM.—¿Y usted?

ADOLFO.—Tampoco. Ya te avisaremos.

JOAQUÍN.—¿Habéis estado en algún teatro?

CIP.—No; fui á buscar á éste; me dijo que Juanito Montero estaba peor, y hemos ido á verle.

PEPE.—¿Y cómo está?

CIP.—Muy mal, acabando.

ADOLFO.—Pues yo creo que no está tan malo como tú dices. Ya sabes que los enfermos del pecho cuanto peor están se figuran que están mejor. Y Juanito no hace más que decir que se muere, que lo sabe, que está seguro de ello.

CIP.—No lo ereas. Es por eso mismo, porque él ha oído decir que el peor síntoma de su enfermedad es no creer en ella, y, por engañarse á sí mismo, se finge aprensivo; pero ya ves cómo nos hablaba de sus proyectos literarios. Nos ha preguntado por vosotros.

PEPE.—Chico, nosotros no hemos ido á verle porque ya sabes cómo es Juanito; muy buen muchacho, pero tan fantástico... Nunca le ha gustado que se sepa dónde vive y cómo vive.

CIP.—Antes sí; ahora el pobre se ha alegrado tanto de vernos. Es muy buen chico... con sus cosas, como todo el mundo.

ADOLFO.—Yo creo que el no gustarle que se fuera á su casa, no era por la casa, sino por la madre y la hermana, que son muy ridículas.

CIP.—Unas infelices, ¿eh?; pero de estas cursis que no tienen qué comer y están siempre hablando de grandezas.

ADOLFO.—Diciéndonos que ya no sabían que darle de comer al pobre Juanito, que había aborrecido las perdices, y la ternera, y el Jerez y el champagne... Y todo esto viendo aquella casa y aquella habitación.

CIP.—Y viéndoles á los tres.

ADOLFO.—Y luego la madre y la hija con



Un camarero
(Sr. Mora S.)

el pelo pintado y unos chafarri-
nones de colorete y una arroba
de polvos.

CIP.—Cuando salieron á des-
pedirnos, muy y afectuosas, des-
haciéndose en palabras de agra-
decimiento, las dos lloraban, y
era algo grotescamente trágico
verlas llorar; recordaban esos
cuentos de payasos tristes que
dejan caer sus lagrimones sobre
la cara enharinada. Este no po-
día contener la risa.

ADOLFO.—Tuve que taparme
la cara con el pañuelo y hacer como que lloraba yo también. El
caso es que ahora me dan ganas de llorar de veras al recordarlo.

CIP.—No; si yo estaba muy emocionado, porque quiero de
verdad á Juanito, y aun así por poco no me rio de las pobres se-
ñoras; y es que la ridiculez es compatible con todo, hasta con el
dolor, hasta con la muerte.

FÉLIX.—Chicos, no hablemos de cosas estrictas; Pepe ya estaba
esta noche lo más fúnebre...

PEPE.—¡Pobre Juanito! Mañana iremos á verle, ¿te parece?

JOAQUÍN.—Como tú quieras.

CIP.—Os lo agradecerá. Yo creo que no dura ocho días.

PEPE.—Y era un poeta.

CIP.—¡Si vierais! Nos ha leído, digo, quiso leernos, tuve yo que
acabar la lectura, unos versos, los últimos que ha escrito,
los últimos que escribirá seguramente, muy hermosos, ¿verdad?

ADOLFO.—Sí; muy sentidos; con alguna incorrección de forma,
pero están muy bien.]

CIP.—Sobre todo, escuchados allí y sabiendo que son de un
poeta que muere y se despide de la vida como de una mujer á
quien se quiso con toda el alma y nos hizo traición... Porque lo
cruel de la vida no es que lo niegue todo, es que promete mucho,
como las mujeres coquetas y falsas. No es que se haga aborre-
cer, es que se hace amar y no corresponde nunca á nuestro amor.
Nos deja soñar con todas las dichas, con todas las glorias, y
cuando más soñamos, deja caer toda su pesadumbre sobre nos-
otros, y es la vida misma la losa que cae sobre nuestros sueños.

¡Es la vida la losa de los sueños!

Así dicen los versos del poeta moribundo; un joven como nos-
otros, más feliz que nosotros, porque para él muy pronto caerá
otra losa que es paz y es descanso. Empeñado en que le prome-
tiera que le enterramos con
muchas rosas. ¿Tendremos dine-
ro para comprárselas el día del
entierro?

FÉLIX.—¡Hombre! Yo no sé lo
que cuestan las rosas en este
tiempo, pero entre todos...

CIP.—Gracias, Félix.

JOAQUÍN.—Pero chico, Cipria-
no, ¿vas á llorar? Juanito era un
buen muchacho, pero no un ínti-
mo; se pasaban los meses sin
verle.

CIP.—Si es que no sé silloro



Doña Antonia
(Srta. Alba)



Don Manuel
(Sr. F. Indarte)

por él ó por mí. Es que cuando le veía hoy me pareció verme

FÉLIX.—Chico, pero si tú estás muy sano y muy fuerte.

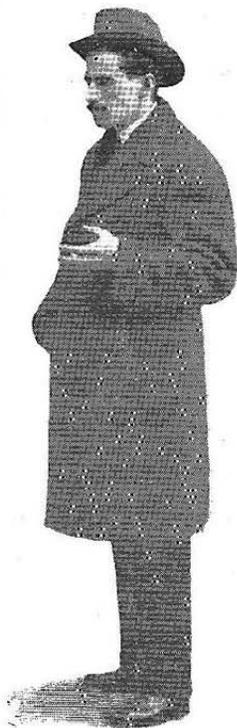
CIP.—Sí, hoy, mañana; también él lo estaba... pero he creído verme, su casa como la mía, salvo la ridiculez de su pobre madre y de su hermana;—mi madre y mis hermanas no son ridículas; saben ser pobres y modestas.

GER.—Vamos, vamos, hablemos de otra cosa.

CIP.—Sí, sí, hablaremos de otras cosas y nos reiremos como otras noches; pero creedme, esta noche, cuando estemos acostados y antes de dormirnos, todos pensaremos en el pobre Juanito Montero. Es la hora en que, sin darnos cuenta y aunque queramos aturdirnos con todos los pensamientos del día, se encara con nosotros solemnemente lo que hemos pensado de más serio durante el día.

FÉLIX.—También hay que ver la vida que llevaba Juanito; era muy golfo.

CIP.—No caigas en esa vulgaridad. ¿Qué vida llevaba? ¿Por qué era un golfo? También dicen de nosotros que somos golfos con la misma razón. Llevamos la vida que podemos llevar. ¿Que vivimos de noche? ¿Está nuestra indumentaria para vivir de día? Y hay también que decirlo; con la frugal alimentación que podemos permitirnos, ¿hay fuerzas en nos-



Enrique (Sr. Vargas)



Matilde
(Srta. Escudero)

otros hasta que, gracias á las dos comidas malas del día, puede parecernos que hemos hecho una regular?

PEPE.—Exacto. Yo confieso que sólo á estas horas, después de haber tomado este brevahe, empiezo á vivir y á pensar con alguna lucidez.

CIP.—¿Que nos levantamos tarde? Naturalmente; la cama es el abrigo y la alfombra y la estufa de todos los que viven como nosotros, en casas como las nuestras. ¿Que nos pasamos las horas en el café? Digo lo mismo ¿Quién se queda

en casa en estas noches de invierno en un cuarto desamparado, con una mala luz, con una sutil estera, por todo mullido? ¿Quién trabaja ni piensa sopándose los dedos y dando patadas en el suelo para no helarse? El café, el calumniado café, es nuestro Paraíso. Ya veis; yo he leído la «Divina Comedia», «El Paraíso perdido», otros muchos poemas y cuentos en que se describe la Gloria, he visto cuadros y decoraciones celestiales; pues siempre que me figuro el cielo, mi imaginación no va más allá de representarme un lugar con muchos espejos, muchos dorados, algo de música y unos ángeles que le preguntan á uno ¿qué quiere usted tomar? Lo sirven en seguida y no cobran luego.

JOAQUÍN.—¿Os acordáis de nuestro amigo Rivera?

FÉLIX.—El famoso Rivera.



Cipriano (Sr. Muñoz)

JOAQUÍN.—Cuando se casó con una richona de pueblo y quiso poner su casa á todo lujo.

PEPE.—Sí. Y la puso como un café. Todo eran divanes de terciopelo encarnado y grandes lunas.

CIP.—Naturalmente; como que él no había visto cosa mejor en su vida.

ADOLFO.—¿No vendrán las chicas esta noche?

GER.—Vendrán á última hora. Habrán ido al Real.

CIP.—Sí, lo dijeron anoche.

ADOLFO.—Estando don Paco en Madrid, ya se sabe.

FÉLIX.—Estando don Paco en Madrid hay diversiones.

PEPE.—¿Qué misterio habrá con don Paco?

FÉLIX.—¡Hombre! ¿Misterio? A cualquier cosa llamas misterio. Que en sus tiempos tuvo que ver con la madre, y ahora tendrá que ver con alguna de las chicas.

CIPRIANO ¡No seas bárbaro!

FÉLIX.—¡Si vamos á creer ahora en la virtud de doña Rosa y sus tres pimplitos!...

CIPRIANO—Digo lo mismo que de nuestra golfería: según lo que se entienda por virtud. Si vamos á hablar mal de ellas por lo mismo que alternan con nosotros, cuando esa es la mejor prueba de que son unas infelices, porque el porvenir que nosotros podemos ofrecerles...

FÉLIX.—No, aquí ya sabemos que veinan por pasar el rato, por las mismas razones que tenemos nosotros para venir, y que tú has enumerado antes con tanta elocuencia.

CIPRIANO.—Gracias.

GERMÁN.—Pero que la mamá y las niñas no se asustan de nada, ¿para qué vamos á discutirlo?

(*Entran por la derecha muy amartelados la Joven y el Joven, y se sientan á la mesa del primer término derecha. Y si no, aparte don Paco, que es el que sostiene la casa seguramente: todos vemos cómo mejoran de posición, como por encanto, cuando él está en Madrid. ¿A quién de nosotros han hecho caso? A éste (señalando á Adolfo.) porque saben que será rico el día de mañana.*

ADOLFO.—¿Rico yo? Valiente riqueza,

FÉLIX.—¡Hombre tus padres son hacendados, tienen tierras, viñas, borregos, te mandan dinero todos los meses, llevas diez años en Madrid estudiando, y tu padre no ha venido todavía á romperte algo. Todo esto ha sido tomado en consideración por doña Rosa y sus tres brotes, que se han dicho

seguramente: «aquí hay porvenir»; que es como si dijeran; «aquí hay matrimonio».

ADOLFO.—Ni que fuera yo tonto.

GERMÁN.—Pues bien colado estabas con Leonorcita.

FÉLIX.—Y lo está. Estas noches no va con ellas al teatro por respeto á don Paco y porque no está en fondos.

PEPE.—Y por imitar á Enrique que es su modelo en todo; en las corbatas, en los calcetines y en las conquistas.

GERMÁN.—Como Enrique se ha distanciado de Rosina, éste quiere imitarle.

FÉLIX.—¿Y eso? Enrique, el capitalista de la reunión; á ese si que han querido atraerle.

JOAQUÍN.—¡A buena parte iban! Ese sabe mucho.

FÉLIX.—Ese el que ha sacado más partido.

CIPRIANO.—No lo creo. Rosina es una buena muchacha: lo mejor de la familia. Y ha sido ella la que ha dejado á Enrique, en cuanto comprendió que no había de casarse con ella. De Leonorcita, de Estela, no digo; son otra cosa; á Rosina, la conozco bien; será muy romántica, muy cursi, todo lo que queráis, pero es buena.

FÉLIX.—¡Paladín de virtudes de lance! ¡El caballero del Pato!

CIPRIANO.—No son quirotismos. ¿Sabré yo á qué atenerme respecto á doña Rosa y sus hijas? Pero de Rosina estoy seguro de que si hubiera caído ya, si cae algún día, será porque esté enamorada. Vosotros decís que Enrique va alabándose por ahí de haber conseguido algo. Eso prueba que Rosina no pensaba en atraparle como él dice. El medio en que vive Rosina, es para saber lo bastante de esas cosas, y que no es ese el medio de atrapar á un hombre y, ya veis, yo que estimo á Rosina, creo que la estimaría más, si creyera que se había entregado por cariño, que si se creyera que se había defendido por cálculo.

FÉLIX.—Hay un término medio, que suele ser el de casi todas las mujeres: haber calculado mal.

CIPRIANO.—Sí, es posible; cuando se calcula que un canalla como Enrique puede ser una persona decente.

FÉLIX.—¡Buena! Cada día se entera uno de algo nuevo.

CIPRIANO.—¿Por qué lo dices?

FÉLIX.—Por nada.

CIPRIANO.—Dilo.

FÉLIX.—No, no lo digo; porque es muy posible que no te hayas enterado tu mismo ó no hayas querido enterarte, y protestes airadamente. Pero creo que todos estamos de acuerdo. ¿No es cierto, señores? ¿Cuan-

tas veces ha pronunciado nuestro amigo el nombre de Rosina?

CIPRIANO.—¡No seas majadero!

FÉLIX.—¿Cuántas veces ha pronunciado la palabra canalla, refiriéndose á Enrique?

CIPRIANO.—Eso sí...

FÉLIX.—¿Qué significa todo esto? Coladura.

CIPRIANO.—Puede que lo creas...

FÉLIX.—Señores, ¿ustedes lo creen?

TODOS.—Sí, sí.

FÉLIX.—¡Vox pópuli!

CIPRIANO.—¡Sois unos imbéciles! Dejadme en paz; voy á escribir unas cartas.

MANUEL.—¡Mateo!

CAM.—Va. Mil gracias don Manuel.

¿Ya se retiran?

ANTONIO.—Sí, ya es muy tarde ¡Qué bulla traen los poetas!

CAM.—Ellos solos alborotan toda la casa.

ANT.—Oiga usted, ¿No es la parejita de antes?

CAM.—Los mismos, sí, señora.

ANT.—Vaya; pues no han acabado en la delegación, como usted creía; menos mal; se vé que han hecho las paces.

MAN.—¡Sí, caramba!

CAM.—Vea usted si son formas esas de estar ante un público. ¡Le digo á usted, doña Antonia!... Voy ver si quieren algo, y de camino reparan que están en un establecimiento.

ANT.—¡Qué parejitas estas! Buenas noches, Mateo.

CAM.—Muy buenas las tenga usted, doña Antonia.

MAN.—Hasta mañana, Mateo.

CAM.—Sí Dios quiere, D. Manuel. Abriéguese bien que la noche se puso fresca. (*Salen doña Antonia y D. Manuel. El Camarero se acerca á la mesa donde están el Joven y la Joven.*) ¿Desean algo?

LA JOVEN.—¡Ay! Pues no me he asutado...

EL JOVEN.—¿Qué quieres tú?

LA JOVEN.—¿Yo? No sé. ¿Tú, qué quieres?

EL JOVEN.—A mí tráigame usted café con leche.

LA JOVEN.—Pues á mí lo mismo.

EL JOVEN.—Oiga, con media tostada.

LA JOVEN.—Pues lo mismo.

CAM.—Está bien.

LA JOVEN.—Oiga, que no esté apegotá la manteca, si puede ser. Dígalo, haga el favor.

CAM.—Dírelo así.

LA JOVEN.—Oiga, diga al del puesto que traiga unos cigarros.

CAM.—(*Llamando al Fosforero.*) Aquí, cigarros.

FOSF.—Va enseguida.

EL JOVEN.—¿Vas á obsequiarme?

LA JOVEN.—Pa que veas como soy yo. ¡La tonta perdía! De eso te vales.

EL JOVEN.—Y tú de que me tiés loco.

FOSF.—Aquí tienen.

EL JOVEN.—Trae que escoja.

LA JOVEN.—Ese no; que está así como apollillao.

FOSF.—¡Apolillao!

EL JOVEN.—Trac acá; si éstos con pintas son los mejores.

LA JOVEN.—Lo que es no entender. ¿Son á veinte, verdá?

FOSF.—A veinte.

LA JOVEN.—Ahí tié usted, veinte.

FOSF.—¡Salud!

CAM.—¿Está á su gusto?

LA JOVEN.—Podía estar más estendía; pero, bueno está.

CAM.—(*Llamando.*) ¡Feee!...

EL JOVEN.—¿Cuál quieres tú? ¿De arriba ó de abajo?

LA JOVEN.—Me es lo mismo.

EL JOVEN.—A mí, también. (*Al echador.*) Bastante. Aquí café solo.

LA JOVEN.—Bueno está. Aquí un poco más, haga el favor. (*Al Camarero.*) Oiga usted; ¿es de vaca ó de cabras?

CAM.—Siempre fué de vacas.

LA JOVEN.—Siempre, no; que estos días atrás, era de cabras y bien de cabras.

CAM.—Sabrá usted más que yo.

LA JOVEN.—Porque lo sé lo digo; podía no saberlo. Un tío mío tiene establecimiento.

CAM.—¿Cabrería?

LA JOVEN.—Un café como éste; vamos, no es como este, porque el barrio y la calle no son para una cosa así; pero un buen establecimiento. ¿No ha bajao usted por la calle de la Arganzuela? Pues allí, á la entrada según se sube, «Café de Pastor». El dueño es tío mío, ya digo.

CAM.—Por muchos años.

LA JOVEN.—Se ha gastao allí muy buenos cuartos.

CAM.—Con permiso.

LA JOVEN.—No creas que al decirle todo esto ha sido nada más que por decirlo; es que como da la casualidad que siempre que hemos venido á este café, ha sido para tener un disgusto; por cierto que no volvemos más, que este café tiene muy mala pata, no vayan á creerse que es una una cualquier cosa.

EL JOVEN.—No sé por qué van á creerse nada, ni hay que darle cuentas á nadie.

LA JOVEN.—No es darle cuentas á nadie; pero bueno es que se sepa quién es ca uno. Guarda los terrones, pero no los juntes con el tabaco. (*Entran doña Rosa, Rosina, Leonor, Estela y D. Paco.*)

FÉLIX.—Ya están aquí, dejad sitio.

D.^a ROSA.—Muy buenas noches.

LEONOR.—Buenas noches.

ESTELA.—Buenas noches.

ROSINA.—Buenas noches.

FÉLIX.—¡Doña Rosa! ¡Preciosidades!

D. PACO.—Muy buenas, pollos. ¿Cómo va?

JOAQUÍN.—¡Don Paco! Siéntese usted aquí.

D. PACO.—No se mueva nadie, no se mueva nadie.

FÉLIX.—No, pase usted, pase usted.

PEPE.—Siéntese usted aquí, Leonorcita.

LEONOR.—Dá lo mismo; está usted bien.

PEPE.—No, nó. Este es su sitio.

FÉLIX.—¿Del Teatro Real?

D.^a ROSA.—De allí venimos.

GERMAN.—¿Se han divertido ustedes?

D.^a ROSA.—Venimos entusiasmadas. ¡Como ha cantado ese hombre!

FÉLIX.—¿Qué daban esta noche?

LEONOR.—«Tosca».

FÉLIX.—¡Uy!

D.^a ROSA.—Sí, ya sabemos que á usted no le gusta. Á usted no siendo la óperas de Wágnor...

FÉLIX.—Y otras, también.

D.^a ROSA.—Otras por el estilo. Yo no voy á discutir con usted; usted es músico, es usted un artista, entiendo usted más que yo...

FÉLIX.—No, señora.

D.^a ROSA.—Yo no he llegado á esas sublimidades. A mí deme usted un «Barbero», un «Rigoletto»... Esta misma «Tosca», es algo espeluznante; pero, ¡tiene trozos!... Sólo por oír aquella romanza...

ESTELA.—Es divina, y cantada por ese hombre... Yo me estaría oyéndole toda la vida.

CIP.—¿Y usted, Rosina, se ha divertido mucho?

ROSINA.—Como yo me divierto; ya sabe usted.

D.^a ROSA.—Calle usted; toda la noche se la ha pasado llorando; haciendo el ridículo y llamando la atención. Yo no digo que la música no haga sentir; á mí también se me saltan las lágrimas algunas veces; pero de eso á estar toda la noche gimoteando...

ROSINA.—¿Qué voy á hacerle? Yo soy así; bastante lo siento.

CAM.—¿Quieren algo?

D. PACO.—Nenas ¿qué vais á tomar? Usted, Rosa.

D.^a ROSA.—Yo, mi chocolate, como siempre, con su vaso de leche; ya sabe Mateo.

LEONOR.—Yo tomaría algo muy fresco.

ESTELA.—Y yo también.

D.^a ROSA.—No, hijas que estáis muy sofocadas.

LEONOR.—Mamá, si estoy muerta de sed...

D.^a ROSA.—Luego tomáis un vaso de agua, después del chocolate.

D. PACO.—Déjelas usted que tomen lo que quieran.

D.^a ROSA.—No las haga usted caso. Chocolate para todas.

CAM.—¡Y el señor!

D. PACO.—También chocolate.

CAM.—Cinco chocolates. ¿Todos con bizcochos?

D.^a ROSA.—Sí, como siempre.

LEONOR.—Creí que estaría usted en el Real.

ADOLFO.—Me ha sido imposible... Cipriano les dirá á ustedes; tenemos que ver á un amigo enfermo.

LEONOR.—Sí, sí; ya está usted bueno. Por supuesto que yo ya le conozco á usted.

ADOLFO.—Le juro á usted Leonorcita...

LEONOR.—Yo no soy una tonta como Rosina, y si ha creído usted otra cosa...

ADOLFO.—¿Qué he de creer yo, Leonorcita?

D. PACO.—Ese Teatro Real es una gloria. Yo no voy á otro teatro cuando vengo á Madrid. Soy apasionado por la música. En mi casa tengo un gramófono, y es mi única distracción en aquél aburrimiento provinciano. Y, muchas veces, ni ese recurso me queda; como mi

señora está siempre tan delicada la mayor parte de los días no estamos para músicas.

D.^a ROSA.—El pobre don Paco puede decirse que no vive más que cuando puede hacer una escapadita á Madrid.

D. PACO.—Sí que llevo una vidita poco envidiable.

D.^a ROSA.—Bien dicen que el dinero no es todo en este mundo.

D. PACO.—Diez y seis años, casi desde que me casé, metido en aquél lugarón; con mi señora siempre enferma y como todos los enfermos, con sus rarezas. ¡Lo que yo me acuerdo de ustedes! De estos días que paso en Madrid, que para mí son un sueño; de ese Teatro Real, de estos ratos en compañía tan agradable.

FÉLIX.—Muchas gracias.

D. PACO.—Aquí me siento como rejuvenecido. ¡Mis tiempos de estudiante, mi vida de Madrid!...



Estela
(Srta. Rosala)

PEPE.—¿Quiere usted que cambiemos, don Paco?

D. PACO.—¡Calle usted! Pues si yo pudiera cambiarme por cualquiera de ustedes, con sus años, con su buen humor...

D.^a ROSA.—¿Ustedes gustan?

JOAQUIN.—Buen provecho.

FELIX.—Sí, sí, ¡nuestro buen humor! A estas horas, sí.

D.^a ROSA.—Tiene razón. Los pobres también pasan sus malos ratos luchando por la vida, como luchamos todos en este Madrid. Lo que hay es que cuando viene usted, para cuatro días que está usted entre nosotros, no vamos á entristecérselos; pero si nos oyera usted aquí algunas noches... cada uno empieza á contar sus calamidades, y es el cuento de nunca acabar. El caso es que unos con otros acabamos por consolarnos; consuelo de tontos, como suele decirse.

D. PACO.—Pero ello es que ustedes se distraen.

D.^a ROSA.—Eso sí. Con estos amigos, siempre se pasa bien. Son tan instruidos, tan educados...

FELIX.—Ustedes son muy amables.

D.^a ROSA.—No, ya lo saben ustedes que si no fuera así no vendría yo aquí con mis hijas. Ustedes saben que las tertulias de café no están muy bien miradas, yo sé que hay quien nos critica porque pasamos aquí estos ratos, como si aquí se hiciera algo malo. Y don Paco lo sabe, que si venimos es por ustedes. El también les aprecia á ustedes, y ya ven ustedes que también tiene mucho gusto en acompañarnos á la reunión, que es tanto como autorizarlos para que vengamos nosotras, que de otro modo no vendríamos, porque para mí don Paco es... ¡qué sé yo qué decirles á ustedes!, un amigo de toda la vida, de los que ya van quedando muy pocos.

D. PACO.—Lo que yo siento es tener que vivir tan lejos de ustedes. ¡Es muy triste! Pero mientras viva mi esposa, y quiera Dios que sea por muchos años, aunque la pobre ganaría con morirse, en el estado en que se encuentra, y no quiero pensar lo que sería de ella si yo faltara antes.

D.^a ROSA.—¡Por Dios, don Paco! Ni pensarle; usted está en lo mejor de su vida, y quien sabe lo que Dios le tendrá reservado, por lo mismo que no ha sido usted muy feliz. Por supuesto, como no lo somos nadie en

este mundo. ¡Ay que vida ésta! Y cuando ve una que lo que haría su felicidad es lo que tiene de sobra mucha gente, que tampoco es feliz, porque no hace aprecio de ello...

PEPE.—Yo siempre he dicho que con la felicidad que hay en el mundo, todos podríamos ser felices, si la felicidad no se equivocara de puerta.

D.^a ROSA.—Si nos oyera usted aquí algunas noches, se reía usted sin ganas, don Paco, cuando jugamos á los sueños, como yo digo. Empezamos á decir lo que hubiéramos querido ser en este mundo... Y, mire usted no son cosas tan imposibles; pues ni eso.

D. PACO.—Sí que será divertido oírles á ustedes. Y ¿qué sueños son esos? Díganme ustedes.

FELIX.—¿Piensa usted ser nuestro genio protector?

D. PACO.—¡Que más quisiera yo! Pero y á mí, ¿quién me protege? ¿Green ustedes que yo no sueño también?

FELIX.—Sueña el rico en su riqueza.

D. PACO.—¡Ay!, el dinero, sobre que no es tanto como ustedes creen, ¿qué vale el dinero?

PEPE.—¿No lo dije? La felicidad que se equivocó de puerta.

D. PACO.—¿Es ese su sueño de usted?

PEPE.—Pues ¿cuál otro, don Paco? Si yo tuviera dinero, escribiría mis comedias, las que yo concibo, las que yo sueño... O renunciaría á escribir las, y no sería un fracasado más. Ahora, como no tengo dinero ni sirvo para nada, tengo que aferrarme como un desesperado, á la idea de que sirvo para escribir las, porque yo sé que no sirvo para otra cosa.

D. PACO.—Que no se lo habrá usted propuesto.

PEPE.—No, don Paco. Fuera de nuestra literatura y de nuestra música, no servimos para nada. ¿No es verdad, señores, que no servimos para nada?

TODOS.—¡Para nada, para nada!

D. PACO.—Será por culpa de ustedes.

PEPE.—Quizás; por culpa también, que ellos tal vez dirían que tampoco era suya, de nuestros padres, que no tuvieron valor para darnos un oficio, ni bastante dinero para darnos una instrucción sólida, que en la vida moderna representa ó mucho dinero ó un esfuerzo personal de energías extraordinario.

D. PACO.—Pero ustedes ¿no se sienten ar-



Pepe
(Sr. Manrique)



Adolfo (Sr. Barrycoa)

¡cuántos niños que mueren! Para que un gran artista triunfe, ¡cuántos han de sucumbir fracasados!

D. PACO.—Con esos ánimos...

PEPE.—Con esos ánimos va todo un ejército á la guerra; todos saben que ha de haber muertos, vencidos y vencedores. Si cada uno supiera de antemano la suerte que le corresponde, todos serían derrotados, porque, ¿quién iba á dar su vida para que otros vencieran?

D. PACO.—Ya veo que no es usted el que más sueña.

PEPE.—No, yo he despertado ya. Estos amigos sí, todavía esperan.

CIP.—Yo no; ya veis que he renunciado por completo á escribir.

D.^a ROSA.—Una lástima, porque usted no sabe qué cosas tan bonitas escribe. Pero le producía tan poco, tiene que atender á las necesidades de su casa.

D. PACO.—Eso está bien.

D.^a ROSA.—Su madre es viuda, y sus hermanas... ¿Cuántas hermanas tiene usted Cipriano?

CIP.—Cuatro, señora.

D. PACO.—Y ¿trabaja usted? ¿Algún empleo?

CIP.—Modestísimo.

D. PACO.—¿Del Estado?

CIP.—No, en unas oficinas particulares.

tistas por verdadera vocación? La vocación, el nombre lo dice, es algo que nos llama, es la voz de nuestro destino en la vida.

PEPE.—Sí, es cierto; pero por una vida humana totalmente realizada como una obra de arte, ¡cuánta obra imperfecta! La naturaleza es pródiga, y no se para á corregir; borra ó suprime cuando se equivoca. Cada fruto cuajado, supone mil flores heladas; por una cosecha que se logra, ¡cuántos campos arrasados!; por un hombre que llega á la plenitud de su vida,

Todo el día trabajando. Cualquiera piensa después en literaturas. Eso se acabó.

D. PACO.—¿Y los músicos?

FELIX.—Yo no estoy desilusionado. Yo no sé cómo, pero yo sé que pronto he de realizar mi sueño... Viajar por el extranjero, estudiar, saturarme de Arte, de música sublime, y después ¡el triunfo!

GERMAN.—Yo con ir á París me contentaba.

PEPE.—Vosotros no tenéis familia que os ate.

D. PACO.—¡Ah! ¿Usted también tiene á su cargo?...

PEPE.—Á mi cargo, desgraciadamente, no. Soy casado, con una niña de tres años.

D. PACO.—No sabía...

D.^a ROSA.—Es una historia. Se casó muy enamorado, sin pensar en nada; los padres de la muchacha tuvieron que hacerse cargo de ellos. La familia, lo que sucede, se lo echaba en cara á cada momento; entonces él dejó á la muchacha con sus padres, y el matrimonio se vé por ahí como dos novios, porque quererse se quieren mucho.

PEPE.—Eso sí.

D.^a ROSA.—Y ya ve usted, con una hija.

PEPE.—Á la que mis queridos suegros han enseñado á mirarme como á un criminal... En fin no quiero hablar de esto. Mi sueño, todo mi sueño sería encontrar algo donde ganar lo preciso para sostener una pobre casa; pero ni eso, ni eso. Y mis suegros tienen razón; fui un criminal cuando me enamoré de su hija.

CIP.—Por eso yo no me he atrevido en mi vida á querer á ninguna mujer; cuando alguna me gusta procuro no mirarla siquiera. ¿Para qué?

PACO.—¿Y usted, Adolfo, que está tan callado?

PEPE.—¡Oh! Adolfo es el hombre feliz con camisa planchada, cuando dicen que el hombre feliz no tenía camisa.

ADOLFO.—¿Feliz yo?



Enrique (Sr. Vargas)

PEPE.—Sólo sueña con ser literato.

ADOLFO.—E-o sí, ¡literato!

FELIX.—Y como no le falta para vivir, y será rico el día de mañana, también será literato; con dinero se es todo lo que se quiere.

D. PACO.—¡Qué juventud tan desengañada!

ROSA.—¿Qué le decía yo á usted don Paco?

D. PACO.—Y usted, Rosa, ¿qué sueños son los suyos?

ROSA.—¡Ay! ¿Yo? Para mí; nada sueño ni deseo. Mis hijas es lo único que me preocupa en este mundo.

D. PACO.—Es natural. Y las niñas, ¿qué dicen cuando juegan ustedes á los sueños? ¿Qué dice Rosina?

ROSINA.—Yo, nada. ¡Sea lo que Dios quiera!

LEONOR.—¿Yo? Ya lo saben todos. Mi sueño sería viajar, viajar mucho.

D. PACO.—¿Sola?

LEONOR.—En eso no he pensado.

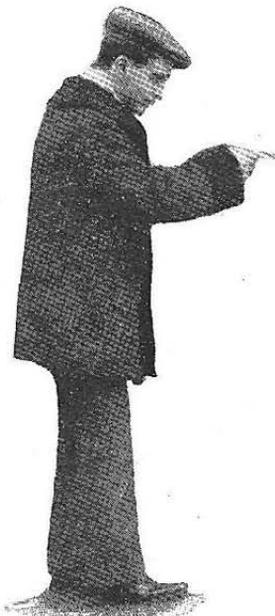
D. PACO.—¿Y tú, Estela?

ESTELA.—Yo, todo lo contrario; tener una casita, una casita mía, eso sí, con su jardín...

D. PACO.—¿Aunque fuera en un pueblecito?

ESTELA.—¡Ay, mire usted; eso no. En Madrid, siempre.

(*Entran Enrique con Amelia y Matilde por la derecha.*)



Un joven
(Sr. Mancha)

ENRIQUE.—
(*Saludando al pasar.*) Buenas noches, adiós.

(*Salen Enrique, Amelia y Matilde, suponiéndose que van á sentarse á una mesa, fuera de la vista del espectador.*)

ADOLFO.—¿Es Enrique?

FELIX.—Sí.

D.^a ROSA.—¿Han visto ustedes?

D. PACO.—Ese joven también venía á la reunión algunas veces.

D.^a ROSA.—Sí.

CIP.—¡Rosina! ¿Qué tiene usted?

ROSINA.—Nada. ¿Ve usted como es un infame?

LEONOR.—Rosina ya está haciendo el paso.
ESTELA.—Ya, ya. Nos pondrá en ridículo, como siempre.

ROSINA.—No, no diga usted nada.

CIP.—Sí sí... Rosina se ha puesto mala.

D.^a ROSA.—¡Hija! ¿Qué tienes?

D. PACO.—¡Rosina! ¿Qué ha sido eso?

LEONOR.—¿No lo dije? ¡La pegaría!

FÉLIX.—El calor del Teatro.

ADOLFO.—Que traigan tila, azahar... (*Rosina rompe á llorar.*)

CIPRIANO.—¡Rosina!

D.^a ROSA.—¡Ay hija! ¡Eres más tonta!

D. PACO.—Déjela usted que lllore; no será nada.

D.^a ROSA.—¡Qué nervios! ¡Me tienes más harta!...

D. PACO.—No la riña usted. Que tome algo...

D.^a ROSA.—No, no; nos vamos ahora mismo... Contigo no se puede ir á ninguna parte. Ustedes perdonen. Vamos hijas... Yo te diré en casa...

CIPRIANO.—¿Se siente usted mejor?

ROSINA.—Sí, ya se pasa.

CIPRIANO.—Está usted muy pálida.

PEPE.—Abríguese usted.

D.^a ROSA.—Va bien abrigada.

D. PACO.—Que avisen un coche.

D.^a ROSA.—¿Para qué? Si estamos á un paso. ¿Cómo te encuentras?

ROSINA.—Mejor, bien... no ha sido nada...

D.^a ROSA.—Bueno, vamos. Muy buenas noches á todos, y perdonen ustedes el mal rato.

FÉLIX.—¡Por Dios!

PEPE.—¿Quiéren ustedes que las acompañemos?

D.^a ROSA.—No, muchísimas gracias... Viene don Paco; sería llamar la atención.

D. PACO.—Señores...



Una joven
(Srta. Monero)



Un joven.—Y tú de que me tiés loco

FÉLIX.—Que no sea nada.

JOAQUÍN.—Que usted se alivie, Rosina.

GERMAN.—Cuidese usted, Rosina.

CIPRIANO.—Hasta mañana, Rosina.

TODOS.—Buenas noches, buenas noches.

CAM.—¿Se puso mala la señorita?

D.^a ROSA.—No ha sido nada: Un mareillo.

CAM.—Más vale así. Muy buenas noches.

(Salen doña Rosa, Rosina, Leonor, Estela y don Paco.)

FÉLIX.—¡Gran escena! Y decías que era ella la que había dejado á Enrique.

CIPRIANO.—Ha sido ella, sí... Y lo que ha hecho Enrique es una canallada.

PEPE.—Calla, que viene á saludarnos.

CIPRIANO.—No me importa. Se lo diré á él en su cara.

PEPE.—¡Cállatel

ENRIQUE.—¡Hola, chicos!

FÉLIX.—¡Adiós, Enrique!

GERMAN.—¡Hola!

ENRIQUE.—Antes, no me acerqué á saludaros por... Ya podéis figuraros. He venido con esas; Amelia se empeñó en que entrásemos aquí; ya sabéis lo que son las mujeres. Le bastaba saber que venían aquí las otras... ¿cómo se han ido hoy tan temprano?

FÉLIX.—No es tan temprano.

ENRIQUE.—Voy á llamar á esas. Nos sentaremos aquí, ya que estamos solos.



Cipriano.—Ese canalla ha perdido á Rosina por ser yo un cobarde

PEPE.—No, deja, no... hoy no estamos de humor.

ENRIQUE.—¿Qué os pasa? Estáis así... ¡Qué se yo! ¿Han dicho algo? ¿Han creído que he venido aquí á propósito, á dar achares?

CIPRIANO.—Lo hemos creído todos; mucho más, conociéndote á ti.

ENRIQUE.—¡Oye, oye!

CIPRIANO.—Y que hiciera esas cosas un señorito de pueblo; que las hiciera éste...

ADOLFO.—Oye, que yo no me meto contigo.

CIPRIANO.—¿No tenías otro sitio donde lucir tus conquistas?

ENRIQUE.—Mira, mira, si lo tomas así...

Yo vengo donde me parece; no tengo que dar cuentas á nadie.

CIPRIANO.—Pues yo te digo que eso no se hace cuando se tiene...

ENRIQUE.—Cuando se tiene, ¿qué? Vamos; que estoy viendo lo que andas buscando, y no sé por qué: Ya tienes el campo libre. ¿No querías eso?

CIPRIANO.—Lo que quiero es que no vuelvas á saludarme en tu vida.

ENRIQUE.—Me alegro tanto. Así, no tendré el sentimiento de no poder decirte algo que te convendría saber.

CIP.—Lo que vas diciendo á todo el mundo, ¿verdad? Porque eres un canalla.

ENRIQUE.—(*Abalanzándose sobre Cipriano.*) ¿A mí? ¡Toma!

CIP.—¡Si me tocas te mato! (*Todos se apresuran á separarlos. Caen botellas y vasos.*)

PEPE.—¡Cipriano!

FÉLIX.—¡Enrique!

JOAQUÍN.—¡Chicos! ¿Qué es eso?

ENRIQUE.—¡Suelta!

CIP.—¡Dejadme!

CAM.—¡Señores! Tengan modo. ¿Qué formas son estas? (*Amelia y Matilde aparecen muy asustadas.*)

AMELIA.—¡Enrique, por Dios!

MATILDE.—¡Enrique! ¿Qué sucede?

ENRIQUE.—Nada, nada.

FÉLIX.—Vamos, anda.

PEPE.—¡Qué tontería; dos amigos!...

CIP.—Ese no es amigo de nadie. ¡Es un canalla, un canalla!

PEPE.—Calla tú.

ENRIQUE.—Ya sabes donde puedes buscarme.

CIP.—Yo te buscaré, descuida.

ADOLFO.—(*A Enrique.*) Voy contigo. ¿Quién viene también? Ven tú, Joaquín. Esto no puede ser. ¡Dos amigos!

AMELIA.—Pero, Enrique, ¡si yo me hubiera figurado una cosa así!...

ENRIQUE.—No ha sido nada. ¿Qué se debe?

CAM.—Va todo mojado.

ENRIQUE.—Deje usted.

CAM.—Son tres pesetas. (*Sale Enrique con Amelia, Matilde, Adolfo y Joaquín.*) (*Pausa.*)

FÉLIX.—(*A Cipriano.*) Vamos, hombre, ¿ves lo que yo te decía en broma? Tú mismo no te dabas cuenta.

CAM.—(*A Félix.*) El encargado que quiere hablarles.

FÉLIX.—Vamos.

GERMÁN.—¿Te supones? . .

FÉLIX.—Sí, que nos vayamos con la música á otra parte. Era de esperar, después de esto.

CIP.—Sentiría que por mí...

FÉLIX.—No sientas nada. Eso es lo de menos. Anda, vamos á que nos den la cuenta. (*Salen Félix y Germán.*)

PEPE.—Pero, ¿es verdad? ¿Querías tú á Rosina?

CIP.—¿No lo ves? ¿No lo estás viendo? ¡Con toda mi alma!

PEPE.—Vamos, no seas chiquillo, no llores así. ¿A ver? te has hecho sangre; mira.

CIP.—Déjalo, ¡qué importa!

PEPE.—Te habrás herido con algún vidrio.

CIP.—¡Déjalo, déjame!

PEPE.—Anda, levántate. Vamos á la calle, que te dé el aire.

CIP.—No. ¡Déjame, déjame! ¡Ese canalla ha perdido á Rosina, por ser yo un cobarde, un cobarde!...

TELÓN



Pepe (Sr. Manrique)

ACTO SEGUNDO

Habitación modestísima en casa de doña Rosa.

ESCENA PRIMERA

LEONOR y ESTELA

EST.—(*Arreglando un sombrero*). ¿Qué te parece?

LEO.—No me gusta nada.

EST.—A mi tampoco. Pero mejor que estaba...

LEO.—No sé qué te diga. Yo le quitaría ese grupo.

EST.—A ver. Sin el grupo no dice nada.

LEO.—Pues déjalo. Para donde hemos de ir este invierno...

EST.—Sí, que vamos á divertirnos. ¡Qué vidita llevamos!

LEO.—Esto es pagar justos por pecadores. Porque la señorita haya sido una loca...

EST.—Oye. ¿Y hoy también ha salido?

LEO.—Bien temprano: por lo visto no piensa en volver. Verás si mamá vuelve antes que ella... No, si la señorita se ha propuesto que tengamos una escena diaria.

EST.—Bueno... no le doy más vueltas. ¿Cómo hace puesto?

LEO.—Mira, no está tan mal. A ver... Puede pasar.

EST.—¿Y á dónde ha ido la señorita?

LEO.—Ya puedes figurártelo.

EST.—¡Ah! ¿Pero ahora va á ser todos los días?

LEO.—Creerá que eso es quererle más. No, si por su gusto iría pregonándolo por esas calles... Y hoy también ha ido de facha, con la mantillita, para que toda la vecindad y cualquiera que la conozca y la vea por ahí se figure...

EST.—Conque se figure la verdad, basta.

LEO.—¡Si ya lo sabe todo el mundo! ¡Como que esas cosas pueden ocultarse! ¡Qué vergüenza! Y era esa la que se la daba de lista; sabía más que todas, todas éramos unas simples á su lado, cuando no éramos unas locas.

EST.—¡Qué estúpida! Fiarse de un hombre.

LEO.—Y de un hombre como Enrique, tan corrido... (*Suena el timbre.*) ¿Será ella?

EST.—Ya es hora.

LEO.—¿Vas tú?

EST.—Yo iré...

LEO.—Me alegraría que fuera mamá.

EST.—Yo no, por no oír discusiones.

ESCENA II

DICHOS y DOÑA ROSA por la derecha.

ROSA.—¿No ha venido nadie?

LEO.—Nadie... ¡Ah, sí!... Una muchacha que venía á pretender, de parte del de la tienda de ultramarinos.

ROSA.—¿Qué la habéis dicho?

LEO.—Que volviera. porque nosotras no podíamos decirle nada; como tú habías ido á tomar informes de la que vino á pretender esta mañana... De modo que quedó en volver anochecido.

ROSA.—Me alegro; porque de esta no he podido conseguir que me den informes. En una casa me salió una señora, que de todo tenía facha menos de señora, dando gritos, diciendo que, de allí, hacia dos meses que se había ido y que ella no tenía para qué dar informes. En otra casa, salió el señor, y cuando empezaba á darme los informes, la señora, que según me dijo el señor, estaba en cama muy acatarrada, empezó también á dar gritos desde la alcoba: «¿Quién te mete á tí á dar informes? Aquí no ha estado más que ocho días y no sabemos nada... Eso de dar informes es muy delicado.» El señor, que debe ser un Juan Lanás, ya no se atrevió á decirme nada, me despidió muy fino y sólo á la puerta me dijo: «Mire usted, no parecía mala muchacha; ahora que mi señora...» En esto, la señora vuelve otra vez á llamarle á gritos... Debe ser de caballería la señora... Total, que no me decido á tomarla. No es bastante que le parezca buena muchacha á un buen señor, que debe estar muy harto de



Estela. ¿Qué te parece?

su señora. Esta que ha venido ¿qué traza tiene?

LEO.—Muy buena traza.

ROSA.—¡Qué pelea! Y como yo estoy tan mal acostumbrada... llabiamos tenido tanta suerte con las criadas...

EST.—De eso ya podemos despedirnos. Con todas nos sucederá lo mismo. Como antes no tenía ninguna por qué tomarse confianzas ni libertades...

ROSA.—Eso es verdad.

LEO.—Pero ahora... con traer y llevar recaditos y encargos de la señorita... Por fuerza han de enterarse de todo, por muy tontas que fueran. Lo que no averiguan aquí, lo averiguan allí... ¡Y así que aquella mujer no debe ser preguntona!... Y ya enteradas, ¿qué autoridad tiene una para reprender-

las?... Y si se las dice algo, Rosina sale á su favor...

EST.—Sí que estamos bien por todos estilos.

LEO.—Aquí ya no puede vivir tranquila más que la única que tiene la culpa de todo. Esa tan fresca... con llorar y hacerse la víctima, cuando aquí no hay más víctimas que nosotras, porque ella es la única que sigue haciendo lo que le parece sin importarle nada de las demás. Esta es la hora que no ha vuelto. Y no quieras saber cómo iba, con el velito, como una pordiosera.

ROSA.—No quiero saber nada, me he propuesto no tener más disgustos. Y vosotras no le digáis nada tampoco.

LEO.—¡Cualquiera le dice nada á la señorita! Todavía se atreve á llamarnos fieras, á

decirnos que no tenemos corazón... Cada día está más orgullosa de la gracia... (*Suena el timbre*) Ya está ahí. Ve tú, Estela. (*Váse Estela por la derecha y vuelve á poco*). ¿Era ella?

EST.—Sí, se ha metido en su cuarto. Debe haber andado de compras.

ROSA.—Sí, ya sé... Dejadla... ¿Para qué vamos á atormentarnos?

LEO.—No; por mí... Pues si una dijera todo lo que sabe...

ROSA.—También yo lo sé ¿Qué se pondrá esta hija mía?

LEO.—¡Ah! ¿Lo sabes? Ella cree que no lo sabe nadie.

ROSA.—*Cuando todavía pudiera arreglarse* todo. La familia de Enrique es una familia muy decente, la madre es una señora muy cristiana. Yo sé que está muy apesadumbrada por la conducta de su hijo. Lo que dijeron de que Enrique estaba para casarse con una muchacha muy rica, no es verdad. Tiene una novia de una familia en buena posición, pero nada serio...

LEO.—Es que si la oyes á ella... jura y perjura que aunque viniera toda la familia á pedirla de rodillas que se casara con Enrique, no se casaría.

ROSA.—¡Bah! Eso dice.

EST.—Claro que se dice... Hasta ahí podrían llegar las bromas.

LEO.—Lo que hay es que no llegará ese caso.

ROSA.—Sí; con el modo de ser de vuestra hermana... Cuando cualquier pretexto es bueno para excusarse, ella da más que pretextos, motivos.

LEO.—Figúrate si el otro no sabrá que se ve por ahí con Cipriano.

ROSA.—Casi todos los días, ya me lo han dicho.

EST.—Es su acompañante.

ROSA.—No sé que dirán allí.

LEO.—Allí creerán que Cipriano es el padre.

ESCENA III

DICHOS y ROSINA, que aparece á la puerta de la derecha.

ROSA.—Eso creen: es verdad.

ROSA.—¡Hija!

LEO.—¿Estabas escuchando? ¡Bonita costumbre!

ROSA.—No escuchaba; venía y oí lo que hablabais.

LEO.—Pues tú dirás.

ROSA.—No tengo por qué ocultarlo; Cipriano me acompaña algunas veces, es verdad. A los pocos días de ir yo sola, me dijo

un día aquella mujer: «También ha venido el padre...» Mucho había tardado, yo no podía creerlo. Tenía razón; el padre era Cipriano. Sin decirme nada, había querido evitarme la vergüenza de que mi hijo no tuviera padre. Allí le encontré un día con el hijo mío en brazos. «Perdóneme usted que haya mentido», me dijo. ¡El me decía á mí que perdonara! Ahora, voy allí todos los días, iría á todas horas, estaria allí siempre, porque mi hijo ha estado muy malo. Ya lo sabéis todo.

LEO.—No se morirá; descuida.

ROSA.—A vosotras no os importaría, ¿verdad? Decidlo... No lo digáis, porque es lo único que no os con sienta.

EST.—Ya saltó.

LEO.—¡Sí; aquí la única santa, la única buena, eres tú! Ya lo sabemos.

ROSA.—Yo seré todo lo que se quiera, todo lo que queráis decirme. Pero mi hijo es, para mí, antes que todo; ya lo sabéis, antes que todo. He consentido, por vosotras, en separarle de mi lado. ¿Qué más queréis? ¿Por qué no me dejáis marcharme sola con él, como yo quería?

ROSA.—¡No digas disparates! ¿Cómo iba yo á consentirlo? Ya sabes lo que significa un hijo, para comprenderlo. Pero no eras tú sola; yo no podía perjudicar á tus hermanas. He procurado, en lo posible y bien aconsejada, guardar las apariencias. No creo que tengas queja de tu madre.

ROSA.—¡No, mamá, no; perdóname!

LEO.—¡Vaya!

ROSA.—¿Quieres callarte?

LEO.—Si parece que ya no tienes más hija que ella; ella es la única que tiene razón siempre.

EST.—La virtud recompensada.

ROSA.—¡Dios guarde esa virtud vuestra de que estáis orgullosas! Yo no sabía cómo puede quererse con toda el alma, sin creer con toda el alma, también, en quien se quiere. Yo no he sabido querer y desconfiar al mismo tiempo.

LEO.—Sí, todo eso está muy bien; pero lo que sucede siempre es lo que te ha sucedido á ti y lo que la sucederá á toda la que sea tan tonta como tú.

ROSA.—¡Hija, Leonor!

LEO.—Déjame, que bien se hartaba ella de llamarnos tontas á las demás, y de parecerle mal todo lo que hacíamos!

ROSA.—Ya estoy castigada, ya lo véis; ya sois vosotras las que podéis decirme todo; ya me lo decís á todas horas. Sería más generoso no humillarme tanto; pero tenéis razón, la virtud tiene sus privilegios. Y está bien que me acuséis vosotras, que me acusen todos, hasta la madre mía. Mi con-

ciencia me acusa tan poco, el cariño de mi hijo vale para mí tanto, que si no viera cómo he perdido vuestro cariño, si no me pesara el daño que por mi culpa he podido haceros, sería más dichosa que nunca, y no es justo, no es justo que yo sea tan dichosa cuando soy tan culpable.

ROSA.—No atormentéis á vuestra hermana.

LEO.—Y si quieres, seremos nosotras las que nos vayamos.

ROSA.—¡Leonor!

LEO.—Si la señorita no tiene bastante libertad, cuando por ella estamos aquí encerradas; cuando no se atreve una á presentarse en ninguna parte por no pasar la vergüenza que ella no pasa; cuando por ella no juzgarán á todas lo mismo... Y puede ser, como hay hombres para todo, que ella sea la única que se case.

ROSINA.—¡Oh!

LEO.—¿Por qué no? Con Cipriano.

ROSINA.—¡No aceptaría yo!

EST.—¡Vamos! Entonces no os casaréis, y será peor.

ROSINA.—No aceptaría él. Con esto os he dicho cómo le quiero y cómo me quiere. No me casaría nunca con él, porque yo no podría consentir que hubiera en el mundo un hombre infame que pudiera sonreír burlescamente al pensar en un hombre honrado. No seré nunca suya, porque él sabe que el error que una mujer comete en su vida la obliga más que la virtud de antes á ser ya siempre virtuosa. Un error puede justificarse, por lo mismo que tal vez no se explica; otro error... los explica todos, y ya no puede justificarse ninguno.

ROSA.—Entonces, si ves tan claro en tu situación, ¿por qué das lugar á que tu conducta pueda servir de pretexto para que el único hombre que puede ser tu marido, tenga razón para negarse á ello? Cuando su familia está muy bien dispuesta, cuando aún podemos esperar...

ROSINA.—¿Esperar? ¿Qué? No; todo menos eso. Ya lo he dicho. Ya sé que has ido tú misma á suplicar á otra madre, ya sé que se ha discutido y se ha regateado mi honra. Lo que no saben ellos es que por nada de este mundo, ni por mi hijo, ya ves, ni por mi hijo, que no llevará nunca el nombre de su padre, consentiría yo en ser la mujer de ese hombre. No; ese sí que sería un castigo superior á mis fuerzas. Yo le perdonaría que pensara de mí lo que quisiera, que me juzgara la mujer más despreciable, la más indigna de llevar su nombre, le perdonaría... hasta que me hubiera separado de mi hijo, creyendo que no podía ser una buena madre... Le perdonaría todas las infamias y todas las

crue'dades para conmigo solo... Pero, ¡el hombre que se niega á ver á su hijo y no es capaz de sentir, siquiera, esa compasión que el más extraño siente ante una pobre criatura, tan débil, tan indefensa, que no podría vivir unas horas desamparada de compasión y de cariño!... ¿Qué debe pensarse de ese hombre? ¿Qué puedo pensar yo, que con ser ese hijo la perdición y la vergüenza de toda mi vida, con haber pensado hasta en darme muerte, antes de darle vida, sólo al verle vivir ya lo olvidaba todo, y ya me parecía que aquella pobre vida valía para mí más que todo en el mundo... Y si ahora vinieran á decirme: á costa de su vida, como si nada hubiera sido... ¡tu honra, tu felicidad, tus ilusiones!... Diría, sin dudarlo un instante, una y mil veces: ¡No, no, mi hijo! El hijo de mi vida vale más que todo!

ROSA.—De modo que si Enrique...

ROSINA.—He comprado muy caro el derecho de despreciarme. Para abandonar á una mujer siempre puede haber una razón ó un pretexto... Cualquiera es bueno para tranquilizar la conciencia de un hombre. Para abandonar á un hijo no hay razón nunca. Yo soy mujer y soy débil y estoy sola y cumplo con mi deber, que es aceptar las consecuencias de mi falta, que son bien penosas y bien pudieran acobardarme, y nunca me he sentido más fuerte. Para él, no era el deber tan penoso, no era la deshonra, no era la vergüenza, y huye como un cobarde. ¡Cobardía de hombre! Cuando una mujer tiene razón para llamar cobarde á un hombre, le entierra para siempre en lo más hondo de su desprecio.

LEO.—Sí, desprecia, desprecia. Como si se tratara sólo de ti.

EST.—Será Cipriano quien la aconseja de ese modo.

LEO.—Por eso ya no está acobardada; así tiene tanta resolución para todo.

ROSINA.—Para todo, sí; para salir de esta casa, para irme yo sola á ganarme un pedazo de pan ó á morirme de hambre, por no soportar más vuestros insultos.

ROSA.—¡Por Dios, hijas!

LEO.—Que se vaya ó nos iremos nosotras. ¡Así no se puede vivir!

ROSA.—A mí sí que me quitáis la vida.

ROSINA.—Me iré, sí, me iré; pero antes habéis de oírme todo lo que he llamado.

LEO.—¿Tú, de nosotras?

EST.—¿Qué puedes tú decir?

LEO.—¡Es lo que nos faltaba!

ROSA.—Andad allá dentro; vamos. Y tú, Rosina.

ROSINA.—Déjalas. Déjalas. Ya me voy, ya me callo. (*Váse por la derecha.*)

ROSA.—¡Ay, hijas de mi vida, hijas de mi vida!

LEO.—Ya sólo falta que nos pegue.

EST.—Esta era la que no hablaba nunca. Ahora bien sabe explicarse.

LEO.—Ahora que debía estar más mansita, ya lo ves, una fiera.

ROSA.—Fiera no, hijas mías: madre. (*Se oye dentro un portazo*).

—EST.—¿Habéis oído? Ha sonado la puerta. Es que se marcha.

ROSA.—¡Eso no! ¡Hija de mi alma! ¡Rosina! ¿Véis á lo que habéis dado lugar? (*Váse corriendo por la primera derecha*.)

EST.—¡Ay, Leonor! Que no se vaya.

LEO.—No se irá, descuida. Lo que ella quiere es que nadie la diga nada, que todos seamos aquí á contemplarla.

EST.—Escucha... Es don Paco... Oigo su voz. (*Se oye dentro la voz de don Paco*.)

LEO.—Y ella también.

EST.—¡Calla! Vienen.

ESCENA IV

DICHOS, DOÑA ROSA, DON PACO Y ROSINA, que vuelve llorando. Todos salen por la derecha.

PACO.—¡Vamos! ¿Qué sucede? ¿A dónde iba Rosina?

ROSA.—¡Calle usted, calle usted! ¡Estas hijas! Me alegro que haya usted venido. Es preciso que las riña usted á todas. Entre todas me van á quitar la vida.

PACO.—Vaya, ¡si no tenemos juicio! ¿Para qué atormentarse por lo que ya no tiene remedio? Antes, antes es cuando hubieran estado en su lugar las reflexiones.

ROSA.—No lo dirá usted por mí, que bastante las he predicado... Y vea usted. La que yo creía más juiciosa, la que nunca pensé que pudiera darme un disgusto...

ROSINA.—¡No puedo más, no puedo más!

PACO.—¡Vamos, Rosina, anda allá dentro; tranquilízate. Y vosotras, andad también. Tengo que hablar con vuestra madre. (*Váse Rosina por la derecha*.)

ROSA.—Id arreglándoos. Tenemos que salir á unas compras; los encargos de don Paco, que dirá que nunca nos acordamos, y ya no estará en Madrid muchos días. (*Váanse Leonor y Estela por la izquierda*.)

ESCENA V

DOÑA ROSA Y DON PACO

PACO.—Mañana quisiera marcharme.

ROSA.—¿Tan pronto?

PACO.—Estamos á primeros de mes, y yo estoy haciendo allí falta. En resumidas

cuentas: ¿Por qué ha sido hoy el disgusto? ¿Por qué salía Rosina de ese modo?

ROSA.—Lo de siempre. Que empiezan á discutir las hermanas... Yo lo comprendo; estas pobres han venido á pagar de rechazo... Leonorcita, que se hubiera casado con Adolfo; llevaban relaciones muy formales... Pero en cuanto el muchacho se enteró, fué retrayéndose...

PACO.—No se ha perdido nada. Las relaciones serían tan formales como las otras; no me fio ya de esas formalidades. De esas tertulias de café, de esas reuniones y bailetes de vecindad; entre gente que se ha conocido la víspera, no puede resultar nada bueno.

ROSA.—No diga usted; porque usted era el primero á quien no le parecía mal nada de eso.

PACO.—Porque usted me aseguraba que todo el mundo era gente muy seria; que usted sabía bien con quién trataba y á dónde llevaba usted á sus hijas, y ya ha visto usted... ya ha visto usted.

ROSA.—Sí; ya veo que acabará usted por decirme que yo he tenido la culpa de todo. ¿No es eso?

PACO.—La habré tenido yo. ¿Qué podía yo saber de la vida que llevaban ustedes?

ROSA.—¿Qué vida llevábamos? ¿Qué quiere usted decir con eso?

PACO.—¡Mira, Rosa!...

ROSA.—Tú eres el que ha de mirar, Paco... Y no alces la voz, que se oye todo. ¿Qué vida he llevado yo con mis hijas? La vida que podía llevar... atendida á mi pensión...

PACO.—¿A la pensión nada más?

ROSA.—Á muy poco más. Al que no sabe lo que cuesta la vida en Madrid, le parece que son esplendideces lo que aquí son tacañerías.

PACO.—¿Qué quieres decir con eso de tacañerías?

ROSA.—Tacañerías, ya lo he dicho; tacañerías.

PACO.—En primer lugar, yo no soy rico. ROSA.—Nunca me he cuidado de averiguarlo.

PACO.—Ni yo dispongo de nada.

ROSA.—¡Pobrecito! ¿Me harás creer que tu pobre mujer te tiene en un puño?

PACO.—No es eso. Pero yo soy lo bastante delicado para dar cuentas de todo, por lo mismo que nadie me las pide. Eso que tú llamas tacañerías, me ha costado muchos sacrificios.

ROSA.—Los demás no hemos sacrificado nada, ¿verdad? La reputación de una mujer no significa nada. Yo hubiera podido casarme muy bien, á poco de quedarme viuda, us-

ted lo sabe; pero entonces bien suplicaba usted.

PACO.—No lo niego; yo esperaba, tenía la seguridad de que, si circunstancias de la vida nos habían separado tantas veces, algún día podrían reunimos para siempre. Esta casa era mi ilusión, mi sueño de toda la vida.

ROSA.—Y ¿ya no lo es?

PACO.—Ya no es lo que yo soñaba.

ROSA.—Es verdad; porque como usted dice, hemos vivido de mala manera. ¿No es eso? ¡Habré yo sido una mala madre!

PACO.—Yo no he dicho...

ROSA.—Como no quisiera usted que hubiera tenido encerradas á mis hijas bajo siete llaves... Crea usted que la mayor desgracia para una mujer es ser pobre. Que mis hijas hubieran sido ricas y que en vez de ir á un café de tertulia y á reuniones cursis, hubieran lucido en los palcos de los mejores teatros y en bailes de gran tono y entre gente distinguida, ya nadie hubiera tenido que decir nada, y aunque hubieran hecho cosas peores, se hubieran casado cuando hubieran querido y con quien les hubiera parecido mejor. ¿Cree usted que por mi gusto no las hubiera puesto á trabajar, á ganarse la vida en un taller ó en un comercio? Yo no soy vanidosa ni tonta. Pero como mis hijas, por suerte ó por desgracia... Ahora ya veo que por desgracia, no son ningún coco que asuste, usted me dirá si no hubieran corrido mayores peligros de ese modo.

Eso de la independencia y el trabajo de la mujer es muy bueno para las feas; la mujer que vale como mujer, donde quiera que vaya estará siempre expuesta. Una mujer guapa, una mujer mujer, créalo usted, no se salva más que teniendo mucho dinero, porque se casará siempre que le dé la gana, ó con mucho aplomo y mucho cálculo, para atrapar á un marido que la convenga. Y éstas, que son las que pasan por formales, crea usted que serán las más formales, pero no son las mejores precisamente. Se trata de mis hijas, ha sucedido lo que ha sucedido y... ya ve usted, con la mano puesta en el corazón, no diría yo nunca que mi pobre Rosina sea la peor de las tres, porque haya sido la más desgraciada.

PACO.—Pienso lo mismo.

ROSA.—Entonces, no diga usted que nadie

ha tenido la culpa. No consiste en vivir de esta ó de la otra manera; es cuestión de dinero. Lo que le ha sucedido á usted hoy es de lo que no hemos hablado todavía, aunque era lo que más importaba; es que ha hablado usted con esos señores y le han convenido á usted, en vez de convencerlos usted á ellos. Los hombres siempre acaban por ponerse de acuerdo cuando se trata de juzgar á las mujeres. ¿Ha visto usted, por fin, al padre de Enrique?

PACO.—La entrevista ha sido tan poco satisfactoria, que no hubiera querido hablar de ella.

ROSA.—De modo que...

PACO.—Ya presumía yo que mi intervención y mi visita serían contraproducentes. Pero, tú no lo quisiste entender así, y por no contrariarte, porque no creyeras que yo también me desentendía...

ROSA.—¡Estamos tan solas! Yo creí que la intervención de un amigo...

PACO.—Amigo es un título tan vago... Y este Madrid, donde parece que nadie le conoce á uno, no es más que un pueblo grande. Ese señor, muy atento, sin decirme nada que pudiera ofenderme, me ha dado á entender que yo era, acaso, el que menos podía extrañarme de nada.

ROSA.—¡Sí tú has dejado que se me ofenda!

PACO.—Allí no se ha dicho nada que fuera ofensivo.

ROSA.—Tú dirás si esas suposiciones no son una ofensa...

PACO.—Pero, ¿vamos á engañarnos nosotros, cuando no engañamos á los demás?

ROSA.—¿Qué quieres? Hay cosas que siendo verdad, cuando uno las piensa, le parecen mentira cuando las oye.

PACO.—Por eso conviene oírlas de vez en cuando, para acostumbrarse; porque noándonos cuenta de nuestra situación en la vida, estamos siempre expuestos á equivocarnos.

ROSA.—Eso es decir que yo no tengo ningún derecho á que mis hijas sean respetadas. Ya ves, ya ves tú, que hablabas de sacrificios, quién ha sacrificado más.

PACO.—Sí, tú á tus hijas, por no sacrificarlas. Si no hubieran tenido aspiraciones impropias de su posición. No las habrán faltado proporciones modestas.

ROSA.—Sí, tan modestas. Ya ves, Cipriano que ni siquiera se atrevió nunca á declararse



Leonor (Srta. Pardo)

porque él mismo comprendía que era una locura. Proporciones para morir de hambre; bodas como la de Pepe; para tener que irse cada uno por su lado á los dos meses de matrimonio... ¡Ay de las señoritas pobres! que son demasiado para casarse con otro pobre, y muy poco para casarse con un rico. Y si llaman la atención del señorito de buena familia, es solo para burlarse de ellas... Y si resisten... ¡lo que saben! pero saben más ellos. Y si ceden, ¡qué locas ó qué infelices! Y siempre ellos los listos... En fin, que mi pobre hija no debe esperar nada. ¿No es eso? Ni tampoco esa criatura inocente que será mi pesadilla toda la vida.

PACO.—La familia cree tener razones... No obstante, ellos no se niegan á ofrecer alguna compensación material... Yo, naturalmente, no podía insistir sobre este punto tan delicado. El buen señor no puntualizaba tampoco. Solo me dió á entender que esto sería á petición de la misma Rosina, á nombre de su hijo, que ella misma indicara...

ROSA.—Ya, una capitulación.

PACO.—Yo nada puedo aconsejar... Sobre esto, sólo ella, vosotras sois las que podéis resolver.

ROSA.—A Rosina es inútil decirle nada; sé lo que había de contestar. Yo, por mi parte, tampoco quisiera verme precisada... Tú eres el que debes aconsejarme. Yo no quisiera decirte nada nunca, pero nuestra situación...

PACO.—Ya, ya me hago cargo.

ROSA.—Lo supongo.

PACO.—Yo creo que después de todo, aunque Rosina... no se trata de ella; se trata del porvenir de esa criatura... Yo creo que no hay humillación para una madre...

ROSA.—No, no hay humillación para una madre; lo sé por experiencia. Pero Rosina no conoce aún la vida lo bastante; aún se rebela contra su triste destino de mujer. No la digamos nada. Ella le estima á usted mucho.

PACO.—Tú crees que si yo la dijera...

ROSA.—Ya te he dicho que mi hija aún no sabe bastante de la vida. Sabe ya del egoísmo de los hombres; pero no es tan malo ese egoísmo de juventud que no se disfraza,

como ese otro egoísmo reposado, que se disfraza de cariño, para no perder el derecho á exigirlo de los demás.

PACO.—¡Si crees que no entiendo tus reticencias! ¿Qué te propones? ¿Que tengamos un disgusto?

ROSA.—No, no. Yo conozco demasiado la vida; por eso, aunque conozco á la gente, sé hacer como si no la conociera. ¡Estela! ¡Leonor! ¿Estáis ya? Vamos.

PACO.—Yo siento que...

ROSA.—No se hable más.

PACO.—Si te has disgustado... No tienes razón... Yo haré un nuevo sacrificio...

ROSA.—Y yo te lo agradeceré mucho. También me ha enseñado la vida á no ser rencorosa. (*Salen por la izquierda Leonor y Estela.*) Usted siempre tan bueno, don Paco.

¿Nos acompaña usted?

PACO.—Un poco. A las siete he de verme con unos amigos.

ROSA.—Sí, aquí llevo la lista de todos los encargos. El abrigo de su señora, ¿ha de ser negro, precisamente?

PACO.—O de cualquier otro color, siempre que sea en oscuro. A gusto de ustedes.

ROSA.—¡Ah! ¡Rosina! ¡Rosina! No la hemos dicho que nos vamos, y si vuelve la muchacha de antes... (*Sale Rosina por la derecha.*)

ROSINA.—¿Me llamabas?

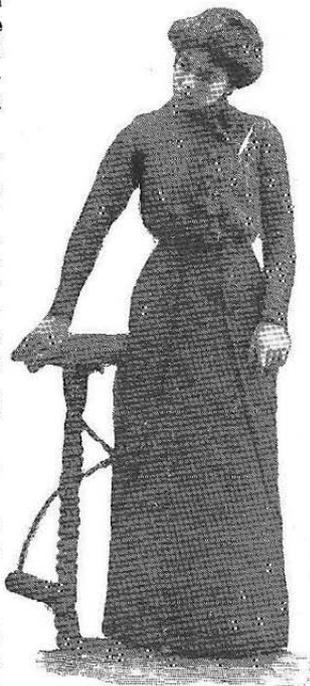
ROSA.—Sí; que nos vamos. Te quedas sola. ¿No tendrás miedo?

ROSINA.—No.

ROSA.—Vamos á hacer esas compras antes de que anochezca. Si viene una muchacha que quedó en volver, que diga dónde hay que tomar los informes, y qué salario quiere ganar y lo que sabe hacer. Hasta luego. Mira qué ojos te has puesto. Adios, hija mía.

PACO.—Adiós, Rosina.

ROSINA.—Hasta la noche, don Paco. (*Váncese todos por la derecha. Rosina se queda sola, mira por las vidrieras un momento, después váse por la derecha y vuelve á poco con un envoltorio, el cual deja encima del costurero, y en este momento se oye el timbre y váse ella á abrir, saliendo á poco con Cipriano por la derecha.*)



Rosina (Sra. Bárceña)

ESCENA V

ROSINA Y CIPRIANO

ROSINA.—Pase usted, Cipriano, pase usted.

CIP.—Usted me perdonará que venga cuando está usted sola.

ROSINA.—Siempre me está usted diciendo que perdone. Pero, ¿qué tengo yo que perdonarle á usted nunca, Cipriano?

CIP.—Yo creí que aún no había usted vuelto; esperaba verla á usted pasar. Estaba sentado á una ventana, en el café de enfrente, un café como el nuestro, tan alegre, ¡tan triste como aquél! Vi salir á su mamá con Leonor y Estela, y pensé que usted debía estar ya en casa. Salí del café, pasé por delante de los balcones, la ví á usted asomada á la vidriera, y me he atrevido á subir, porque suponía que estaba usted impaciente por saber...

ROSINA.—Sí, sí; ha hecho usted bien. Antes debió usted subir.

CIP.—No creí que estuviera usted, ya digo. Además, voy á serle á usted franco; he notado que su mamá y sus hermanas me ponen mala cara. Estuve ayer, no quiero menudear las visitas. No volverán muy pronto, ¿verdad?

ROSINA.—No, seguramente. Dígame usted: ¿llevó usted á su amigo? ¿Ha visto usted á mi hijo?

CIP.—Sí, acababa usted de salir, según nos dijo la mujer. Mi amigo vió al niño; le encontré perfectamente, algo debilitado, pero no hay que temer nada. Mi amigo es un muchacho muy inteligente. Yo tengo mucha confianza con él... El otro médico, la verdad, no me inspiraba ninguna.

ROSINA.—Ya ve usted, yo, ¡pobre de mí! Me asusté tanto en los primeros momentos, tanto cuando me avisaron; el que me dijo aquella gente, el primero que se encontró. ¿Pero, dice usted que su amigo?...

CIP.—Sí, sí. Que no hay cuidado; el niño está perfectamente. Y si viera usted cómo se reía con nosotros...

ROSINA.—¡Hijo de mi vida! ¡Estaba tan tristicito estos días!.. ¿Qué días he pasado!.. Digo días y digo que he pasado, y es siempre, y será así toda la vida.

CIP.—No, Rosina. ¿Por qué?

ROSINA.—Sí, Cipriano sí. Usted sólo me ve allí, cuando todo lo olvido, cuando todo se borra para mí, cuando tengo á mi hijo en los brazos, y me miro en sus ojos, los únicos ojos que puedo ya mirar, sin ver en ellos crueldad ó tristeza... Cuando se ríe así, así como usted dice que se reía hoy... esas miradas y esas risas de niño que saben más del cielo que de la tierra...

CIP.—A mí, ya me conoce. Digo, yo me figuro que me conoce.

ROSINA.—No sé, Cipriano; pero esté usted seguro de que algún día le conocerá para bendecirle, y que si no le llama á usted padre será... porque usted tendrá otros hijos de una mujer que le querrá á usted, mucho que será muy dichosa y acaso pudiera ofenderse de que mi hijo, el hijo de esta desgraciada mujer, le llamara á usted padre como los suyos.

CIP.—Rosina, bien sabe usted que yo le hubiera dado mi nombre, mi pobre nombre, y ojalá fuera tan glorioso como yo le he soñado... Pero no tenemos derecho á interponer nada irreparable entre el pasado y el porvenir. ¡Quién sabe lo que puede ser de la vida de todos! Enrique es joven: acaso algún día...

ROSINA.—No hable usted de él.

CIP.—¿No le ha dicho á usted hoy nada don Paco, Rosina?

ROSINA.—¿Era hoy la entrevista? Esa entrevista que yo no he podido evitar.

CIP.—Creo que era hoy, sí... Ya sabe usted que Adolfo me tiene al corriente de todo. Y quería decirle á usted algo, Rosina. ¿Me perdonará usted?

ROSINA.—¿Otra vez, Cipriano?

CIP.—Sí, sí; aunque á usted le ofenda. Tiene usted mucho que perdonarme, he sido muy egoísta, me he dejado llevar del cariño, del interés que usted me inspiraba, y creyendo hacer bien, he hecho mal.

ROSINA.—Sí, sé lo que va usted á decirme: que la familia de Enrique, el padre muy respetable, la madre muy cristiana, han tomado minuciosos informes de mi vida. Todo hace falta cuando se quiere tranquilizar la conciencia. Es difícil poder conciliar un sueño tranquilo hasta no estar seguros de que el dinero que se ha robado era de un ladrón, y la honra, de quien ya estaba deshonrado. Sé todo lo que dicen; deben agradecerme que yo haya facilitado sus mejores disculpas. Dicen que usted y yo estábamos en relaciones; saben que usted me acompaña, sabrán que está usted aquí ahora, los dos solos... Deben agradecerlo. Esta noche, cuando la familia se sienta á la mesa, podrán mirarse unos á otros á la cara, sonrientes y satisfechos, todos con la conciencia tranquila... Y usted, Cipriano, usted en tanto, no está usted seguro de haber hecho bien, y viene usted á decirme que yo le perdone.

CIP.—¿Qué quiere usted? Yo me hubiera alegrado si Enrique...

ROSINA.—No mienta usted. No va usted á parecerme mejor por querer parecerme me-



Final de la comedia

nos egoísta... Yo lo he olvidado todo, lo he perdonado todo, por mi hijo y por usted.

CIP.—¡Por mí!... Adiós, Rosina. Hasta mañana.

ROSINA.—Espere usted. Tengo que decirle algo... Estoy resuelta á marcharme de esta casa.

CIP.—¡No! ¿Por qué?

ROSINA.—Sí, sí. No puedo más, no es posible. Mis hermanas, mi madre... es una lucha continua, superior á mis fuerzas. Aquí soy un estorbo; mis hermanas me lo dicen. Mi madre no lo dice, pero llora por mí y

por ellas... Por mí, ya no es posible que haya alegría ni tranquilidad en esta casa; he comprometido hasta su bienestar; sí, lo sé, su bienestar... Las esperanzas de todos... ¿Cómo no han de dejarme sentir que todo es por mi culpa?... Mis hermanas, con sus palabras; mi madre, con sus lágrimas; otras personas que antes me estimaban, con su acritud ó su desvío... ¡Ay, Cipriano! Creemos contar con afectos seguros, que nunca han de faltarnos, y cuando más necesitamos de ellos, los vemos alejarse y perderse.

CIP.—Es verdad. Nos creemos rodeados de afectos, nos parece que ellos son nuestro sostén en la vida, y es porque sólo nos hemos apoyado en ellos con blandura, en los días apacibles de nuestra vida; pero si en días de borrasca, como náufragos desesperados, necesitamos asirnos de ellos fuertemente para salvarnos, los vemos hundirse con nosotros... y ¿qué piensa usted hacer, Rosina?

ROSINA.—¿Qué voy á pensar? Ganar mi vida, sea como sea. Nada me asusta.

CIP.—No, Rosina. No salga usted de esta casa; crea usted en mí, Rosina... Con todas las amarguras, es donde menos ha de sentir usted la crueldad de la vida.

ROSINA.—Y ¿es usted quien lo dice?

CIP.—Sí. ¡Yo, que la quiero á usted con toda mi alma; yo, que he pensado por usted en todo; yo, que sería capaz de todo por verla á usted dichosa! ¡Usted no sabe! Por usted han vuelto á despertar mis ambiciones literarias. En mi corazón rebosaba el sentimiento; creí que en mi inteligencia rebosaban las ideas. Ahora sí, ahora será la obra soñada, me decía... ¡soñada! que al ir á escribirla mi emoción era sólo una lágrima que caía sobre el papel. Pero una lágrima sobre el papel no es una bella frase literaria que pueda conmover á nadie. Me revolvía contra mí mismo, contra las injusticias de la vida, mis manos golpeaban con rabia, pero un golpe sobre el papel no es un brillante apóstrofe de indignación que pueda conmover á las muchedumbres. ¡Ya es tarde, ya es tarde! La vida ha dejado caer toda su pesadumbre sobre

mí. Con todo mi cariño, ¿qué puedo yo ofrecerle á usted? Mi cariño, mi nombre, mi casa... con mi madre, con mis hermanas, que necesitan de mí, y á quienes yo no puedo abandonar nunca. Compartir con nosotros la miseria, la miseria triste, la única tristeza que no disminuye al compartirse, porque es mayor y es más angustiosa compartida. Mi madre, mis hermanas son muy buenas, la acogerían á usted con cariño, pero no pongamos á prueba su bondad. A los pocos días sería... lo mismo que aquí, las mismas palabras, los mismos silencios hostiles. Pero allí no serían sus hermanas de usted, no sería su madre; para usted sería más triste, y para mí... ¡No quiero pensarlo! Y son muy buenas, muy buenas... También su madre de usted, también sus hermanas de usted lo son... No son ellas. Es la crueldad de la vida. Esta vida que nos separa, que debe separarnos si queremos salvar lo mejor de nuestro corazón... ¡Los versos del poeta moribundo!

¡Es la vida la losa de los sueños!

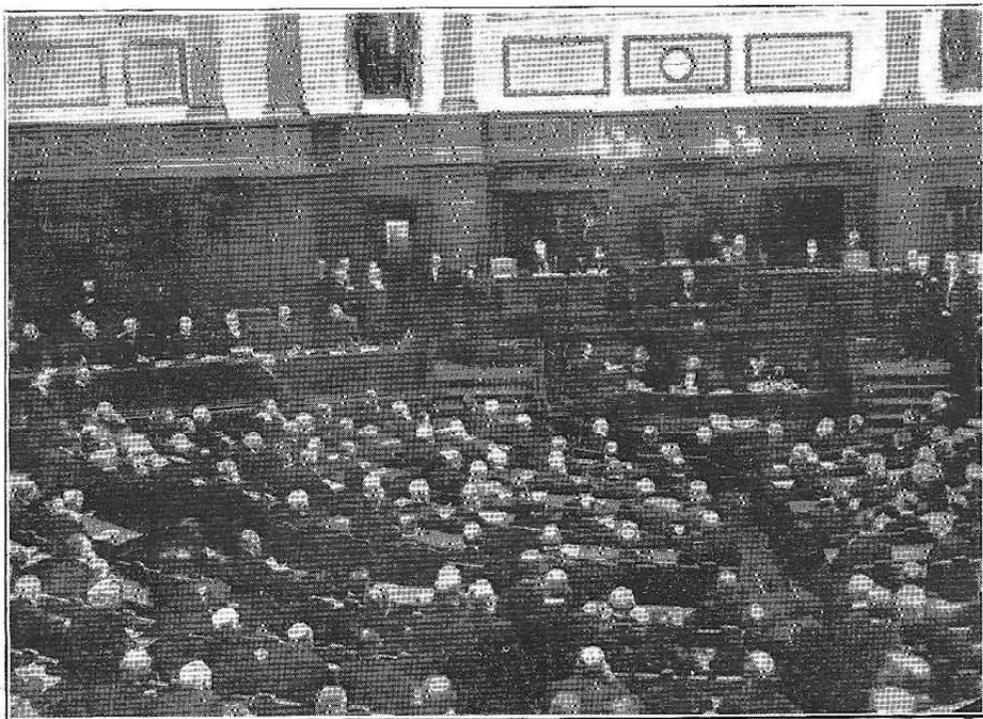
Y si es triste enterrar los sueños de nuestra inteligencia, los sueños de arte, de gloria, tal vez inaccesibles... ¿qué será enterrar estos sueños de amor y de bondad?

ROSINA.—No, Cipriano. Estos sueños de bondad y de amor que la vida entierra, tendrán su resurrección en la otra vida. ¿No cree usted? Yo no puedo dudarle. Cuando la vida era más triste, cuando podía dudar de todo, he visto asomarse para mí el cielo en los ojos del hijo mío y en el alma de usted, Cipriano

CIP.—¡Adios, Rosina! No saldrá usted de esta casa ¿verdad?

ROSINA.—No: sea mi losa. Aún puedo bendecir mi suerte; todos los días vendrá á levantar esta losa el ángel de mis sueños... ¡Adios, Cipriano! *Váse Cipriano por la derecha. Ha anochecido. Rosina enciende la luz que hay encima de la máquina de coser, cierra las maderas del balcón, coge una prenda de niño del envoltorio que dejó encima del costurero, y se pone á coser á la máquina, y en este momento baja el telón pausadamente.*

FIN



Aspecto del «Reichstag» alemán durante una de las sesiones en que se discutió sobre el convenio con Francia

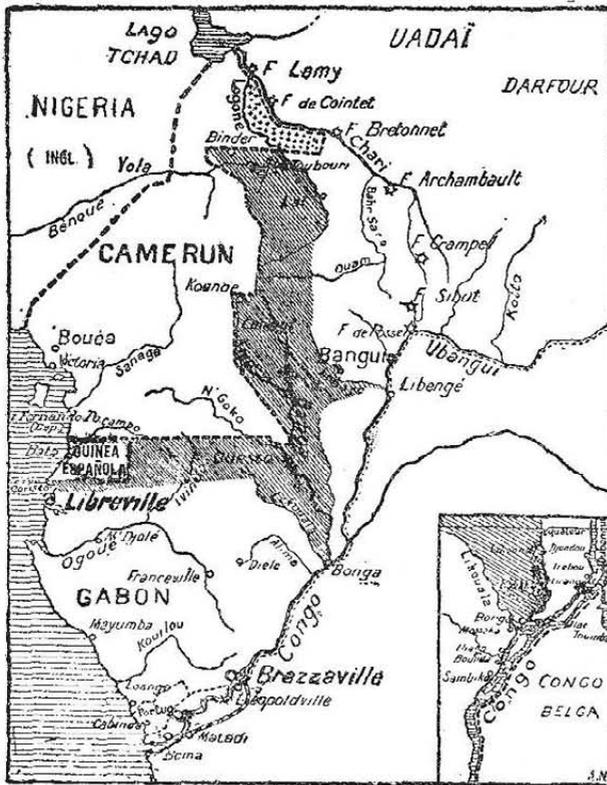
ALEMANIA Y FRANCIA EN EL CONGO

Las negociaciones terminadas este mes, entre Francia y Alemania, acerca del problema de Marruecos, han dado por resultado una importante modificación de fronteras en el África central. Alemania ha accedido a no poner obstáculos á la acción de Francia en Marruecos, á cambio de que Francia garantice en este país la libertad económica, y que haga en el Congo un cambio de servicios con Alemania, en el cual sale ésta grandemente beneficiada. El croquis que acompaña á estas líneas indica claramente cuál es este cambio: la pequeña zona señalada con puntos es cedida por Alemania á Francia, y la gran zona rayada es lo cedido por Francia á Alemania. De este modo, la colonia de Camerún, ó Congo Alemán, no sólo gana mucho en extensión, sino que, además, llega á tocar por un lado en el río Ubangui, navegable, y por otro (en Bonga) llega hasta el río Congo. Ambos ríos, Congo y Ubangui, continúan formando el límite del Congo Belga. Con esto el Congo francés, que antes formaba un territorio cor-

tísimo, queda fraccionado en tres partes, entre las cuales se interponen los dos avances citados de la colonia alemana.

Nuestra colonia del Muni queda por el mismo hecho encerrada completamente (salvo en la costa) por el territorio alemán, mientras que antes limitaba al Norte con la colonia alemana, y al Este y Sur con la francesa. Esto último viene en realidad á perjudicar á España; pues antes podía pensarse en un porvenir más ó menos remoto, en que una alianza con Alemania pudiera permitirnos (aprovechando alguna coyuntura favorable) extender nuestros dominios á costa de Francia; y cabía también en lo posible, obtener de esta potencia alguna expansión territorial en nuestra Guinea, á cambio de concesiones nuestras en Marruecos. Con el hecho de quedar nuestro Muni enclavado en el Congo alemán, desaparecen ambas probabilidades.

Para Francia no es posible decidir en definitiva, si lo que pierde en el Congo le com-



Zona cedida por Francia á Alemania (marcada con diagonales), y zona cedida á Francia por Alemania (señalada con puntos)

pensa lo que gana en Marruecos. Lo cierto es que en el Congo pierde muchísimo; su colonia queda en un estado de marcada debilidad. Una autoridad como la de M. Hanoteaux, exministro francés de Relaciones Exteriores, se ha expresado sobre este particular de la manera siguiente, en uno de los últimos números de la *Revue Hebdomadaire*.

«¿Será preciso recordar que esta debilidad destruye por completo la obra de Brazza y de sus colaboradores?»

«Con la fractura de la columna vertebral de nuestro Congo, que es al mismo tiempo la del continente negro, preparamos un futuro colmado de dificultades.»

«Nuestros territorios segados y en parte fraccionados por la guadaña alemana, quedan de hoy en adelante sin defensa y á merced de cualquier golpe fatal.»

«Cuatro hombres y un sargento bastarán para acabar con la unidad territorial y con las comunicaciones. De Norte á Sur, de Este á Oeste, todo nuestro comercio, todos nues-

tros transportes, todo el movimiento de existencia va á encerrarse en ese embudo fluvial, que es lo único que se nos ha dejado y que no tendrá más salida que bajo la vigilancia de nuestras dos autoridades rivales.»

«Pronto la vigilancia alemana y la vigilancia belga nos harán la vida imposible, discutiendo y vigilando nuestros menores gestos, nuestras velocidades más anodinas, las cuales, por un exceso de suspicacia, serán calificadas rápidamente como intenciones sospechosas.»

«El conflicto perpetuo está encerrado en el acuerdo, como lo está la almendra dentro de la nuez.»

«Pero no es eso todo:

«¿Quién intentará en el presente hacer una obra duradera en un dominio tan amenazado é inseguro? ¿Qué va á ser de nuestra autoridad á los ojos de los indígenas, al vernos sometidos á un régimen tan inquisitorial?»

«Y, caso de que surgiera un conflicto ó tan sólo dificultades de momento, ¿cómo aprovisionaríamos nuestras posesiones del lago de Tchad y las regiones del Chari y del Oubanghi puesto que Benué y la gran arteria fluvial están bajo el cañón alemán?»

«El Congo francés tiene los riñones lesionados y sujeta la garganta. El Congo francés perecerá paralítico ó estrangulado.»

«Cuando se medita sobre el bello sueño de un imperio, que hubimos concebido y se recuerda aquella realidad de la que Francia podía vanagloriarse, ayer todavía»: «Desde Alger hasta Brazzaville, estamos en nuestra propia casa»; «al remontarse en los orígenes del plan tan cuidadosamente elaborado y ejecutado con tal valentía, y al repasar en nuestra memoria los trabajos de los exploradores, sus luchas desesperadas desde el primer gesto de Brazza hasta el último de Marchand — veinte años de esfuerzos, veinte años de sacrificios para llegar á un renunciamiento — hay que preguntarse, en verdad, cómo han podido hacerse tales cosas, ó más bien se las considera tan fuera de razón, que no es posible ver cómo llegarán á realizarse, y hay un deseo de creer que son irrealizables.»

MEDICO

SRA. V. V. V. DE V.—*Bascarrota*.—Lo que sucede á usted no es tan extraordinario como se imagina. En mi opinión, no debe hacer nada.

SR. D. A. CERVANTES.—*Ruidera*.—Estoy conforme con el tratamiento empleado, en el que debe invertirse muchos meses. El amasamiento de las piernas debe hacerse con bálsamo de Fioraventi, 100 gramos; tintura de nuez vómica, 2 gramos. Creo en la curación, pero se hará esperar.

SR. D. A. A.—*Bebedondo*.—Lávese la boca muy bien, usando la pasta de Píppermint y tome un baño diario templado y perfumado.

CAMELIA.—*Somorrostro*.—Lavados con leche diariamente, pero no ffe usted mucho en su eficacia absoluta.

SRTA. J. W. H.—*Sevilla*.—Parece cosa de algún gitano de la calle de San Jacinto. No, señora.

SRTA. G. A S.—*Granada*.—No soy parti-

dario de las leches artificiales ni de las harinas preparadas para los niños pequeños; *de ninguna*. Deben ustedes suprimirla en el acto y alimentarle con leche de cabras si no quieren ama.

SR. D. F. G.—*Córdoba*.—No conozco medio de evitar el crecimiento que usted teme. Busque el remedio en una gimnasia bien dirigida, y no se avergüence de ser buen mozo.

SRA. D.^a L. L. DE V.—*Castellón*.—Vida poco activa y régimen de carnes y féculas podían ser la panacea para eso que le preocupa; pero crea usted, señora, que si su salud es excelente podría echarla á perder un cambio que no le es necesario intentar.

SRA. D.^a J. G. DE R.—*Bémez*.—No hay medio alguno: *el que bebe, beberá*.

SR. D. P. A. DE A.—*Lérida*.—Puede que sea como me dice, pero sin verlo es imposible formar juicio ni aun aproximado.

DR. EDUARDO TOLEDO

GRAFOLOGICO

ALEJANDRO R.—Espíritu cultivado. Genio activo y muy emprendedor. Resolución. Inteligencia muy deductiva. Carácter abierto y franco. Bastante imaginación; pero bien disciplinada. Amor á la claridad y al orden. Desconfianza.

SÉNECA.—Imaginación desordenada. Sensibilidad muy viva. Mucho espíritu de economía. Ambición. Tenacidad. Reserva. Susceptibilidad. Escepticismo.

ROSAS Y JAZMINES.—*Voluntad débil*. Timidez. Deseo de agradar. Espontaneidad y viveza. Desconfianza. Celos. Cortesía. Sensibilidad.

ALFONSO PEÑEZ.—Voluntad. Vehemencia. Modestia. Complacencia. Duda de sí mismo. Veracidad y reserva al mismo tiempo. Duda antes de emprender algo; pero cuando se resuelve es muy perseverante.

CARMEN.—Sí, señorita, sí, hará usted muy

feliz á su marido, á pesar de ser algo celosa. Si él es fiel, todo irá bien. Es usted sensible, constante, inteligente, resuelta, un poquitín egoísta, poco. Se preocupa por cosas menudas.

NOMAS.—Carácter irritable y desigual. Economía. Es dominante. Espíritu muy deductivo y lógico. Temperamento sensual. Gustos sencillos.

PILUCA.—Genio desigual, indeciso respecto de su propio valor, que se anima y decae con igual facilidad. Es bastante sugestionable. A veces le gusta llevar la contraria pero no carece de dulzura.

UNA BURGALESA.—Carácter igual, franco y distinguido. Algo de orgullo. Gustos artísticos. Animación. Confianza. Generosidad.

UN GALLEGO.—Mucha impresionabilidad. Es algo contradictor. Voluntad fuerte. Ambición; pero no avaricia. Tiene alguna preocupación. Se desalienta con facilidad.

CONSULTORIO MÉDICO

Noviembre

CUPON

valedero por una primera consulta gratuita, en el domicilio particular del Dr. D. Eduardo Toledo, Hernán Cortés, 15 y 17, 2.^o.

CONSULTORIO GRAFOLÓGICO

Noviembre

CUPON

Valedero por una consulta gratuita enviándolo bajo sobre á la Dirección de esta revista.

POR ESOS MUNDOS

NÚMERO 202

NOVIEMBRE 1911

SUMARIO:

	Págs.		Págs.
LITERATURA		EXCURSIONES	
EL PERTURBADOR. Cuento, por ANTONIO G. DE LINARES. (Dibujos de F. Mota)	815	ANDANZAS CASTELLANAS: <i>De Segovia á Pedraza—Pedraza—A Sepúlveda—Sepúlveda—Noche en Somosierra</i> , por JUAN A. MELIÁ. (7 fotografías)	886
LOS GRANDES HUMANISTAS INGLESES. Crónica de literatura extranjera, por ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO (Seis retratos).	823	HIISTORIA	
CANCION DE GESTA. Poema, por M. LOZANO CASADO. (Dibujos de M. Félez).	838	EL REY, EL PINTOR Y EL RETRATO. Episodio de la época del Renacimiento (3 fotografías).	895
REALIDAD QUE VUELVE. Cuento, por EDUARDO TOLEDO Y TOLEDO. (Dibujos de E. Estevany).	844	AGRICULTURA	
EL OSO. Cuento humorístico, por JUAN HÉCTOR PICABÍA. (Dibujos de Pedraza).	849	EL ARROZ EN VALENCIA, por «JUAN DEL TURIA». (6 fotografías).	902
LA LOSA DE LOS SUEÑOS. Comedia en dos actos, de JACINTO BENAVENTE, estrenada en el Teatro Lara, de Madrid, durante el mes actual. (Fotografías de Alfonso, Alonso, y portada de Félez).	909	GEOGRAFÍA	
ARQUEOLOGÍA		ALEMANIA Y FRANCIA EN EL CONGO.	937
EL GENERALIFE Ó «HUERTO DEL REY», por FRANCISCO DE PAULA VALLADAR. Cronista de la provincia de Granada. (17 fotografías).	857	NUESTROS CONSULTORIOS	
NUMANCIA: LOS CAMPAMENTOS DE ESCIPION, por JOSÉ MARÍA PALACIO (3 dibujos y 4 fotografías).	870	MÉDICO.	91
MONUMENTOS DE HUESCA: SAN PEDRO EL VIEJO, por RICARDO DEL ARCO. (7 fotografías).	878	GRAFOLÓGICO.	93

REDACCION Y ADMINISTRACION: LARRA 8, MADRID

} PRECIOS	ESPAÑA . . .	Suscripción anual.	10 pesetas
		Número suelto.	1 "
	EXTRANJERO.	Suscripción anual	11 francos
		Número suelto	1,25

Revistas de modas, Obras literarias, Libretos completos de óperas, Manuales de Industrias, Artes y Oficios, Catálogos gratis. —Antonio Ros, Jacometrezo, 80.—Exportación de libros, revistas y periódicos á España y extranjero.

Suscripciones á todos los periódicos del mundo